Consejo Superior del Arma de Infantería



La Infantería Argentina en Malvinas

Fiel a su historia

La Infantería Argentina en Malvinas

La Infantería Argentina en Malvinas

Fiel a su historia

Buenos Aires
2013

Consejo Superior del Arma de Infantería
La infanteria argentina en Malvinas : fiel a su historia . - 1a ed. - Buenos Aires : Edivérn; Estado Mayor General del Ejército, 2013.
320 p. ; 23x16 cm.

ISBN 978-987-1084-35-7

1. Historia Argentina. 2. Guerra de Malvinas.
CDD 997.110 24

ISBN: 978-987-1084-35-7

Hecho el depósito que determina la Ley 11.723.

Los colaboradores son responsables de los juicios y opiniones por ellos vertidos. Los artículos que no están firmados no representan necesariamente el pensamiento del Ejército Argentino.

Queda hecho el depósito que indica la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina

Índice

IV: La Infantería de la Agrupación Ejército Puerto Argentino

Parte 3: Testimonios

Prólogo

Hoy, a treinta años de la epopeya de Malvinas, la Infantería Argentina desea realizar un justo reconocimiento, a través de esta herramienta intelectual, a todos los infantes que combatieron con honor y estoicismo en la gélida turba malvinense.

Esta obra intenta ser un aporte de valor histórico y darle vida a ese pasado reciente de nuestra historia militar, buscando rescatar las glorias y tradiciones de la infantería.

Tres décadas nos separan de ese suceso histórico. En todo este tiempo mucho se ha escrito sobre la Guerra de Malvinas, pero nada puede reemplazar la memoria, los recuerdos y los testimonios vivientes de los soldados que protagonizaron aquellas jornadas y que han sido depositados en este libro con una cuidadosa objetividad, libre de individualismos.

La impronta de los autores que aportaron sus testimonios para esta obra permite conocer un poco más sobre el sacrificio y la abnegación del hombre de infantería, que, sometido a la rigurosa geografía del lugar y a la acción de combate del adversario, no dudó en dar todo de sí, hasta el extremo de su vida.

El contenido de estas páginas permitirá al lector recrear en su mente los diferentes escenarios y situaciones, el desarrollo de las acciones y el valor demostrado por las tropas de la infantería junto al resto de sus camaradas del Ejército Argentino defendiendo ese terruño sagrado.

En cada uno de los testimonios y narraciones se encontrará un vínculo con aquella infantería que luchó en la guerra por la Independencia, la que formó filas en las campañas sanmartinianas, en los esteros del Paraguay y en tantas otras oportunidades de la historia nacional.

Consejo Superior del Arma de Infantería

Introducción

Durante 30 años se han escrito numerosos libros y artículos sobre los hechos y hombres de Malvinas. Para ello se emplearon datos obtenidos de fuentes oficiales y de quienes combatieron, propia tropa o del enemigo, efectuando una labor que suponemos positiva, en pos del conocimiento de diversos aspectos de la guerra.

En este nuevo aniversario de la guerra, nos decidimos a reunir los testimonios de aquellos infantes que evocando las privaciones, esfuerzos, humanas debilidades y grandeza de algunos de los muchos que durante las hostilidades contribuyeron al ideal común.

Pensamos que quizá fuera interesante formar con ellos un volumen que hablara de los hombres, la infantería y el coraje, y que sirviera de material de lectura ameno y fundado para la reflexión de los infantes de hoy.

Así, con las estampas de carácter biográfico que ayudan a comprender el marco espiritual y material en que se desempeñaron durante la campaña, surgió este libro en cuyas páginas campean el respeto y la admiración profunda hacia quienes mantuvieron el espíritu de la infantería argentina, sin ser adecuadamente reconocidos. Por ello deben necesariamente ser conocidas en el marco de los condicionamientos en que se dieron los combates para que el lector pueda percibir la magnitud del esfuerzo realizado.

Pero ese respeto y esa admiración no nos lleva a considerarlos figuras hieráticas y lejanas, bronces inaccesibles, personajes almidonados sino hombres que supieron moderar sus descontentos y sus propios intereses, en pos del cumplimiento de la misión.

La Infantería Argentina cumplió una heroica participación en 1982 durante la guerra contra el Reino Unido de Gran Bretaña. Los infantes en Malvinas desde la primera línea de combate honraron las más caras tradiciones de valor y coraje del soldado argentino soportando el peso de la lucha y pagando con la sangre de las bajas sufridas en el campo de la batalla.

La participación de la Infantería Argentina se efectivizó en todas las acciones terrestres que se desarrollaron desde la madrugada del día 2 de abril hasta los combates finales en los suburbios de Puerto Argentino, el 14 de junio.

A partir de esta referencia, puede observarse que la guerra comprendió cuatro etapas bien marcadas:

La primera, materializada en el inolvidable 2 de abril, día en el que volvió a flamear la bandera celeste y blanca en nuestras islas.

La segunda etapa, comprendida entre el 3 de abril y el 1 de mayo, cuando se iniciaron los ataques aéreos contra el dispositivo terrestre. Durante este período, los infantes realizaron y completaron el traslado desde el continente, y desplegaron sus efectivos y materiales. Si bien durante ese tiempo no se desarrollaron acciones bélicas, se empezaban a sufrir desgastes físicos y psíquicos, a causa de las inclemencias del severo clima insular, para el que la mayoría no estaba ni preparada ni equipada. A esto se agregó la imposibilidad de reunir todos los medios necesarios para la lucha debido a que el bloqueo marítimo inglés impidió trasladar los efectos que quedaron en los puertos del continente. Durante aquel mes de abril, día a día, hora a hora, los infantes prepararon sus posiciones para la defensa en un terreno extremadamente húmedo que durante el resto de la campaña les haría sentir, con rigor, sus características, haciendo de estas posiciones un lugar nada confortable para un soldado que debía combatir. En algunos casos había tanta agua, que sus ocupantes permanecían mojados de día y de noche.

La tercera etapa se inició el 1 de mayo a partir de los ataques aéreos sobre el aeródromo de Puerto Argentino y se extendió hasta el día 21 de mayo cuando se produjo el desembarco del enemigo en Puerto San Carlos. Durante ese período, la Infantería, sin poder actuar, debió padecer bombardeos incesantes de la aviación y la marina inglesas. A estos inconvenientes del combate, se fueron sumando otros ya vividos en las anteriores etapas, y algunos que se fueron originando como consecuencia de estos bombardeos que afectaron, fundamentalmente la logística, el descanso de la tropa y los desplazamientos.

Por último, la cuarta etapa –que abarca el período entre el 21 de mayo y el 14 de junio– comprendió el encarnizado enfrentamiento con el oponente, al cual se intentó detener con lo que se tenía a disposición. Es en esta etapa, también, cuando las bombas de la artillería terrestre y naval junto a la infatigable aviación castigaron con mayor crudeza las posiciones de los bravos infantes.

Durante los setenta y cuatro días que duró la campaña, la infantería ofrendó la sangre de 6 oficiales, 20 suboficiales y 115 soldados, que

pasaron a engrosar las filas de los héroes de la Patria. Y además, 28 oficiales, 83 suboficiales y 459 soldados heridos. Sin dejar de lado a los infantes que ofrendaron su vida piloteando helicópteros[1] o en el cumplimiento de misiones en el litoral marítimo continental[2].

Aunque algunos de los hechos relatados parezcan conocidos, creemos que el lector hallará datos de interés y sentirá la fuerza de un renovado mensaje. Por ello, esta recopilación de testimonios, recuerdos y acontecimientos quiere llegar a los infantes argentinos, con la esperanza de echar un poco de ilusión sobre el futuro, mediante la contemplación de lo que se hizo ayer.

---

[1] Capitán Roberto Mario Fiorito y teniente Marcos Antonio Fassio del Batallón de Aviación de Combate 601.

[2] Coronel Miguel Ángel Arévalo y teniente primero Roberto Remi Sosa del Comando del Vto Cuerpo de Ejército.

Advertencia al lector

En las referencias de autoría se ha mantenido el grado de los oficiales, suboficiales y soldados con el cual participaron en la campaña toda vez que su testimonio pertenece a la época inmediatamente posterior a la campaña. Los testimonios brindados en la actualidad tienen el grado alcanzado y la referencia de "veterano de guerra de Malvinas (VGM)" del autor.

En la redacción del texto se han empleado diferentes abreviaturas cuyo significado se incluye al final del libro.

Se observará que en la mención de lugares, se ha tratado de emplear los términos en castellano hasta donde fuera posible, caso contrario se ha mantenido el nombre en idioma inglés.

Las alturas de las elevaciones existentes en las islas se han expresado en metros, en este sentido debe tenerse presente que gran parte de la cartografía empleada durante la guerra era de origen británico y por ello esas cifras estaban expresadas en pies.

Parte 1

Preliminares

I

Malvinas, a 30 años

Una evaluación completa, rigurosa y veraz de un hecho histórico tan trascendente resulta un gran desafío treinta años después de ocurridos los acontecimientos. En gran parte, ello se debe a la falta de conocimiento fehaciente sobre los hechos, documentos y testimonios que aún permanecen ocultos a la fecha. Gran Bretaña ha sepultado por varias décadas más su información sensible.

Encontrar los puntos de contacto con la verdad de las distintas versiones hasta hoy conocidas es tarea ímproba, aun para los conocedores del conflicto. Queda al lector, con su libertad e inteligencia, la responsabilidad para juzgar lo referido. Solo conociendo la totalidad de lo expuesto, contrastando los testimonios y discerniendo por sí se podrá apreciar el valor de lo ocurrido y la conducta de quienes fueron sus protagonistas. Este pretende ser un aporte más, honesto y veraz, hasta donde nos fue dado el alcance de nuestro conocimiento sobre los hechos que influyeron el nivel táctico en la guerra.

La historia y la geografía mandan

Quizá nunca antes en la historia una fuerza terrestre argentina había enfrentado condiciones tan restrictivas para el cumplimiento de su misión y tan adversas para su supervivencia. Ni aún en los albores de la Patria, cuando en 1807 las tropas de Liniers debieron sostenerse defensivamente en Buenos Aires con el río a sus espaldas ante el ataque inglés, la situación pareció ser tan desfavorable. En aquella época, la ciudad colonial ofrecía una red de fortificaciones para apoyarse y por fin había un espacio circundante infinito para maniobrar aun en caso del peor contraste o para recibir refuerzos desde el interior. Después de

aquel episodio, todas las campañas militares argentinas, de la Independencia en el Alto Perú, en la Banda Oriental, en el Paraguay, en Chile y Perú, en la Guerra contra el Imperio del Brasil, en la Guerra contra la Confederación Peruano-Boliviana y en la Guerra del Paraguay, fueron de carácter ofensivo.

Dentro de esta concepción general, hubo numerosos momentos donde se debió ceder la iniciativa, y muchos también de derrotas y de desastres, como lo fueron Huaqui, Vilcapugio, Ayohuma, Rancagua, Sipe Sipe, Cancha Rayada, por citar algunos, pero siempre existió la capacidad para la retirada y la posibilidad de reconstruir las fuerzas en los amplios espacios continentales.

Explicarlo desde el punto de vista geográfico no resulta suficiente. Es cierto que al combatir en un archipiélago o en dos, considerando a las Georgias, o en tres, sí además incluimos las Sándwich, toda fuerza militar apostada en ellos estará naturalmente aislada. Separada de la masa continental por cientos o miles de kilómetros de mares que sólo son franqueables en buque o en avión. También resulta claro que el terreno de Malvinas es adverso para la maniobra como así también para la fortificación por la naturaleza del suelo blando o rocoso. Las características de la turba esponjosa de la que siempre mana agua, la carencia de vegetación para el ocultamiento y la ausencia de caminos consolidados son algunas de las piezas de un escenario que termina de componerse con la adversa y cambiante meteorología austral.

La infantería de la época

Desde comienzos de la década de 1980, el Ejército Argentino desarrollaba un plan de evolución orgánica denominado[1] "Objetivo orgánico de largo plazo 1980-2000", que contemplaba importantes cambios para la Infantería. La expectativa profesional y el esfuerzo de todos los niveles, al inicio del año militar 1982, era continuar avanzando en las transformaciones orgánicas, doctrinarias y educativas comprendidas en dicho plan. El Arma tenía activos veintiocho regimientos y dos compañías independientes de esquiadores de montaña. Cinco unidades se encontraban en proceso de mecanización[2], tres correspondían a la

---

[1] Boletín de Ejército N° 475, del 9 de enero de 1980.

[2] Unidades pertenecientes a las Brigadas de Infantería X y XI. Ver Consejo Superior del Arma de Infantería, *La Infantería Argentina. Testimonio de 200 años*, Buenos Aires, Edivérn, 2010, pp. 295 a 298.

especialidad aerotransportada, siete a la infantería de montaña, diez a la infantería motorizada y tres a la de monte.

Desde el punto de vista orgánico y de la renovación del material, la mecanización de las unidades era una de las transformaciones más importantes en ejecución. La Escuela de Infantería había recibido poco tiempo atrás cinco vehículos de combate TAM fabricados en el país con los cuales había iniciado el proceso para la elaboración de la doctrina específica. Además, los regimientos de infantería 3, 6 y 7, pertenecientes a la Brigada de Infantería X, habían comenzado a recibir el mismo tipo de vehículo.

En la jurisdicción de la Patagonia, los cambios se habían materializaron con la creación del Comando de la Brigada de Infantería XI en Río Gallegos, del Regimiento de Infantería 35 en Rospentek y del Regimiento de Infantería 37 en Río Mayo. Ello había generado nuevas relaciones de dependencia para las unidades emplazadas en las provincias de Chubut y Santa Cruz, y el inicio de la asignación gradual de personal y medios para completar las orgánicas de las nuevas unidades. Similar situación existía en el otro extremo del país con el Regimiento de Infantería 18, que había sido reactivado en el cuartel de San Javier, provincia de Misiones.

La incorporación de los soldados se realizaba conforme a lo dispuesto por la ley del servicio militar obligatorio. La clase sorteada se incorporaba a principios del año calendario y recibía la instrucción militar siguiendo un estricto programa de educación de tres períodos (individual, de aplicación y de ejercicios finales), que permitía disponer los conjuntos instruidos recién en los últimos meses del año, antes de pasar al período de receso en el cual se producía el licenciamiento parcial de la clase.

La instrucción correspondiente al año militar 1981 se había completado en todas las unidades con la ejecución de ejercicios finales y, en general, se había alcanzado un adecuado nivel de adiestramiento. Al finalizar aquel año, se había licenciado a gran parte de los soldados conscriptos de la clase 1962 y las unidades ejecutaron los cambios de destino de oficiales y suboficiales, los relevos de cargos y las tareas de mantenimiento anuales de los materiales e instalaciones.

En el verano de 1982, la masa de las unidades desarrollaba el período de instrucción individual de los jóvenes nacidos en el año 1963. En particular, el Ejército había ordenado a las unidades pertenecientes a la Brigada de Infantería III implementar un sistema experimental de incorporación trimestral y uno cuatrimestral, en forma exclusiva para el RI 4, de Monte Caseros. Ello se debía a la necesidad de subsanar la desventaja que implicaba disponer un reducido poder de combate entre

el final y el comienzo de cada año. En esos primeros meses, la marcha normal del adiestramiento se cumplía de acuerdo con las directivas de educación vigentes para toda la Fuerza.

En este contexto, la masa de la Infantería al igual que el resto del Ejército vivía una situación de relativa capacidad para encarar un conflicto clásico; así fue sorprendida por los acontecimientos del 2 de abril sin contar con equipamiento de última generación para enfrentarse de igual a igual con el adversario británico, y sin haber ejercitado y adaptado previamente a la tropa para enfrentar los rigores del invierno austral.

En los días que siguieron a la recuperación del archipiélago, un tercio del Arma representado por ocho regimientos y dos compañías de comandos tuvo el honor de participar de la campaña. A fines del mes de abril, la tropa bisoña de la clase 1963 y la reincorporada de la clase 1962 se encontró sin adaptación previa, con equipo y armamento incompleto,[3] cavando posiciones, en las alturas que posteriormente se convirtieron en la primera línea de combate. La ponderación de las situaciones vividas, la medida del esfuerzo realizado y el valor demostrado por el soldado argentino son difíciles de apreciar si no se evalúan todos los factores que lo llevaron al combate directo con un enemigo preparado en los mejores estándares de la época. A modo ilustrativo, vale transcribir palabras de un oficial superior de la época:

> "(...) No debemos, entonces, hacer un gran esfuerzo de imaginación para representarnos la situación de un jefe de regimiento, abocado como estaba en la instrucción de una nueva clase, al recibir, de pronto y abruptamente, la orden para alistarle y desplazarse en tiempo mínimo hacia la zona de combate con sus efectivos. Recuérdese que dicho jefe enseñaba a sus soldados las primeras técnicas de combate individual, los mentalizaba para integrarlos metódicamente a la nueva fracción de combate y buscaba su gradual perfeccionamiento físico y espiritual, a fin de enfrentarlos con las exigencias de la vida en campaña. Ese jefe de unidad aún sorprendido, quizás

[3] En lo referente al equipo, sólo los elementos de la IXna Brigada de Infantería disponían de vestuario adecuado para operar en la Patagonia, mientras que las unidades de las otras brigadas tenían el correspondiente al ambiente geográfico de su jurisdicción de paz. Antes de cruzar a las islas se proveyeron algunas prendas de invierno, como abrigos de duvet, cubrecabezas con pasamontañas y guantes. Ninguna unidad tenía mochila y por ello se debió cargar los efectos para campaña en los bolsones porta equipo.

todavía incrédulo, debió reorganizar de inmediato sus tropas, reasignar roles de combate, reacondicionar equipos, recibir personal de cuadros que quizás nunca habían estado a sus órdenes e integrarlos "al espíritu" de la unidad, incorporar los ciudadanos movilizados sin más tiempo para el más mínimo período de adaptación, justificar ante todos el porqué de cada cosa, organizar un plan de transporte para el cual casi no existían bases, y muchas, muchísimas otras responsabilidades e implicancias. No obstante todo lo que hemos mencionado a lo largo de estas reflexiones, las unidades de combate, expresión genuina del Ejército, hicieron lo ordenado en tiempo récord y marcharon y combatieron con estoicismo".[4]

---

[4] Coronel Francisco Cervo, "La recuperación militar de las Malvinas", *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*, Vol. 721, Buenos Aires, Círculo Militar, 1985, p. 53.

Análisis de los factores condicionantes para el empleo de las tropas durante la guerra

Por el Grl Br (R) VGM Sergio Fernández

Aun cuando existen resoluciones de orden militar, aspectos del reclutamiento, la instrucción, el equipamiento, la doctrina táctica y las técnicas de empleo de las fuerzas que determinaron su accionar en la campaña, los factores que impactaron sobre éstas como conjuntos, sobre sus comandantes y jefes y aun sobre cada uno de los combatientes individuales, fueron tantos y tan variados como pueda imaginarse. Por ello, presentaremos alguno de los factores que condicionaron el empleo de las tropas en el frente de combate en un orden cronológico conforme a los hechos que dieron lugar a distintas situaciones claramente definidas.

Los tiempos anteriores a marzo de 1982

Las decisiones y las acciones del enemigo: la defensa de las islas estaba confiada a un destacamento de Royal Marines apostado en Puerto Argentino y al buque auxiliar antártico HMS *Endurance* para patrullar toda la región.

Las decisiones y las acciones propias: la situación estratégica nacional en 1981 indicaba que a ese nivel de la conducción no se había contemplado la posibilidad de una guerra con Gran Bretaña en el Atlántico Sur. Por lo tanto, todas las estrategias sectoriales obedecían a ese imperativo. Las FF.AA., como parte componente de la estrategia militar, se correspondían con esa situación. El único documento que hacía referencia a tal hipótesis fue una apreciación de inteligencia estratégica elaborada por la Secretaría de Planeamiento de la Nación con anterioridad y que fue desconocida por los decisores y planificadores de 1982. Por lo tanto, ese documento no tuvo influencia en los hechos y su desconocimiento restó, seguramente, elementos de juicio a ambos niveles.

Las resoluciones para adoptar una política más activa en relación con el tema Malvinas, que incluyera una recuperación militar, fueron exclusivas de la Junta Militar que gobernaba el país en esa época. A mediados de diciembre de 1981, el comandante en jefe de la Armada

indicó al almirante Lombardo[5] que iniciara estudios sobre el tema en cuestión con sus comandantes subordinados. El 5 de enero de 1982 se ordenó formalmente la constitución de un comité de trabajo para estudiar el tema de un eventual empleo del poder militar para la recuperación de las islas.

A comienzos del año 1982 existía un claro y firme sentimiento de reclamo de soberanía por Malvinas y los otros archipiélagos, pero ninguna previsión a nivel nacional o militar y mucho menos operacional para el empleo del poder militar en su recuperación. Una eventual guerra con Gran Bretaña no existía ni siquiera como especulación intelectual entre quienes manejaban la información del conflicto. Mucho menos entre los integrantes de los escalones inferiores de las FF.AA.

Los efectos del ambiente geográfico: las comunicaciones con el continente y con el mundo exterior, por el puerto y el aeropuerto, eran los únicos accesos a Malvinas. La comunicación entre los establecimientos dentro de las islas se realizaba por mar y por aire, donde había pistas de tierra. En Georgias, los puertos de acceso eran los remanentes de las estaciones balleneras abandonadas. El Servicio Antártico Británico operaba una base, a punto de ser inactivada ese año, en King Edward Point, próxima a Grytviken. Las diferencias de interpretación de los procedimientos para el acceso a Georgias en base a los acuerdos bilaterales, a los usos y costumbres precedentes y a las comunicaciones inmediatas anteriores fueron la piedra del escándalo que utilizó Gran Bretaña para generar la crisis.

Del 2 al 30 de abril de 1982

Las decisiones y las acciones del enemigo: desde el 2 de abril se manifestó la decisión británica de defender y luego reconquistar las islas mediante el uso de la fuerza. El gobierno británico estaba decidido a obtener una victoria militar como medio para su supervivencia y para acrecentar su poder político interno y nada menos que eso le resultaba aceptable, tras el contraste y la humillación que significó su incapacidad para defender eficazmente las islas. Cualquier otro desenlace suponía una derrota política.

---

[5] Se desempeñaba como comandante de Operaciones Navales.

Gran Bretaña empleó una estrategia basada en el empleo del poder militar para restituir la situación anterior al 2 de abril, mientras que las negociaciones fueron un instrumento para ganar tiempo y aparentar flexibilidad ante la opinión pública propia e internacional. Queda claro que nada menos que una victoria militar le permitía cumplir su objetivo. Cualquier solución intermedia significaba un fracaso y por eso fue desechada durante todo el conflicto. Así actuó, en consecuencia.

Las decisiones y las acciones propias: el 2 y 3 de abril se concluía eficazmente, pese a sufrir bajas propias, con la toma de los objetivos fijados a las distintas fuerzas de tareas en Malvinas y Georgias. El planeamiento estratégico nacional no pasaba, en ese momento, de la directiva estudiada y redactada apresuradamente en marzo de 1982.

El planeamiento estratégico operacional del teatro de operaciones Malvinas no se tradujo en plan de campaña o de operaciones. Fue desarrollado en forma parcial, verbal o escrita en simultáneo con los planes de los elementos tácticos, durante los últimos días de marzo. La correspondencia entre los objetivos y los medios comprometidos fue suficiente para cumplir con la recuperación de las Islas Malvinas y Georgias en forma completa y con las particularidades impuestas por las reglas de empeñamiento ordenadas, tendientes a no producir bajas a las fuerzas británicas ni a la población civil. El costo fueron bajas propias en ambas operaciones, la pérdida de un helicóptero Puma y averías en una corbeta por fuego enemigo en Georgias, donde la relación de poder de combate no fue suficientemente contundente.

El fracaso de la acción diplomática argentina, por otra parte, no preparada para los hechos, que significó la Resolución de Naciones Unidas N° 502 del 3 de abril, invalidó la idea preconcebida de que la ocupación de las islas llevaría a Gran Bretaña a una mesa de negociaciones.

La seguridad de que Gran Bretaña reaccionaba militarmente, manifestada en la inmediata reunión de fuerzas terrestres, navales y aéreas, la formación de una Fuerza de Tarea y el despliegue hacia el Sur de importantes unidades de la flota motivó un cambio en las previsiones establecidas originalmente hasta el D+5. Se comenzó por reforzar las tropas empleadas inicialmente, desplegándose a las islas el Regimiento de Infantería 8 y un escuadrón de vehículos Panhard del Destacamento de Caballería de Exploración Blindado 181. La Armada ordenó el despliegue del Batallón de Infantería de Marina 5. A nadie escapaba el conocimiento de que las fuerzas que se emplazaban quedaban aisladas de todo refuerzo o posibilidad de retirada.

Las decisiones y las acciones de terceros: el apoyo dado a Gran Bretaña a través de la Resolución 502 de la ONU representó un golpe efectivo a la moral nacional. Desde allí en adelante, el enemigo contó con el apoyo de las naciones de la Comunidad Económica Europea para sancionar a la Argentina, con el de EE.UU. a través de una mediación parcial y luego, con la luz verde para accionar militarmente contra Argentina, y finalmente, con todo el apoyo material necesario de la OTAN para alterar la relación de fuerzas inicial en el nivel estratégico militar.

El uso de la base de Ascensión, la provisión irrestricta de combustible, de misiles aire-aire Sidewinder y de información satelital y electrónica significaron un incremento en las capacidades de combate del enemigo imposibles de contrarrestar.

Los efectos del ambiente geográfico: en este período se produjo el arribo de la masa de las fuerzas argentinas a Malvinas y el refuerzo de Georgias con el ARA *Santa Fe*. El impacto del factor geográfico como sensación de total aislamiento, unido a las dificultades que ofrecía el terreno para estructurar un dispositivo de defensa, tanto por su extensión como por su conformación, y las dificultades para la supervivencia de las tropas por las características del terreno y las adversas condiciones meteorológicas del Atlántico Sur se mostraron con toda claridad, preanunciando lo que restaba por venir.

Del inicio de las hostilidades en Malvinas hasta el desembarco británico

Las decisiones y las acciones del enemigo: las operaciones de las fuerzas británicas estuvieron encaminadas a obtener el control del mar y del aire previo al desembarco de sus fuerzas terrestres. Los ataques aéreos a los aeródromos de Puerto Argentino y Darwin el 1 de mayo y posteriores y la incursión al de Bahía Elefante el 14 de mayo tuvieron por objetivos los medios aéreos y las pistas existentes en Malvinas. Posiblemente la incursión que terminó con un helicóptero británico destruido en territorio chileno tenía por objetivo la mayor amenaza, materializada por los Super Etendard.

Las reacciones aéreas propias chocaron con un caza interceptor con ventajas de armamento y autonomía, y con una defensa antiaérea de los buques que sumó mayores bajas a los aviones y helicópteros propios.

El ataque al ARA *General Belgrano* fue posiblemente una acción de nivel estratégico nacional que apuntaba a sabotear el plan de paz de Perú, aceptado por la Argentina, más que a hundir una potencial amenaza en momentos en que ésta se retiraba de la acción. Por otra parte el efecto sobre la flota de mar fue contundente pues la obligó a retirarse del conflicto. En las acciones aéreas propias, el enemigo perdió dos de sus destructores gemelos con mayor capacidad antiaérea, el 4 y 12 de mayo, uno incendiado y hundido posteriormente, y otro seriamente averiado y retirado del TO. No obstante, persistió en el esfuerzo.

El hostigamiento a las posiciones en tierra comenzó el 1 de mayo y se extendió durante todo el período de las operaciones en forma variada en frecuencia e intensidad.

El enemigo dominó plenamente el mar en torno a Malvinas y aun entre las islas, como quedó demostrado con el disloque de las fuerzas destacadas en la Gran Malvina, que inicialmente fue sólo geográfico y al poco tiempo se transformó además, en táctico.

Las decisiones y las acciones propias: el 1 de mayo existió la posibilidad de una primera acción aeronaval entre las dos fuerzas de superficie y sus medios aéreos embarcados, que se frustró por la falta de viento para el despegue oportuno de los A4Q navales desde el portaaviones. Posteriormente, el comandante del TOAS ordenó el repliegue de la flota, cuando ésta se aprestaba para operar en las primeras luces del 2 de mayo.

Esa misma tarde fue torpedeado el ARA *General Belgrano*, lo que provocó la subsiguiente retirada de la flota argentina hacia la costa y su desaparición permanente del conflicto, aún cuando el 21 de mayo se configurara la oportunidad favorable prevista en el plan de campaña del 12 de abril, por hallarse el enemigo aferrado a tierra con buena parte de sus medios navales de combate y de transporte en el desembarco de fuerzas en San Carlos.

Los efectos del ambiente geográfico: el otoño en Malvinas proporcionó períodos de abundante lluvia, niebla y nubosidad. La acción aérea, única para abastecer, evacuar bajas y apoyar a la guarnición Malvinas se resintió duramente en este lapso, afectada por la meteorología adversa. En igual medida limitó las operaciones áreas del enemigo.

Desde el desembarco británico hasta el fin de las operaciones

Las decisiones y las acciones del enemigo: conquistada y consolidada su cabeza de playa el 21 de mayo, completó el desembarco de sus medios para la campaña terrestre. Con las fuerzas terrestres, el enemigo también adelantó a las islas parte de sus buques y su aviación para mantener la defensa de San Carlos, con lo que la presión de sus fuerzas sobre todo el dispositivo propio fue asfixiante a partir de entonces. El aislamiento de todas las posiciones fuera de Puerto Argentino se incrementó dramáticamente.

El salto siguiente fue el ataque a Darwin-Pradera del Ganso y la ocupación del cerro Kent entre el 27 y 29 de mayo. Esta acción neutralizó una eventual amenaza a su flanco derecho y ocupó o dominó la totalidad de la parte norte de la Isla Soledad, lo que permitió estrechar el cerco sobre Puerto Argentino.

Finalmente, se ejecutó el ataque terrestre a Puerto Argentino desde el Oeste, en dos fases, el 11 y 13 de junio, atacando en forma sucesiva el primero y segundo escalón de la defensa con el apoyo de todos sus medios de combate naval y aéreo. Las pérdidas experimentadas en este período por el enemigo en buques, aeronaves y personal no modificaron su determinación política ni su resolución operacional.

Las decisiones y las acciones propias: el desembarco en San Carlos representó la oportunidad decisiva para cambiar el curso de los acontecimientos. Se hizo un gran esfuerzo aéreo, aunque descoordinado. A partir del 21 de mayo el dominio del aire del enemigo sobre Malvinas se hizo mucho más efectivo, ante la necesidad de proteger su cabeza de playa y sus buques anclados en la bahía. Si bien no impidió que se produjeran incursiones aéreas propias, otras fueron evitadas y el costo pagado por alcanzar los blancos fue muy alto para la FAA y la aviación naval.

Tras el desembarco británico en San Carlos existieron órdenes y luego, propuestas para cambiar la dirección de las operaciones y tratar de retomar la iniciativa en tierra, pero ambas resultaron impracticables. El único desarrollo significativo de medios en la guerra fue la instalación de misiles Exocet navales en tierra en Puerto Argentino, eficazmente utilizada el 11 de junio. El único plan presentado y discutido después del TOAS del 12 de abril fue el elaborado por el Comando Conjunto Malvinas, rechazado el 10 de junio por el Comité Militar, por juzgarse imposible de realizar con los medios existentes. Los medios militares en las islas y en el continente estaban ya más allá del límite de sus posibilidades.

Las posiciones argentinas en tierra, primero en Darwin-Pradera del Ganso y luego en Puerto Argentino, pudieron operar al límite de sus capacidades materiales y por el tiempo en que éstas se lograron mantener.

En su conjunto, las tropas resistieron entre 30, las que menos, y 75 días, las que más, en posiciones precarias, a la intemperie del otoño austral, recibiendo fuego aéreo, naval y finalmente terrestre, enfrentando en el choque final al enemigo con bravura y determinación en duros combates nocturnos.

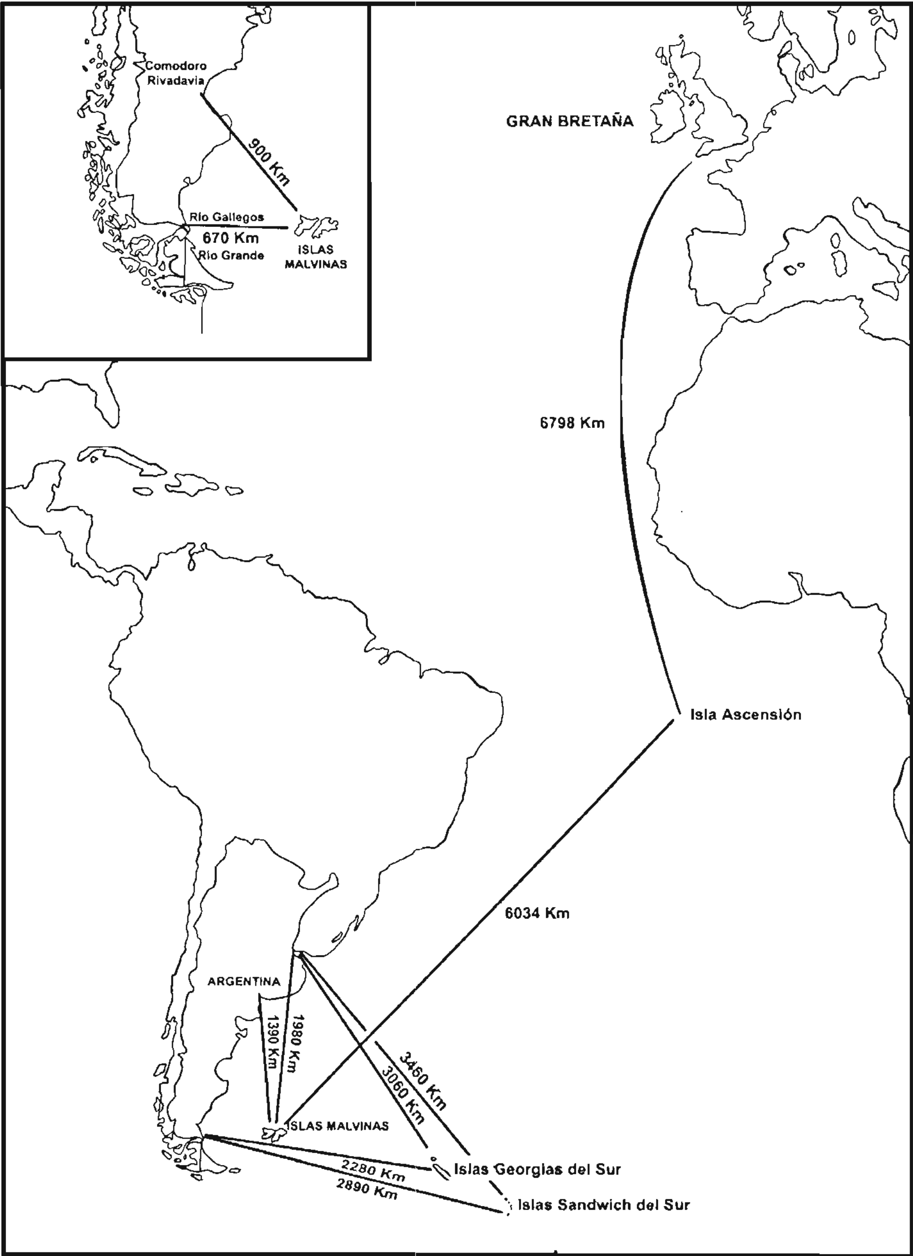
Cuando nada se hizo desde los niveles estratégicos superiores para lograr una victoria en el conflicto de Malvinas, haberla logrado en el campo de la táctica hubiera representado un milagro.

Las decisiones y las acciones de terceros: la Argentina solo recibió apoyo de Perú, que le vendió sobre el final de la guerra diez Mirage V, misiles SAM 7 y de otras fuentes, repuestos y munición, medios que no alteraron el balance de fuerzas hasta el final. En esta etapa se registró el último intento por detener el conflicto en el marco de la ONU, proponiéndose un alto el fuego. La iniciativa presentada por varios países fue vetada por Gran Bretaña y EE.UU. el 6 de junio; aunque tras la votación, la representante de EE.UU. recibió orden de cambiar su voto por el de abstención. El daño igual estaba hecho.

Finalmente, ya en pleno ataque británico a la capital de las islas, tuvo lugar el viaje de Su Santidad, Juan Pablo II a Buenos Aires. Algunos lo interpretaron como un gesto de compensación por el anterior y planificado viaje a Gran Bretaña de mayo y otros, como una presión adicional para finalizar la guerra ante un desenlace adverso en Puerto Argentino.

Los efectos del ambiente geográfico: el otoño austral dio paso a partir de fin de mayo a un clima invernal más riguroso, con nevadas y temperaturas extremas bajo cero. La prolongada exposición a la intemperie de los elementos terrestres propios afectó el estado psicofísico de los hombres y de los materiales, ocasionando una fuerte disminución de su rendimiento. En este sentido, en comparación, las tropas pertenecientes a la Br I III estuvieron expuestas a la intemperie el doble del tiempo que las británicas; las de la Br I X, dos veces y media más y las de la Br I IX, tres veces más.

Mapa Nº 1. Contexto geográfico general



II

Las fuerzas de infantería del teatro de operaciones Malvinas

La infantería en la Operación Rosario

El 19 de marzo de 1982, el jefe del Regimiento de Infantería 25 fue convocado a la ciudad de Comodoro Rivadavia para reunirse con su comandante de brigada y con el comandante del Vto Cuerpo de Ejército. Allí se le comunicó, bajo juramento de mantener el secreto, que la unidad integraría una fuerza de tarea conjunta para la reconquista de las Islas Malvinas. La orden impartida consistía en embarcar la Compañía C el día 27 de marzo a las 0930 horas en el puerto de Bahía Blanca con las siguientes misiones particulares: la 1ra sección de esa subunidad capturaría ileso al Gobernador en su residencia mediante una acción aeromóvil, la 2da y 3ra sección de la subunidad debían conquistar y consolidar los caseríos de Darwin-Pradera de Ganso mediante una operación anfibia y además, el resto de la unidad ejecutaría un aerodesembarco en el aeropuerto principal de las islas una vez que estuviera consolidado por los Comandos Anfibios de la Armada[1].

> "El 24 de marzo todos los oficiales del Regimiento de Infantería 25 recibimos la orden de concurrir a la sala de situación. Allí el jefe de regimiento nos pidió un juramento de silencio y acto seguido se nos informó que el regimiento había sido designado para participar en la recuperación de las Malvinas".[2]

---

[1] Testimonio del jefe del Regimiento de Infantería 25 en *Operación Rosario*, 3ra ed., Buenos Aires, Asociación de Infantes de Marina, 2006, pp. 336 a 340.

[2] Testimonio del coronel VGM Luis Fernando Bracht, en "Malvinas 30 años", periódico *Soldados*, Edición especial, Buenos Aires, abril de 2012, p.4.

Inicialmente denominada Operación Azul, la operación anfibia conjunta zarpó desde la Base Naval de Puerto Belgrano para recuperar las islas el 1 de abril de 1982, con la difícil consigna de no provocar bajas en las tropas enemigas. Durante la travesía, en la noche del 30 de marzo, se desataron vientos que ocasionaron problemas en la flota. En el buque *Irízar* se soltó el enganche del helicóptero Puma de la Aviación de Ejército, causando su inutilización. Este contratiempo afectó el inicio del desembarco y alteró las misiones de los elementos terrestres. Las dificultades que causaba el temporal motivaron que la operación cambiara su denominación por la de Rosario, tal como ha testimoniado su comandante:

> "El mal tiempo se mantenía y los buques que conformaban la Fuerza de Tareas Anfibia habían sido obligados a dispersarse buscando los mejores rumbos para capear el temporal. Fue entonces, en esos momentos de incertidumbre, en que el entonces jefe del Regimiento de Infantería 25, se dirigió al comandante de la Infantería de Marina, a cargo de la Fuerza que desembarcaría en las playas malvinenses, para expresarle su deseo de que el nombre de la operación se cambiara a 'Operación Rosario' como homenaje a la Virgen del Rosario. De así hacerlo, el oficial del Ejército que formaba parte de la Fuerza de Desembarco con una porción de su unidad, indicó que la Virgen obraría para que el mal tiempo se alejara de la zona de operaciones".[3]

La demora ocasionó la pérdida de la sorpresa. Al no disponerse del helicóptero para ejecutar el asalto aeromóvil sobre la casa del gobernador británico, la 3ra sección recibió una tarea diferente de la original, consistente en la conquista del aeropuerto como vanguardia de la fuerza de desembarco. La finalidad de esta acción era asegurar el desembarco aerotransportado del resto de la unidad, que se encontraba en espera en Comodoro Rivadavia. La misión original de esa sección consistía en ejecutar una operación aeromóvil para conquistar la residencia del gobernador británico de las islas y capturarlo ileso.

En el amanecer del 2 de abril, la fuerza de desembarco inició las operaciones. Pasadas las 0630 horas, los primeros cinco vehículos que

---

[3] *Operación Rosario,* cap. IV, 3ra ed., Buenos Aires, Asociación de Infantes de Marina, 2006, p. 100.

transportaban a la 3ra sección y al jefe de la unidad alcanzaron la playa en la costa norte de la península del aeropuerto, sin encontrar resistencia.

A las 0730 horas el jefe del Regimiento 25 informó al comandante de la Fuerza, que el aeropuerto estaba asegurado y preparado para el desembarque del escalón aéreo. A partir de las 0830 horas, aterrizaron los C-130 Hércules de la Fuerza Aérea con el grueso del Regimiento de Infantería 25.

Un primer dispositivo se estructuró con el RI 25 en posiciones ubicadas en la península que comprendía al aeropuerto, los alrededores de la localidad y la primera línea de alturas. La Compañía C fue transportada en el buque *Bahía Paraíso* para ocupar el istmo de Darwin-Pradera del Ganso el 4 de abril.

Finalizada exitosamente la Operación Rosario, en cumplimiento del plan inicial, el 3 de abril reembarcó de regreso al continente el Batallón de Infantería de Marina 2 y permaneció en las islas el componente del Ejército constituido por el Regimiento de Infantería 25, la Compañía de Ingenieros 9, la Compañía de Policía Militar 181 y una fracción del Batallón de Comunicaciones 181. Los elementos de comando pertenecían al Vto Cuerpo de Ejército Vto Cuerpo de Ejército y la IXna Brigada de Infantería y tenían como comandante al general de brigada Américo Daher.

Las fuerzas mencionadas se distribuyeron conformando un primer dispositivo, en posiciones ubicadas en la península que comprendían al aeropuerto, los alrededores de la localidad y la primera línea de alturas. La Compañía C fue transportada en el buque *Bahía Paraíso* para ocupar el istmo de Darwin-Pradera del Ganso el 4 de abril. La Compañía de Ingenieros 9 fue transportada para ocupar el establecimiento de Bahía Zorro, ubicado en la Isla Gran Malvina, el 5 de abril a la tarde. La Compañía de Policía Militar 181 permaneció en Puerto Argentino para garantizar la seguridad y el orden público. Este primer contingente no tenía elementos de artillería de campaña ni de defensa aérea, ni helicópteros para reconocimiento, transporte de tropas o para realizar el apoyo logístico, lo cual exigió grandes esfuerzos de la tropa debido a la falta de caminos y las dificultades para transitar a campo traviesa de los escasos vehículos a rueda disponibles.

La recuperación de nuestras Islas Malvinas

Por el Grl Br Héctor Raúl Madina

"El 25 de marzo, el comandante del Vto Cuerpo de Ejército, que había tenido el honor de haber sido designado comandante del Teatro de Operaciones Malvinas, impartió la orden de ejecutar el plan de operaciones. El 26 de marzo, una importante fuerza naval argentina, que estaba integrada por infantes del Ejército Argentino, abandonó Puerto Belgrano bajo la apariencia de disponerse a realizar unas maniobras con la flota uruguaya. Sin embargo, dirigieron sus pasos hacia las Islas Malvinas.

El día 30 del mismo mes, la inteligencia británica notificó al gobernador Rex Hunt que se trataba de una amenaza real y que se esperaba la invasión para el día 2 de abril. Hunt reunió a sus pocas tropas y les encomendó la defensa de las islas. En la mañana del 1 de abril, las tropas británicas asentadas en las islas, apagaron el faro e inutilizaron el aeropuerto local y sus radiobalizas. Ese mismo día, el comandante del TO Malvinas, debido a las malas condiciones meteorológicas existentes, postergó un día la operación de desembarco, fijando como día "D" el 2 de abril y como hora "H" las 06:00 horas. La maniobra resultó exitosa, ya que hubo solamente una débil resistencia, la cual se tradujo en tres bajas propias, aunque no se infringió ninguna baja al enemigo, tal como lo establecieron los criterios operacionales impuestos por el escalón superior. El cese del fuego y la rendición del gobernador Hunt se formalizaron a las 09:15 horas, ante el comandante del TO Malvinas. Luego de 149 años, la bandera nacional se izaba en Puerto Argentino como símbolo de soberanía nacional".

Alistamiento y emplazamiento de las unidades de Infantería que participaron de la campaña

El Comando de la Brigada de Infantería IX dispuso información anticipada sobre la Operación Rosario cuando uno de sus elementos dependientes fue designado para participar en ella. Eso posibilitó que el jefe del RI 8 tuviera alguna información desde el 25 de marzo; sin embargo, el carácter secreto de la operación impidió la difusión al resto de sus elementos subordinados.

La evolución desfavorable de la situación política estratégica que se suscitó pocos días después llevó a la Junta Militar a cambiar con urgencia los planes iniciales y a ordenar el refuerzo de la guarnición de Malvinas en forma improvisada. En consecuencia, el Comando del Vto Cuerpo de Ejército ordenó el inmediato traslado del RI 8 y la Armada el del BIM 5, unidades que arribaron el 6 de abril.

El 7 de abril, día en que se puso en funciones al gobernador militar de las islas, el general Américo Daher ordenó cambios en el emplazamiento de los elementos disponibles. Por ello, el BIM 5 fue emplazado en los cerros Tumbledown y Sapper Hill y el RI 25 redujo su zona de responsabilidad al aeropuerto y el sur de la localidad, mientras que el RI 8 fue trasladado a Bahía del Zorro.

Simultáneamente, comenzaron a llegar los helicópteros del Batallón de Aviación de Combate 601, dos Chinook que disponían de suficiente autonomía de vuelo y hacían el cruce volando directamente desde Comodoro Rivadavia, cinco helicópteros Puma embarcados hasta alcanzar su límite de autonomía, nueve UH-1H y tres Augusta transportados en aviones C-130 de la FAA. Estos medios comenzaron a operar inmediatamente, aun superando la escasez de combustible y las restricciones para el vuelo nocturno. También arribó la Compañía B del RI 6, que se constituyó como elemento de reserva aeromóvil de la posición Puerto Argentino.

Dispositivo de defensa a partir del 7 de abril

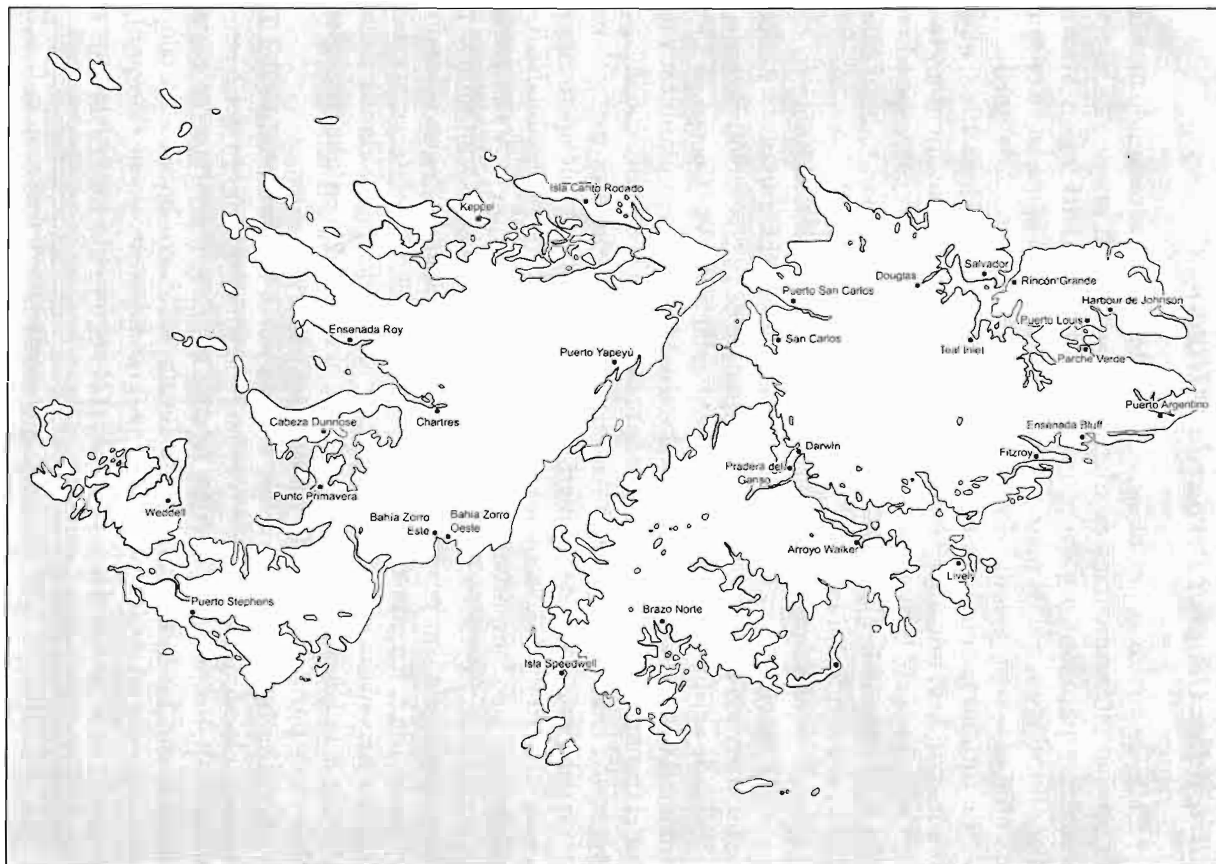
Al no cumplirse los supuestos de la Operación Rosario, el Comando Brigada de Infantería IX se trasladó al archipiélago; el 7 de abril su comandante impartió la orden de operaciones para la defensa, que en síntesis expresaba:

- Defender el territorio insular recientemente ocupado para rechazar todo intento ofensivo por parte de Gran Bretaña, mediante un despliegue que le permitiera asegurar su presencia y permanencia en ambas islas del archipiélago.
- Organizar un sistema de puntos fuertes, con el RI 25 y BIM 5 en Puerto Argentino, con el RI 8 reforzado con la Ca Ing 9, en Bahía del Zorro y con la Compañía C del RI 25, en Darwin-Pradera del Ganso.
- Mantener como reservas una compañía aeromóvil para ser empleada en ambas islas y un escuadrón con vehículos blindados para ser empleado en Puerto Argentino.
- Apoyar la operación con medios aéreos desplegados en Comodoro Rivadavia y Río Gallegos y una escuadrilla de aviones Pucará en Malvinas; artillería de campaña del GA 3 y una batería del BIM5; artillería de defensa aérea brindada por el B ADA IM y la Ba ADA; apoyo de ingenieros proporcionado por la Agrupación Ingenieros Anfibios 601 y la Compañía Ingenieros de IM.

El 9 de abril, el comandante del Teatro de Operaciones Atlántico Sur, de visita en Puerto Argentino, aprobó lo actuado hasta ese momento y adelantó que se estaba preparando un plan de campaña esquemático. En esa oportunidad les preguntó al gobernador militar y al comandante de la IXna Brigada de Infantería si consideraban contar con una brigada más y estos le contestaron que era necesario conocer el plan de campaña para luego estudiar un posible empleo. Además, se hicieron consideraciones sobre logística, movilidad y espacios; hasta el momento, el apoyo logístico, en particular de alimentos, se recibía diariamente por avión, salvo el inicial recibido por el RI 25 y la Ca Ing 9, con lo cual el nivel de autonomía era precario, además, la falta de cocinas dificultaba la cocción de la comida.

El terreno fue aprovechado de acuerdo con sus características y con la capacidad que se atribuía al enemigo. La apreciación de ambos factores resultó en la necesidad de dominar la costa al sudoeste, sur y sudeste de Puerto Argentino, adquiriendo especial importancia para ello los cerros Sapper Hill de 138 metros, William de 213 metros, Tumledown de 229 metros, Harriet de 274 metros, Dos Hermanas de 204 metros y 304 metros, Wall de 213 metros y Challenger de 335 metros. También se consideraron de importancia las alturas de Courtley Hill de 30 metros, Wireless Ridge de 90 metros, cerro Longdon de 168 metros y las alturas de Mary Hill en la península del aeropuerto para controlar las avenidas de aproximación desde el noroeste, norte y noreste.

Mapa Nº 2. Islas Malvinas



Unidades de la Brigada de Infantería IX

Regimiento de Infantería 8 "Brigadier General Bernardo O'Higgins"

El 25 de marzo, el jefe de este elemento recibió la orden de mantener la unidad en condiciones de alistamiento para su empleo en el litoral marítimo patagónico y eventualmente relevar al RI 25 en Malvinas. Por ello, al igual que el resto de las unidades de la brigada, se encontraba alistada en su asiento de paz aquella mañana del 2 de abril.

La unidad poseía la mitad de los soldados de la clase 1962, que había instruido el año anterior, organizados en un destacamento, y la otra mitad había sido licenciado conforme a las directivas correspondientes. Los soldados de la clase 1963 incorporados a la unidad habían completado para esa fecha la etapa básica de instrucción.

Desde su alistamiento y hasta el 4 de abril, el RI 8 se había reorganizado y preparado para cumplir con la primera misión impuesta y además, había apoyado a las unidades participantes de la Operación Rosario.

El 4 de abril a las 1700 horas, el comandante del Vto Cuerpo de Ejército ordenó el empleo del elemento para lo cual debía alistarse, planificar y ejecutar el transporte aéreo, estableciendo los acuerdos necesarios con la Brigada Aérea IX. Una vez en Puerto Argentino recibiría órdenes particulares de parte del comandante de las fuerzas terrestres del teatro de operaciones.

La unidad inició el movimiento aéreo a las 1100 horas del día 5, cruzando con las Compañías A, B y Comando al completo, y con parte de la subunidad Servicios. En el cuartel permaneció la Compañía C para ser completada con personal de cuadros movilizados y con soldados de la clase 1962. En cuatro días de puente aéreo completó su traslado a Puerto Argentino con el sesenta por ciento de sus soldados pertenecientes a la clase 1963 y el resto a la clase 1962, con abastecimientos generales para quince días y munición para siete días.

A pocas horas de su arribo, el 7 de abril, el comandante del TOM impartió la siguiente orden: trasladar la unidad a Bahía del Zorro empleando helicópteros y el ARA *Isla de los Estados* y hacerse cargo de su defensa. La margen oeste de Bahía del Zorro había sido ocupada sin oposición el día 5 por ciento treinta hombres de la Compañía de Ingenieros 9. Entre el 9 y 14 de abril el regimiento fue trasladado para cumplir con la misión ordenada.

La constitución definitiva del dispositivo de defensa de la fuerza de tarea se alcanzó a fines del mes de abril, con las siguientes relaciones de comando y medios:

- Posición *Verde* en Bahía Zorro Oeste, a cargo del segundo jefe del RI 8, mayor Carlos Hidalgo Garzón.
- Posición *Topo* en Bahía del Zorro Este, a cargo del mayor Minorini Lima. Contaba con los efectivos de la Compañía de Ingenieros 9 reforzada con dos morteros pesados y tres cañones sin retroceso de calibre 105 milímetros.
- Reserva: la Compañía C al mando del capitán Godoy Guevara en Bahía del Zorro Oeste.

Durante la campaña, el RI 8 dependió en forma sucesiva del Comando de la Brigada de Infantería IX, entre el 4 y el 14 de abril, de la Brigada de Infantería X del 14 al 21 de abril y de la Agrupación Litoral desde el 21 de abril hasta el final de las operaciones.

Cuadro de efectivos del RI 8

Grado	Personal
Oficiales	38
Suboficiales	118
Soldados	644
Total	800

Regimiento de Infantería 25

El 26 de marzo, como primer paso a los eventos que le tocaría protagonizar, se creó la Compañía de Infantería C, al mando del teniente primero Carlos Esteban y conformada por la sección Bote al mando del teniente Roberto Estévez, la sección Romeo a cargo del subteniente Juan Gómez Centurión y la sección Gato que estaba a órdenes del subteniente Roberto Reyes.

El RI 25 participó en la Operación Rosario y tras ella se hizo cargo de la seguridad de Puerto Argentino. El 4 de abril entregó el control de la localidad a la Compañía de Policía Militar 181 y ocupó posiciones para proteger el sector sureste del aeropuerto con la Compañía A y la península de éste con la Compañía B.

Al conformarse la Agrupación Litoral, la Compañía C pasó a depender de ella, mientras el grueso de la unidad permaneció con la Agrupa-

ción Puerto Argentino ocupando un dispositivo para proteger el aeropuerto de las islas.

Cuadro de efectivos del RI 25

Grado	Personal
Oficiales	**41**
Suboficiales	**112**
Soldados	**528**
Total	**681**

Unidades de la Brigada de Infantería Mecanizada X

El 3 de abril, el comandante de la brigada ordenó el acuartelamiento de todas las unidades, tres días después se recibieron órdenes para alistar y enviar una compañía del RI 6 a las islas. El día 7 se ordenó a los jefes de elementos preparar la convocatoria de los soldados de la clase 1962, que por haber cumplido su tiempo de servicios habían recibido la baja del servicio. En los niveles inferiores de mando, se extremaron los esfuerzos porque gran parte de la tropa que cruzó a Malvinas estaba licenciada desde hacía varios meses. En cuarenta y ocho horas se reunió a más de la mitad de los ex conscriptos que estaban en sus domicilios.

Así mientras se organizaban con premura las fracciones para partir, se licenciaba a los que se estaban instruyendo. La urgencia con la que se debió actuar no dio tiempo a capacitar, aunque fuese ligeramente, a los recién reincorporados. Es digno de destacar el espíritu que impulsó a los ciudadanos que se presentaron espontáneamente en una muestra del sentir patriótico que despertaba la gesta antes de recibir la cédula de llamada. El 9 de abril se recibió la orden de alistar de inmediato a todas las unidades para ser trasladadas a Malvinas.

Regimiento de Infantería Mecanizado 3 "General Manuel Belgrano"

El 2 de abril, la unidad se encontraba haciendo instrucción en el terreno en un campo próximo a Ezeiza, cuando tomó conocimiento

por radios comerciales de la recuperación de las islas, lo que produjo gran regocijo. Temprano, el día siguiente, el regimiento realizó una formación especial y posteriormente, continuó con las actividades programadas.

El 9 de abril a las 0230 horas el JR recibió en su carpa la orden del comandante de brigada para convocar a los soldados clase 1962, que habían sido dados de baja a fines del año anterior (el 50% del efectivo) y preparar la unidad para trasladarse a Malvinas en el lapso de dos días. De inmediato se levantó el vivac y se marchó al cuartel en La Tablada, a cuarenta kilómetros de distancia, donde se organizó y equipó a la unidad. Los puestos de 134 soldados de la clase 1962 que no se presentaron inmediatamente fueron cubiertos por soldados de la clase 1963 en funciones de servicio y apoyo.

En la madrugada del 11 de abril se inició el transporte aéreo de la unidad a la capital del archipiélago. Es digno de considerar el alistamiento del regimiento, que cuarenta y ocho horas después de recibir la orden en el campo de instrucción, partió a las islas tras reemplazar a la tropa de la clase nueva por la de la vieja, la mitad de la cual había sido dada de baja, organizarla y equiparla.

En Puerto Argentino se desconocía el arribo de la unidad. Nadie la esperaba en el aeropuerto. Hubo que recurrir a un jeep de la FAA que pasaba por las cercanías para enterarse dónde quedaba la localidad y la sede del comando. El comandante de la IXna Brigada de Infantería manifestó que no había ninguna previsión para recibir la unidad, ni para proporcionarle racionamiento y alojamiento. Desde el aeropuerto, todo el personal marchó a pie los diez kilómetros que distaban de la localidad. El 13 de abril pasado el mediodía se reunió la totalidad de la unidad, que fue transportada en cinco vuelos. Para el racionamiento, debió depender de medios prestados por el RI 25 y el COL hasta que la llegada del buque *Formosa* nueve días después le permitió recibir algunos vehículos orgánicos.

El día 13 se efectuaron reconocimientos por parte de la jefatura y de los jefes de subunidades[4] en helicóptero y el 14 a la mañana estos fueron completados en forma terrestre.

El sector asignado era de forma un tanto irregular. Tenía unos nueve kilómetros de frente, por lo que la unidad estaba sobreextendida, tomando en cuenta que la doctrina considera tres kilómetros

---

[4] Se desempeñaron como jefe de la Compañía A, el capitán Rubén Zunino; de la Compañía B, el teniente primero Miguel Delledone; de la Compañía C, el capitán Ramón Varela; de la Compañía Servicios, el teniente primero Augusto Buraschi.

un frente normal. Como cuestión particular, el flanco oeste abarcaba el cerro Sapper Hill, una altura destacada y considerable, en la cual se había posicionado ya una subunidad del BIM 5. Esta se interponía entre el puesto de comando de la unidad y la Compañía C, que ocupaba las alturas más al oeste del cerro mencionado. Planteada la irregularidad al comando, se decidió dejar las cosas como estaban, con motivo de la premura que se vivía. Ello llevaría a que durante la fase de ejecución de la defensa, la Compañía C se agregara al BIM 5, por cuanto de hecho estaba en el dispositivo de esa unidad de la Armada.

El 16 de abril, el JR recibió la orden de operaciones de parte de su comandante de brigada. En ella quedó clara la impresión de que el enemigo podía atacar desde cualquier dirección, preferentemente desde el mar mediante una operación anfibia. En ese sentido quedó claro que el regimiento formaba parte del esfuerzo principal de la defensa, cometido compartido con el RI 6 y el RI 25 y parcialmente con el BIM 5.

El mismo día a las 2030 horas la orden impartida a los jefes de subunidad disponía que:

- En la primera línea se ubicaran la Compañía B, la sección exploración y la Compañía C. Como hemos dicho, esta última prácticamente insertada en el dispositivo del BIM 5, en las estribaciones al oeste del Sapper Hill.
- La Compañía A se constituyera como reserva, a retaguardia de la B y C. Esta subunidad era la fracción más próxima a Puerto Argentino, de allí la importancia de su ubicación como elemento de defensa de la localidad.
- Las armas pesadas, morteros pesados y cañones sin retroceso, se ubicaran a retaguardia de las compañías de 1ra línea, apuntando hacia la playa, dirección desde la cual se esperaba el ataque británico.
- La compañía servicios se ubicaría a retaguardia del dispositivo, lo más próxima posible a la senda que permitía el tránsito hacia las fuentes de abastecimiento cercanas al aeropuerto y a Puerto Argentino.
- El puesto comando de la unidad se instalara en un pequeño galpón, último de las estribaciones de la localidad, que estaba en la zona de reserva del regimiento.

Cuadro de efectivos del RI Mec 3

Grado	Personal
Oficiales	30
Suboficiales	127
Soldados	773
Total	930

En el Sector Oro

Por el Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 3

"Estando toda la unidad en su emplazamiento definitivo, se incrementaron las tareas de perfeccionamiento de las posiciones y el mejoramiento de los pozos que constituían para el infante su lugar de estar y futura protección contra los fuegos del enemigo. Como no se contó con materiales para reforzar las posiciones, porque no había ni madera ni otro tipo de material, a los pocos días de iniciadas las obras ya estaban terminadas sin mayores posibilidades para su mejoramiento. El criterio fue que durante el tiempo que siguió se agregaran refuerzos a los albergues individuales para hacerlos más seguros y cómodos. Nada de esto fue posible; los pozos de zorro, que compartían entre dos hombres, con el paso del tiempo no sólo no mejoraban, sino que se deterioraban por el efecto de la humedad que emanaba del suelo y por las lluvias que a partir del mes de mayo obligaron a rehacer los parapetos diariamente.

Una gran parte del regimiento quedó al pie del cerro Sapper Hill por cuyas laderas escurría la humedad de lluvias y continuas lloviznas. Esto influyó negativamente pues cuando empezó a llover a partir de mayo los pozos de zorro se convirtieron en un charco de agua y ocasionó que la ropa estuviera húmeda en forma constante. Por ello, la tropa permanecía habitualmente fuera de los pozos hasta escuchar el estampido de boca de los cañones de las naves enemigas que indicaba el peligro de ser batido por el fuego enemigo. Hubo un agravante, los paños de carpa dejaron de ser impermeables y se humedecieron las colchonetas. Así, las noches se hacían interminables."

Regimiento de Infantería Mecanizado 6 "General Viamonte"

El 2 de abril de 1982, la unidad se encontraba cumpliendo las exigencias de la etapa básica de adiestramiento, a los conscriptos de la

clase 1963 en un vivac instalado en la zona de Olivera, a quince kilómetros de su asiento de paz de Mercedes, provincia de Buenos Aires.

Los soldados de la clase anterior, que ya habían obtenido una baja parcial en noviembre de 1981, compartían sus tareas entre el cuartel y el vivac en Olivera. Se trataba de ciudadanos oriundos, en su mayoría, de los partidos próximos a esta ciudad del oeste bonaerense, los que habían realizado un adiestramiento militar caracterizado por numerosas salidas al terreno.

Con las primeras luces del citado día, los integrantes del regimiento, aún en sus carpas, tomaron conocimiento por noticias radiales del desembarco de fuerzas argentinas en Malvinas. Téngase en cuenta el efecto de la noticia, máxime cuando en el vivac no se disponía de teléfono para confirmar o averiguar datos precisos acerca de lo ocurrido.

A partir de ese momento todo sucedió vertiginosamente: concurrencia al cuartel de Mercedes del jefe de la unidad, comunicación con el comandante de la Brigada X, quien se encontraba en materia de información en situación similar y pedidos de la población para que la banda de música se trasladara a la plaza principal a la que concurría la gente para exteriorizar su alegría por lo ocurrido.

El 5 de abril el jefe del regimiento debió concurrir al Comando en Jefe del Ejército, a fin de proporcionar información relacionada con la capacitación de la unidad y sus dotaciones. Desde ese momento, ya se presentía que podía recibir alguna misión relacionada con lo acontecido.

El 7 de abril, el jefe del regimiento asistió a una reunión ordenada por el comandante del Ier Cuerpo de Ejército[5]. Durante su transcurso, se le ordenó al RI 6 preparar una compañía de infantería para que, trasladada a Malvinas, actuara como reserva aeromóvil mediante la puesta en apoyo de los correspondientes helicópteros. La subunidad fue organizada sobre la base de la Compañía B y completó sus efectivos con soldados y cuadros de otras subunidades, en razón del licenciamiento parcial de la clase que ya se había producido.

Dos días después se recibió la orden de preparar la unidad al completo, para trasladarse a las islas junto con la totalidad de la brigada, excepto su grupo de artillería. Para ello se había dispuesto la convocatoria del personal de la clase 1962, cuyos integrantes se encontraban reintegrados a la vida ciudadana desde el mes de noviembre. La inme-

---

[5] También participaron el Cte Br I X, Cte Br C Bl I y el jefe del Regimiento de Caballería de Tanques 8.

diata presentación de estos jóvenes, que respondieron aun sin recibir el llamado, constituyó un verdadero ejemplo de civismo. Los efectivos asignados a la Compañía B no fueron modificados, en virtud de que ya se encontraban equipados y organizados.

Desde esta oportunidad y hasta la partida, se realizaron múltiples actividades logísticas, entre ella, el envío de dos comisiones que viajaron en barcos mercantes. La primera comisión portaba la munición para la Compañía B, mientras que la segunda llevaba seis jeeps livianos, material pesado (aguateros, cocina, etc.) y la munición restante.

La unidad poseía un depósito de movilización con material nuevo para equipar un regimiento de infantería de movilización pero sólo fue autorizada a extraer los efectos imprescindibles para completar lo faltante. Por ello, a último momento debió retirarse, bajo una lluvia torrencial, parte del equipo y armamento portátil que disponían los soldados recientemente incorporados en el vivac de Olivera.

Momentos antes de la partida, el 11 de abril, el comando de la brigada comunicó que una compañía del Regimiento de Infantería 1 "Patricios" embarcaría en El Palomar, agregada a la unidad como la tercer subunidad de maniobra.

El 12 de abril en horas de la tarde, el primer escalón embarcó en El Palomar con destino a Río Gallegos, en aviones pertenecientes a Aerolíneas Argentinas. Desde esa ciudad, en aeronaves de menor porte de dicha empresa, fue trasladado a Malvinas. Finalmente, dicho escalón arribó a la Isla Soledad, aproximadamente a las 0530 horas del 13 de abril. Pese al carácter secreto de la partida, medida esencial de contrainteligencia, mucha gente, en especial familiares de cuadros y tropa, esperaron la salida de la columna en la puerta del cuartel.

Doblegado el impacto del arribo, el comando de brigada impartió la orden, que imponía al regimiento la defensa de la localidad de Puerto Argentino. Para ello, la compañía de Patricios debía ser agregada al RI 25, que ocupaba el sector este, incluyendo el aeropuerto. La Compañía B operaría bajo el control directo del referido comando al oeste de Puerto Argentino como reserva[6], mientras que la sección Morteros Pesados debía ser agregada al RI 3. Se le agregaban ciento veinte hombres de la Agrupación de Ingenieros Puerto Argentino y de la Compañía de Policía Militar 181.

---

[6] El 20 de abril, el mayor Oscar Ramón Jaimet, oficial de operaciones de la unidad se hizo cargo de la reserva, quedando la subunidad a sus órdenes.

Una semana después, el 21 de abril, debido a modificaciones en el dispositivo de defensa de Puerto Argentino, el regimiento recibió la orden de ocupar parte de un sector que defendía el RI 25, al sureste de esta localidad. Debió devolver los efectivos que no le eran propios y recibir nuevamente la compañía de Patricios que pasó a denominarse Compañía C y la sección morteros pesados, menos un grupo morteros que continuó agregado al RI 3.

En síntesis, la misión imponía defender un amplio sector para impedir su ocupación por parte del enemigo, organizando una posición sobreextendida con puntos de apoyo a fin de ejecutar la defensa en los trescientos sesenta grados.

Cuadro de efectivos del RI Mec 6 (reforzado)

<table>
<tr><th>Elemento</th><th>Oficiales</th><th>Suboficiales</th><th>Soldados</th></tr>
<tr><td>RI 6</td><td>25</td><td>105</td><td>432</td></tr>
<tr><td>A / RI 1</td><td>5</td><td>22</td><td>161</td></tr>
<tr><td rowspan="2">Total</td><td>30</td><td>127</td><td>593</td></tr>
<tr><td colspan="3">750 hombres</td></tr>
</table>

Sector Acero

Por el Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 6

"Hasta el 30 de abril la actividad estuvo dirigida a la preparación de la posición, al planeamiento de contraataques y la instalación de obstáculos a cargo de fracciones de ingenieros. Todo ello, sin duda, resultaba bastante dificultoso, debido a la ausencia de material de fortificación y particularmente, por el tipo de terreno que se anegaba a pocos centímetros de excavación por el agua que fluía hacia superficie. A lo expresado, debe agregarse una pertinaz llovizna, que demandaba de las tropas una continua tarea para desagotar los pozos y resistir con la ropa y el calzado siempre húmedo."

Regimiento de Infantería Mecanizado 7 "Coronel Pedro Conde"

El RI 7 se encontraba el 2 de abril en la zona de Ezeiza, a sesenta kilómetros de su cuartel de La Plata. El 9 de abril, el jefe de unidad recibió la orden de convocar a los soldados clase 1962 que habían sido dados de baja en diciembre anterior, con los cuales se completó el rol de combate de la unidad en los días subsiguientes. La información disponible sobre que el destino final de la unidad sería Malvinas permitió tomar algunas previsiones para mejorar la capacidad logística, de comunicaciones y de materiales para el reforzamiento en el terreno.

El 13 de abril, la unidad inició el traslado a Malvinas por modo aéreo, organizado por dos escalones. Cada escalón incluyó al personal, armamento individual y bolsones con el equipo de campaña. El primer escalón arribó al aeropuerto de Puerto Argentino el día 14 de abril a las seis de la mañana. Inmediatamente inició una marcha a pie transportando el material y equipo individual, hasta alcanzar una zona de alojamiento próxima a Moody Brook, distante siete kilómetros y bajo adversas condiciones climáticas. El 15 de abril arribó el resto del personal, completándose el total de los efectivos del regimiento. Por varios días el BIM 5 proporcionó una cocina de campaña para hacer la comida hasta que se tuvo el apoyo del Batallón Logístico 9.

El día 15 de abril recibió la orden de la brigada de realizar el reconocimiento de la zona del terreno asignado como responsabilidad del regimiento, para organizar una posición de defensa. El espacio del terreno por defender abarcaba un frente aproximado de doce kilómetros por dos a tres kilómetros de profundidad. Las características salientes eran una altura importante de 168 metros en cerro Longdon y lomadas de 70 a 80 metros en Wireless Ridge. Se elaboró una orden de operaciones escrita para organizar puntos de apoyo fortificados en las alturas mencionadas.

La marcha a pie desde Puerto Argentino para alcanzar Longdon y Wireless Ridge exigió grandes esfuerzos a la tropa por cuanto había escasez de vehículos y helicópteros para trasladar el equipo pesado. Así, el RI 7 se fue emplazando en aquellas alturas con sus bolsones, armas, munición y material a brazo. Luego, la construcción de fortificaciones de campaña, abrigos y refugios chocó contra la gran cantidad de rocas y la turba que facilitaba las filtraciones de agua y el anegamiento de los pozos.

A partir del 17 de abril se inició la organización y ocupación metódica de cada uno de los subsectores en que se dividió el terreno que se tenía que defender. En el concepto de la operación, inicialmente se estableció como reserva del regimiento a la Compañía C, ubicándola en las alturas próximas a Wireless Ridge, para emplearla ofensivamente a orden, cuando la situación así lo requiriera. Pero por una orden de la brigada, la Compañía C tuvo que ser fraccionada y distribuida en el terreno entre las compañías A y B, quedando en consecuencia como reserva una sección de tiradores.

Quedaron importantes espacios sin poder emplazar tropas que fueron cubiertos con el cruzamiento de los fuegos de las armas automáticas, con el apoyo de las armas pesadas y con previsiones para el empleo de fracciones de reserva.

Cuadro de efectivos del RI Mec 7

Grado	Personal
Oficiales	25
Suboficiales	131
Soldados	670
Total	826

Unidades de la Brigada de Infantería III

Cuando el comandante de esta gran unidad de combate tomó conocimiento de la recuperación de las Malvinas, ordenó inicialmente conformar una Fuerza de Tarea con subunidades de los diferentes elementos, que fue disuelta posteriormente cuando se ordenó marchar con todas sus unidades dependientes hacia la Patagonia para ser agregadas al Vto Cuerpo de Ejército.

El alistamiento y traslado de hombres y materiales a la zona de concentración inicial ubicada en Comodoro Rivadavia significó un gran esfuerzo de coordinaciones y largos movimientos terrestres para completar la reunión en condiciones muy satisfactorias el 17 de abril. No cabe duda de que su personal se encontraba fatigado por los esfuerzos realizados desde su partida.

El 11 de abril, se les asignó la responsabilidad de asegurar el litoral marítimo entre Trelew y Puerto Deseado. Simultáneamente, el RI 4 debía agregarse a la Brigada XI en la provincia de Santa Cruz y el

GA 3 fue destacado a las islas. El 19 abril en plena ejecución de esas órdenes, el comandante recibió la nueva misión de desplazarse hasta el extremo sur del territorio nacional para establecer una posición defensiva en el sector de El Zurdo, Cancha Carrera y Río Turbio.

A tres días del cambio de misión, cuando se habían comenzado a implementar las primeras medidas y varios escalones con personal y medios habían partido hacia el extremo Sur, surgió un nuevo y sustancial cambio, la brigada completa sería empeñada en Malvinas.

> "El sólo pensar en la forma como el comando de la brigada y sus unidades, pudieron planificar e iniciar la ejecución de misiones tan variadas en amplio espacio, poco tiempo y modificaciones orgánicas implícitas, resulta un hecho complejo".[7]

Regimiento de Infantería 4

El RI 4 estaba integrado por soldados conscriptos oriundos de las provincias de Corrientes, Chaco, Formosa y Misiones que nunca se habían alejado de la zona donde habían nacido, lo cual dificultó inicialmente su adaptación a las condiciones climáticas australes.

En noviembre del año anterior se había producido la baja de un cuarto de la clase 1962. Para el año militar 1982, la unidad tenía ordenado implementar en forma experimental un sistema de incorporación cuatrimestral con los conscriptos de la clase 1963. El primer contingente de esa clase fue incorporado a principios de febrero y realizó un período de instrucción básica hasta el 23 de marzo, tras lo cual los soldados salieron con unos días de licencia.

Al tomarse conocimiento de la recuperación de las Islas Malvinas, una inmensa alegría se manifestó en cuadros y tropa. Lo mismo ocurrió en toda la población de Monte Caseros, que colmó la plaza frente a la Municipalidad en un acto de festejo patriótico con participación de efectivos del regimiento y su banda. Simultáneamente, se convocó a los soldados de baja y licenciados, la gran mayoría de los cuales efectuó su presentación antes de recibir la cédula de llamada.

La primera orden que recibió el regimiento fue preparar una compañía de tiradores para integrar una fuerza de tarea que se conformaría con sus pares de la Br I III. Sin embargo, el 5 de abril a la noche se

---

[7] Coronel Francisco Cervo, "La recuperación militar de las Malvinas", *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*, Vol. 721, Buenos Aires, Círculo Militar, 1985.

recibió la orden preparatoria para el traslado de la unidad completa hacia la Patagonia.

Esta unidad estaba organizada con una estructura tipo B, es decir, con una compañía comando, dos compañías de infantería, compañía servicios, sección destinos y banda militar. La orden recibida le imponía remontar la organización según el tipo A, para lo cual se conformó la Compañía C, recurriéndose a la redistribución de soldados de la clase 1962 y de la 1963.

El 11 y 12 de abril, partió por ferrocarril el material pesado de la unidad a órdenes del oficial logístico, desembarcó en la localidad de Río Colorado y desde allí siguió en una marcha administrativa hasta Comodoro Rivadavia.

El 15 de abril partió a órdenes del segundo JR el personal con su equipo y armamento individual, en tren hasta Paraná, desde donde fue trasportado en avión a Comodoro Rivadavia.

Durante los movimientos de la unidad, el 13 de abril el JR con los otros oficiales de su plana mayor se trasladaron por avión a Comodoro Rivadavia, donde recibieron la orden de agregarse a la Br I XI. El 14 de abril, el JR se presentó en Río Gallegos al comandante de la brigada y recibió la orden de proporcionar la seguridad estratégica operacional en el litoral marítimo. Con la decisión de establecer el puesto de comando en la localidad de Puerto San Julián, el 15 y 16 de abril, efectuó los reconocimientos y acuerdos y presentó su informe al comandante de la brigada acompañado por su plana mayor. El 17 de abril, el JR regresó a Comodoro Rivadavia, donde se reunió con todo el personal de la unidad, que había llegado de acuerdo con lo planificado. El 18 de abril llegó a esa ciudad el primer escalón motorizado. El 20 de abril llegó a Comodoro Rivadavia el segundo escalón motorizado. Los días 21 y 22 de abril estos escalones iniciaron la marcha a Río Gallegos.

El 23 de abril se recibió la orden de reintegrarse a la Br I III y prepararse para trasladarse a Malvinas. Esta orden fue recibida con algarabía por todos los integrantes de la unidad. El JR contrató ómnibus para trasportar al personal a Río Gallegos, pero el comandante del Teatro de Operaciones Sur no lo autorizó por razones de seguridad y ordenó el movimiento por vía aérea. El JR se presentó en la base aérea, donde se le comunicó que el personal sería trasladado directamente a Puerto Argentino. El JR se negó a ser transportado sin su material pesado y ante su insistencia, se accedió a llevar el personal a Río Gallegos, para desde allí pasar a las islas con su material. El 25 de abril se efectuó este movimiento. El 26 de abril la unidad preparó las cargas para el cruce a las islas.

En la madrugada del 27 llegó el primer avión con personal a Puerto Argentino, los días siguientes y hasta el 30 de abril cruzó el resto del personal con todo el armamento pesado y gran cantidad de munición, equipos y doce vehículos. El material que no pudo cruzar quedó en Río Gallegos a cargo del jefe de la compañía servicios.

El 28 de abril a primera hora se recibió la orden de ocupar una zona de reunión en el cerro Wall. La marcha a pie que siguió fue dura porque se debió llevar sobre los hombros el bolsón con el equipo individual debido a la carencia de mochilas. La Compañía A permaneció a órdenes del comandante de la Agrupación para proporcionar seguridad en la costa Norte de la península de Freycinet, en forma similar, una sección de tiradores de la Compañía B fue destacada como elemento de seguridad para la sede del Gobierno Militar en la localidad. También se segregó la sección antitanque al RI 5 y una ametralladora mediana con su dotación para reforzar la tripulación del barco *Monsumen*, que era empleado como transporte naval entre las islas. En reemplazo de estas fracciones, se recibieron dos secciones de la compañía comando y servicios de la IIIra Brigada, con personal armado exclusivamente con fusil y pistola ametralladora modelo PAM calibre 9 milímetros.

Dos días después de arribada a las estribaciones del cerro Wall, la unidad fue destacada a Puerto Howard pero el traslado fue anulado como consecuencia del comienzo de los bombardeos aéreos a Puerto Argentino y el riesgo que existía en el cruce a la Gran Malvina.

Cuadro de efectivos del RI 4

Grado	Personal
Oficiales	41
Suboficiales	140
Soldados	497
Total	678

Regimiento de Infantería 5

La mañana del 2 de abril esta unidad fue sorprendida por la noticia de la reconquista de las Malvinas en su cuartel de Paso de los Libres. Inmediatamente, se adoptaron acciones preventivas para el caso de un alistamiento. En los días subsiguientes se ordenó preparar una fuerza de tarea y también la convocatoria a un cuarto de la clase 1962, que se

encontraba de baja. La respuesta fue impresionante porque hasta se presentaron muchos ex soldados de la clase 1961, de los que se aceptó a un grupo reducido de cabos de reserva.

Al finalizar la primera semana, la unidad estaba completa y alistada en medios para cumplir cualquier orden que se impartiera. La orden inicial estableció que debía desplazarse hacia Comodoro Rivadavia. El desplazamiento se efectuaría de dos maneras. Por vía aérea, la masa del personal con armamento portátil y munición individual, con una ración de combate. El embarque se efectuaría en la ciudad de Paraná, donde se trasladaría por tren desde Paso de los Libres. La segunda sería por vía terrestre. La primera parte se haría embarcando la compañía servicios por ferrocarril, desde Paso de los Libres hasta Carmen de Patagones y desde allí en vehículos propios hasta Comodoro Rivadavia. De esta forma se transportarían las armas pesadas,[8] las cuatro cocinas, los cuatro carros aguateros de la unidad, el material de la sección sanidad, el vestuario de repuesto para todo el personal del regimiento movilizado y las carpas grandes para depósitos.

El 13 de abril la unidad partió por ferrocarril hacia Paraná y ese mismo día se embarcó en aviones de la Fuerza Aérea Argentina hacia Comodoro Rivadavia. Lo más destacado del viaje aéreo fueron los frecuentes gritos sapucay que salían de las gargantas de los jóvenes oriundos del litoral que nunca habían viajado en avión, cuando los sorprendían pozos de aire; era la forma de darse aliento ante algo desconocido para ellos. La columna terrestre salió al día siguiente y arribó al destino final el 17 de abril.

El 18 abril el Regimiento 5 fue agregado a la IXna Brigada con la misión de dar seguridad y defender las zonas vitales del complejo petrolero establecido a lo largo del litoral marítimo con una extensión de veinte kilómetros en el golfo San Jorge, desde Caleta Córdoba hasta Rada Tilly.

El día 21 se recibió una nueva orden del Comando de la IXna Brigada de cesar en la función de seguridad en la zona petrolera –donde sería relevado por el Liceo Militar General Roca– y replegar los efectivos al cuartel del Regimiento 8, para estar preparados para cumplir una misión de seguridad en el continente. Esta misión no llegó a cumplirse porque el 22 de abril se recibió la orden de pasar a depender nuevamente del Comando de la IIIra Brigada para el traslado a las

[8] Cuatro morteros pesados de 120 milímetros, nueve cañones sin retroceso de 105 milímetros, seis morteros de 81 milímetros y la munición correspondiente para estas armas.

Islas Malvinas. Este se haría por vía aérea con los mismos efectivos que se había llegado de ese modo desde Paraná, y se previó que la compañía servicios reuniera el armamento pesado, las cocinas y aguateros, la munición y los vehículos, para ser embarcados y transportados en el buque *Córdoba* desde Puerto Deseado, adonde se trasladarían en vehículos propios hasta Puerto Argentino.

Aquel día, el personal llegó a Puerto Argentino y vivaqueó en proximidades del aeropuerto hasta el 25 de abril, cuando se recibió la orden de ocupar y defender la zona de Puerto Howard en la Gran Malvina a partir del día siguiente. El jefe de unidad, relató de esta manera la preparación de sus nuevas posiciones:

> "Realizamos un reconocimiento a pie junto con el oficial de operaciones, el mayor Garde, y mi ayudante, el teniente Santiago Cadelago. Tardamos cerca de cinco horas en el reconocimiento y en la graficación del sistema defensivo. La operación consistía en una defensa de zona sostenida por tres puntos de apoyo en 360 grados alrededor de la pequeña localidad; cada punto de apoyo sería ocupado por una compañía de infantería con la A al sur, la B al oeste y la C al norte. En el centro del dispositivo ocuparían posiciones la sección morteros pesados, la de cañones sin retroceso, la de exploración, la de comunicaciones desplegando sus medios y operando el puesto de comando de la unidad y el puesto de socorro".

Cuadro de efectivos del RI 5

Grado	Personal
Oficiales	37
Suboficiales	147
Soldados	663
Total	847

Arribo a Puerto Yapeyú[9]

Por el Jefe del Regimiento de Infantería 5

"El RI 5 se desplazó a Puerto Yapeyú empleando helicópteros y el buque *Monsunen*. El 29 de abril la masa de las fracciones habían ocupado sus posiciones y estaban listas para cumplir con la misión de defender la posición, salvo la sección morteros pesados, cañones sin retroceso, ametralladoras antiaéreas y cada una de las secciones morteros de las tres subunidades de infantería cuyas piezas debían ser transportadas por vía marítima por el buque *Córdoba*. Ante las angustiosas consultas efectuadas al Comando de la Br I III, se supo que el buque había retornado a Puerto Deseado, debido a la presencia de submarinos enemigos que amenazaban su libre navegación hacia las Malvinas. La situación privaba a la unidad de todas las armas de apoyo de fuego, lo que disminuía sensiblemente el poder de combate del regimiento. Ante ello, el comando de brigada dispuso transferir de las otras unidades de infantería que le dependían armas de este tipo, hasta completar entre el 50 y el 60 por ciento de las que corresponden por dotación. Con respecto a las tres cocinas rodantes y tres carros aguateros, solamente llegó una cocina rodante; ante esta delicada disponibilidad de medios, el suscripto ordenó vaciar y limpiar tres tanques de combustible para su empleo como cocinas en las compañías de infantería. Al principio la comida salía con un poco de gusto a gas oil, pero con el tiempo fue desapareciendo o con el hambre nos fuimos acostumbrando. El tema del agua se solucionó acarreando con cilindros de veinte litros el agua de los pozos naturales. Bajo esta situación de disponibilidad restringida de medios de combate y logísticos, la unidad se dispuso a cumplir con la misión asignada.

A las dificultades del clima, el terreno y las carencias en el equipamiento había que agregar la inexistencia de la cadena de abastecimiento cortada por el bloqueo aéreo y naval que duró todo el conflicto. Otro serio problema empezó a agudizarse con el tiempo y fue también consecuencia del bloqueo total del enemigo, el corte de abastecimiento de víveres secos. El 3 de mayo en horas de la tarde arribó el buque *Forest* y descargó víveres para veinte días. Esta fue la última provisión que se recibió y con la cual se alimentó al personal durante otros veinte días. Otra dificultad de la vida en las posiciones era el tiempo de cocción de los alimentos. Dos cosas conspiraban contra ello: el tipo de combustible disponible, que era únicamente la turba, pues no había maderas y los cercos había desaparecido en pocos días (este vegetal propio de la zona, produce muy bajas calorías) y el otro inconveniente era el fuerte viento, que no permitía un fuego potente. Así, hacer cordero hervido llevaba entre cuatro a cinco horas, las que tenían que ser de día, y como en la zona se disponía de seis a siete horas de luz; ello significaba que solo se podía cocinar una vez al día. Esto que a lo lejos parece una nimiedad constituía una de mis grandes preocupaciones diarias."

---

[9] Puerto Howard fue bautizado Yapeyú por pedido del Regimiento de Infantería 5.

Regimiento de Infantería 12 "General Arenales"

La situación del Regimiento 12 y los acontecimientos que se desarrollaron a partir del 2 de abril fueron similares a los vividos por los otros regimientos hermanos de la IIIra Brigada de Infantería. La unidad completa se dirigió inicialmente hacia Comodoro Rivadavia donde recibió la misión de trasladarse hacia el sur del territorio continental. Cuando la marcha motorizada había alcanzado la localidad de Comandante Luis Piedrabuena, en la provincia de Santa Cruz, se recibió inesperadamente la orden para el cruce a las islas.

Habiendo arribado sin el material pesado, inmediatamente recibió la orden de marchar a pie una distancia de 80 kilómetros para ocupar una posición en la zona de Darwin. El movimiento se realizó con apoyo de camiones y a partir del día 27 con helicópteros para el transporte de personal.

El 30 de abril comenzó la preparación de las posiciones con materiales de circunstancia por la carencia de útiles de zapa, veintiún días después arribaron los últimos efectivos desde Puerto Argentino.

La Compañía B fue segregada de la unidad y permaneció en el cerro Kent como reserva de la posición de Puerto Argentino. En Darwin le fueron agregadas una sección del RI 8, un grupo de ingenieros y tres piezas del GA 4. Las múltiples tareas ordenadas consistían en desempeñarse como reserva helitransportada del Comando Conjunto Malvinas, empleo ante eventuales desembarco del enemigo en playas no cubiertas, asegurar el istmo, dar seguridad adicional a la base aérea Cóndor y efectuar el control de la población local en ese lugar. En la práctica, estas tareas se limitaron a defender el istmo de Darwin.

> "El RI 12 debió marchar a pie varios kilómetros y hacer una marcha vaivén en vehículos hasta el pie del cerro Wall, donde vivaqueó mientras era transportado lentamente en helicópteros por la Fuerza Aérea. El traslado de personal se completó recién el 21 de mayo. Todo ello motivó el retraso en la organización de la posición que no pudo contar con sus morteros pesados. Además una compañía de tiradores debió quedar en las alturas deKent para aumentar las reservas de la posición Puerto Argentino."
>
> Jefe del Regimiento de Infantería 12

Cuadro de efectivos del RI 12

Grado	Personal
Oficiales	33
Suboficiales	105
Soldados	595
Total	733

Compañías de Comandos

Los comandos fueron considerados desde sus comienzos como una especialidad absolutamente afín al Arma pues nacieron y crecieron en el ámbito de la Escuela de Infantería. En la campaña fueron empeñadas dos subunidades movilizadas, que estuvieron integradas exclusivamente por oficiales y suboficiales que poseían la aptitud o que tenían algún tipo de capacitación especial acorde con el empleo operacional. Cabe destacar que en conjunto con los Comandos del Ejército actuó el Escuadrón Alacrán de Gendarmería Nacional integrado por cuarenta y dos efectivos, que arribó a las islas el 28 de mayo.

Compañía de Comandos 601

El 5 de abril de 1982 se ordenó la constitución de esta subunidad sobre la base de los efectivos oficiales y suboficiales que poseían la especialidad. El elemento fue organizado con una jefatura y plana mayor, tres secciones de asalto y una sección servicios, con un efectivo de sesenta y cuatro oficiales y suboficiales.

Luego de un período de preparación en el cuartel de la Escuela de Infantería en Campo de Mayo, la subunidad arribó a Puerto Argentino por vía aérea en la tarde del 27 de abril. Pocos días después, el 30 de abril, las tres secciones de asalto se desplazaron a sus respectivos puntos de embarque para iniciar el primer movimiento en helicópteros hacia sus objetivos. Esas primeras misiones se dirigieron hacia los lugares más probables de desembarco en el sector norte de la Isla Soledad.

La 1ra sección, hacia el faro ubicado al este del aeropuerto con la tarea de desactivarlo, para después dirigirse hacia estancia House y

Green Patch para establecer una emboscada en previsión de posibles desembarcos de miembros de las fuerzas especiales británicas.

La 2da sección, hacia la Estación Aeronaval Calderón, en la Isla Borbón, para proseguir hacia la Isla de los Remolinos, para un control del establecimiento y búsqueda de un eventual transmisor que se comunicaba con la flota británica.

La 3ra sección, hacia el establecimiento Fitz Roy para controlar dicho caserío y la costa próxima.

Compañía de Comandos 602

El 22 de mayo se impartieron las órdenes para la convocatoria del personal y la movilización de la Compañía de Comandos 602. La subunidad conformada por sesenta y cuatro cuadros, que en su mayoría poseían la aptitud especial, se organizó a similitud de la 601, con tres secciones de asalto, una de servicios y una de emboscada antiaérea equipada con misiles Blowpipe.

Luego de escasos seis días de acelerada preparación, la subunidad efectuó el 27 de mayo el cruce vía aérea a las islas a bordo de un Hércules C-130, en vísperas del ataque británico a Pradera del Ganso. Esta subunidad fue empeñada en operaciones sin mayor aclimatación a partir del 29 de mayo, inicialmente la 1ra sección fue helitransportada hacia la zona del cerro Simón, la 2da fue trasladada a la zona de Bluff Cove Peak y la 3ra desembarcó de sus helicópteros al pie del cerro Kent.

Preludio de la batalla terrestre

> "En un mapa chico se hace una figura y parece que es fácil llegar a cualquier lugar de las islas. Sobre el terreno se percibe que miden 250 kilómetros de Este a Oeste y algo más de 100 kilómetros de Norte a Sur, que la superficie es de 11.600 kilómetros cuadrados y que de desarrollo de costas hay aproximadamente 4.000 kilómetros, de los cuales más del sesenta por ciento corresponden a las dos islas principales."[10]

---

[10] Turolo, Carlos (h), *Malvinas, testimonio de su gobernador*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983, p. 100.

El 11 de abril comenzó el arribo de la Xma Brigada de Infantería. El general Oscar Jofre, comandante de dicha gran unidad, fue designado comandante de las fuerzas terrestres[11] e inició con su estado mayor tareas de reconocimiento sobre la base del concepto de operación elaborado por el general Américo Daher.

Rectificaciones del dispositivo de defensa a partir del 15 de abril

El 15 de abril, el comandante de la Agrupación Ejército Malvinas impartió una orden de operaciones cuya misión era "(...) defender a partir de que el enemigo inicie las operaciones, los sectores Puerto de las Islas Malvinas, Darwin-Pradera del Ganso y Bahía del Zorro, para contener, desarticular, rechazar y aniquilar cualquier forma de ataque terrestre, a fin de impedir la recuperación de las islas por parte de Gran Bretaña (...)".

La operación mantuvo el concepto de ocupar y organizar puntos fuertes. Esta orden dispuso la siguiente distribución de fuerzas:

En el Puerto Argentino:
Sector Cobre: RI 25
Sector Oro: RI Mec 3
Sector Bronce: BIM 5
Sector Plata: RI Mec 7
Sector Acero: RI Mec 6
Reserva helitransportada: Compañía B del RI 6 y Esc Expl C Bl 10 (a pie).
Reserva blindada: Blindados Panhard pertenecientes al Esc Expl C Bl 10.
En Bahía del Zorro (sector Uranio) se mantuvo al RI 8.
En Darwin-Pradera del Ganso, denominado sector Plomo, la C/RI 25.

El plan[12]

La operación consistía en organizar una defensa de zona con puntos fuertes apoyados entre sí, con reservas locales para contraatacar

[11] El 11 de abril el Comando de la IXna Brigada fue relevado en el ejercicio del comando de las fuerzas terrestres en la isla por el Comando de la Xma Brigada de Infantería Mecanizada.

[12] Extracto del *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, Tomo I: Desarrollo de los Acontecimientos, Buenos Aires, 1983.

en cada uno de ellos y, a disposición del comandante de la Agrupación, una reserva aeromóvil en condiciones de ser empeñada en cualquiera de los sectores y una reserva de vehículos de combate de exploración blindados a rueda, en condiciones de ser empeñados en el sector de Puerto Argentino. Todo ello complementado con fuegos antitanques, de artillería de campaña, aéreos y de defensa aérea, interceptaciones sobre costas, avenidas de aproximación y lugares aptos para el desembarco aeromóvil.

Asimismo, se preveía destacar patrullas aeromóviles desde Bahía del Zorro y Puerto Argentino, por lapsos no mayores de 24 horas, para ejecutar el control, censo y registro de la población y demostrar la presencia efectiva de las fuerzas argentinas en toda la extensión del archipiélago.

La operación comenzó a desarrollarse para cumplir una primera fase de preparación durante la cual se finalizó el planeamiento, los contraataques en cada sector, la coordinación de los apoyos de fuego, la selección de las zonas de reunión de las reservas y la ejecución de prácticas de tiro. La segunda fase, desde 21 de abril, comprendía la detección temprana del enemigo, la ejecución de la defensa aérea activa y pasiva, el combate por el fuego al desembarco y la ejecución de la defensa por fracciones autosuficientes.

La capacidad asignada al enemigo de atacar desde cualquier dirección exigió adoptar un dispositivo orientado hacia los 360° para proteger el objetivo estratégico operacional con la siguiente distribución de fuerzas:

- El esfuerzo principal del dispositivo defensivo estaba orientado hacia el Sur-Sudeste, materializado por los sectores de RI 25, del RI 3, y del BIM 5. El esfuerzo secundario, materializado por el sector del RI 7, cubría la avenida de aproximación que se iniciaba en la playa Uranio, el extremo oeste de Bahía de la Anunciación al norte de Puerto Argentino.
- La reserva aeromóvil, constituida por una compañía del RI 6, ocupaba una zona de reunión al oeste de las alturas de Dos Hermanas, preparada para su empleo sobre la península del aeropuerto, sobre la costa al sudeste de Puerto Argentino, entre Hookers Point y Lake Point o en el sector de Darwin-Pradera de Ganso. La reserva constituida por el Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 10 y las dos secciones de vehículos Panhard se encontraba en una zona de reunión próxima al hipódromo, para ser empeñada sobre la costa al sudoeste, sur o sudeste de Puerto Argentino o sobre las alturas al noroeste de la localidad.

El bloqueo aeronaval inglés a las islas, a partir del 12 de abril, abortó el arribo de un buque con vehículos, armamento y material de diverso tipo, además de combustible, alimentos y vestuario de reposición, ocasionando serios problemas de índole logística.

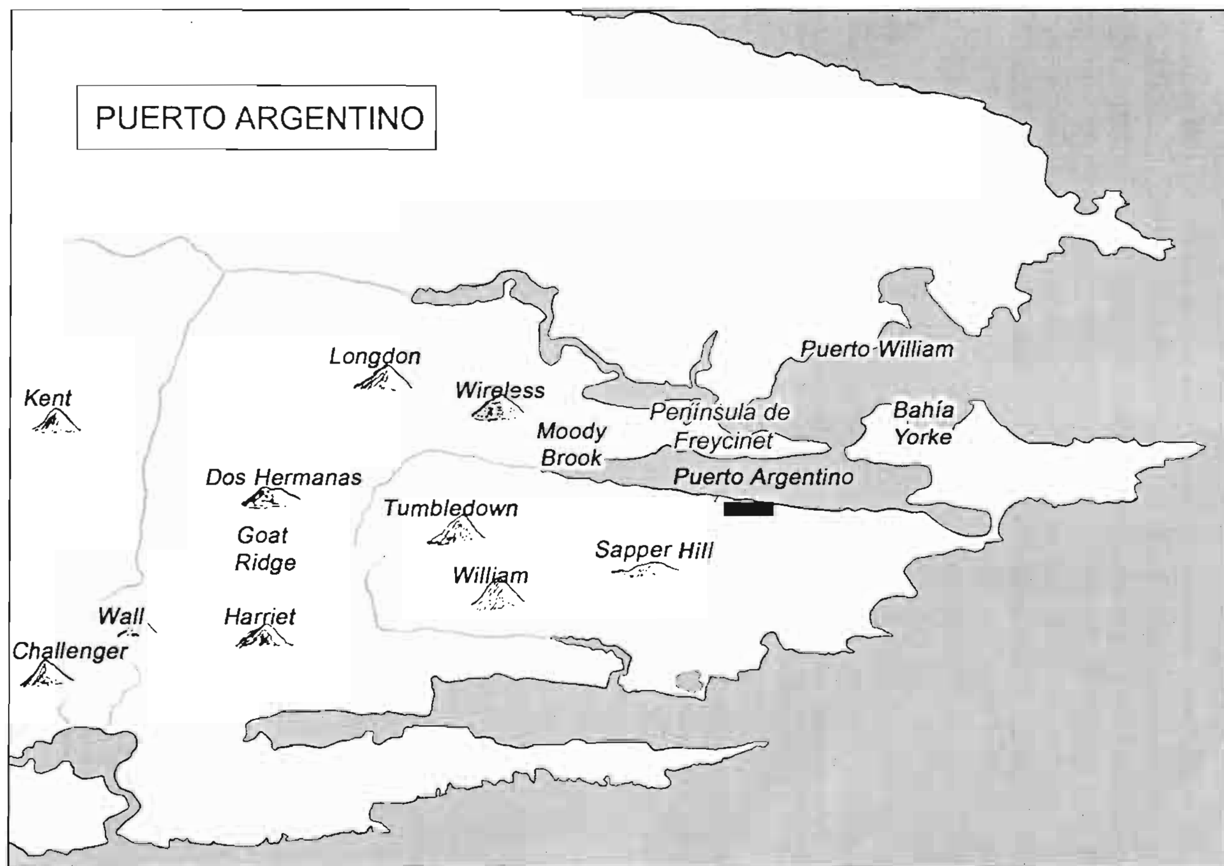
El 14 de abril visitó las islas el jefe del Estado Mayor General del Ejército, a quien se le solicitó el envío de tropas comando, de personal para organizar el estado mayor del Comando de la Guarnición Malvinas y también la normalización del apoyo logístico. Días después se le solicitó al comandante en jefe de la Armada minas para obstaculizar la boca de ingreso del estrecho de San Carlos, ya que las únicas doce existentes se habían sembrado frente a Puerto Argentino. La respuesta de aquel fue negativa pues no se disponía de ese material en el continente.

El 20 de abril, el comandante de Agrupación impartió una orden complementaria para reestructurar parcialmente el dispositivo de la defensa; por ella, el RI 25 quedó circunscripto a la defensa de la península del aeropuerto. Entre ese elemento y el límite Este del RI 3, se emplazaba al RI 6, que cubriría por los fuegos la bahía interior de la localidad y la costa entre Hookers Point y Eliza Cove. Además, se reforzó Darwin con una sección del RI 8, una sección del GADA 601 y un grupo de ingenieros, para dar mayor seguridad a la base Cóndor. Ese día visitó Malvinas el comandante en jefe de la Fuerza Aérea y se le solicitó el empleo de los helicópteros Chinook de la Fuerza Aérea para acelerar el despliegue de las fuerzas terrestres, el transporte de materiales, el apoyo logístico y eventualmente para mover la reserva. No obstante la orden impartida por dicho comandante, el apoyo resultó muy limitado ya que las aeronaves fueron empleadas prioritariamente para la instalación de la base aérea Cóndor en Darwin.

La descarga del buque *Formosa*, que arribó con vehículos, cocinas y con víveres para treinta días, fue una tarea poco fácil. Por el calado y tamaño, el barco no pudo entrar al puerto y atracar en el muelle, que además no tenía las grúas adecuadas para los contenedores. La descarga comenzó con el buque *Monsumen* desde la bahía de Puerto Williams, mientras se transportaba una grúa de gran capacidad, dos camiones y estibadores desde el continente por vía aérea. Esta dificultosa maniobra retrasó en exceso la tarea y ocasionó que el *Formosa* zarpara de regreso al continente debido al ataque aéreo inglés el 1 de mayo, sin haber completado la descarga de los durmientes ferroviarios para fortificación.

La situación de paulatino aislamiento que se vivió en las islas fue un factor determinante sobre cómo concebir la operación. Se concentró la masa de las tropas en la defensa de Puerto Argentino, que en esencia era el objetivo estratégico de ambos adversarios, y se ocupó con otras

Mapa Nº 3. Principales alturas en los alrededores de Puerto Argentino



unidades sectores periféricos en la Isla Soledad y en la Gran Malvina, sobre el estrecho de San Carlos.

La configuración del terreno no hizo posible una defensa continua quedando entre ellos avenidas de aproximación poco protegidas. Luego, el enemigo aprovecharía esta circunstancia para realizar rodeos de las zonas clave, causando que varios elementos combatieran en más de una dirección. La considerable extensión del perímetro defensivo no pudo ser ocupada por suficientes elementos, que quedaron separados entre sí. Como consecuencia, las unidades debieron ampliar sus frentes normales, duplicándolos o triplicándolos, lo que restaba posibilidades de apoyo mutuo y coordinación entre las fracciones. Las islas presentaban gran cantidad de puertos naturales y playas aptas para un desembarco. En la Isla Soledad se contaban diecinueve. Se evitó no obstante dispersar las fuerzas, recurriendo a continuos patrullajes y a la invalorable acción de los comandos para informarse de los pasos que daba el enemigo.

El 23 de abril se comunicó a Malvinas que la IIIra Brigada de Infantería sería desplazada de inmediato a las islas. El gobernador analizó con su estado mayor el posible empleo y resolvió proponer un dispositivo triangular, reforzando con un regimiento la zona de Darwin-Pradera del Ganso, con otro la zona de San Carlos y por último un tercero al oeste-noroeste de Puerto Argentino.

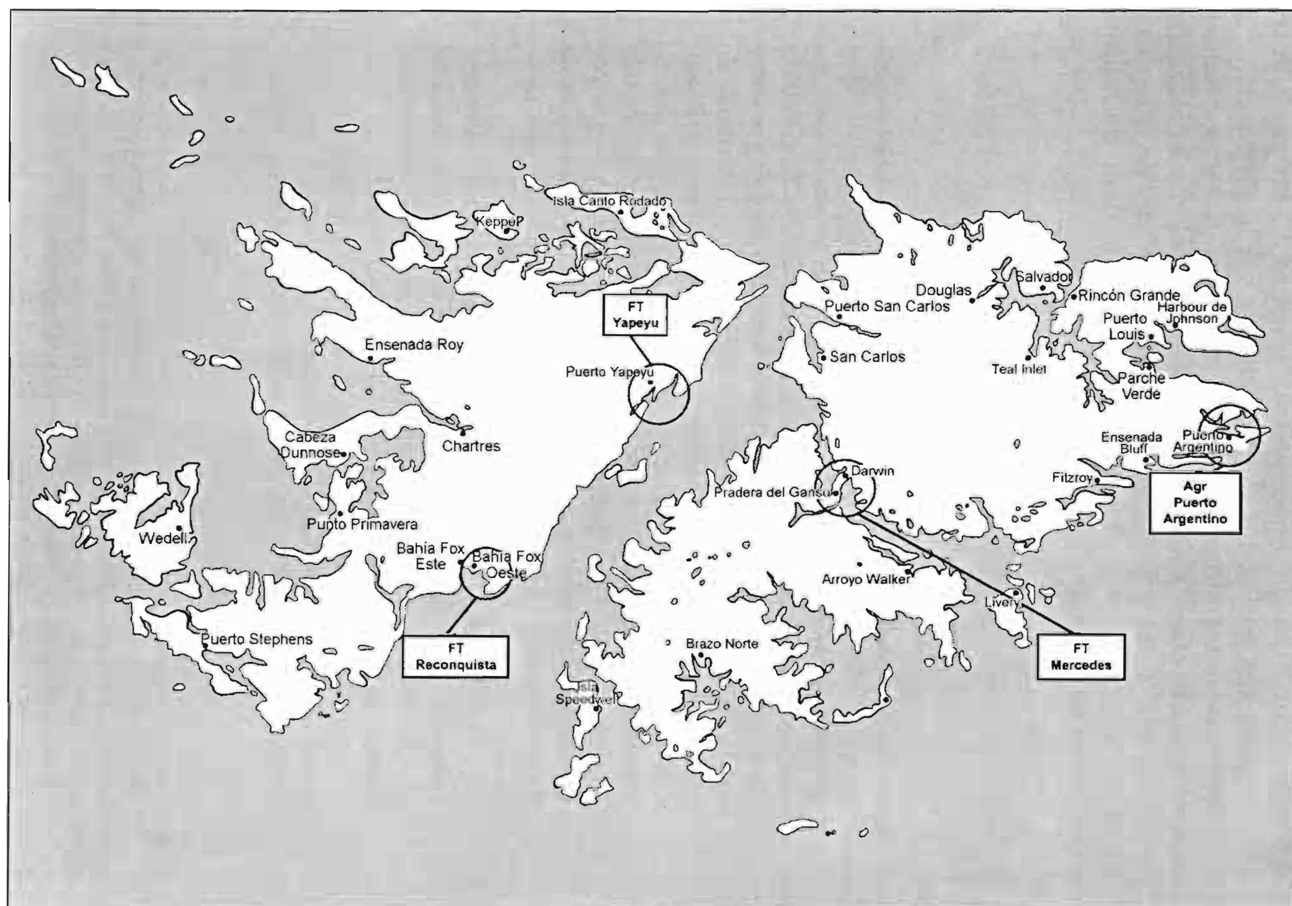
El 24 de abril viajó el comandante del Vto Cuerpo de Ejército y no aprobó el dispositivo propuesto por el Gobernador Militar, ya que tenía instrucciones del escalón superior para emplazar fuerzas en la Isla Gran Malvina con la finalidad de negar o dificultar una acción británica en ellas. Si bien se discutieron los distintos puntos de vista teniendo en cuenta las necesidades de movilidad y los problemas de logística, se impuso la idea de incrementar la presencia en dicha isla.

Tras el arribo de las unidades de la Br I III, quedaron constituidas a partir del 28 de abril dos Agrupaciones de Ejército:

En Puerto Argentino: la Agrupación Ejército Puerto Argentino sobre la base de la Brigada de Infantería X con responsabilidad de defensa en las zonas de la capital, las penínsulas de Freycinet y San Luis.

En el Litoral: la Agrupación Ejército Litoral sobre la base de la Brigada de Infantería III con responsabilidad al oeste de la línea puerto Salvador, cerro Simón, Fitz Roy y en la Isla Gran Malvina.

Mapa N° 4. Dispositivo general de las fuerzas terrestres

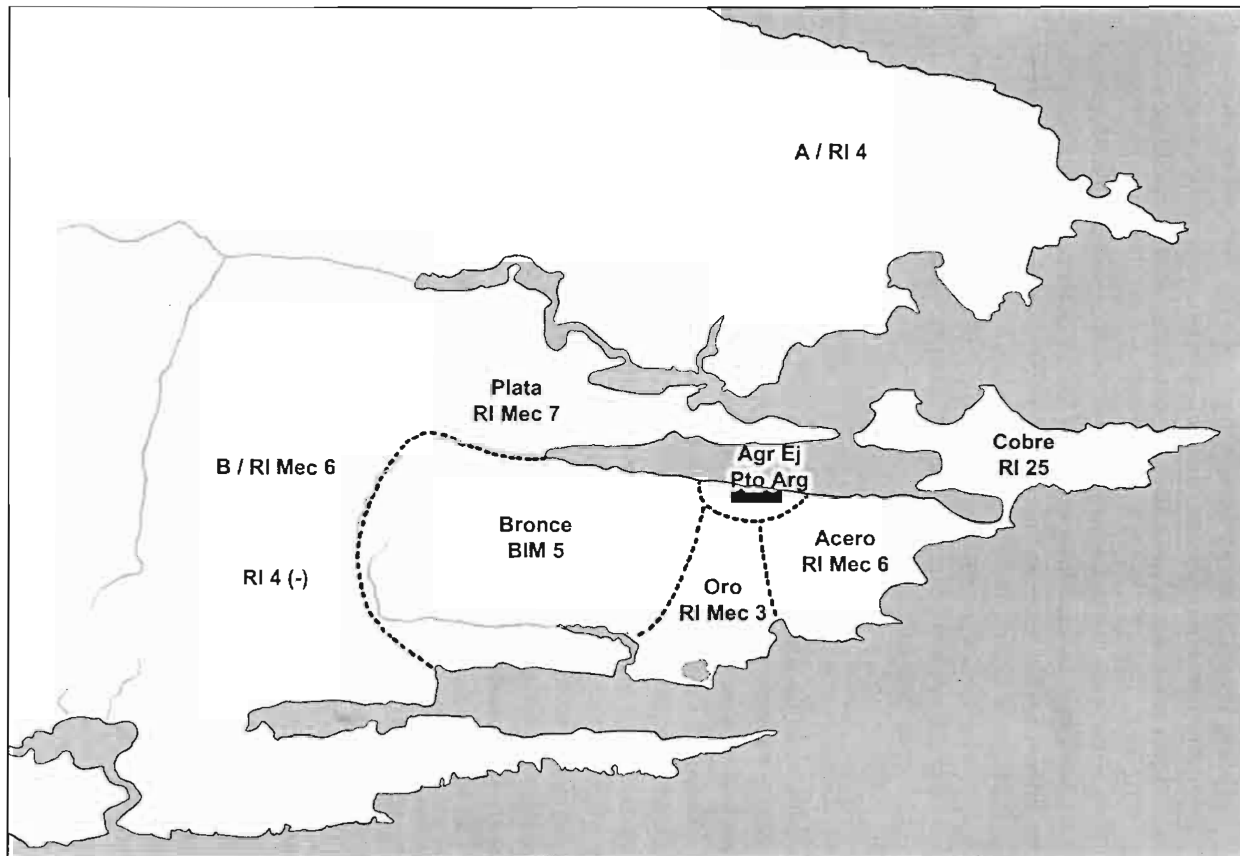


Durante la última semana del mes de abril las unidades que estaban en las islas habían ocupado sus sectores de responsabilidad. Día a día, el frío y húmedo otoño austral comenzó a hostigar a la tropa que ocupaba sus posiciones con expectativa y a la espera de acontecimientos que determinarían la paz o la guerra. En esas circunstancias, el soldado clase 1962 Julio Cao[13], perteneciente al Regimiento de Infantería 3, ha dejado un esclarecedor testimonio que permite apreciar las vivencias y el sentimiento de un soldado de infantería en el frente de combate:

> Puerto Rivero, 24 de abril de 1982
>
> Señora Directora:
>
> "(...) Considero que ustedes desearán saber las condiciones en que vivimos aquí los soldados, que según tuve oportunidad de comprobar son muy distintas a las que describen en los diarios. Formo parte de la sección antitanque del Regimiento de Infantería Mecanizado 3. Nuestra misión es dar apoyo de artillería a la primera línea de las compañías de infantería de nuestro regimiento que se encuentran sobre las costas. Nosotros nos encontramos 100 o 150 metros a retaguardia, prácticamente en el frente. Estamos a unos 3 kilómetros del Puerto Rivero en la Isla Soledad y vivimos en pozos de un metro por dos metros aproximadamente (pozos de zorros) en parejas, de a dos soldados; la humedad de la tierra es nuestro mejor compañero.
>
> (...) Releyendo la carta me doy cuenta de que les estoy describiendo un panorama para nada alentador, pero la realidad es que no es nada que no pueda soportarse; principalmente porque la moral de la tropa es muy alta en general.
>
> (...) ya hubo enfrentamientos acá en la Isla Soledad, que no sé si son de dominio público: el día 27 de abril a las 2130 horas, comenzamos a oír que la artillería que se encuentra a

[13] Murió heroicamente en combate la madrugada del 14 de junio de 1982 en proximidades de Wireless Ridge. Su carta está fechada en Puerto Rivero, el nombre con el que se llamó a la capital de las islas en un primer momento, puede ser consultada en forma completa en: http://malvinasdata.blogspot.com.ar/. Posted by Hernán Favier. Fecha de captura: 14 de octubre de 2012. Actualmente, la escuela Nº 32 de La Matanza, donde ejerció como docente antes de partir hacia las Malvinas, lleva su nombre.

Mapa Nº 5. Dispositivo defensivo de Puerto Argentino



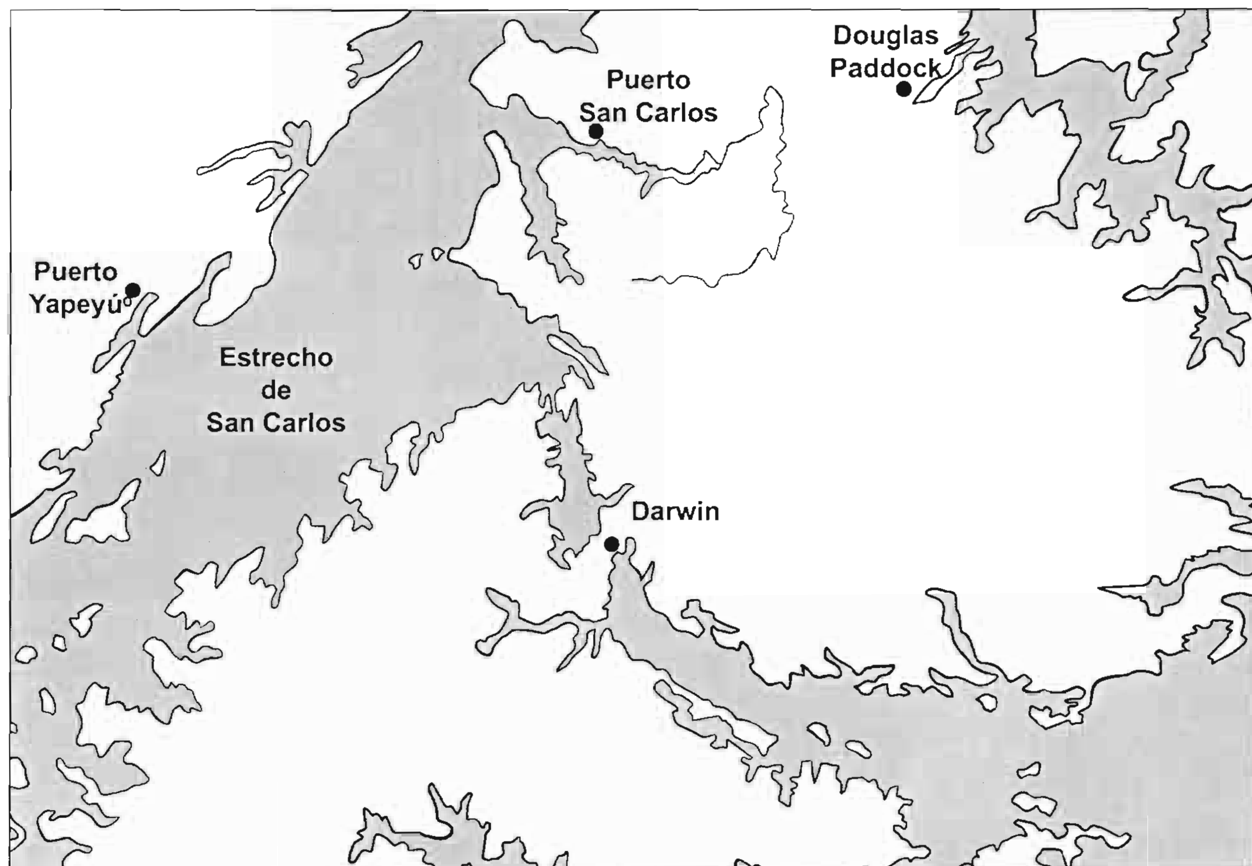
retaguardia tiraba sobre las costas; recibimos órdenes de alistarnos y de mantenernos atentos dentro de las posiciones.

(...) No sé si temblaba de frío o de miedo, pero temblaba. Hasta las 0330 horas del día siguiente continuó el fuego y algunos tiroteos aislados, que seguramente eran producto de algún miedoso. A las 4 horas aproximadamente recibimos noticias de que el peligro había pasado y podíamos dormir. Por la mañana, el teniente coronel, jefe del Regimiento, nos informó por radio lo sucedido: el radar había detectado lanchones de desembarco y un submarino a 1000 metros de las costas. El fuego de la artillería los puso fuera de combate, el submarino se alejó. Más que ese susto no pasó nada y esto nos sirvió para darnos cuenta de que un desembarco en esta zona es prácticamente imposible.

Los últimos días de abril la tensión de la espera se fue incrementando conforme se sucedían distintos acontecimientos atribuidos a acciones de engaño y hostigamiento por parte del enemigo. El 27 de abril el Comando de la Agrupación en Puerto Argentino estableció un toque de queda a partir de las 1900 horas y que dos tercios del personal se mantuviesen en vigilia en las posiciones durante las noches. El toque de queda y el anuncio de posibles ataques ocasionaron que por las noches fuese temerario cualquier desplazamiento dentro de la zona de posiciones, ya que la tropa estaba muy motivada a reaccionar por el fuego ante cualquier señal de movimientos.

El día 28 se produjo una notable operación de engaño electrónico. El radar que estaba ubicado en primera línea próximo a la Compañía B del RI 3, orientado hacia el mar, mostró diez ecos sonoros en la dirección de puerto Harriet, lo cual fue confirmado por el radar de vigilancia terrestre de la artillería de defensa aérea. Los ecos parecían mostrar embarcaciones que se dirigían hacia la costa, partiendo de embarcaciones mayores. En el puesto de comando, desde donde no se veía el mar, el comandante indicaba con precisión al jefe del sector el avance de estas embarcaciones, quien le respondía que no las veía. Se produjo entonces un diálogo singular entre quien daba precisiones sobre el desembarco y quien no lo veía. Ante la duda, el comando ordenó abrir el fuego con la artillería y armas pesadas del BIM 5. Entonces aparentemente las embarcaciones, según los radares, se fueron retirando hacia los buques madre, y en ese momento aparecieron otros ecos en la ría de Murrel Creek, pequeña bahía apta para una infiltración. Luego desaparecieron.

Mapa Nº 6. Zona de operaciones del Estrecho de San Carlos y el istmo de Darwin



"El hecho constituyó una excelente demostración de engaño electrónico que puede haber servido complementariamente a los británicos para detectar la ubicación de armas de mayor alcance."

Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 3

Parte 2

Combates de mayo y junio 1982

III

La Infantería de la Agrupación Ejército Litoral

A. San Carlos

El Equipo de Combate Güemes fue posicionado en San Carlos para vigilar la boca Norte de ese estrecho. El 21 de mayo, al amanecer, detectó la presencia de buques y posibilitó la inmediata reacción aérea contra la flota británica. Luego de derribar dos helicópteros se replegó hacia Douglas Paddock, donde fue recuperado y trasladado en helicópteros a Puerto Argentino el 27 de mayo.

Durante las acciones del día 21, la fracción de armas pesadas que ocupaba la altura 234 en la boca norte del estrecho resistió el ataque de fuerzas desembarcadas y quedó aislada del grueso del equipo de combate. El oficial al mando no aceptó el ofrecimiento de rendición y evadió el cerco enemigo combatiendo. Luego de veinte días de evasión a pie, el grupo se entregó el 13 de junio, con muchos heridos y enfermos, sin munición y sin víveres.

En los primeros días de mayo, la Compañía C del RI 25 formaba parte de las tropas que preparaban la defensa del sector Darwin-Pradera del Ganso[1] con la misión de proporcionar seguridad al puesto de comando de la Fuerza de Tarea Mercedes. El día 15 recibió la orden de destacar una de sus secciones reforzada hacia Puerto San Carlos para proporcionar alarma temprana en el caso de un desembarco enemigo en dicho lugar y en la medida de lo posible impedir el paso buques por el estrecho.

---

[1] La Fuerza de Tarea Mercedes estuvo organizada sobre la base del Regimiento de Infantería 12 y estaba a cargo del teniente coronel Italo Piaggi.

El Equipo de Combate Güemes fue trasladado en helicópteros hacia su objetivo el día siguiente. Estaba a cargo del jefe de la Compañía C del RI 25 y se integraba con el personal de la sección Gato del subteniente Reyes, a la cual se le agregaron dos morteros y dos cañones sin retroceso a órdenes del subteniente José Alberto Vázquez que pertenecía al Regimiento 12.

Al arribar a la zona objetivo, el equipo de combate relevó a una fracción de la Compañía de Comandos 601 que se encontraba en dicha área desde hacía unos días explorando y preparando el recibimiento del EC Güemes. Inicialmente, se constituyó una base de operaciones en la escuela de la localidad y se establecieron las comunicaciones con Puerto Argentino mediante una radio de uso civil. Asimismo, se efectuaron controles a la población con la finalidad de requisar armamento y medios de comunicación que pudieran ser empleados contra la propia tropa. La población civil no fue restringida en sus tareas habituales para disimular la presencia de tropas. Posteriormente, las armas pesadas se emplazaron en la altura 234, ubicada a catorce kilómetros del establecimiento San Carlos, lugar de condiciones muy adversas que requirió establecer un sistema de rotación cada dos días para el servicio de dicho puesto adelantado.

En la tarde del 18 de mayo quedó conformada una fracción de veintiún infantes pertenecientes a los regimientos 12 y 25 que fue emplazada en la altura 234 para cumplir la misión de dar el alerta temprano y emboscar con armas pesadas las fuerzas navales inglesas que pudieran ingresar por el canal. La zona de emboscada fue organizada con el encargado de la sección, sargento Colque; un grupo de seguridad a órdenes del cabo Godoy, con los soldados Freire, Bergero, Alarcón, Cepeda, Clot, Velásquez, Pesaresi, Vargas y Moyano, y un grupo Piezas del subteniente Vásquez, con el cañón número uno a cargo del cabo Torres, y el servicio de la pieza con los soldados Aquino, Espinosa y Méndez. También se emplazó el segundo cañón a cargo del cabo Sánchez y los soldados Rojas, Rivero, Almirón y García.

El subteniente Vásquez, que permanecía en dicha posición desde días previos, había escuchado ruido de helicópteros sobre el canal la noche anterior. Aunque no había podido identificar su procedencia, tenía la certeza de que eran británicos en vuelo nocturno. Durante el día se mejoraron las posiciones, se comprobaron las comunicaciones, se establecieron los caminos de repliegue hacia San Carlos y las posiciones de cambio para el caso de recibir un ataque desde el canal.

> "Antes de salir de Darwin-Pradera del Ganso, sabíamos lo importante y difícil que sería ejecutar esta misión; por el lu-

gar, la relación de fuerzas y la falta de apoyo inmediato que tendríamos. Sabíamos de la situación desfavorable que íbamos a enfrentar, pero nos sentíamos capacitados y estábamos preparados. Los suboficiales y soldados fueron ejemplo en todo momento, nunca ocasionaron problemas de disciplina, ni preguntaron cuándo terminaba aquello; rezaban en sus posiciones y de noche cuando tomaba contacto los encontraba bien atentos vigilando su sector. Se comportaron como hombres en todo momento, la entereza para afrontar la espera e incertidumbre y el espíritu que tenían me comprometía a conducirlos de la mejor manera, vivían intensamente la situación."

Coronel VGM Roberto Reyes

Los días transcurrieron normalmente hasta la madrugada del 21 de mayo cuando se estableció el contacto con el enemigo, sucediéndose las siguientes acciones de combate[2]:

- A las 0230 horas en el puesto comando de Águila se escuchó la ejecución de fuego naval en zona próxima a la altura 234. De inmediato se procedió a llamar a Gato, que no pudo responder las comunicaciones efectuadas hasta las seis de la mañana. El cañoneo naval se producía en forma discontinua, y en zona no determinada durante el lapso de tres horas. Águila esperaba un estafeta de Gato ante la imposibilidad de entablar el contacto radioeléctrico.
- A las 0630 horas, Águila destacó observadores en las alturas próximas al puerto de San Carlos. A las 0810 horas, con las primeras luces, un observador divisó en la entrada del canal un buque blanco de grandes dimensiones. Minutos después Águila se desplazó hasta la altura y con ayuda de elementos ópticos observó detrás del buque blanco por lo menos tres fragatas y un lanchón de desembarco que se desprendía del buque de pasajeros en dirección al establecimiento San Carlos, al mismo tiempo que distintos helicópteros sobrevolaban los buques.
- En pocos minutos los observadores tenían ante su vista varios lanchones de desembarco que se desplazaban hacia la costa y también

[2] Indicativos de llamada para comunicaciones radioeléctricas: el jefe de la Fuerza de Tarea Mercedes en Darwin era Capanga; el jefe del Equipo de Combate Güemes en San Carlos era Águila y el jefe de la sección emplazada en la altura 234 era Gato.

infantes ingleses desembarcados en un punto no observado, que avanzaban en cadena desde el Oeste.

- A las 0831 horas Águila informó a Capanga sobre el desembarco y las acciones a emprender para la defensa del lugar. Luego, ordenó el desplazamiento de sus tropas hacia el Este del puerto para evitar el cerco que pretendían hacer los infantes ingleses. Decenas de infantes ingleses cayeron sobre el puerto en el vacío en el mismo instante en que un helicóptero Sea King cerraba el cerco. El fuego propio contra dicha aeronave logró dañarla y obligarla a escapar de la zona, mientras la infantería inglesa disparaba sin poder alcanzar las posiciones de Águila.
- Un helicóptero Gazelle se aproximó a las posiciones de Águila para lanzar sus cohetes y recibió una descarga con todas las armas que lo precipitó a las aguas del estrecho. La máquina se hundió de inmediato. Una lancha concurrió en su auxilio; la máquina caída había marcado la posición del equipo de combate y los ingleses dispararon con morteros sin hacer blanco. En consecuencia, Águila ordenó un cambio de posición para eludir el fuego de morteros. En esas circunstancias, apareció otro helicóptero Gazelle haciendo fuego con una ametralladora y tratando de dar inclinación para lanzar cohetes, nuevamente el fuego reunido impactó la máquina que se precipitó incendiada a tierra y cayó a diez metros de las posiciones.
- La persistencia del fuego de morteros obligó a otro cambio de posición y tres minutos más tarde el enemigo envió otro helicóptero Gazelle, que debió alejarse humeando y en vuelo irregular.
- El enemigo ejecutó fuego naval y de mortero sobre las posiciones de Águila con errores de 500 metros, sin poder localizar la posición. Durante los veinte minutos que duró el combate con los helicópteros desembarcaron en el puerto aproximadamente 200 infantes ingleses y por las lanchas que se desplazaban hacia el establecimiento San Carlos se estimaba que estarían desembarcando muchos más en las inmediaciones.
- Pese a la superioridad de su poder de combate, los infantes ingleses nunca intentaron un asalto sobre las posiciones del equipo de combate, sólo se limitaron a disparar con poca precisión con sus morteros. Esto le permitió a Águila ordenar otro cambio de posición, desde la cual se pudo observar cerca de las 0930 horas el duro ata-

que que los aviones propios realizaron sobre los buques ingleses que estaban en el estrecho.

- Las tropas de Águila esperaron alrededor de tres horas el repliegue de Gato desde la altura 234. Durante los combates las tropas no sufrieron ninguna baja, solamente se dejó abandonado el equipo individual pesado y un lanzacohetes averiado durante el combate.
- Los daños comprobados sobre el enemigo fueron los siguientes: una decena de paracaidistas muertos o heridos, dos helicópteros Gazelle derribados, de las dos tripulaciones hubo un sólo sobreviviente; un Sea King y otro Gazelle seriamente dañados, que quedaron con certeza inoperables. Águila informaría más tarde a Capanga que el personal[3] que se encontraba en San Carlos había perdido su equipo de campaña y el contacto con las tropas[4] de Gato.[5]
- El EC Güemes logró desaferrarse del enemigo e inició una exigente marcha a pie eludiendo la exploración aérea enemiga. Luego de tres días, la columna de marcha alcanzó la localidad de Douglas Paddock, donde el personal pudo comer, higienizarse y acondicionar el equipo y el armamento. El 25 de mayo se estableció contacto radioeléctrico con el escalón superior y se solicitó la recuperación por modo aéreo con destino a Puerto Argentino.

Los acontecimientos vividos en la altura 234

El estado general de la tropa era bueno porque había hecho una adecuada preparación antes de salir de San Carlos; todos estaban bien comidos, descansados e higienizados y habían mantenido el estado físico y espiritual cada vez que la situación lo permitía. Ello era muy importante por cuanto en la altura 234 la comida estaba restringida a una ración de combate por hombre y un refuerzo centralizado que debía durar tres días.

Las baterías de los equipos de comunicaciones portátiles tenían la carga efectuada el día 18 en San Carlos, por lo cual las emisiones esta-

---

[3] Dos oficiales, nueve suboficiales y treinta y un soldados.

[4] Un oficial, cuatro suboficiales y dieciséis soldados.

[5] La sucesión de estas acciones fue extractada del testimonio producido por el teniente primero Carlos Daniel Esteban, en *Malvinas. Relatos de soldados*, Vol. 722, Buenos Aires, Círculo militar. 1985, pp. 15 a 20.

ban restringidas a informes ordenados para ahorrar energía. Además, en esos días fríos y húmedos pasados a la intemperie, las baterías se conservaban con el calor del cuerpo de los operadores de radio.

Hasta el 21 de mayo, el personal se fue adaptando a las condiciones del lugar, no hubo mayores novedades en la zona de emboscada y el control diurno sobre las avenidas de aproximación se realizaba adelantando puestos observatorios. Los movimientos para recorrer las posiciones y practicar el repliegue hacia los puntos de reunión convenidos se realizaban durante las noches que eran oscuras y completamente cerradas.

Ese día a las 2130 horas la noche se presentaba helada y con poca visibilidad, no se veía más allá de dos metros. Un puesto de escucha y seguridad adelantado en el sector de la playa, informó sobre ruidos en el canal. De repente pudieron oírse conversaciones en inglés y señales acústicas que provenían desde la punta del estrecho, al parecer se trataba de buques que penetraban en dirección norte a sur. Verificado dicho informe, se constató el ingreso de varias embarcaciones navegando en forma sigilosa y con las luces apagadas, con intenciones de desembarcar en San Carlos u otro lugar del estrecho.

Los dos morteros que estaban a órdenes del sargento Colque y los dos cañones antitanque de 105 milímetros del cabo Torres y el cabo Godoy cubrían el sector de retaguardia. El jefe de la fracción intentó comunicarse con el teniente primero Carlos Esteban, J EC Güemes, para informarle la novedad pero la señal de la radio TRC 300 no era recibida, por lo que ordenó al soldado Freire subir a un promontorio desde donde fuera posible establecer la comunicación. Simultáneamente, se impartieron órdenes de apresto para la inminente apertura del fuego.

Freire informó que podía escuchar al J EC Güemes, que se encontraba en San Carlos, pero que éste no recibía su parte, probablemente debido a que las baterías de la radio tenían muy poca carga después de tres días de frío y humedad. Transcurrieron aproximadamente dos horas hasta que el jefe de la fracción apreció por algunas luces indebidas en cubierta y la nitidez de algunas conversaciones que los buques debían estar navegando por el centro del canal al alcance de las armas. La flota continuaba sigilosa y al parecer no había detectado la posición. En consecuencia, se abrió el fuego con los morteros empleando proyectiles de iluminación, con la intención de determinar la ubicación exacta de los buques y poder usar los cañones con eficacia. Los proyectiles fueron disparados pero no se armaron para iluminar y cayeron al mar perdiendo la sorpresa pretendida. A partir de allí continuaron tirando en ráfaga sobre los blancos en la localización apreciada. Sin medios de visión nocturna para corregir la puntería y debido a la nula visibilidad, se esperó para abrir el fuego con los

cañones sin retroceso que se mantenían apuntados a lugares precisos del canal con la finalidad de no delatar la posición por la deflagración propia del disparo.

Freire desde su puesto de comunicaciones comenzó a recibir fuego naval, era evidente que estaba siendo radiolocalizado. Este fuego no afectaba el sector de las piezas por lo que podía continuarse con el tiro. El soldado se reintegró al grueso de la fracción ante la imposibilidad de entablar el contacto radioeléctrico con la base en San Carlos. En ese momento, se estimó que el jefe del equipo de combate estaría alertado por el ruido de las explosiones y en consecuencia, el jefe de la fracción debía cumplir las coordinaciones efectuadas días atrás.

El intenso fuego naval fue logrando eficacia con la ayuda de observadores que no pudieron ser localizados. Mientras tanto, el tiro de los morteros propios continuaba sin poder ser corregido. Desde las 2330 horas comenzó el fuego que se extendió hasta las 2 horas aproximadamente, siguieron varios cambios de posición hasta agotar la munición de morteros. A partir de allí la reacción enemiga fue más intensa.

> "Recuerdo con orgullo la imagen de los integrantes del grupo morteros a órdenes del sargento Colque, disparando las piezas cuyas bocas estaban enterradas hasta el nivel del suelo blando, agotando la munición bajo el intenso fuego naval sin ningún tipo de protección. Esa imagen es la que refleja la valentía de los infantes arriesgándose y entregándolo todo hasta el final."
>
> Coronel VGM Roberto Reyes

La fracción, convencida de que había cumplido con la misión de alertar a nuestras fuerzas y emboscar a los ingleses, inició los preparativos para el repliegue. Todos habían practicado el procedimiento que se cumplió con precisión a las tres de la madrugada en completa oscuridad. Desde el punto de reunión de la sección, comenzó el desplazamiento por una senda jalonada que llevó a los hombres fuera de las zona de posiciones. Esa marcha inicial significó salir de la zona batida para evitar el efecto de los proyectiles que caían a metros de la columna, que en algunos casos penetraban en el suelo blando sin explotar y producían un ruido a succión que generaba rumores de agradecimiento entre las que se arrastraban como lombrices. La fracción salió de la zona con algunos heridos leves por esquirlas que podían seguir la marcha sin mayores problemas.

La marcha de repliegue se organizó con una punta integrada por el sargento Colque y el soldado Bergero y un equipo seguridad posterior con el cabo Godoy y el soldado Moyano. Se destacó un grupo seguridad

hacia el flanco derecho de la dirección de avance y una columna hacia la izquierda más al norte integrado por el grupo piezas.

A poco de iniciar la marcha, comenzaron a recibir fuego rasante desde el flanco izquierdo proveniente de patrullas desembarcadas. Eran tres o cuatro ametralladoras y algunos fusiles automáticos, que desde unos 250 metros disparaban en ráfagas certeras, merced a sus miras de visión nocturna, que mantenían aferrada a la fracción en repliegue.

La columna del grupo piezas fue la más castigada por el fuego, tenía dos heridos de bala no graves pero que no podían desplazarse; se les ordenó atenderlos y permanecer en el lugar. Simultáneamente, se impartió la orden al cabo Godoy para que apoyara por el fuego el movimiento que realizó el jefe de la fracción con Colque, Freire, Velásquez, con una ametralladora y Bergero, con un fusil pesado, para neutralizar desde una mejor posición a los atacantes. Pudieron desprenderse y alcanzar una posición favorable para batir sus posiciones. La maniobra dio resultado y al cabo de unos veinte minutos se tomó contacto con Godoy y ocho soldados, el resto no podía avanzar y se habían quedado con los heridos. Eran casi las 0530 horas y aún no había amanecido.

Aún bajo fuego de artillería naval, el sargento Colque y el soldado Bergero exploraron la elevación que estaba en la dirección por donde se había previsto la evasión. Mientras se esperaba la reunión con el resto del grupo piezas. En esas circunstancias, se produjo otro herido en la base de fuego que dirigía Godoy, por lo cual el cabo Torres quedó con los heridos y se ordenó al resto aprovechar el fuego propio para continuar, sin embargo la confusión del combate y la noche cerrada ocasionaron la separación de la fracción. El soldado Bergero se reintegró a la base de fuego pero el sargento Colque nunca regresó, después se supo que había perdido el conocimiento al ser alcanzado por una explosión y había sido tomado prisionero.

Durante todo el ataque terrestre británico, un vocero mediante megáfono intimaba a la rendición en perfecto castellano identificándose como parte de un batallón que había desembarcado y que había rodeado a la propia tropa.

Esta acción psicológica generó en todos los hombres un efecto contrario ya que aumentó el deseo de desprenderse y poder reunirse con el grueso de las fuerzas en San Carlos.

Sólo once hombres de los veintiuno que ocuparon originariamente la altura 234 lograron evadirse empleando una senda alternativa a la prevista. Al romper el cerco, se sabía que había cuatro heridos con el

cabo Torres esperando a mil metros de dicha altura, que los dos suboficiales y dos soldados no pudieron seguir al cabo Godoy y se reunirían con los heridos y del sargento Colque que había desaparecido en acción. Ese mismo día los heridos y desaparecidos fueron capturados y atendidos como prisioneros de guerra.

Imposibilidad de atacar la cabeza de playa

El 26 de mayo, el Gobernador Militar recibió del continente la orden de operar ofensivamente desde Puerto Argentino contra la cabeza de playa de San Carlos. Esa orden incluía a las tropas que se encontraban en Bahía del Zorro, Puerto Howard y una fuerza de tarea aerotransportada que sería enviada desde el continente. Esta orden motivó la siguiente anotación del general Oscar Jofre en su diario personal:

> "Existía un evidente desconocimiento de las características de esta zona de combate, sus dificultades terrestres, la superioridad aérea y naval del enemigo, la falta de apoyo aéreo propio inmediato, nuestra falta de movilidad, carencia de vehículos apropiados, etc. La marcha a pie durante el día no podía ser de más de dos kilómetros, y durante la noche un kilómetro por hora. El enemigo transportaba su equipo por medio de helicópteros. No se posee un conocimiento real sobre el enemigo desembarcado. Sin protección aérea no puede hacerse un desplazamiento de varios días, considerando las distancias. Las dificultades que esto presume no pueden manejarse desde Comodoro Rivadavia. Los helicópteros han quedado reducidos por acción del enemigo. He ordenado un estudio para desplazar la reserva (B/RI 6) al cerro Simón y restaurar el dispositivo defensivo con el RI 25 y BIM 5".

Siendo evidente la imposibilidad de atacar por tierra la cabeza de playa de San Carlos y atendiendo a la amenaza enemiga materializada desde ese lugar, se ordenó la reestructuración del dispositivo defensivo de Puerto Argentino con las siguientes particularidades:

- Se estableció que el enemigo operaría mediante la acción principal avanzando desde San Carlos a caballo de las alturas Alberdi-Rivadavia, una eventual acción secundaria anfibia, desde la península de San Luis o zona de Fitz Roy y una acción de aferramiento sobre Darwin.

- Se modificó la zona de responsabilidad de la Agrupación Puerto Argentino y la Agrupación Litoral.
- La Agrupación Puerto Argentino mantuvo su misión de negar al enemigo la conquista de la localidad y recibió agregado al RI 4, que hasta ese momento dependía de la Agrupación Litoral.
- Las tropas de comandos disponibles se mantuvieron a órdenes del Comando de la Agrupación Litoral.

B. Darwin-Pradera del Ganso

> "En una situación de combate, la incertidumbre es por el futuro inmediato. De allí que los mecanismos psicológicos son puestos a máxima tensión. Y cuando ocurre, como en Malvinas, que el hombre se encuentra en una situación defensiva, con la iniciativa en poder del adversario, el estado de incertidumbre es extremo. Ello se expresaba a través de los siguientes interrogantes: ¿a quién le tocará soportar el bombardeo esta noche?, ¿con qué armas vendrán?, ¿cuándo vendrán?, ¿por donde vendrán?, ¿qué hará el enemigo?"[6]

En las vísperas del combate, la Fuerza de Tarea Mercedes tenía un efectivo de 439 hombres[7] del RI 12; 78 hombres pertenecientes a la Compañía C del RI 25; 37 hombres de la 3ra sección de la Compañía C del RI 8; 11 de ingenieros y tres piezas de artillería servidas por 45 hombres del Grupo de Artillería Aerotransportado 4. Además, en el sector había personal que conformaba la BAM Cóndor con 202 efectivos que no integraban la FT Mercedes y que tenían por misión operar la pista de aterrizaje y proporcionarle la seguridad.

El 24 de mayo, el Comando de la Agrupación Litoral había ordenado adelantar dos kilómetros la primera línea de las subunidades para ocupar más efectivamente el acceso al Istmo de Darwin. Ello motivó que se abandonaran los trabajos que durante veinte días se habían realizado con una gran precariedad de medios para iniciar otros similares en los nuevos emplazamientos.

El dispositivo de defensa se encontraba demasiado extendido con la Compañía A al norte cubriendo un frente de 1500 metros y la Compañía C al sur en un frente de 3000 metros. La distancia que separaba a estas subunidades era de 9000 metros y estaba cubierta por la 3ra sección de la Compañía C del RI 8, una sección de la Compañía C del RI 25 y el puesto comando de la FT en Pradera del Ganso.

El 26 de mayo, mientras la tropa continuaba parapetándose en el terreno, se intensificaron los ataques diurnos y nocturnos. En esas

---

[6] Ceballos, Enrique y José Buroni, *La medicina en la guerra de Malvinas*, Vol. 746, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992, p. 186.

[7] La Compañía de Infantería B aún estaba en cerro Kent constituyendo el Equipo de Combate Solari que se desempeñaba como elemento de reserva de la Agrupación Ejército Puerto Argentino.

circunstancias, se impartió una orden para ejecutar dos acciones nocturnas de exploración en fuerza hacia el norte del dispositivo a fin de rechazar efectivos ingleses que pudieran estar reuniéndose en dichas zonas. Esta tarea fue asignada a la Compañía A que horas más tarde enfrentaría el ataque del segundo batallón de paracaidistas británico.

El 27 de mayo a primera hora la sección Exploración estaba desplegada 3000 metros al norte de la primera línea. Además, las avanzadas de combate de la Compañía A fueron adelantadas a la zona de Pass-Burnside House. A media mañana, la exploración tomó contacto con el enemigo en avance y se inició el ataque aéreo directo contra las posiciones de la compañía. Pasado el mediodía, desde Pradera del Ganso se percibía un intenso ruido de combate proveniente de la zona ocupada por la sección Exploración que se encontraba desplegada por patrullas en un frente de mil metros al norte de Camilla Creek. El teniente Carlos Morales, con una patrulla de cinco hombres, fue atacado por una sección de tiradores enemiga. Helicópteros ingleses flanquearon la patrulla y desembarcaron personal a su retaguardia. Esa patrulla quedó cercada con tres heridos graves y en pocos minutos fue tomada prisionera.

La primera línea sin haber tomado contacto con el enemigo inició el fuego[8] preparado sobre las avenidas de aproximación. Antes de la medianoche se intensificó el cañoneo naval y de artillería sobre las posiciones de esa subunidad.

El 28 de mayo, a las dos y media, en plena oscuridad, la infantería enemiga inició el ataque en la dirección Sussex-Camilla Creek. Todo el sector ocupado por la compañía fue batido por fuego masivo de morteros y armas automáticas. Los fuegos navales fueron desplazados hacia la profundidad del dispositivo de la defensa.

Minutos después, los restos de la sección Exploración y las avanzadas de combate fuertemente presionadas iniciaron el repliegue combatiendo. La Compañía A en su límite anterior recibió a los efectivos en repliegue que bajo fuego enemigo en la oscuridad no llegaban a los puntos de reunión previstos. El jefe de la compañía y los cuadros restablecieron el orden, y evitaron el descalabro de la posición.

Hacia las tres de la madrugada cedió el sector oeste de la posición. El teniente primero Manresa, jefe de la subunidad, con el encargado de la compañía y un grupo de tiradores contraatacó y combatiendo a

[8] El único cañón de 105 mm sin retroceso disponible carecía de aparato de puntería por lo cual era apuntado por el ánima de su tubo.

distancias cortas logró restituir el frente. Pese a ello, un nuevo embate enemigo, media hora después, produjo una importante penetración en dicho sector, que obligó a ordenar el repliegue bajo presión de toda la subunidad hacia la primera línea de retardo prevista.

La sección apoyo, que disponía de un mortero 120 milímetros, dos de 81 milímetros y un cañón sin retroceso, sobrepasada por los tiradores y sin municiones, se replegó sin poder trasladar las armas pesadas. Ello significó una importante disminución en el poder de combate para enfrentar los acontecimientos posteriores.

La acción realizada en cerro Darwin por la sección Bote de la Compañía C del RI 25 posibilitó que la Compañía A reorganizara su posición con menos del cincuenta por ciento de sus efectivos, había personal extraviado, disperso o replegándose sobre la localidad. Con las primeras luces disminuyó la presión enemiga sobre la posición, la artillería propia batía con eficacia las líneas enemigas. El jefe de la sección Apoyo, el subteniente Marcelo Colombo, en repliegue, encontró en una posición de la base aérea, en las cercanías de la pista, dos morteros 81 milímetros con munición y no vaciló en reiniciar el fuego hacia los atacantes.

Durante la mañana, el comando de la brigada requirió demarcar el límite más adelantado de nuestras tropas para facilitar una misión aérea de apoyo directo. Para ello, se ofreció el sargento primero Juan Carlos Coelho, jefe del grupo comando de la Compañía A, que en cumplimiento de su misión fue herido de gravedad. Su acción posibilitó que dos aviones Pucará concurrieran en apoyo directo de la defensa con bombas y ametralladoras batiendo con eficacia a la infantería enemiga.

Pese a la pausa de combate que se sucedió, el contacto visual con el enemigo posibilitaba que las fracciones más adelantadas quedaran aferradas por fuego de morteros. Además de las numerosas bajas producidas durante los combates, este sector había consumido más del sesenta por ciento de la munición. A mediodía, se le ordenó ejecutar otro repliegue para ocupar la segunda línea de retardo que cubría uno de los accesos a Pradera del Ganso.

Combate del cerro Darwin

En la madrugada del día 28, el puesto de comando principal del jefe de la Fuerza de Tarea Mercedes seguía con atención la evolución de los combates tratando de aclarar la confusa situación generada en el

sector norte del dispositivo defensivo. En conocimiento del repliegue de la Compañía A del RI 12, ordenó a la sección Bote de la Compañía C del RI 25 contraatacar en dirección al noroeste para aliviar la presión y reconstituir la primera línea.

La sección Bote, a órdenes del teniente Roberto Estévez, avanzó para tomar una altura y resistir el avance enemigo hasta las últimas consecuencias. El jefe de Bote fue herido en una pierna, tomó posición y condujo la defensa por un lapso de veinte minutos; recibió más tarde un disparo en el brazo y entregó su radio a su soldado estafeta. En agonía, el teniente ordenó al cabo Mario Castro seguir dirigiendo el fuego. El suboficial cumplió la orden hasta sacrificar su vida. Pocos instantes después el oficial recibió el tercer disparo en un ojo, el cual le hizo perder la vida. El soldado Fabricio Carrascul continuó transmitiendo por radio y pidiendo apoyo al jefe de la FT Mercedes hasta que perdió su vida y así la sección quedó sin comunicaciones.

Los soldados de esta sección, que habían recibido instrucción como aspirantes a oficial de reserva, combatieron denodadamente con todas las armas de la posición. En aproximadamente treinta minutos la sección fue totalmente sobrepasada por el enemigo con un alto porcentaje de bajas. El personal que se encontraba en buen estado físico agotó su munición, los que no pudieron replegarse cayeron prisioneros.

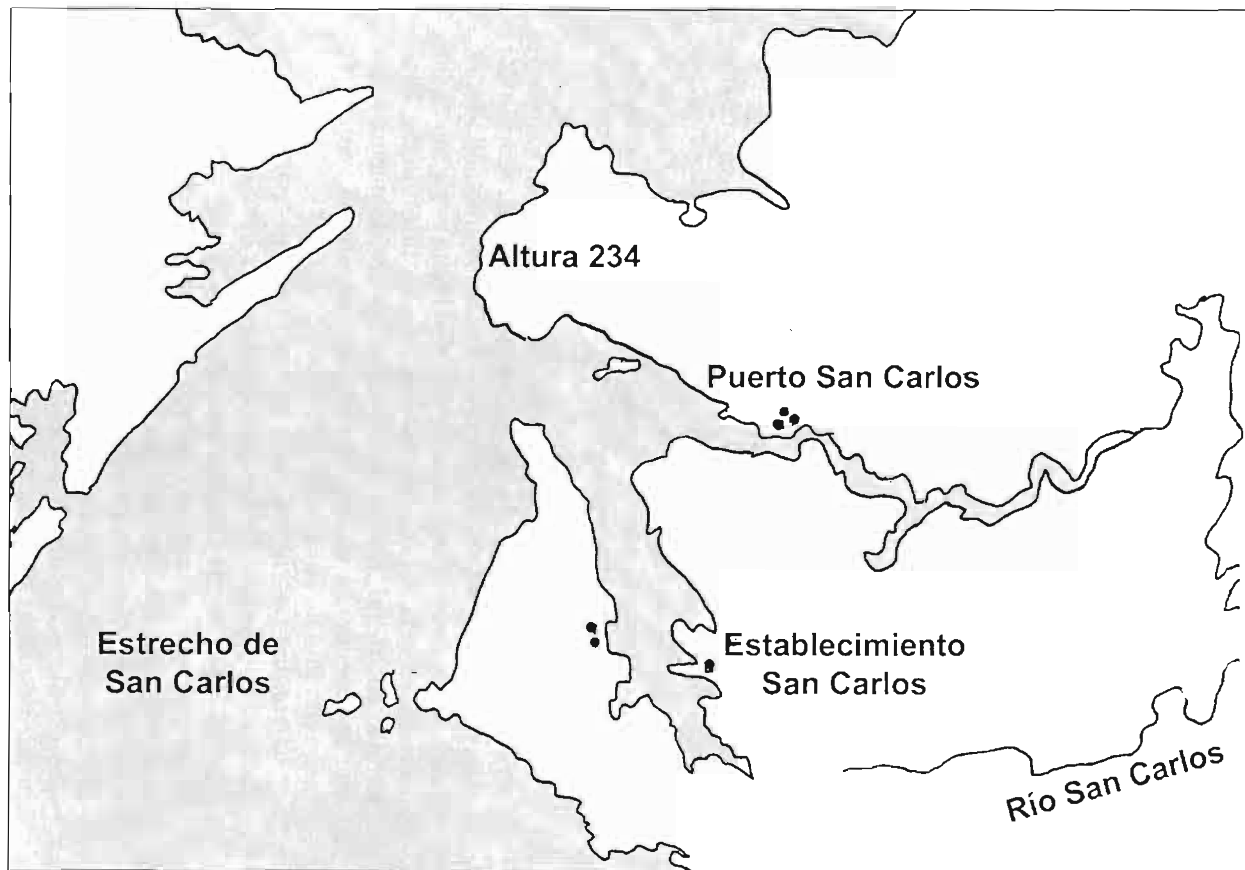
La sección Peluffo

La sección al mando del subteniente Peluffo se encontraba ocupando una posición defensiva en la altura norte del cerro Darwin. Durante toda la noche, mientras su posición era batida por la artillería, el subteniente fue testigo del combate que se libraba frente a la Compañía A del RI 12. El día 28, amaneció sin dormir, con la tropa agotada por la tensión de los fuegos de artillería y con la incertidumbre de no saber qué le aguardaría ese día gris.

De pronto, una fracción desplegada apareció desde retaguardia, se trataba de la sección Bote del teniente Estévez que venía realizando un avance desde retaguardia para apoyar a las tropas que mantenían el contacto con el enemigo.

> "Inmediatamente tomé contacto con la sección Bote e informé a su jefe acerca de la situación que vivíamos, por lo que luego, el aludido teniente dispuso reforzar nuestra posición con sus hombres, quedando de hecho a cargo de la posición por

Mapa Nº 7. Zona de operaciones del Estrecho de San Carlos



ser el más antiguo. En dicha circunstancia, le indiqué sobre el terreno una altura no ocupada por las propias tropas, sobre el flanco derecho de las posiciones, y el teniente me ordenó que la ocupara con una ametralladora, para evitar que desde allí se envolviera la posición. De pronto, el sargento primero Jumilla se aproximó para informar que en el frente de las secciones se divisaban tropas desplazándose en actitud ofensiva. De inmediato ordené que dos hombres se adelantaran para observar si dichos efectivos pertenecían al enemigo o a las propias fuerzas que se replegaban, tarea que les fuera encomendada al cabo Luis Miño y al soldado Rubén Gómez.

Todo era muy confuso, pues en esos momentos también recibíamos fuego de mortero sobre la posición, y los integrantes de la sección debían arrastrarse hasta sus pozos de zorro. El combate cercano había empezado y nuestras ametralladoras hacían fuego sobre los efectivos ingleses que buscaban refugio en una barranca próxima a la playa, desde donde continuaban batiéndonos con fuego de morteros.

En esas circunstancias, la sección supo que el cabo Miño y el soldado Gómez, al aproximarse, habían sido muertos por el enemigo. Yo no logré ocupar la altura del flanco Este de la posición, a consecuencia de lo cual y dada la diversidad de fuegos que recibíamos, los paracaidistas británicos empezaron a envolvernos desde esa dirección.

Inicialmente, los ingleses intentaron un ataque frontal pero fueron rechazados, en parte gracias a la intervención del cabo primero José Luis Ríos, que conducía dos ametralladoras, quien luego de combatir toda la noche se había replegado a las posiciones de la sección permaneciendo en dicho lugar. Este heroico suboficial, instantes después, fue batido por un misil que le ocasionó la muerte cuando se encontraba realizando fuego con una de las ametralladoras.

El combate se hacía cada vez más intenso, el teniente Estévez fue herido reiteradamente en un brazo y en una pierna. Murió como consecuencia de un tiro que hizo impacto en su rostro mientras operaba un equipo de radio por el cual transmitía a la artillería la ubicación de las posiciones enemigas para que las batiesen. A pocos metros de allí, fui herido primero en una pierna por una granada de mortero que estalló cerca de mi posición antes de que pudiera refugiarme en mi pozo de zorro, por suerte la herida no me limitó para continuar combatiendo. Conduje el combate de la sección, alenté a mi gente con mi grito característico de correntino: el sapucay, ya que también eran correntinos la

mayoría de mis soldados. En oportunidad de ser herido un soldado apuntador de un fusil ametrallador, luego de buscarle refugio, me hice cargo del arma y abrí fuego en dirección al ataque enemigo.

Los ingleses ya estaban próximos. La sección combatía en las distancias cortas, entre los cien y cincuenta metros. Ellos avanzaban cubiertos por cortinas de humo y protegidos por los intensos fuegos de artillería y de morteros sobre nuestra posición. Su avance era jalonado con fumígenos de colores, para no ser batidos por el fuego de su propia artillería. Yo no dejaba de disparar con el fusil ametrallador. De pronto una bala impactó en mi cabeza y caí desplomado en el fondo del pozo. El proyectil había perforado mi casco y yo había quedado fuera de combate debido a una herida en el rostro. Fue el soldado Ponce, quien me auxilió, me vendó y me alentó para continuar conduciendo.

El combate entonces transcurría sin mengua, los integrantes de la sección desde cada pozo luchaban contra su enemigo. En una oportunidad, un soldado que se había puesto mi casco, al salir a tirar desde la posición, recibió un impacto sin consecuencias, ya que el tiro rebotó, suceso que provocó un asombro general.

En otra ocasión, un soldado que operaba un lanzacohetes antitanque y antipersonal, al salir de la posición para disparar, fue alcanzado por un impacto que perforó su tubo anterior inutilizándolo. El combate era muy violento, los ingleses se preparaban para asaltar la posición habiendo conquistado algunos pozos del flanco derecho.

Los hombres de la sección, que ocupaban esos pozos, habían sido reducidos y sacados de la posición, por lo que era imposible hacer fuego sobre los ingleses que estaban entre ellos. En esa circunstancia, restando ya escasísima munición para continuar el combate y sin posibilidades de recibir refuerzos, decidí ordenar la rendición, ya que no había posibilidades de éxito. Resistir el asalto significaba un derramamiento inútil de sangre, con el consecuente aumento de pérdida de vidas. El combate estaba perdido.

Un soldado sacó un fusil fuera del pozo con una servilleta blanca atada en su extremo como bandera de rendición, cumpliendo así lo ordenado por el jefe de sección. Al principio este hecho no fue debidamente interpretado y se le disparó, los impactos dieron en el arma. Ordené entonces que se insistiera y el enemigo detuvo el fuego. De esta manera pudimos salir de las posiciones y fuimos tomados prisioneros.

Al revisarnos, los ingleses nos hicieron un cacheo violento, pues habíamos luchado duramente y los ánimos estaban muy

alterados. Luego, fuimos llevados a un lugar de reunión de prisioneros de guerra próximo a las posiciones de la sección, pero como la propia artillería empezaba a batirlos, tuvieron que llevarnos a una pendiente en desenfilada, que reunía condiciones de seguridad. Estuvimos todo el 28 de mayo a la intemperie y también durante la noche. Los ingleses no pudieron hacer mucho por los heridos. Los combates continuaban en Pradera del Ganso. No obstante, algunos soldados ingleses, mostrando un gesto humanitario, entregaban su único paquete de vendas en favor de los heridos argentinos."

Coronel VGM Ernesto Peluffo

Evaluación retrospectiva

El enfrentamiento que tuvo lugar el 28 de mayo en las alturas del cerro Darwin fue uno de los más cruentos de la Guerra. Fue el primero y el único de los combates diurnos. De allí en más, los ingleses sólo atacaron de noche, para evitar un elevado costo en vidas y materiales. El 2do Batallón de Paracaidistas Británico se enfrentó en esa altura contra una sección de los servicios reforzada con armas automáticas pertenecientes al RI 12 y con una sección de tiradores del RI 25.

El resultado del combate fue adverso para las tropas argentinas. Luego de más de tres horas de lucha, los ingleses tomaron la posición, y las pocas resistencias argentinas que aún se sostenían debieron rendirse. El saldo fue de doce muertos y más de veinte heridos, sobre un total de aproximadamente setenta hombres.

En esa altura ofrendaron sus vidas el teniente Roberto Estevez, el cabo Mario Castro, los AOR Fabricio Carrascul, Arnaldo Zabala, Horacio Guiraudo, pertenecientes al RI 25. Por parte del RI 12 lo hicieron el cabo 1ro José Luis Ríos, el cabo Luis Miño, los S/C 62 Gabino Ruiz Díaz, Ireneo Mendoza, Alberto Moschen y los S/C 63 Ireneo Maciel y Rubén Horacio Gómez.

Sector sur del istmo

La noche del 27 al 28 de mayo, el sector sur de la defensa que ocupaba la Compañía C no fue atacado pero la comprobación de la presen-

cia enemiga en las proximidades por parte de las avanzadas motivó el máximo de alerta de todo el personal.

Con las primeras luces, y de acuerdo con la situación de la Compañía A, se ordenó el repliegue de esta subunidad hacia una posición de retardo y, además, se destacó una de sus secciones para reforzar al sector norte.

El 28 de mayo a las 1630 horas el enemigo todavía no se había presentado frente a la Compañía C. Poco después, una fuerza enemiga se infiltró y flanqueó las posiciones atacando en desenfilada sobre la retaguardia de su flanco derecho. Algunas fracciones fueron cercadas y perdieron el contacto.

Equipo de combate Güemes

El núcleo del EC Güemes, que desde el 26 de mayo se encontraba en Puerto Argentino luego de haber sido recuperado en Douglas Paddock, fue helitransportado[9] hacia la zona de combate el 28 a la mañana. Los efectivos al mando del teniente primero Carlos Esteban fueron desembarcados ocho kilómetros al sudeste del Pradera del Ganso. A las 1020 horas, la fracción se presentó en la localidad luego de avanzar desplegada a campo abierto recibiendo fuego de artillería.

Inmediatamente, recibió la orden de realizar un contraataque para recuperar las alturas del frente norte del dispositivo con las dos secciones que aún disponía, pues la Bote del teniente Estévez había sido empeñada durante los combates de la madrugada.

Pasado el mediodía, se inició el contraataque en un frente de unos 450 metros, con la sección Gato a la derecha y la sección Romeo a la izquierda. Gato tomó su objetivo sin entrar en contacto con el enemigo, pero Romeo chocó con tropas enemigas que a viva voz le intimaron a rendirse. Durante ese diálogo, con cada bando desde su línea, el enemigo realizó un movimiento sospechoso que fue repelido por el fuego del jefe de la sección Romeo. La caída del oficial británico a cargo hizo retroceder al enemigo y posibilitó la toma del objetivo por parte de Romeo. En pocos minutos, la posición alcanzada se volvió insostenible. El riesgo a quedar cercados obligó a toda la compañía a replegarse

[9] Los helicópteros, piloteados por el capitán Swendsen y el teniente Florio, bajo fuego, descendieron en Pradera del Ganso, cargaron heridos y volaron de regreso a Puerto Argentino.

300 metros y ocupar unas antiguas construcciones desde donde resistió hasta el cese del fuego.

La sección Romeo

Por el Subof Pr VGM Jorge Alberto Pacheco[10]

El 26 de mayo, ocupábamos posiciones en el puente de Bodie Creek, situado a unos 4000 metros del caserío de Pradera del Ganso. Para entonces, la sección estaba sin el jefe del tercer grupo pues había sido evacuado por haber recibido una herida de bala durante una incursión aérea enemiga. En consecuencia, debió hacerse cargo del grupo el encargado de la sección. En este punto, el cabo Miguel Ávila, jefe del grupo Apoyo de la mencionada sección, había sido agregado a la sección del teniente Roberto Estévez.

En la noche del día 27, comenzó el bombardeo naval sobre las posiciones situadas más allá del establecimiento Darwin y Boca House. Un nutrido fuego de armas automáticas, delatado por el sonido y el resplandor de la abundante munición trazante, indicaba que en ese sector se estaba concretando un fuerte ataque enemigo.

Nuestra fracción esperaba en el sector sur. En medio de una creciente impaciencia, el jefe de sección decidió aguardar un tiempo prudencial. De no recibir ninguna orden del comando de la Fuerza de Tarea Mercedes, tomaría la decisión de marchar hasta Pradera del Ganso. Como no tuvo ningún tipo de comunicación, con las primeras luces del día 28, nos replegamos hasta aquel caserío que, a la sazón, era la retaguardia de combate. Dejamos nuestros bolsones, llevando el equipo aligerado y toda la munición que disponíamos, distribuida en los porta cargadores y las bolsas de rancho.

Comenzamos, entonces, una extenuante marcha hacia el poblado, según el ritmo que nos permitía el estado del terreno. Con el barro hasta las rodillas, el desplazamiento constituyó una verdadera proeza. En el avance, nos encontramos con un espectáculo difícil de describir: soldados perturbados, con heridas sangrantes o crisis nerviosas, confundían más el ya inquietante amanecer. El cansancio, el dolor y la desesperación parecían juntarse y multiplicarse.

---

[10] Fragmentos del testimonio del suboficial principal VGM Jorge Alberto Pacheco en http://www.lagazeta.com.ar/praderadelganso.htm. Fecha de captura: 24 de julio de 2012.

Cuando arribamos al lugar, el subteniente Gómez Centurión se dirigió al puesto comando. Allí le informaron que el teniente Estévez había muerto en el combate de Darwin, ocurrido esa misma madrugada. Su muerte se unía a la de los cabos Miguel Ávila y Mario Castro, y a la de los soldados Fabricio Carrascul, Arnaldo Zavala y Horacio Giraudo. Al subteniente Gómez Centurión le ordenaron esperar y preparar la sección para dirigirse al sector de Darwin, ni bien existiera algo más de información sobre la Compañía A del RI 12.

A media mañana, se ordenó lanzar un contraataque, para bloquear una penetración enemiga por el este de cerro Darwin. Cuando la sección ya estaba en movimiento, llegó corriendo el cabo Andrés Fernández, dispuesto a sumarse al combate. Si bien este suboficial estaba destinado en el rancho, Gómez Centurión no tuvo tiempo para negarle su pedido, y quedó entonces integrado a la fracción.

La sección avanzó para alcanzar las alturas predominantes, por lo que debimos cruzar el puente que se encontraba inmediatamente después de una escuela, que habíamos ocupado hasta el 1° de mayo. Alcanzamos el edificio, pero rápidamente tuvimos que regresar, pues el enemigo ya tenía efectivos adelantados en dichas posiciones. Para el movimiento de ida y vuelta, nuestra formación era de una columna; en la pequeña playa, no había lugar para adoptar otra. Ya para entonces, los equipos aligerados eran una tortura. Tuvimos que deshacernos de ellos, pues con el peso de la munición y las correas gruperas de cuero, que nos cortaban prácticamente la circulación sanguínea de los brazos, dichos equipos constituían una real incomodidad. Los proyectiles de armas automáticas enemigas pasaban por sobre nuestras cabezas e impactaban en el suelo y el agua. Afortunadamente, no tuvimos heridos. Mientras regresábamos a nuestras posiciones iniciales, el jefe de sección ordenó ocuparlas, según este orden: el tercer grupo del sargento Ismael García, más cerca del improvisado aeródromo; luego, yo, con el segundo grupo al centro, y por último, el cabo Rubén Oviedo con el primer grupo. Debíamos tomar contacto con las posiciones lindantes a la población de Pradera del Ganso. Pero el combate se mostró confuso. En consecuencia, debido a la velocidad de marcha que traíamos y al constante fuego enemigo, quedé ubicado en último lugar. Por lo tanto, mis posiciones fueron ocupadas por el primer grupo. Me di cuenta de este involuntario error, y a los gritos se lo hice saber a Oviedo. Pero él me contestó que dejásemos todo así; ya no teníamos tiempo para cambiar de lugar. Dios había dispuesto que fuera mi compañero el que ofrecería su sangre. El jefe de sección tomó, por lo tanto, este grupo –que estaba más cerca de él– y lo adelantó como patrulla en dirección a Darwin. Se

divisó entonces el avance de una fracción enemiga, aproximadamente a 500 o 600 metros al norte del lugar alcanzado por nuestra fracción. Estos efectivos avanzaban en columna sobre el camino, advertidos, tal vez, de la posible existencia de un campo minado. Mientras tanto, el subteniente Gómez Centurión ordenó al tercer grupo ocupar posiciones sobre el lado derecho del camino. Fue aquí cuando vi por última vez al sargento García, quien al ser interrogado por mí acerca de dónde se dirigía, con una sonrisa y el brazo levantado me contestó: "Nos vemos, Pachequito". El sabía muy bien de la loable misión que estaba cumpliendo y de su férreo convencimiento de morir por la patria. Creo, pues, que con ese gesto, se estaba despidiendo de todos nosotros. La sección se reestructuró, para colocarse en forma oblicua al camino; bien oculta, a pesar de las pocas cubiertas que ofrecía el terreno, pero con las ventajas que otorgaban las condiciones climáticas, a partir de la baja visibilidad. En tanto, se esperaba que el enemigo estuviese al alcance de nuestras armas. Cuando se encontraban a unos 150 o 200 metros, el subteniente ordenó abrir el fuego. Los primeros ingleses que venían en la columna fueron sorprendidos y cayeron heridos o muertos. El resto de la columna tomó posiciones en el lugar. Se trataba de inducirlos a desplegarse sobre el campo minado que estaba a ambos costados del camino, pero, a pesar del violento fuego que recibían, no hicieron lo que nosotros esperábamos. Al contrario, algunos se tiraban cuerpo a tierra en el camino, y otros, más temerarios, disparaban desde la posición de pie o rodilla a tierra. Así continuaron, abriendo fuego poco efectivo sobre nuestra fracción. Por un momento, logramos frenarlos. Luego, pasado un tiempo que pareció una eternidad, el subteniente observó que unos soldados británicos levantaban los fusiles y agitaban los cascos, por lo cual ordenó suspender el fuego. Los hombres avanzaron hasta nuestras posiciones, y uno de ellos se apartó del resto para hablar con nuestro jefe de sección, quien también se adelantó, dispuesto a concederles el parlamento que pedían. Pasado el combate posterior a ese parlamento, fue el propio subteniente quien me contó que como joven oficial se sentía orgulloso de que un jefe inglés quisiera rendírsele, ya que se encontraban en una posición totalmente desfavorable. Sin embargo, eso fue lo que creyó en un principio. Cuando el oficial enemigo le preguntó si entendía inglés y se dio a conocer como oficial inglés, le dijo que si entregaba el armamento, aseguraba la vida de todos los hombres de la sección. Al principio, no entendió muy bien el concepto, pero cuando reaccionó, le contestó que no hablaría más, y que después de dos minutos volvería a abrir el fuego. Luego, cada cual volvió a sus posiciones. Nadie tiraba. Pero cuando faltaban pocos metros para que

el subteniente Gómez Centurión llegara hasta donde estaba la sección desplegada, una ametralladora comenzó a tirar desde unas elevaciones del lado izquierdo, que originariamente no habían sido ocupadas por el enemigo. Al darse vuelta y observar hacia el lugar de donde provenía el fuego, comprobó que el oficial inglés estaba en posición de tirar, por lo que disparó con su FAL, y luego observó cómo el citado oficial caía mortalmente herido sobre los alambres. Inmediatamente se inició un violento combate. La balanza parecía inclinarse, de repente, a su favor. Hasta unos momentos antes, eran ellos los que sostenían la peor situación. Entonces, en esa nueva circunstancia, nos hacían fuego efectivo con ametralladoras, hecho que causaba, entre los nuestros, gran cantidad de bajas.

En tales momentos, se pierde la noción del tiempo. Nos olvidamos de nuestras necesidades básicas. Se tenía la sensación de que todo transcurría en cámara lenta y no sentíamos, de inmediato, el miedo. La preocupación primordial era sobrevivir.

El subteniente Gómez Centurión y el soldado José Ortega seguían tirando juntos, contra los paracaidistas británicos. En un momento, el subteniente se corrió hasta la MAG, que, accionada por un soldado del RI 12 agregado a la sección, no disparaba por encontrarse trabada. Luego de ponerla otra vez en funcionamiento, y después de decirle al apuntador hacia dónde debía tirar, regresó arrastrándose a su posición, y se encontró con que el soldado José Ortega había sido muerto por un disparo en la cabeza.

El sargento García, junto con los soldados Ricardo Austin y José Allende, fueron destacados para aproximarse a las ametralladoras inglesas e intentar silenciarlas con fuego automático de la MAG. Para ello, debían cruzar el alambrado que delimitaba el camino a ambos costados. Fue aquí cuando los descubrieron, mientras eran batidos certeramente con fuego de ametralladoras. Los dos soldados murieron en el acto. El sargento, herido, quiso cruzar el alambrado, pero los ingleses nuevamente dispararon sobre él. En ese preciso momento, pasó a la inmortalidad. Unos pocos segundos y su vida quedó tronchada.

Cerca de la pista del aeródromo, el cabo Oviedo, con intenso fuego, trató de llamar la atención del enemigo, para permitir que el resto de los soldados obtuviera una mejor cubierta. Pero fue el caos. El combate se volvió sangriento. Cayeron soldados propios y enemigos, se escucharon gritos, órdenes, explosiones. El volumen de fuego inglés era infernal. Todos trataban de buscar la mejor cubierta, de aferrarse a algo. Cualquier cosa era válida para preservar la vida, para seguir peleando; aun unos cajones vacíos de munición. Oviedo los vio y se dirigió hacia

allí, disparando, parapetado cuerpo a tierra tras de ellos. Pero un disparo alcanzó su cuerpo y quedó encogido sobre sí mismo. Murió pocos momentos después. Se fue como él quería: luchando de frente. Ganó, sin duda, la mejor de las muertes para un soldado. Cerca de él, abatido por otros disparos, también había muerto el soldado Ramón Cabrera.

A pesar de tanto derroche de heroísmo, la posición se hizo insostenible. El subteniente debió ordenar el repliegue hasta las posiciones iniciales. Comenzó el movimiento de la fracción, cuando el jefe de sección se dio cuenta de que el cabo Fernández caía herido. Inmediatamente, junto con un soldado, concurrió hasta allí para tratar de evacuarlo, ordenando al resto de la sección que se replegara. El suboficial herido era un peso muerto. Lo arrastraban en una forma muy lenta y esto podía ocasionar mayores pérdidas para el resto del personal que los cubría por el fuego. Por ello, el subteniente optó por dejarlo en un lugar, a cubierto, no sin antes prometerle que volvería a buscarlo. Entonces sí, toda la sección se replegó reunida, algunos llevando a los que estaban heridos, y el resto, cubriéndolos.

En un momento dado, mi grupo quedó entre dos fuegos. El enemigo seguía tirando sobre nuestras posiciones; detrás de la mía, se hallaba personal del RI 12 que contestaba con ímpetu, sin percatarse, quizás, de que nosotros estábamos ahí. Ya casi no podíamos sacar nuestras cabezas; solamente lo hacíamos en alguna breve pausa del fuego. En una de ellas divisé que, por la playa, un par de hombres venían a la carrera, agitando sus brazos y gritando que eran propia tropa. Resultaron ser el cabo René Rosales y un soldado de la sección Bote quienes habían quedado como enlace en la escuela. Después de perder contacto con el resto de sus compañeros, sin saber la suerte que habían corrido todos ellos, se quedaron en ese lugar hasta que pudieron salir sin ser descubiertos por los ingleses.

Cuando el resto de la sección llegó a la altura en donde se encontraba mi grupo (ya el enemigo no tiraba sobre nosotros), el subteniente me buscó y dijo que García, Oviedo y algunos soldados habían muerto. En la voz, se le notaba mucha rabia y singular congoja. Sé que lamentó mucho la muerte del encargado de la sección, ya que en esos días se habían hecho muy amigos, hasta el extremo que, en algunas ocasiones, dejaban de lado el formalismo y se permitían el tuteo. Por mi parte, la única reacción que tuve fue la de maldecir y pegar un cachetazo en el fusil, cuando la violenta realidad de la pérdida de mi amigo me golpeó en el alma. El que alguna vez haya perdido un amigo, cualquiera haya sido la circunstancia, creo que sabrá comprender lo que ello significa y el dolor que produce.

En la sección, se habían producido muchas bajas, por lo que tuve que hacerme cargo de la reunión del resto de los soldados, y sacar novedades de personal y material, mientras el subteniente se encargaba de evacuar a los heridos para que recibieran la atención adecuada. Entre muertos y heridos, el 50% de la sección había quedado fuera de combate.

Los disparos se hacían cada vez más esporádicos. La sección ya no tiraba, para ahorrar munición. Además, desde donde estábamos, ya casi no teníamos campo de tiro.

Cuando el subteniente regresó, pidió voluntarios para buscar al cabo Fernández. Me ofrecí, pero él se negó, aduciendo que yo era el único jefe de grupo que le quedaba con vida. Por lo tanto, me tenía que hacer cargo de la sección durante su ausencia. Esperó que anocheciera, y junto con los soldados José Aguerrebengoa y José Carobbio, estuvieron buscando al cabo Fernández por espacio de una hora. La noche era cerrada. Cuando al fin lo encontraron, el Cabo se alegró muchísimo. Estaba casi inconsciente por la pérdida de sangre, pero comentó que, un rato antes, una patrulla inglesa había pasado por ahí y él había fingido estar muerto. Realmente, estaba malherido, porque al intentar moverlo, gritaba a causa de los dolores. A duras penas, llegaron hasta el puesto de socorro. El cabo se salvó, pero perdió dos dedos, y hubo que aplicarle un clavo a la altura de la cadera.

Realmente, era una noche muy oscura. Comenzó a lloviznar y hacía mucho frío. Ya casi no se escuchaban disparos, solamente se oían los rotores de los helicópteros ingleses, quienes, aparentemente, acercaban refuerzos, material y munición. Uno de ellos se acercó demasiado hasta nuestras posiciones, pero un nutrido fuego de armas automáticas lo obligó a marcharse. En esos momentos, comencé a tener conciencia de lo que había vivido. Pensaba en mi compañero, y no podía creer que estuviera muerto. Sin darme cuenta, empecé a rezar. Luego lloré, exteriorizando todas mis emociones largamente contenidas. No me avergüenzo de ello, pues creo que es de hombres llorar. Lloré dando gracias por seguir vivo, lloré con dolor por todos aquellos que habían muerto en el cumplimiento del deber, lloré desconcertado, preguntándome el porqué de tanto sufrimiento y tanta guerra, del sacrificio de tantas vidas, de si todo ello valdría la pena. Ya casi no sentía frío. El frío se había hecho carne en mí. Ahora tenía la inmensa responsabilidad de cuidar del resto de los soldados que habían quedado en la sección. Con algunos de ellos, repartimos mantas a todo el personal, para poder dormir más calientes y secos en nuestras posiciones. Era como un merecido premio a tanto esfuerzo. Establecimos un primer turno de guardia para la noche, con el 50% del personal,

mientras que el resto descansaría. A mitad de la noche, rotamos. Ya teníamos la orden de esperar hasta el día siguiente. Por lo tanto, hubo un cese momentáneo del fuego. Ya presentíamos que la rendición era inminente y que nada más podíamos hacer.

Combate de Boca House

La posición de Boca House,[11] que se encontraba tres kilómetros al norte del poblado de Pradera del Ganso, estaba ocupada desde mediados de mayo por la 3ra sección de la Compañía C del RI 8. Desde ella se dominaba por las vistas el valle que se extendía ampliamente hacia el norte y que estaba cortado perpendicularmente por un pequeño arroyo. Inicialmente, la dirección principal de la posición estaba orientada hacia el norte del istmo y fueron modificadas hacia el este, de acuerdo con la idea que tenía el comando superior sobre un posible ataque desde el mar. El emplazamiento con frente hacia el lago Bretón tenía por finalidad dar el alerta temprana y retardar un posible desembarco enemigo. Sin embargo, la preocupación del jefe de la sección por la avenida de aproximación norte lo llevó a establecer su posición en un lugar desde el cual podía controlarla y además mantuvo un grupo de tiradores, la única ametralladora y el cañón antitanque emplazados para atender una amenaza proveniente desde esa dirección.

La artillería enemiga comenzó a batir el istmo la noche del día 27 y fue la evidencia definitiva de que el ataque terrestre provendría desde el norte del istmo. Inmediatamente toda la sección ocupó el dispositivo modificado en los días previos cuyas posiciones habían quedado a medio construir. Durante el resto de la noche se escuchaban disparos de armas automáticas entremezclados con las explosiones de la artillería y por momentos el cielo se iluminaba con las estelas que dejaban las trazantes. La incertidumbre aumentaba con las horas, la sección aislada esperaba un ataque enemigo sin tener información sobre cómo evolucionaba la situación en el resto del dispositivo, ya que no se disponía de comunicaciones con el comando superior.

El cielo nublado y la helada llovizna del día 28 reducían la visibilidad hacia el frente adoptado durante la noche, de repente pudo obser-

[11] El 22 de abril, la 3ra sección de la Compañía C del RI 8 se desplazó por vía aérea desde Comodoro Rivadavia a Puerto Argentino, desde donde fue trasladada en un helicóptero Chinook a Pradera del Ganso durante la mañana del día siguiente. Allí fue agregada a la Compañía C del RI 25 como reserva de dicha subunidad.

varse una fracción de magnitud aproximada a una sección de tiradores que se desplazaba a sólo 700 metros sobre la loma norte opuesta a Boca House. Al principio, se pensó que podía tratarse de tropa propia replegándose. La falta de comunicaciones y la poca visibilidad impedían identificarla. En pocos minutos se dilucidó el interrogante, pues las características del desplazamiento permitieron confirmar que se trataba de una fracción enemiga.

El fuego de la ametralladora sorprendió al enemigo en campo abierto sin ningún tipo de cubierta y en una formación totalmente favorable para la eficacia del arma. El fuego sostenido al que se agregó el de los fusiles produjo numerosas bajas que quedaron sobre el terreno. Algunos lograron retroceder y otros avanzaron a la carrera para cubrirse en el seto que atravesaba la loma y delante del cual la sección había preparado un pequeño obstáculo minado y algunas trampas explosivas. El enemigo abrió desde allí fuego de gran intensidad con armas automáticas sobre nuestro emplazamiento, mientras efectuaba cambios de posición. Empleó varios fumígenos para cubrirse y tratar de evacuar sus heridos tendidos sobre el terreno. Comenzó así un largo intercambio de disparos; la ametralladora en ráfagas y los tiradores tiro a tiro con sus fusiles; el lanzacohetes disparó sobre el seto provocando que el enemigo abandonara esa cubierta y se pudiera disparar con mejor puntería sobre él. Entonces, se produjo una pausa en el combate que se aprovechó para distribuir munición y verificar si había bajas en el propio personal.

Momentos después, el enemigo reinició su ataque con gran volumen de fuego de armas automáticas, fácilmente apreciable por los impactos en nuestras posiciones y las trayectorias que dibujaba la munición trazante. Dos aviones Pucará aparecieron en escena, pasaron sobre nuestras posiciones y se lanzaron en picada sobre el enemigo, quien ejecutó una cortina de fuego sobre las aeronaves, que debieron girar y escapar en otra dirección. La ametralladora continuó ejecutando ráfagas de manera eficaz y disciplinada; también los tiradores disparaban, pero no todos sus fusiles funcionaron correctamente. Preocupaba el flanco derecho que no disponía de protección. El terreno ocupado por la sección era muy limpio, sin cubiertas naturales, parecía una cancha de golf.

El soldado Guillermo Marini, cuya posición con frente hacia el mar y en la contrapendiente le impedía combatir, llegó arrastrándose a la posición del jefe de la sección que se encontraba bajo un intenso fuego, para informar que su jefe de grupo había sido herido con un disparo en un hombro con salida por el antebrazo. Se le entregó entonces munición

adicional a Marini y se le ordenó arrastrarse hasta el flanco derecho para ocupar una posición que permitiera cubrir un eventual envolvimiento del enemigo por ese sector, un pozo de zorro que había quedado inconcluso tras los cambios de posición ordenados. En ese momento, el fuego enemigo era de tal intensidad que permitía suponer la disposición de varias ametralladoras que no se podían localizar.

Un grito se oyó desde el cañón antitanque, Marini había recibido dos disparos en una pierna y otro en el estómago y yacía boca arriba a unos veinte metros de distancia. El jefe de la sección logró llegar hasta él, darle tranquilidad y arrastrarlo hasta la parte trasera de su posición para dejarlo a cubierto del fuego. Simultáneamente, el fuego de artillería y morteros comenzó a caer a corta distancia y en unos instantes empezó a hacer eficacia. Las explosiones produjeron un cráter a unos metros donde Marini fue trasladado para que recibiera los primeros auxilios. Para entonces, el combate estaba siendo sostenido por la ametralladora y un grupo de tiradores. El cañón antitanque había agotado los tres proyectiles disponibles, su abastecedor no tenía fusil y los restantes grupos de tiradores ocupaban posiciones con frente hacia el este y recibían fuego cruzado. El fuego de armas pesadas caía sin cesar y cada vez era más intenso y certero, y el enemigo se acercaba cada vez más, protegido por su propio fuego. La situación de la sección se había tornado muy desfavorable; la falta de medios de comunicaciones impedía el contacto con el comando superior u otras fracciones. En consecuencia, se destacaron por diferentes caminos dos estafetas con un parte de situación y solicitud de apoyo hacia el puesto comando principal del sector defensivo, que se suponía aún ubicado en el poblado de Pradera del Ganso, distante a varios kilómetros.

El paso del tiempo hizo comprender al jefe de sección que su fracción continuaría sola y sin apoyo alguno. La opción de repliegue no era posible pues la salida de día al descubierto hubiera ocasionado muchas bajas, asimismo pesaba en la evaluación hecha por el jefe de sección el mal estado físico y el cansancio evidenciado por su tropa. La única alternativa era resistir hasta la noche para intentar luego aprovechar la oscuridad.

Alrededor del mediodía, en medio del fuego que saturaba las posiciones propias, se observó que una fracción importante del enemigo de acercaba en línea por el flanco izquierdo, bordeando el mar por una playa en la que desembocaba el pequeño arroyo. Se ordenó abrir fuego sobre ese sector pero el ruido de las armas automáticas y las explosiones impidió que el apuntador y los sirvientes la escucharan, por lo que el jefe de la sección salió de su posición para llegar hasta el arma a impartir la nueva orden de fuego en el lugar. Al hacerlo sintió

un fuerte impacto en el cuello que lo tiró hacia adelante envuelto en sangre. Fue metido dentro del pozo, mudo y aturdido, por su encargado de sección, el sargento Maldonado. En ese estado, el subteniente pudo escuchar que el apuntador de la ametralladora, soldado Allende, había sido herido, pero sus sirvientes, los soldados Leyria y Altenburger, seguían disparando el arma hasta que un misil los impactó, hiriéndolos e inutilizando el arma. Otra explosión certera detonó sobre el techo de la posición que se desplomó e hirió en la cabeza al sargento Maldonado. El soldado Rappa intentó entonces disparar un lanzacohetes descartable, pero fue finalmente relevado en la tarea por el jefe del grupo Apoyo. Un instante después una nueva explosión derrumbó lo que quedaba de la posición hiriendo al jefe de la sección nuevamente en la cabeza.

El cabo Rodríguez, jefe del tercer grupo de tiradores, que enfrentaba el movimiento del enemigo por la playa, se zambulló desesperado en el pozo para pedir órdenes e informar que el enemigo estaba muy próximo. Dentro de la posición recibió un disparo en la cara que lo desplomó. Con dificultad, el jefe de la sección preguntó qué sucedía pues no podía ver nada, y alguien le contestó que ya nadie disparaba y que el enemigo se acercaba sin oposición desde dos direcciones. El subteniente Aliaga supuso que el enemigo lanzaría el asalto final y ordenó que quien pudiera se evadiera, a sabiendas de que quizás sólo podrían hacerlo quienes estaban en la contrapendiente. A fin de evitar ese asalto que ultimaría a sus hombres, se le ordenó al soldado Castro que hiciera saber al enemigo que todo había terminado. Castro levantó un trapo y salió, pero recibió varios disparos que hicieron suponer que no habría posibilidad de rendirse. Poco después, una numerosa tropa enemiga ingresaba desde el frente y el flanco izquierdo tomando prisioneros.

Mientras los heridos eran sacados, uno de los paracaidistas apuntó hacia la cabeza del jefe de la sección que pensó sería rematado, pero para su sorpresa recibió los primeros auxilios del soldado inglés. Como contrapartida a esta actitud y en ese mismo momento, un grupo de paracaidistas enemigos protagonizó un confuso episodio en el que prepararon una ametralladora para ejecutar a soldados prisioneros, entre los que se encontraban Papurello y Salomone, pero fueron desalentados por la enérgica intervención de un superior. En horas de la tarde, alrededor de veinte integrantes de la sección habían sido tomados prisioneros. Todos, salvo el soldado Allende que quedó en su posición dado por muerto, incluidos los heridos que fueron cargados por el resto, acompañaron el avance del enemigo en su posterior ataque al grueso de la FT Mercedes, emplazada varios kilómetros a retaguardia.

En ese derrotero, en calidad de prisioneros junto al enemigo, se atravesó un campo minado y al arribar a las cercanías del poblado los sobrevivientes de Boca House fueron batidos por el fuego de la artillería propia y además fueron impotentes observadores del derribo de un avión Pucará por parte del fuego de fusilería reunida de toda la compañía de paracaidistas británica. El piloto salvó su vida por eyección y fue hecho también prisionero. Ello hizo que alguno de sus hombres se exaltaran golpeando a los prisioneros hasta la enérgica intervención de uno de los custodios que dio por terminada esa agresión. A última hora de la tarde, los sobrevivientes fueron conducidos en una penosa marcha a un sitio en el que pasaron la noche junto a prisioneros de otras fracciones. Siguieron largas horas de frío y nieve, durante las cuales se informó a los heridos que no recibirían atención médica hasta la rendición total de las fuerzas que estaban cercadas en Pradera del Ganso. Esto tuvo lugar la mañana siguiente, cuando ya era tarde para algunos, como el soldado Giraudo del RI 25, integrante de la sección del teniente Esteves, que falleció esa noche.

Esa mañana, los prisioneros heridos fueron separados, conducidos a otro lugar donde recibieron atención médica y luego transportados en helicópteros al hospital de campaña británico donde médicos navales les practicaron las intervenciones quirúrgicas necesarias. El puesto socorro emplazado sobre la costa del estrecho de San Carlos tenía a su frente una enorme flota enemiga que era observada con tristeza y resignación por los hombres convalecientes.

Evaluación retrospectiva

Señor VGM Guillermo Aliaga[12]

Mi sección de tiradores arribó a las Islas Malvinas con personal y armamento no orgánicos y sin medios de comunicación. Allí fue separada de la unidad a la que pertenecía y transportada a Pradera del Ganso, donde cumplió diferentes misiones bajo distintos comandos. La última misión que se le asignó fue la de brindar alerta temprana y retardar el ataque enemigo en Boca House.

---

[12] Se desempeñó con el grado de subteniente "EC" como jefe de la 3ra sección de la Compañía C del RI 8.

En posiciones no adecuadas para soportar el ataque enemigo, con el personal desgastado y en malas condiciones psicofísicas, nos enfrentamos contra el centro de gravedad del ataque de un enemigo muy superior en todos los aspectos, conformado por las compañías B y D del Batallón de Paracaidistas 2, que contaron con apoyo de fuego naval, de artillería, morteros y misiles antitanque. La caída de la posición se produjo luego de largas horas de combate en que el enemigo saturó con fuego de apoyo las posiciones, destruyéndolas. Una de las compañías enemigas que efectuó un aferramiento frontal con gran volumen de fuego de armas automáticas produjo varios heridos. Ello permitió que la otra rodeara las posiciones por el Oeste y se acercara a corta distancia, desde la que también saturó con fuego de armas automáticas y morteros.

La tercera sección actuó en forma aislada, sin contacto con su comando superior, sin apoyo de fuego ni refuerzos de algún tipo, pese a ello cumplió la misión asignada retardando el avance enemigo y ocasionándole numerosas bajas, permitiendo que la Fuerza de Tarea Mercedes mantuviera su primera línea de combate desde las primeras luces hasta pasado el mediodía. Así contribuyó de manera determinante a impedir que el enemigo cumpliera su misión de capturar Pradera del Ganso en las primeras horas del 28 de mayo.

Los comentarios del enemigo fueron muy gráficos: "Tantas mentiras que se nos dijeron acerca de que estaban desmoralizados, de que no querían pelear, y están peleando como leones" o "durante la noche ganábamos (tenían visores nocturnos), luego con la luz del día todo cambió", "17 muertos y 35 heridos del Para 2 en Darwin constituyeron un precio amargo, pero razonablemente pequeño para un combate de tanta duración y ferocidad".

Considero que la reflexión final de los ingleses resume la actitud y valentía de nuestras tropas en aquellos días: "La batalla disipó también las esperanzas británicas de que una simple demostración militar provocaría el colapso de los argentinos. Se había obtenido un modelo de acción para el resto de la guerra: en cada posición los argentinos deberían ser presionados dura y persistentemente antes de que comenzaran a ceder. Ya no existía entusiasmo para un ataque rápido y sin apoyo contra las posiciones que rodeaban Stanley".

Momentos finales de Pradera del Ganso (28 de mayo de 1982)

Por el coronel VGM Italo Piaggi

"**1730 horas**: evolución de helicópteros propios cinco kilómetros al sudoeste de Pradera del Ganso. Desembarcan al Equipo de Combate Solari (Compañía B del RI 12), proveniente del cerro Kent. Fuego de artillería y morteros enemigos sobre el sector. No podemos comunicarnos para coordinar su ingreso por el Sur, aún no cercado por el enemigo. Alerto a la Compañía C, que mantiene el sector sur del dispositivo. Ingresarán después del anochecer, imposible antes. Muy tarde... los esperaba esta mañana y armados hasta los dientes. Muchas bajas. Agotamiento. No está aún organizada la defensa del caserío a mi gusto. El nivel de instrucción del personal no lo capacita para un combate eficaz. El comandante de Agrupación me expresa su orientación: "Interrupción del combate y repliegue de la FT en dirección al puente sur de Pradera del Ganso y marcha al sudeste para su rescate por vía marítima o helitransportada. Resuelva e informe".

1745 horas: ataques aéreos enemigos, sucesivos, sobre las posiciones de la artillería, mi puesto de comando y el sector norte. La 2da sección de la Compañía C del RI 25 se repliega combatiendo. Ataque enemigo reforzado con efectivos equivalentes a una compañía y fuego pesado. Este ataque cerca la posición argentina. Hay bajas. En una hora, el sector está en poder inglés.

1800 horas: el combate se encarniza. Fuego terrestre sobre el puesto de comando. Son las últimas luces. Fuegos finales de protección de la línea a no ceder; los cañones del 601 Antiaéreo en fuego terrestre baten a la infantería enemiga en avance. La batería del GA Aerot 4 usa sus obuses casi horizontales sobre fracciones inglesas localizadas a 600 metros delante de la línea a no ceder. Todas las posiciones argentinas son aplastadas con ametralladoras, morteros y artillería.

1810 horas: dos ataques aéreos enemigos sobre los puestos de comando y posiciones de la sección del GADA 601. Los cañones de 35 mm y los radares de la central de tiro son destruidos. Se pierde contacto con la Compañía A, la sección del subteniente Aliaga y fracciones de la Compañía C.

1825 horas: la 1ra sección de la Compañía C del RI 12 del subteniente Aldao ha sido cercada. El teniente primero Chanampa, jefe de la batería de obuses, me solicita autorización para suspender los fuegos de apoyo directo. No tiene seguridad de no estar haciéndolo sobre las propias posiciones. Ordeno que concentre su fuego sobre las avenidas del enemigo en la profundidad de su dispositivo. Helicópteros enemigos evolucionan desde la costa: disparamos sin poder precisar eficacia.

1915 horas: analizo el curso de acción propuesto por la Agrupación. Resuelvo no ejecutarlo. Imposible interrumpir el combate en contacto con el enemigo a distancias cortas y casi cercado. De lograrlo, iniciado el movimiento al Sur, el enemigo puede tomar contramedidas que estoy imposibilitado de neutralizar. El final es sólo uno: aniquilamiento.

1945 horas: fuegos de reglaje de artillería naval sobre el caserío; alista fuegos nocturnos para el ataque final o destruir la posición. Es poco probable que arriesguen la vida de un solo infante en un ataque al caserío, no vale la pena; con los fuegos alcanza para nuestra destrucción y aniquilamiento.

2000 horas: noche cerrada, con niebla. Disminución en la actividad de combate enemiga. Fuegos ocasionales de morteros y artillería ingleses y de fusilería de ambas partes. Se mantiene la línea a no ceder. Imparto nuevas misiones a personal de cuadros para encuadrar a los dispersos, extraviados o sustraídos de sus mandos. La sección comunicaciones intenta el contacto con los sectores. No hay respuesta. En el puesto de socorro se siguen recibiendo heridos, algunos en estado desesperante. La evacuación aérea es imposible.

2045 horas: reunión en el comando de la BAM. Expongo la situación y mi evaluación de las operaciones en desarrollo. Incluyo información sobre lo propuesto por el Comando de Agrupación para el repliegue al Sur y mi resolución negativa. El jefe de la BAM, vicecomodoro Pedrozo propone emplear a la Compañía C del RI 12 o al EC Solari para reforzar los sectores norte y oeste del dispositivo. Expreso mi negativa fundamentando mi resolución.
Surge la gravedad del cuadro general, incrementada por la perspectiva de un combate nocturno en el caserío, con la población civil concentrada. Expongo clara y firmemente mi oposición a continuar la lucha dentro del caserío. La reunión es tensa. Remato mi personal actitud: si la evolución del combate no lo decide o el comando superior no arbitra

medidas y medios para revertir la situación o no justifica la continuación del combate, resolveré el cese del fuego.
Del análisis surge una variante válida: ganar tiempo para organizar mejor la defensa y prepararnos para morir combatiendo si operacionalmente sirve para algo ...o recibiera la orden de resistir. Así lo pienso y lo expreso; así se resuelve.

2115 horas: radioconversación con los mandos de Puerto Argentino: el brigadier Castellanos ordena a Pedrozo atender la conversación del comandante de la Br I III conmigo y que proceda conforme con lo que aquél ordene. Expongo los aspectos de la situación del personal, táctica, de primera línea y su refuerzo, de apoyo de fuego, las limitaciones para un combate en localidades y mi resolución de no ejecutar la interrupción del combate y el repliegue y sus fundamentos. Propongo resistir en la posición en tanto la lucha no signifique un estéril sacrificio de vidas. Comparte y aprueba mi resolución. Solicito me comunique operaciones previstas para revertir la situación u operaciones en desarrollo que justifiquen el mantenimiento de la posición y por cuánto tiempo. Respuesta negativa.

2145 horas: regreso con el mayor Frontera a mi Comando. Ordeno la reunión de la plana mayor y las jefaturas de elementos, incluyendo al comandante del buque *Monsumen*, teniente de navío Gopcevich Canevari y requerimientos de información para actualizar y completar el cuadro de situación.

2150 horas: sin contacto con el EC Solari. Situación de combate estabilizada. Fuego esporádico de artillería y morteros enemigos, así como de armas automáticas y de fusilería de ambas partes. En reunión, requiero informes. La fortaleza del sector norte es una tela de cebolla de 600 metros: dos secciones de tiradores de la C/RI 25 y la sección reserva de la C/RI 12 empeñada en el sector. La Compañía A ha sido aniquilada o capturada por los británicos. Proporciono a los mandos elementos de juicio que desconocen y un breve resumen: "Estamos solos".

2210 horas: se presenta en el puesto de comando el jefe de una patrulla del EC Solari. Se imparten órdenes para el ingreso al dispositivo y su constitución como reserva de la posición.

2230 horas: la plana mayor trabaja para completar la información. Es tenso y nervioso el trajinar en el puesto de comando. Equipamiento con

que llega el EC Solari: están desnudos, confirmo su incapacidad para combatir.

290030May: Considerando que, a partir de una manifestación personalizada de cada uno respecto de mi resolución pudiera surgir una solución táctica que permitiera la continuación de la lucha y dar tiempo a una reacción de Puerto Argentino, requiero su exposición. Mi balance de las exposiciones personales es negativo. Resuelvo formalmente el cese del fuego y rendición de la Guarnición Darwin-Pradera del Ganso. Al amanecer, el recuento de bajas es de 47 muertos y 98 heridos."

Arenga del jefe de la Fuerza de Tarea Mercedes antes de formalizarse la capitulación (291150 May 82)

La Fuerza de Tarea Mercedes ha combatido en defensa de la soberanía territorial de la nación. Sus hombres han cumplido esa misión más allá de su efectiva y real capacidad de combate, con los medios que las circunstancias y contingencias de la guerra posibilitaron poner a su disposición.

Ha sido batida por la superioridad de la fuerza y medios de un enemigo profesional, entrenado y equipado para combatir en cualquier teatro de operaciones de la Tierra. La derrota de las armas no puede ni debe significar la quiebra moral del soldado ni del espíritu de cuerpo que anima al conjunto, como tampoco la sagrada vigencia de nuestra causa; ella perdurará en el tiempo, cualquiera fuere el resultado final de la guerra.

Si la situación operacional o las órdenes de los mandos superiores lo hubiesen exigido, aun imposibilitada de continuar la lucha, la fuerza de tarea habría seguido combatiendo hasta verter la sangre de su último hombre. Pongo a Dios por testigo.

Dejo para mí, sin delegar ni compartir con comando alguno, la responsabilidad última de haber resuelto el cese del fuego y la rendición de la guarnición, cualesquiera fuesen las consecuencias. No asumiré jamás, la resultante de las condiciones y carencias inverosímiles del poder de combate con que se debió enfrentar al enemigo en el cumplimiento de la misión.

Felicito a todos y cada uno por el espíritu de sacrificio, abnegación, valor y sentido del deber manifestados en el curso de la campaña y en combate que, aún en caliente –no disipado el humo de la batalla, permaneciendo aún los cuerpos de nuestros hombres y los del enemigo en el campo–, han merecido el reconocimiento de los mandos británicos.

Un abrazo. Dios os guarde.

C. Acciones en la Gran Malvina

Bahía del Zorro (22 de abril al 15 de junio de 1982)

En Bahía del Zorro, el RI 8 y la Ca Ing 9, conformando la Fuerza de Tarea Reconquista, quedaron al margen de los principales combates. Desde este sector se realizaron tareas de vigilancia sobre el estrecho de San Carlos y largos patrullajes en los que sus hombres llegaron hasta Port Stephens. En el muelle estuvo amarrado el buque *Bahía Buen Suceso*, que logró sobrevivir a ataques aéreos y ser un poderoso auxiliar a la logística de la guarnición. También en esa bahía buscó refugio la tripulación del navío *Río Carcarañá*, que fue atacado e incendiado en el estrecho de San Carlos.

El asentamiento en Bahía del Zorro comprendía dos estancias separadas por un espejo de agua de 800 a 1000 metros de ancho. No existía un camino directo entre ambos sectores sino sendas que bordeaban la bahía; la comunicación más directa entre ambas márgenes se realizaba en botes livianos o por aire. La margen este tenía mayor profundidad que la opuesta, por ello los barcos de mayor calado descargaban en el pequeño muelle de madera existente en dicha orilla, desde donde las cargas se trasladaban a través del campo en camiones Unimog y tractores, en movimientos que duraban hasta una hora de acuerdo con las condiciones meteorológicas y del terreno.

El asentamiento más importante se encontraba en la orilla oeste y era habitado por veintitrés isleños de diferentes edades, agrupados en diez familias; mientras que en la otra orilla de la bahía la población local era muy escasa.

A partir del arribo del RI 8 y hasta el 30 de abril, se construyeron posiciones principales y simuladas que tenían abrigos para el personal y obstáculos contra acciones del enemigo. Distintas fracciones ocuparon las alturas Fox y Sullivan, que constituían zonas clave en el sector, y también se destacaron hacia el interior de la isla patrullas de exploración mandadas por oficiales.

El desarrollo de esas actividades en un terreno hostil y con condiciones climáticas extremas imponía una gran exigencia física al personal.

La Compañía C, proveniente de Comodoro Rivadavia, vía Puerto Argentino, llegó el 25 de abril, disminuida en una sección[13] y con una

[13] En su arribo a Puerto Argentino, la tercera sección de esta subunidad a órdenes del subteniente Guillermo Aliaga fue asignada a la Fuerza de Tarea Mercedes que se encontraba ocupando un sector defensivo en Darwin-Pradera del Ganso.

conformación heterogénea, ya que la mayoría de los cuadros era personal movilizado de otro destino y los soldados oriundos de la provincia de Córdoba pertenecían a la clase 1962, convocada a tal efecto. Esta subunidad arribó con serias falencias logísticas, por ejemplo, entre diez y quince soldados carecían de armamento individual, faltaban fusiles pesados, morteros y elementos de comunicaciones, y sólo disponía de una ametralladora MAG en cada sección de tiradores. Las armas de mayor alcance eran los morteros pesados, que suplieron limitadamente la carencia de elementos de artillería. También era preocupante la limitación de sanidad, pues el puesto de socorro se había organizado con dotación normal y el refuerzo de dos oficiales médicos.

El control de la mitad sur de la Isla Gran Malvina, que era una de las tareas de la unidad, se ejecutó mediante patrullas que estaban al mando de oficiales. Inicialmente éstas se destacaban en forma diurna y por no más de ocho horas; posteriormente se dispusieron patrullas de dos a tres días de duración.

El J FT, apreciando la posibilidad de quedar aislado de Puerto Argentino, dispuso comprar algunos efectos y materiales extras a través de su oficial de finanzas que permanecía en el cuartel en Comodoro Rivadavia. La observación de los pobladores locales que usaban botas de goma para protegerse de la humedad invernal, llevó a adquirir ese tipo de calzado para todo el personal y otros elementos para cirugía menor y medicamentos solicitados por el personal de sanidad. Esto ayudó a que no se produjeran casos de pie de trinchera y se contara con mejores elementos, aunque insuficientes, para atender las necesidades del puesto de socorro. También se reforzó la unidad con cincuenta bolsas de harina para confeccionar una galleta que pudiese reemplazar la falta de provisión de pan. Una red de pesca tejida artesanalmente por personal de la unidad permitió contar con pescado fresco en el menú diario. Mediante la misma técnica de tejido se confeccionaron algunas mochilas de circunstancia para quienes realizaban las patullas de exploración.

En conocimiento de la existencia de un satélite de observación enemigo que detectaba hasta los menores movimientos, el jefe de la Ca Ing 9 propuso un plan de velo y engaño. Este consistió, entre otras acciones, en:

- La construcción de una posición simulada de artillería empleando caños para cloacas existentes en la zona[14].

[14] Al finalizar las operaciones, durante un encuentro con el comandante de la fragata británica Avenger, éste afirmó no haber podido aproximarse a las posiciones argentinas a menos de catorce millas por la presencia de esos cañones.

- La construcción de una posición de sección de infantería simulada.
- La instalación de dos radares simulados confeccionados con tambores de doscientos litros de combustible cortados en forma vertical. A ellos se les agregó un sistema a pilas de proyección de señales. Los radares verdaderos nunca pudieron ser detectados.
- La marcación con huellas de camiones de la ubicación de inexistentes puestos de comando.

Entre el 1 y el 16 de mayo, los británicos ejecutaron algunas acciones de reconocimiento de la posición. Se tomó conocimiento del hundimiento del buque ARA *Isla de los Estados* por parte de una fragata enemiga en el canal San Carlos. Este hecho significó la situación de aislamiento marítimo de Bahía del Zorro con relación a Puerto Argentino. A la vez, el clima empezó a empeorar, haciendo que la permanencia en las posiciones y los movimientos resultaran cada día más difíciles. Se adoptaron medidas para racionar aún más las reservas de víveres y se comenzó a consumir carne ovina. El personal no recibía la cantidad de calorías necesarias para paliar el esfuerzo exigido. Se organizaron turnos de relevo para poder descansar y secar la ropa. El 10 de mayo, el Regimiento de Infantería 8 tuvo su bautismo de fuego en la campaña, cuando a las 1430 horas se produjo un ataque de dos aviones británicos con bombas, misiles y metralla contra el rudimentario muelle de la bahía donde se encontraba anclado y varado el ARA *Bahía Buen Suceso.*

El 20 de mayo, la fuerza de tarea fue aeroabastecida desde un avión Hércules de la Fuerza Aérea, con ropa y víveres secos para diez días. Esto elevó el espíritu y alivió en parte la crítica situación de racionamiento. A pesar de ello el estado físico del personal comenzó a deteriorarse seriamente; se reforzaba como se podía a la gente de primera línea y las patrullas.

En la madrugada del 26 de mayo, comenzaron intensos bombardeos navales nocturnos sobre la posición, pudiendo comprobarse que las naves se mantenían a prudente distancia, no menos de quince kilómetros; era el efecto de los cañones simulados. Durante el día, el enemigo atacaba con medios aéreos. Las bajas en personal y material fueron escasas en relación con la intensidad del fuego recibido.

El puesto de socorro de la unidad comenzó a presentar falencias en elementos de cirugía y medicamentos. La labor de los médicos fue imprescindible para superar los inconvenientes y poder atender a heridos y enfermos. La enterocolitis por deficiencia alimentaria comenzó a hacer estragos en el personal, se consumieron todas las reservas de medicamentos

para contrarrestar sus efectos. Además, comenzó a ser difícil la obtención de agua potable, lo que agregó otro serio problema a la situación.

El 5 de junio, llegó el buque hospital *Bahía Paraíso*, que luego de entregar medicamentos y equipos de cirugía menor, evacuó algunos heridos y personal civil.

Así es como se llegó al 7 de junio, cuando se recibió por mensaje cifrado una orden preparatoria para emplear la unidad en una operación de ataque sobre Darwin. Se iniciaron los estudios abreviados, dificultados por la carencia de cartografía. Las primeras evaluaciones dieron a luz las debilidades que se arrastraban desde el comienzo de las operaciones, ya que no se había solucionado el problema de las baterías para operar las radios y, fundamentalmente, el estado del personal distaba de ser el óptimo para ejecutar una operación de combate. En este sentido, el cincuenta por ciento había perdido entre cinco y diez kilos de su peso normal, el quince por ciento más de diez kilos y otro diez por ciento se hallaba desnutrido; quedaba sólo un 25 % en aceptables condiciones físicas.

La operación exigía transportar y desembarcar la unidad en la Isla Soledad, marchar treinta kilómetros de noche por terreno desconocido y atacar una posición que se apreciaba bien organizada. Los cuadros eran conscientes de que la unidad no estaba en condiciones de ejecutar una operación de esa envergadura; sin embargo, pensando en que sería oportunamente reforzarla para esa acción que se consideraba decisiva para la batalla, todos se pusieron a trabajar con gran entusiasmo. La iniciativa se puso de manifiesto particularmente en los cuadros, que emprendieron tareas de apresto de sus fracciones con singular esfuerzo y dedicación para encarar la exigencia de la mejor manera posible.

Puerto Yapeyú (21 de mayo al 15 de junio de 1982)

En Puerto Yapeyú, el RI 5 no participó de los combates pero al ser la unidad más próxima a la cabeza inglesa recibió misiones de observación y vigilancia y fue atacado por aviación y navíos británicos, que le ocasionan varios muertos y heridos. Mientras tanto, destacó patrullas hasta la boca norte del estrecho de San Carlos y a zonas más cercanas que detectaron y localizaron tropas especiales enemigas, las que fueron atacadas por comandos propios. También derribaron un Harrier, cuyo piloto cayó al agua, fue rescatado y tomado prisionero. Este regimiento fue afectado en su situación logística cuando el 21 de mayo, a raíz del desembarco inglés en San Carlos, se debió abortar una importante operación de aeroabastecimiento similar a las realizadas en Darwin y

Zorro. Esta sólo pudo ser suplidad en parte con víveres transportados en el buque *Bahía Paraíso*.

El 21 de mayo, con las primeras luces, se produjo el bautismo de fuego de las tropas emplazadas en ese sector. Ese día amaneció, como pocos en la campaña, despejado y con bastante sol. Nadie se imaginaba el rumbo que tomarían las operaciones a partir de ese momento y que todo sucedería a tan corta distancia. Aproximadamente a las diez de la mañana un ruido seco atronó la posición. Por la bahía, desde el Este, asomó un Harrier inglés, que, en vuelo rasante, pasó sobre la Compañías A y B. Se ocuparon rápidamente las posiciones y acto seguido apareció otra máquina similar, que, en lugar de cruzar de Este a Oeste, siguió por arriba de la posición de Sur a Norte, por sobre las defensas de las compañías A y C y a una velocidad más lenta que el anterior. Ambas compañías respondieron con el fuego de sus armas en forma intensa y, como los soldados estaban instruidos, todos tiraban; tanto los tiradores de ambas subunidades como un Blowpipe de la Compañía de Comandos 601.

El avión comenzó a incendiarse, giró y se vio cómo el piloto se eyectó ante la pérdida de control de la máquina; que se estrelló contra una barda de la bahía. Fue un instante de grandísima emoción. Los sapucays resonaban por doquier y los abrazos se multiplicaban en toda la posición. Era el debut, cada uno quería ser el protagonista y esto contribuyó notablemente a elevar el espíritu de combate de la unidad. El piloto eyectado de la aeronave cayó en paracaídas frente a las propias posiciones. Al tocar el agua, su bote de emergencia de color anaranjado se infló; inmediatamente dos suboficiales argentinos remaron en un bote de madera y lo rescataron. El piloto fue rápidamente trasladado al puesto de socorro para asistirlo de una fractura de clavícula y un fuerte golpe en la cara. Su estado no revistaba gravedad y estaba consciente. Se trataba del primer teniente William Glover que luego fue evacuado como prisionero de guerra hacia Puerto Argentino.

Las pasadas de aviones, ya por el estrecho San Carlos, se fueron sucediendo y sobre el mediodía llegaron noticias sobre el desembarco británico en San Carlos. Pronto se supo de la acción de nuestros aviadores, pero se desconocía la suerte corrida por las propias tropas terrestres y otra serie de interrogantes más, debido al aislamiento.

Durante la tarde se produjeron más ataques aéreos sin consecuencias. En uno de ellos, un operador de Blowpipe informó del impacto sobre otro avión enemigo que cayó seguramente en el estrecho, pero no se pudo confirmar. También, a gran altura, se observaron combates aéreos entre aviones propios que venían de bombardear el desembarco inglés y patrullas aéreas de combate enemigas.

El día 23 de mayo se produjo un ataque de aviones británicos sobre tres helicópteros propios que debían trasladar a la Compañía de Comandos 601 y que traían pertrechos a la posición. Fueron derribados dos helicópteros Puma y uno Augusta, que cayeron sobre la playa este de la isla. Pese al derribo, los tripulantes se salvaron y los pertrechos fueron recuperados y llevados a brazo a la posición defensiva. De los helicópteros alcanzados por los aviones ingleses, uno no fue destruido y el 26 de mayo regresó a Puerto Argentino con las tripulaciones de todas las aeronaves destruidas y parte de la Compañía de Comandos 601.

El 25 de mayo, fecha patria, todo el personal de pie en su puesto de combate, entonó al mediodía el himno nacional. Ese día fue el último en el que se tomó un jarro de mate cocido.

El 26 de mayo fue un día triste para el regimiento, cuando el sol salía desde el Este, dos aviones Harrier ingleses aparecieron sobre las bardas ubicadas al norte y atacaron las posiciones de la Compañía C. Cruzaron el estrecho en vuelo al ras de agua, para protegerse de la observación propia del otro lado de estas alturas bajas que bordean la costa y nuestro radar terrestre no los pudo captar. Lanzaron sus bombas beluga y ocasionaron la muerte de los soldados Ramón Caballer; Mario Sánchez; Albino Aguirre y Gerónimo Maciel. También resultaron heridos el subteniente Emilio Samyn Duco y seis soldados conscriptos que fueron internados en el puesto principal de socorro. Se solicitó su urgente evacuación a Puerto Argentino, pero debido a la permanente superioridad aérea enemiga, esta evacuación no pudo realizarse y con los días debió amputársele, con medios precarios, una pierna al soldado Ezequiel Vargas, dado que una amenazadora gangrena subía por la pierna herida, con el riesgo que esto implicaba. Afortunadamente, la peligrosa operación evolucionó bien y salvó su vida. Recién pudo ser evacuado once días después en el buque hospital *Bahía Paraíso*.

Con las últimas luces del día se realizó el entierro de los cuatro soldados muertos en el cementerio militar emplazado en la localidad, luego de un breve velatorio en un galpón, con la bendición del padre Nicolás y los honores de un pequeño grupo presidido por el jefe del Regimiento de Infantería 5.

La relación con los pobladores locales en este sector fue bastante positiva. Por ejemplo, el administrador de la estancia local, luego del ataque aéreo a la Compañía C, se dirigió al puesto principal de socorro con una decena de hombres y expresó: "Conociendo el precario estado de salud de sus hombres para dar sangre a los heridos causados por el bombardeo, hemos decidido con estos hombres ofrecernos para ser dadores de sangre, ya que estamos mejor alimentados que

ustedes y gozamos de buena salud". Esta acción humanitaria de los pobladores causó una gran satisfacción y se agradeció hondamente. En definitiva, sólo se necesitaron dos dadores, que con una actitud ejemplar y humanitaria ejemplificó la buena relación entablada con estos lugareños.

Entre el 27 y 28 de mayo, comenzaron los ataques navales, que se sucedieron cada dos o tres noches durante una a cinco horas. Esos ataques sorprendían a la tropa en sus posiciones lo cual disminuía la cantidad de bajas. En aquel primer ataque resultaron heridos un oficial, un suboficial y cuatro soldados que se encontraban fuera de sus pozos de zorro.

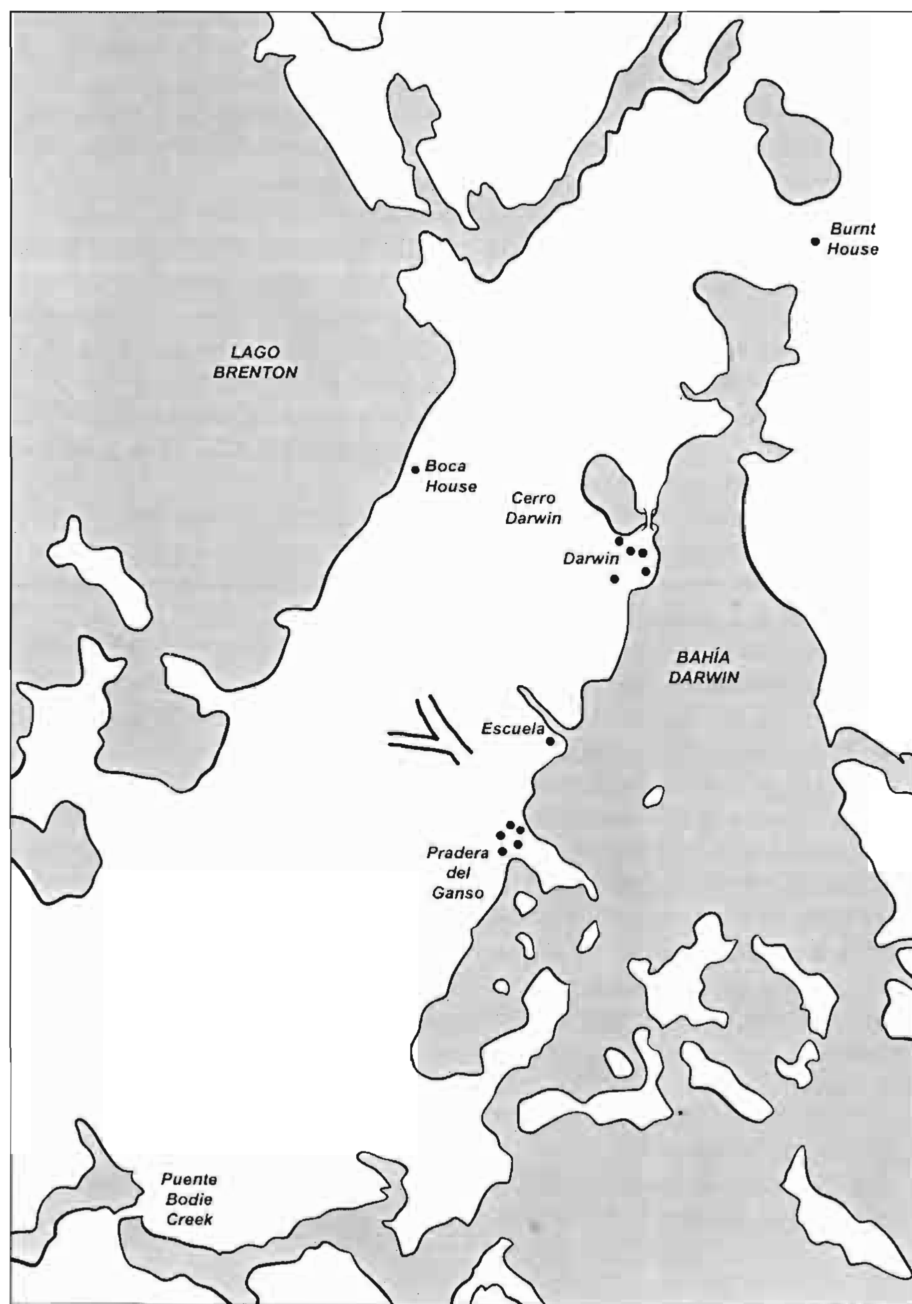
Esa noche, el bombardeo comenzó por la Compañía C que ocupaba el lado norte de la posición. Ante esto se impartió la orden de abrir el fuego con todas las armas pesadas. La distancia donde se encontraban las naves inglesas no podía ser apreciada con exactitud y la única referencia eran los fogonazos de sus cañones. La Compañía C quedó prácticamente neutralizada; la Compañía B era la más alejada hacia el Oeste y la Compañía A era la que estaba en mejores condiciones para contestar el fuego. El jefe de la compañía ordenó la apertura del fuego al teniente primero Mario Dotto, jefe de la sección cañones antitanques y al subteniente José Miñones, de los morteros.

Como el subteniente Miñones se demoró en la apertura, fueron los cañones 105 del teniente primero Dotto los que tiraron. Al ser descubierta la posición de éstos, las fragatas enemigas dirigieron todos sus fuegos contra ellos, lo que obligó a un cambio de posición para eludirlos y seguir desde lugares más protegidos. En ese momento, se apreció que mientras las fragatas tiraban desde más de quince kilómetros, las piezas propias apenas alcanzaban la mitad de esa distancia, por lo cual la solución fue protegerse y esperar que estuvieran a distancia para atacarlas.

El subteniente, que era el jefe de la sección morteros 81 milímetros y ametralladoras antiaéreas de 12,7 milímetros pertenecientes a la Compañía A, tenía como misión preparar fuego sobre una playa abierta que facilitaba un desembarco enemigo. Durante el bombardeo naval nocturno, estaba preparado para ejecutar la misión de fuego impuesta, cuando recibió la orden de abrir fuego con todas sus armas contra las fragatas inglesas que bombardeaban la posición.

Dudando de poder efectuar un fuego efectivo, ya que no veía el blanco, y pensando que las naves estaban fuera del alcance de sus armas, el subteniente salió de su posición para pedir órdenes más precisas a su jefe de compañía. En esas circunstancias, la metralla del fuego naval

Mapa Nº 8. Zona de operaciones Pradera del Ganso



enemigo lo alcanzó en una pierna. La grave herida sufrida requería una urgente evacuación que no pudo ejecutarse debido a la superioridad aérea enemiga. La gangrena que siguió pudo ser controlada hasta su evacuación, que se realizó casi diez días después en el buque hospital *Bahía Paraíso*[15]. También en ese ataque resultaron heridos los soldados clase 1962 Hernán Francolino, Francisco Salinas, Eduardo Rubiolo, Isidro Ortigoza y el cabo Eduardo Gauna.

El 29 de mayo, día del Ejército, nevó por primera vez. La temperatura era de varios grados bajo cero. La carencia de víveres secos limitaba el racionamiento a la carne de cordero hervida, que en ciertas circunstancias pudo proporcionarse sólo una vez por día debido al tiempo disponible de luz, como se comentó anteriormente. El estado físico del personal era alarmante, las pérdidas de peso fluctuaban entre los 15 y 20 kilogramos, según la contextura de cada hombre, como ejemplo de ello, el jefe de la unidad bajó su peso corporal de 70 a 57 kilos y sufrió una anemia que duró varios meses.

El 4 de junio, a medianoche, la posición sufrió el segundo ataque naval que se prolongó por un par de horas y no ocasionó bajas. Los ataques se soportaron sin poder responder, ya que los buques británicos disparaban desde más allá de los quince kilómetros.

El 6 de junio, luego de mediodía, arribó el buque hospital *Bahía Paraíso,* que evacuó a los heridos y enfermos de la posición. Se vivieron momentos de honda emoción en la despedida. Luego se supo que el soldado Raúl Alegre había fallecido en viaje al continente.

El 10 de junio, cerca del mediodía, regresó una patrulla de comandos que había partido el día anterior en misión de exploración y detección de probables incursiones enemigas. El jefe, teniente José Duarte, informó que habían chocado con una patrulla de comandos ingleses y en el enfrentamiento había caído su jefe, el capitán John Hamilton, y habían tomado prisionero al cabo Charles Roy Fonseca. De inmediato se dispuso la recuperación del cuerpo del capitán Hamilton, quien fue enterrado con honores militares; bendecido por el padre Nicolás y sepultado en el cementerio militar argentino. En cuanto al cabo Charles Roy Fonseca, fue puesto bajo protección de nuestros comandos en un lugar seguro en instalaciones del puerto, lugar operado por la Compañía de Ingenieros 3.

En la noche de ese día 10 de junio, la posición argentina fue bombardeada por tercera vez durante aproximadamente dos horas. Nueva-

[15] En el continente hubo que amputarle la pierna porque la infección alcanzó el interior de los huesos.

mente, la experiencia adquirida de protegerse en los pozos de zorro dio los resultados buscados; no hubo muertos, ni heridos.

El día 11 de junio a la noche se recibió un sorpresivo mensaje cifrado que contenía una orden de operaciones,[16] que en forma sintética expresaba los siguientes puntos:

"1. Misión
El RI 5 (+) planificará una operación ofensiva en la Isla Soledad, para reconquistar Darwin y continuar, a orden, sobre Puerto Argentino.

2. Ejecución
La operación se ejecutará en las siguientes fases:
Fase 1: movimiento desde Puerto Howard, por vía marítima o aérea, hasta un lugar en la costa oeste de la Isla Soledad; recorrido aproximado 20/25 kilómetros.
Fase 2: marcha a pie desde el lugar de desembarco hasta una zona de reunión al sur de Darwin; recorrido aproximado 28 kilómetros.
Fase 3: ataque y conquista de Darwin.
Fase 4: continuación de la operación a orden.
x. Instrucciones de coordinación
1) La operación para la conquista de Darwin se ejecutará conjuntamente con el RI 8.
2) El transporte marítimo se planificará sobre la base de barcos tipo Monsumen o Forest.
3) El transporte aéreo por helicópteros tipo Puma.
4) Deberán constituirse destacamentos móviles.
5) El día D y la hora H se comunicarán oportunamente.
6) Se deberán elevar los requerimientos necesarios para la ejecución de la operación

3. Comando y comunicaciones
- Puesto de Comando Br I III: el actual.
- Comunicaciones: las establecidas."

Inmediatamente se dispuso una reunión de la plana mayor para orientar el planeamiento de la operación ordenada. Dos horas después se redactó un mensaje cifrado solicitando distintos efectos, tales como

---

[16] Ver el plan Buzón, en página 135.

helicópteros, munición para morteros[17], mochilas y raciones de combate, y además, informando el deficiente estado físico de cuadros y tropa, para la ejecución de las extensas marchas a pie y posterior ataque ordenado.

Durante los días siguientes se trató de pasar infructuosamente el mensaje cifrado con los requerimientos. La radio cabecera de Puerto Argentino no daba entrada al mensaje, dado el intenso tráfico que se estaba operando en esa localidad. También en este lapso se cortó toda comunicación con la radio que operaba desde Comodoro Rivadavia. Asimismo, se desconocía la ubicación del comandante del teatro de operaciones del Atlántico Sur y con ello se cortaban todas las comunicaciones para conocer la situación que se vivía. La única comunicación radial posible fue con el RI 8 en Bahía del Zorro, que se encontraba en iguales condiciones.

[17] La unidad no tenía asignada artillería para apoyo directo y solo disponía veinticuatro proyectiles para sus tres morteros pesados.

IV

La Infantería de la Agrupación Ejército Puerto Argentino

A. Ajustes del dispositivo defensivo

La ubicación de las unidades y su despliegue se realizaron inicialmente con premura debido al desconocimiento de las características que tendrían las acciones del enemigo. En abril se apreciaba que el esfuerzo principal de la defensa debía orientarse hacia el sur-sureste de Puerto Argentino. De esa manera, se emplazaron el RI 25, el RI 3, el RI 6 y parte del BIM 5 reforzado con una compañía del RI 3. Las reservas tuvieron asignada prioridad de empleo en apoyo de estas unidades. El esfuerzo secundario se visualizaba hacia el oeste donde actuaría el RI 7 enfrentando una avenida de aproximación que partía de la playa Uranio, en la Bahía de la Anunciación.

Producido el desembarco en San Carlos, a medida que pasaban los días se acentuó la certeza de que desde la dirección oeste se realizaría la operación ofensiva principal enemiga. Entonces la capacidad del enemigo se focalizó hacia ese cuadrante y además, incluyó un ataque secundario de aferramiento sobre Darwin y una posible segunda operación anfibia en la costa de la península de San Luis o sobre Fitz Roy.

Esta nueva capacidad dio lugar a un cambio del esfuerzo defensivo con principal protagonismo en el RI 4, el RI 7 y el BIM 5. El resto de las unidades de infantería constituyeron el esfuerzo secundario.

El RI 4 de reserva a primera línea

El 27 de mayo ante la inminente caída de Darwin-Pradera del Ganso, el RI 4 que dependía de la Agrupación Litoral fue puesto a disposición del Comando de la Agrupación Puerto Argentino. Esta unidad, que se

desempeñaba como reserva, había previsto once misiones de contraataque, bloqueo y refuerzo en otros sectores del dispositivo defensivo en direcciones diferentes de la que se empeñaría en los días subsiguientes. El JR recibió la orden de operaciones para constituir una avanzada de combate ocupando puntos de apoyo en los cerros Harriet y Dos Hermanas. Poco después, la unidad inició un cambio de posición para constituirse en elemento de seguridad de la posición defensiva principal de Puerto Argentino. Un esfuerzo titánico, teniendo en cuenta los momentos tácticos que ya se vivían y las condiciones en las que había llegado esa unidad.

En el desplazamiento a las nuevas posiciones, el material fue transportado en parte por dos helicópteros, que lo dejaron disperso en un amplia zona. Esto motivó un ímprobo trabajo del personal, que debió llevar el material pesado a brazo hasta las alturas, lo que realizó durante todo el tiempo de permanencia en la posición, y a partir del 31 de mayo, bajo la observación del fuego de artillería enemiga. Mientras se efectuaba el cambio de posición, un Harrier atacó con cohetes y destruyó media docena de camiones Unimog y un tractor.

La nueva posición se organizó en dos puntos de apoyo. El cerro Harriet, donde estaba el jefe de regimiento con la Compañía B y algunas fracciones de la Compañía Comando. El Dos Hermanas Sur[1] se ocupó con la Compañía C y el resto de la compañía comando a órdenes del segundo jefe del elemento. A ese se agregó otro puesto de socorro, a cargo del teniente primero médico Alejandro Sterverlinck. Los elementos logísticos innecesarios en las posiciones ocupaban una base en Puerto Argentino a cargo del oficial logístico.

Las posiciones se organizaron muy someramente por las carencias de útiles de zapa, material para construir obstáculos y redes de enmascaramiento. Tampoco se podía cavar pozos de zorro profundos porque a pocos centímetros fluía agua, en su lugar se utilizaban hoyos para tirador cuerpo a tierra. Además, a partir del 31 de mayo comenzó el fuego de hostigamiento de la artillería de campaña enemiga. Se localizaron tres baterías de 105 milímetros, que tiraban sobre las posiciones del regimiento en forma irregular, de día y de noche. También se recibía fuego de artillería naval durante la noche y esporádicos ataque aéreos. El 1 de junio, el JR concurrió al puesto de comando de la Agrupación a exponer el dispositivo y realizar coordinaciones. En esa oportunidad recibió una orden verbal del comandante sobre la misión, que fue calificada de sacrificio por cuanto el repliegue iba a ser muy difícil de ejecutar.

---

[1] La altura norte de este cerro estaba ocupada por la Compañía B del RI Mec 6.

Posibilidades de atacar la cabeza de playa enemiga

Aún cabe la pregunta de por qué no se realizaron contraataques con unidades de infantería contra los desembarcos en San Carlos y en Bahía Agradable.

Ante el desembarco en San Carlos, el comando en Malvinas recibió la orden de contraatacar. Esto fue estudiado profundamente y se llegó a la conclusión de la impracticabilidad de esa operación, por las siguientes razones principales:

- La distancia entre Puerto Argentino y San Carlos era de noventa kilómetros.
- Las dificultades del terreno determinaban que la velocidad de marcha diurna de una unidad no podía superar los dos kilómetros por hora y la nocturna se reducía a sólo uno por hora. Eso suponía demorar aproximadamente unos siete días para llegar a la cabeza de playa, en el caso de que no hubiera oposición aérea, lo que sería difícil que ocurriera en un terreno carente de cubiertas que no permitía el ocultamiento.
- Hubiera resultado suicida desplazarse sin defensa aérea para arribar con aptitud combativa al objetivo. Además, el terreno no facilitaba el desplazamiento de vehículos a rueda con lo que no habría unidades de defensa aérea que acompañasen. Ésta quedaría reducida al uso de misiles tipo Blowpipe y armas portátiles.
- Por otra parte, ¿cómo se transportaría la munición de los morteros y de los cañones sin retroceso? ¿Cómo se ubicarían previamente lugares de reunión de víveres para racionar por lo menos una vez al día en caliente?
- Y careciendo de exploración aérea, la única disponible sería por fracciones a pie que se adelantasen a la columna de marcha y por ende, ¿cómo se sabría dónde y cómo esperaría el enemigo que contaba con medios aéreos de exploración?
- Finalmente, aún cuando se dispusiese de algún apoyo aéreo, éste provendría del continente y ya se conocían las limitaciones de la autonomía de vuelo y la virtual imposibilidad de atacar blancos de oportunidad.

El comando superior en el continente, después de un análisis de las dificultades señaladas ordenó descartar la operación. Algo semejante ocurrió cuando el 8 de junio desembarcaba un elemento inglés en

Bahía Agradable. Aunque producido este desembarco mucho más cercano a la posición, estaba fuera del alcance de la artillería propia que no tenía movilidad.

La reserva sobre vehículos Panhard debería concurrir por el camino que llevaba a Fitz Roy pero no podría desplegar en línea para abrir el fuego porque los vehículos se enterraban en la turba y ello hubiera obligado a emplearlos de a uno por vez. Además intervendría la artillería enemiga y nuevamente la aviación. El dominio del espacio aéreo imponía enormes riesgos para el movimiento de cualquier elemento al descubierto. No se podría pensar en el empleo de menos de un regimiento, dado que se apreciaba que una fuerza de por lo menos ese nivel se estaba alistando en el lugar. Sin el apoyo de artillería, ni de vehículos, ni de helicópteros[2], ni de defensa aérea y tampoco de apoyo aéreo, ya que los aviones que quedaban en la isla no servían para esta tarea, la operación estaba condenada al fracaso.

Top Malo House

El 31 de mayo amaneció con un espesa niebla. La 1ra sección de la Compañía de Comandos 602, que en su repliegue desde el cerro Simón se había protegido de la tormenta de nieve durante la noche anterior en la pequeña edificación de chapa y madera de Top Malo House, fue cercada y atacada por una fracción del *Artic and Mountain Warfare Cadre* de la 3ra Brigada de Commandos británica. En medio de un fuego demoledor sobre la pequeña y endeble construcción, los comandos argentinos reaccionaron más allá de cualquier expectativa, incluso de los atacantes. Salieron de la casa en llamas combatiendo agresivamente, cubiertos por el fuego que desde la planta alta ejecutaba el teniente Ernesto Espinosa[3]. Varios de los miembros de la sección fueron heridos en el espacio abierto mientras buscaban alcanzar el desnivel del arroyo Malo. El sargento primero Mateo Sbert murió en el intento. Finalmente, luego de media hora de lucha, rodeados y ya sin fuerzas ni munición, debieron cesar el combate y rendirse. Los catorce sobrevivientes, seis de ellos heridos, fueron tomados prisioneros. Nada se volvería a saber de esa patrulla hasta después del 14 de junio.

---

[2] Para esa fecha sólo quedaba capacidad de carga helitransportada para dos secciones de infantería.

[3] Murió en la acción.

El teniente Espinosa en Top Malo House[4]

El teniente Ernesto Espinosa se presentó de inmediato en la Escuela de Infantería. Allí se conformó la Compañía 602 con los comandos que estaban distribuidos por el país y tenían un empeño operacional de prioridad. Fueron horas de alistamiento, de torbellino, de preparación de la compañía. No tenían ni lo básico porque se lo había llevado la 601: había que conseguir las cosas en el Batallón de Arsenales, ir a aeropuertos, a la estación ferroviaria.

Se organizaron en tres secciones. En la primera integrada por diez comandos, un enfermero y dos cabos que manejaban misiles, estaba Espinosa, a quien por su excelente puntería le dieron la función de tirador especial y le asignaron un fusil Mannlincher. Las actividades se realizaban a un ritmo vertiginoso.

–¿Dónde está Espinosa?

–En el polígono calibrando el Mannlincher.

Siempre con una sonrisa, siempre con alguna salida optimista, siempre con su fusil, fue la imagen que tuvieron de él quienes compartieron aquellos días.

Un fusil, un destino en aquella madrugada del 31 de mayo de 1982

La casa, un típico puesto ovejero de dos plantas, era toda de madera menos la chimenea. Abajo, una cocinita, una habitación y una escalera que comunicaba con la planta superior donde había dos cuartos.

Como el mejor lugar para vigilar era la ventana de arriba, ahí fue Espinosa con su fusil especial que, pese a no tener visor nocturno, disponía de una mira que permitía ver con un poco más de claridad y a distancia. Fue una noche larguísima. Mientras algunos vigilaban, otros descansaban. A veces se escuchaban en el piso superior algunas risas, alguna broma. A la madrugada, bastante recuperados, empezaron a prepararse. De repente se escucharon helicópteros.

–Son de los nuestros que nos vienen a buscar –dijo alguien.

–No, no tienen la franja amarilla (identificación de las unidades argentinas) –contestó otro.

Segundos después, quebró el silencio la voz de Espinosa: –Ingleses, los veo, ahí están.

Y abrió fuego. Entonces se desató el infierno: misiles, armas automáticas, granadas. Al ser el único que disparaba, por su ubicación concentró sobre sí todo el fuego enemigo. –Salgan ustedes que yo los cubro –lo escucharon decir. Luis Brun parado cerca de él, lo vio disparar y recibir un proyectil en el pecho.

Después, el horror. La casa tembló, se levantó como en vilo, se incendió y explotó. "Después de dos o tres explosiones apagadas, el edificio entero se conmovió con una poderosa explosión. La fuerza de la detonación reventó el tejado y las cuatro paredes exteriores se desplomaron. La única parte de la casa que quedó en pie fue la chimenea de ladrillo", relató el cabo inglés J. K.

---

[4] Basado en el capítulo "Contá conmigo", de Susana Rigoz. Fundación Soldados, *Malvinas, 20 años, 20 héroes*, Biblioteca Soldados, Buenos Aires, 2006.

Nicoll, operador de radio perteneciente a la unidad británica que participó en la operación.

Terminado el combate, los comandos heridos y desolados fueron reunidos al pie de la casa. Sobre la nieve yacía el cuerpo del sargento ayudante Mateo Sbert, muerto en combate unos minutos antes. El jefe de la patrulla pidió entrar a rescatar el cadáver de Espinosa, pero no se lo permitieron. Era imposible. La casa estaba en llamas y seguían explotando municiones. Lo único que quedó fueron ladrillos refractarios de la chimenea y unas chapas retorcidas. Nada más. Espinosa literalmente se fundió en la turba y quedó para siempre en el suelo malvinense.

B. Espera y acciones en la tierra de nadie (1/10 de junio de 1982)

> "(...) a partir de que la guarnición Darwin cayó en manos británicas, las tropas ubicadas en los montes Harriet, Dos Hermanas y Longdon constituíamos lo que se denomina la primera línea, es decir, las fuerzas más adelantadas enfrentando el avance del enemigo."[5]

El 1° de junio amaneció con cielo despejado y muy baja temperatura. Desde las posiciones más adelantadas se observaba un intenso movimiento de helicópteros al sudoeste del cerro Harriet y en las alturas de Challenger, Wall y Kent.

El RI 4 continuó organizando sus posiciones en las crestas del Harriet y el Dos Hermanas Sur, donde el terreno impedía la construcción de pozos de zorro debido a la dureza de la corteza rocosa que sólo permitía cavar no más de treinta centímetros de profundidad. A la vez, los trabajos de fortificación fueron interrumpidos reiteradamente por intensas andanadas de fuego de artillería provenientes de la zona de cerro Kent. La precisión del fuego permitió concluir que el enemigo empleaba localizadores de emisiones de radio obligando ello a mejorar la disciplina de tráfico radial. En esas duras condiciones, la tropa se parapetó de la mejor manera para los combates que se avecinaban.

Los distintos elementos que ocupaban las posiciones ubicadas en el extremo este de Puerto Argentino continuaban recibiendo sin solución de continuidad ataques diurnos por parte de patrullas aéreas enemigas y fuego naval nocturno de perturbación poco eficaz sobre los blancos terrestres.

No obstante, la impotencia de no disponer de armas para infligir algún daño al enemigo provocaba una permanente tensión con el consiguiente desgaste psíquico que se sumaba al cansancio físico del personal. Otros factores, tales como la imposibilidad de relevos para un descanso rotativo y la falta de recipientes térmicos para distribución de comida, afectaron la moral de la tropa y produjeron un desgaste físico progresivo, imposible de mitigar. Igualmente, influía en forma negativa sobre el personal la falta de recepción regular de la correspondencia proveniente de sus familiares directos, sin embargo, obraba a modo de

---

[5] Jiménez Corbalán, Lautaro J., *Malvinas en primera línea*, Buenos Aires, Edivérn, p. 249.

aliento y gratitud la correspondencia dirigida al soldado argentino[6]. En otro sentido, el mensaje de carácter triunfalista que transmitían las emisoras radiales nacionales contrastaba con la realidad que vivían los soldados en el frente de combate.

Las vicisitudes y los variados sentimientos de los soldados de infantería que ocupaban las posiciones de primera línea han quedado reflejados en la siguiente reflexión:

> "Quedaba en evidencia, una vez más, la eterna lucha interna de todo soldado del ejército y en especial del infante. Cuando uno cree conseguir seguridades, certezas y disminución de la incertidumbre en algo que le costó un importante esfuerzo, un nuevo elemento de juicio se presenta y todo cambia abruptamente en un santiamén. Es por eso que la capacidad para sortear los súbitos cambios y estabilizar la propia mente eran una cabal demostración de cuán forjado había sido el carácter en los tiempos del entrenamiento. Como resolvía cada uno de los sinsabores de ese eterno proceso conflictivo era algo íntimo muy difícil de evaluar, pero fácilmente reconocible en la expresión de los rostros y en las actitudes frente a la adversidad.
>
> La Infantería desde los tiempos inmemoriales ha sido un arma íntimamente relacionada con el sacrificio. La dureza y la exposición de su lugar en la pelea han contribuido a enaltecer su gloria; símbolos estos que trascienden las fronteras. Los infantes, aun con las notorias dificultades que deben enfrentar, gozan de una posibilidad única que incluso no ha cambiado en los tiempos modernos: enfrentarse cara a cara con el enemigo y en ese instante cúlmine, materializar su esencia ruda y humanizante al mismo tiempo.
>
> Nosotros, ese año, no seríamos la excepción, cada nuevo cambio de posición e incomodidad generaba en el interior de cada hombre la cabal manifestación de ese conflicto." [7]

Las limitaciones materiales existentes no fueron obstáculo para que los responsables de la conducción en todos los niveles y los propios soldados instrumentaran con iniciativa y creatividad, medidas tendientes a superarlas. Entre ellas, cabe mencionar la instalación de una panadería

---

[6] Se trataba de cartas escritas por la población en forma genérica a un "soldado argentino", motivadas por la campaña de adhesión a la causa que se desarrolló en establecimientos educativos de todo el país.

[7] Jiménez Corbalán, Lautaro J., ob. cit. *supra*, nota 5. p. 227.

en la localidad; el armado de lugares de baño con agua de mar caliente, que permitían su empleo por parte de las fracciones en turnos semanales; la instalación de contenedores para que el personal, por turno, descansara fuera de las posiciones, los que finalmente no se ocuparon por la vulnerabilidad que ofrecían al fuego enemigo; el uso del teléfono de larga distancia a una pequeña cantidad de personal en la empresa telefónica de la ciudad; los rudimentarios sistemas de calefacción en las posiciones, con los que se lograba, también, calentar los alimentos, y secar la ropa.

***

Durante la noche del primero de junio la artillería naval del enemigo comenzó a batir con eficacia la zona de Dos Hermanas y Moody Brook con ráfagas de seis a diez disparos. También se supo que el requerimiento formulado a la Fuerza Aérea el día anterior para ejecutar un ataque desde el continente sobre la zona del cerro Kent, donde se suponía el emplazamiento de la artillería británica, no podía efectuarse dada la proximidad de la propia tropa. Esto causó cierta sorpresa, ya que la tropa más cercana al Kent estaba en el Dos Hermanas, que distaba seis kilómetros del blanco solicitado.

Las informaciones[8]

"Las noticias de toda índole influyeron fuertemente sobre el ánimo del soldado. En Malvinas existían cuatro fuentes principales: los periódicos, la radio, los rumores y las presunciones de inteligencia divulgadas. Los periódicos y la radio tenían una difusión limitada, por la escasa disponibilidad y dificultad de distribución de los primeros y el hecho de que la radio que más se escuchaba era una uruguaya, con noticias poco alentadoras. Los soldados tenían conciencia de que las noticias triunfalistas no coincidían con la realidad. Las noticias disponibles permitían conjeturar a la tropa que la población del continente no acompañaba el sacrificio que se realizaba en las islas y que la vida continuaba normalmente, con tiempo para preocuparse del campeonato mundial de futbol que comenzaba a disputarse. Los avatares y el posterior fracaso de la negociación diplomática incidieron negativamente sobre la moral. En contraposición a los medios antedichos, los rumores alcanzaron importante divulgación en la zona de combate. Entre los que influyeron más se pueden destacar: la infiltración del personal militar inglés entre la población; los gurkas degollaron una sección completa; la flota inglesa trajo armamento nuclear."

---

[8] Ceballos, Enrique y José Buroni, *La medicina en la guerra de Malvinas,* Vol 746, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992, p. 180.

La posibilidad de observar por primera vez al enemigo, lejos de amedrentar a nuestros soldados, no hizo más que incentivarlos a preparar e incrementar las medidas de seguridad, racionar el uso de los visores nocturnos y preparar posiciones de retaguardia con munición y raciones para el caso de perder el contacto o necesitar un repliegue. Por ejemplo, en Dos Hermanas, se dispuso la organización de patrullas por turnos para montar emboscadas en el camino que unía el paso obligado del puente de madera sobre el río Murrel y Moody Brooke, además se ordenaron ensayos del movimiento y de reconocimiento de las calles construidas por los ingenieros entre las trampas y minas terrestres. Nada quedó librado al azar y la ansiedad en las posiciones era calmada con el rezo diario del Santo Rosario. El deseo de medir fuerzas, el que vengan de una vez, era la frase más escuchada por ese entonces, nadie hablaba de propuestas de paz o de un acuerdo.

La lluviosa y fría mañana del 2 de junio no impidió que el RI 7 y la Compañía B del RI 6 prepararan, con sus útiles de zapa, posiciones para morteros pesados y ametralladoras, que les fueron agregadas a fin de incrementar la capacidad de fuego[9]. A partir de ese día fue posible destacar patrullas nocturnas provistas con anteojos de luz residual y además, se autorizó a los jefes de la primera línea para abrir el fuego sobre el enemigo que estuviese al alcance de las armas.

En Dos Hermanas cada sección de primera línea recibió seis visores nocturnos y se repartió un cajón adicional de munición 7,62 por grupo de tiradores y por ametralladora. Los jefes de las distintas fracciones recorrían la línea corrigiendo el enmascaramiento, controlando las cartas de distancia de armas de apoyo, revisando las ubicaciones asignadas a los puestos adelantados nocturnos, entre otras cosas.

La disposición del personal y del material era óptimo, vale como ejemplo la felicitación que recibieron en la Compañía B del RI 6 el personal de la ametralladora N° 1, que era servida por los soldados Horisberger, González y Andreacola, y también, el soldado Poltronieri de la ametralladora N° 2, que había destinado su capa poncho para cubrir el arma.

El alerta se mantenía en todas las posiciones durante la noche, por ejemplo el radar del RI 3 detectó la presencia de grupos de infiltrados

---

9 La Compañía B del RI Mec 6 recibió dos lanzadores Blowpipe provenientes del RC Tan 8 y un grupo Morteros al mando del cabo primero Antinori, que estaba conformado por cuatro soldados del RI 1 llegados a Malvinas unos días antes. Los veteranos del Dos Hermanas los miraban en forma medio sobradora, pues acababan de llegar y estaban limpitos, con uniformes y equipo nuevo en contraposición con el equipo de los ya para esos días viejos combatientes.

en su sector y en otros lugares hubo indicios de desembarco nocturno que reales o simulados mantenían latente el peligro de una operación anfibia y/o helitransportada sorpresiva.

La localización de emisiones radioeléctricas propias por parte del enemigo en el sector del RI 4 fue corroborada posteriormente por la Compañía B del RI 6 que estaba en el faldeo noreste del cerro Dos Hermanas.

El reconocimiento ordenado al escuadrón de exploración para comprobar la factibilidad del contraataque previsto con ese elemento demostró que por el estado del terreno no era viable. Esta situación motivó otro reconocimiento para determinar una zona apta para ejecutar un contraataque, que fue ubicada al sur de Pony's Pass al pie del cerro Tumbledown. A su vez, a la dirección original se le agregó otra, que corría atravesando "la silla" entre el cerro Tumbledown y el cerro William. Allí se confirmó que el estado del terreno era difícil, esponjoso y con tocones de turba que dificultaban el desplazamiento.

La Compañía B del RI 7, que ocupaba posiciones en las alturas de Longdon, detectó con el radar RASIT la presencia de fracciones enemigas próximas a sus posiciones durante la noche. Los morteros de la subunidad complementados con artillería hicieron fuego sobre esas concentraciones de tropas hasta entrada la madrugada, demostrando con ello el grado de alistamiento del personal y el eficiente empleo de los medios a disposición.

A partir de la madrugada del 3 de junio, el sector del RI 7 recibió fuego de artillería que se fue incrementando durante el resto del día, también fue batido por fuego de artillería las posiciones en Harriet, Dos Hermanas y Longdon, con ráfagas de seis disparos. En ese momento, era claro que el alcance de la artillería inglesa permitía batir blancos en el interior de la defensa, sin que el grueso de la propia estuviera en condiciones de responder, ya que el alcance de los obuses era siete kilómetros inferior al alcance de los obuses ingleses.

Los elementos más adelantados del RI 7 y de la Compañía B del RI 6 informaron sobre el intenso ruido de helicópteros en la zona del cerro Kent. Algunos de estos movimientos que transportaban piezas de artillería y personal fueron observados y otros no, dependiendo de las condiciones de visibilidad. En todos los casos abrió fuego la propia artillería. Durante este día la avanzada de combate[10] de la 3ra sección de la Compañía B del RI 4 destacada en el cerro Wall se enfrentó contra una patrulla de exploración del Comando 42 de *Royal Marines*.

---

[10] La patrulla estaba a cargo del cabo Nicolás Odorcic y estaba integrada por los soldados Raúl Ramírez, Roberto Ledesma, Juan Acuña y Celso Páez.

La muerte de los soldados Ledesma y Páez[11]

"Las noticias de que posiblemente había ingleses en el área nos erizó la piel. Ordené cargar los fusiles y dejarlos sin seguro, el alistamiento a partir de ese momento fue máximo. Yo estaba al mando de esos soldados, dependían de mí y tal vez se enfrentarían no sé con cuántos ingleses. Tenía la sensación de que de golpe aparecerían entre las rocas cientos de ellos. Evité seguir pensando para no ser presa del temor, pero igualmente debo reconocer que se me hizo un nudo en la garganta. Agazapados y con los ojos de águila, seguimos avanzando hacia la cresta. Ya próximo a ella, sentimos en dirección del monte Kent, que estaba a nuestra derecha, ruidos del motor de un helicóptero. Resolví dejar a Ramírez y Acuña como seguridad posterior y adelantarme con Ledesma y Páez para lograr un mejor ángulo de observación.

Avanzamos unos 50 metros, tomé el anteojo de campaña y centré la observación en el helicóptero que transportaba una pieza de artillería con una red colgada. Oigo un ruido en dirección a unas rocas cercanas a la cumbre y veo un cañón de ametralladora MAG. Ante la inminencia del combate, giro en dirección donde estaban los soldados para hacerles señas que había ingleses y que tomaran posición. Vuelvo mi cabeza hacia el frente, levanto el fusil para disparar cuando tuviera un blanco y recibo un disparo en la cabeza. Hoy puedo contar esto porque me salvó el casco. El impacto, que por suerte fue de refilón, me dejó tendido y aturdido. Ledesma y Páez saltaron sobre mi cuerpo para protegerme y colocarme detrás de unas rocas, sacándome de esa manera de la línea de fuego.

El sonido del combate se adueño del área, estallaron un par de granadas de mano y otras de humo. Por unos segundos la confusión fue total, la sorpresa del ataque y el disparo recibido no me dejaban pensar con claridad. En esos segundos de desconcierto, Ledesma y Páez abrían fuego sobre las posiciones enemigas. Repuesto del sacudón inicial, pedí apoyo a los dos soldados que estaban a retaguardia.

Pese a la caótica situación, deduje que estábamos siendo emboscados y la única alternativa que teníamos era salir de la zona de muerte. Le ordené a Páez que saltara, que yo lo apoyaba. Salió y cuando ocupó una nueva cubierta recibió un tiro en el brazo derecho. Nos gritó a Ledesma y a mí que saltáramos que él nos apoyaba. Pude hacerlo y cuando estaba entrando en la nueva posición, vi que el soldado Ledesma recibía disparos en la espalda. (...) Los ingleses se lanzaron al asalto sobre nosotros con clara intención de aniquilarnos. Instintivamente abrí fuego sobre el inglés que había matado a Ledesma y éste cayó pesadamente hacia delante. (...) Al ver caer a su compañero, los ingleses furiosos aumentaron la cadencia de fuego. En ese instante milagrosamente nos empezaron a apoyar nuestros camaradas desde el monte Harriet. Los morteros 81 mm y la ametralladora

---

[11] Extracto del testimonio del cabo Nicolás Odorcic en Jiménez Corbalan, Lautaro J, ob. cit. *supra*, nota 5, pp. 262 a 263.

12,7 mm de la sección apoyo de la Compañía B hicieron clavar a los ingleses en la posición.

(...) Aproveché para decirle a Páez que saltara y se acercara a mi posición porque había quedado muy adelantado. Me dijo que estaba bien y que ya vendría, De pronto desde el costado de unas rocas salió un inglés y le disparó pegándole de lleno una descarga mortal en el costado del tórax. Al ver la escena, me desesperé y abrí fuego sobre el inglés que intentaba cubrirse. Alcancé a escuchar que Páez decía: ¡Suerte mi cabo! El inglés que había batido a Páez gritaba y se arrastraba buscando una mejor protección, apreté de nuevo el disparador y varios impactos dieron en su cuerpo."

En otro sector, el fuego reunido de morteros de la Compañía B del RI 6 y la Compañía C del RI 4 rechazó una patrulla enemiga que se encontraba en la zona del Murrel Bridge. La Compañía B del RI 6 debió evacuar a dos de sus integrantes[12] heridos por el fuego naval y de artillería de campaña del enemigo.

Ese mediodía llegaron a la primera línea raciones de combate preparadas en cajas individuales, si bien no alcanzaban para repartir una por hombre y hubo que repartirlas equitativamente, su contenido fue muy apreciado y constituyó una sorpresa de tipo navideña para la tropa[13].

La Compañía B del RI 6 reforzó las posiciones de morteros, lanzacohetes y demás armas pesadas y construyó trampas explosivas de tropiezo con cordón detonante en todo el camino desde la primera línea a la altura Hermana Norte, para hostigar el avance británico durante la oscuridad. Además, los ingenieros de la infantería de marina instalaron más fajas minadas en el sector intermedio entre sus posiciones y el cerro Kent.

[12] El soldado Pasi de la 1ra sección de la Compañía B del RI 6 y el soldado Brilz de la 3ra sección de la misma subunidad que con una esquirla en su espalda abandonó el Hospital de Puerto Argentino sin contar con el alta para estar con sus camaradas.

[13] Estas raciones eran reforzadas. Tenían una lata de alcohol en gel con una base adaptable que permitía calentar la comida, delicias tales como hamburguesas con salsa de tomate, salchichas con papas, gulash y carne con lentejas. El contenido, además, producía un efecto sorpresa ya que el soldado podía encontrarse con cigarrillos marca Chesterfield, Colt, Jockey Club o Colorado, ácido ascórbico, jugo de naranja en polvo, café con leche, chocolate con leche, una petaca de whisky marca Los Criadores, pastillas dulces, fósforos, galletitas, dulce de frutas, Mantecol, papel higiénico, papel de cartas con una birome, picadillo, caramelos, galletitas saladas, etc. Ese mismo día empezó el trueque y quienes no fumaban o bebían hicieron su agosto intercambiando por comida.

A la noche, los puestos adelantados informaron movimientos al este de las posiciones, en inmediaciones del cerro Longdon, provenientes de la zona de cerro Kent. Mientras se alistaba todo el personal en las posiciones, se ordenó a los puestos replegarse apenas detectasen movimiento enemigo cercano y a los que se encontraban en las trincheras, que no abriesen el fuego hasta que el enemigo no entrase en la zona cercana. Finalmente, desde la Compañía B del RI 7 abrieron el fuego con ametralladoras y morteros. A la madrugada se restableció el sistema de seguridad normal[14].

La posibilidad de una infiltración por el sudoeste del cerro Harriet motivó que una patrulla de tropas comando de diez hombres fuera destacada con la misión de sorprender al enemigo y de ser posible tomar prisioneros. Cerca de la medianoche, la patrulla de comandos se instaló en el área ordenada; el RI 4 adelantó además una patrulla al sudeste del cerro Harriet, pero sin resultados, la operación fue levantada con las primeras luces.

En la madrugada del 4 de junio, los observadores aéreos que se hallaban en las cercanías del puente de Fitz Roy informaron sobre un gran movimiento de helicópteros, llegando a contar cerca de treinta, entre ellos varios Chinook, en dirección a Puerto Argentino. Esa información que coincidió con la noticia transmitida por la cadena BBC de Londres sobre la inminente ejecución de una operación aeromóvil motivó un alerta general para todas las unidades.

A la tarde, con las últimas luces se concretó la esperada incursión de aviones Camberra sobre la zona de Kent. El resultado del bombardeo que fue realizado desde una gran altura no pudo ser evaluado debido a las malas condiciones meteorológicas.

---

[14] Durante la noche del 3 de junio salió la primer patrulla hacia la zona del río Murrel con personal de la 2da sección de la Compañía B del RI 6, luego, día por día, se irían turnando las otras dos secciones. Lo verdaderamente atractivo de estas misiones era que se daba dinámica a la defensa y la sensación de un juego de ajedrez en lugar de impotente inmovilidad, además se llevaba un visor de luz residual por patrulla y se tenía permiso irrestricto para abrir el fuego sobre cualquier individuo que se encontrase en la zona de nadie. También se ordenó el cese de cualquier tráfico de comunicaciones, pues el enemigo localizaba las emisiones.

La solución de las secciones de primera línea a la sorpresa de un ataque fue adelantar a los operadores unos 150/200 metros, encender el equipo, emitir el mensaje e inmediatamente apagarlo nuevamente. En la noche, el descanso se vio perturbado por los fuegos de artillería, pero el escuchar sobre sus cabezas el silbido de los disparos que efectuaban al enemigo los cañones propios, especialmente en el sector Kent-Wall-Challenger, constituyó una canción de cuna al pensar en la incomodidad de los británicos.

El vacío de tropas propias en el triángulo formado por los cerros Harriet y William y Puerto Harriet se produjo porque no estaba considerado ese espacio en la orientación inicial de la posición defensiva y, a partir de la modificación del frente hacia el Oeste, constituyó una peligrosa avenida de aproximación. Esta situación fue resuelta mediante el adelantamiento de la reserva del BIM 5 al sur de Pony's Pass y el alistamiento del RI 3 para ocupar a orden la dorsal que se extendía al sur del Sapper Hill. La idea era que si el enemigo atacaba por ese sector se lo pudiera retardar lo suficiente como para permitir el empleo de la reserva conformada por el Escuadrón de Exploración de Caballería 10 con los vehículos de combate Panhard.

Debido a que se había recibido la información acerca de movimientos en el cerro Wall, el Comando de la Agrupación dispuso el envío de una patrulla de tropas comando al lugar con la misión de obtener información y prisioneros. La misión impuesta que debía cumplirse durante la noche comenzó atravesando la primera línea de la Compañía B del RI 6 que proporcionó valiosa información a esos hombres, el repliegue posterior se realizó a través de las posiciones del RI 4.

Finalizando el día 4, una patrulla de la Compañía B del RI 6 destacada hacia el río Murrel detectó movimientos de un vehículo británico cerca del puente sobre ese curso de agua. El apoyo de fuego de morteros desde las posiciones principales cesó los movimientos durante el resto de la noche. Durante el sábado 5 de junio, la artillería y los morteros británicos batieron incesantemente las posiciones en las alturas de los cerros Longdon, Dos Hermanas y Harriet, ocupadas por la Compañía B del RI 7, la Compañía B del RI 6 y el RI 4, respectivamente. La propia artillería tiró sobre el puente del río Murrel, las alturas de los cerros Wall, Challenger y Saddle Back, con todas las bocas de fuego disponibles, buscando interrumpir un intento de desembarco con helicópteros de personal y material al suroeste del cerro Harriet, lo que se logró luego de batir esa zona durante dos horas. Para completar el cuadro, la aviación británica ejecutó vuelos a baja altura arrojando bombas y batiendo con sus cañones las tropas del RI 4. Pese al intenso duelo de armas pesadas los elementos destacados en las alturas al norte de la península de Freycinet fueron abastecidos mediante el empleo de helicópteros.

La artillería enemiga era superior a la propia en alcance y en elementos técnicos para la detección de blancos y la dirección del tiro. Además, era complementada por los fuegos navales que aumentaban considerablemente el número de bocas de fuego lo cual permitía someter las posiciones de la infantería tanto desde el frente como de la retaguardia.

Las tropas Comando

Compañía de Comandos 601

> "...La Compañía de Comandos 601 desarrolló desde el 28 de abril hasta el 14 de junio un total de 90 misiones de diversa índole, entre ellas:
> -15 patrullas de reconocimiento
> -31 patrullas de exploración (incluye censos y controles de población)
> -12 emboscadas (terrestres y aéreas)
> -4 misiones de seguridad
> -13 patrullas de recuperación de personal y material
> -4 misiones de bloqueo y recibimiento
> -4 patrullas de infiltración
> -4 patrullas de observación..."[15]

Compañía de Comandos 602

La Compañía de Comandos 602 arribó a Malvinas el 27 de mayo y estableció inmediatamente los primeros contactos directos con unidades británicas, a considerable distancia de la primera línea defensiva de Puerto Argentino. En el momento inicial, tres patrullas de exploración de la Compañía de Comandos 602 fueron sobrepasadas por tropas enemigas. Una de ellas, destacada en el cerro Simmons combatió en Top Malo House, donde sufrió dos muertos[16] y seis heridos de diferente consideración. El resto de las patrullas pudo evadir la persecución británica, logrando llegar a las propias líneas con información actualizada sobre el despliegue del enemigo.

El 31 de mayo, ambas Compañías de Comandos fueron agregadas al Comando de la Agrupación Puerto Argentino, que ordenó operaciones de patrulla con el propósito de obtener información sobre el dispositivo de ataque enemigo. La zona de responsabilidad para el cumplimiento de tal misión fue la comprendida por los cerros Vernet, Estancia y Kent, frente al ala derecha de las posiciones defensivas.

---

[15] Diario de Guerra de la Compañía de Comandos 601 durante el Conflicto Malvinas.

[16] Teniente de Infantería Ernesto Espinosa y sargento primero de Ingenieros Mateo Sbert.

Pasando las propias líneas

Por el Cnl VGM Esteban Vilgré de La Madrid

Al oscurecer del día 5, un puesto escucha de la 3ra sección de la Compañía B del RI 6 dio parte de un posible avance enemigo a su frente. Ante ello, el jefe de la sección, el sargento Echeverría; el cabo Fernández y dos soldados concurrieron prestamente hacia el puesto. En la penumbra se recortaba una silueta que venía hacia ellos tropezando en el río de piedras que se encontraba ubicado en el centro del valle. Esto les dio la pauta que no se trataba de un enemigo por lo que se acercaron dando en voz baja el alto "quién vive'. Se trataba del subteniente Lambías Pravaz que provenía de la ciudad con algunos pertrechos y que, pese a que en la oscuridad podía ser muerto por los centinelas propios, no quiso aguardar la luz del día dejando solos a sus soldados...

Venía con una enorme y pesada bolsa repleta de granadas de fusil. El jefe de sección, compañero y amigo, intentó convencerlo de permanecer hasta el amanecer, pero luego de fumar un Particulares y beber un café caliente, se perdió en las sombras de la noche.

El plan Buzón[17]

Durante la reunión de coordinación de la Guarnición Conjunta Malvinas realizada el 5 de junio, en la que participaron el general Menéndez; los titulares del componentes aéreo, brigadier Castellanos, y del naval, contralmirante Otero; y los comandantes de la Agrupación Puerto Argentino, el general Jofre, y de la Litoral, el general Parada, se establecieron lineamientos básicos para la elaboración de un plan para proponer al Centro de Operaciones Conjunto (CEOPECON).

El plan diseñado tenía la finalidad de sorprender a las fuerzas británicas en oportunidad de enfrentar la posición de Puerto Argentino, atacándolas con medios aeronavales en San Carlos y con el RI 8 en Darwin. Si se lograba, el enemigo se vería obligado a retirar parte de sus medios para enfrentar esas amenazas, lo que permitiría atacarlo a su vez en Puerto Argentino con objetivo limitado, no más allá de los cerros Challenger y Kent. Éstas eran ideas básicas para la estructura de un plan que, de aceptarse, requeriría jugar todo el poder aeronaval y terrestre. La concreción de aquellas ideas era tarea del estado mayor del comandante de la Guarnición Conjunta Malvinas, con el aporte de los componentes aéreo y naval.

[17] El día 9, miembros del estado mayor de la Guarnición Conjunta Malvinas dejaron Puerto Argentino rumbo a Comodoro Rivadavia y luego a Buenos Aires, llevando las ideas de lo que se denominó el plan Buzón.

Según el entonces jefe de operaciones de la Agrupación Puerto Argentino, la escasa información reunida localmente permitía deducir en ese momento que efectivos superiores a un batallón de infantería del enemigo ya habían alcanzado la zona de estancia House, los cerros Kent, Challenger y más al Sur y que las zonas de sus posiciones de artillería coincidían con los lugares mencionados, que tenían capacidad para reglar sus fuegos con extrema precisión y que, por encontrarse ocupando alturas dominantes respecto a las ocupadas por propias tropas, pues tenían dominio visual sobre nuestras posiciones. No se disponía de exploración ni fotografías aéreas. Tampoco se contaba con exploración terrestre eficaz. Por lo tanto, se dependía de los conocimientos profesionales y de la experiencia que se acumulaba día a día mediante la observación, la información de los radares y las noticias proporcionadas por las sufridas tropas.

Desde la medianoche del día 6, durante cuatro horas, dos buques tiraron veintiocho proyectiles sobre las posiciones ubicadas en Moody Brook, treinta y seis sobre el cerro Harriet y trece sobre la infantería emplazada en Wireless Ridge. En esas circunstancias, los hombres palpitaban el inminente ataque de la infantería sobre sus posiciones. Se ejecutaron innumerables misiones de artillería cuya efectividad no podía evaluarse debido a la escasa visibilidad producida por la espesa niebla que cubría los valles y las pocas horas de luz diurna.

También, una incursión aérea a baja altura arrojó bombas de racimo sobre las posiciones. La artillería enemiga tiraba sobre las posiciones del RI 4 y de la Compañía B del RI 6. Algunos helicópteros que aparecieron sobre el cerro Round, donde se encontraba una patrulla del RI 7, fueron rechazados por la propia artillería.

Una patrulla del RI 4 que proporcionaba seguridad a una tarea de minado que desarrollaba un grupo de ingenieros de la infantería de marina fue emboscada y atacada en la ladera noroeste de Dos Hermanas desde tres direcciones con morteros y granadas. El enemigo que luego se retiró ocasionó cinco muertos y seis heridos, entre el personal de la 3ra sección de la Compañía C del RI 4 y de infantería de marina. Al respecto, se transcribe un extracto del testimonio del jefe de la sección[18] que protagonizó el enfrentamiento:

> "Apenas fueron llevadas las minas al lugar donde iban a ser instaladas, los ingenieros anfibios iniciaron la tarea. Pa-

[18] Extracto del testimonio de Marcelo Llambías Pravaz en Jiménez Corbalan, Lautaro J, ob. cit. *supra*, nota 5, pp. 290 a 292.

saron algunos minutos y la incansable artillería británica comenzó a batir la zona. El suboficial de marina se me acercó y dijo: 'señor, así no podemos hacer el trabajo, lo siento, nos vamos a tener que replegar'. Lo miré un tanto atónito, pero no intenté retenerlo. Las ráfagas de artillería eran incesantes y realmente era imposible trabajar en esas condiciones. Me llamó la atención la precisión con que caían los proyectiles, siendo que estaba nublado y la visibilidad era muy escasa. Luego entendería por qué.

Me intrigaba saber desde dónde nos estaban tirando, busqué adelantarme junto con el soldado Eduardo González hasta las próximas estribaciones del cerro. El bombardeo continuaba. Muy próximos a una especie de cueva formada por rocas cayó un proyectil explotando prácticamente sobre nuestras cabezas. Después de eso le dije a González que nos fuéramos del sector, subiendo en dirección donde estaba instalada la ametralladora MAG.

En el lugar nos encontramos con el resto del grupo del cabo Peña y el personal de marina. El soldado Omar Páez estaba herido, una esquirla le había perforado el casco (...). Perdía mucha sangre (...). Ordené el repliegue por parejas para disminuir la exposición en la subida. La primear pareja fueron los soldados Daniel Rodríguez y José Romero. Los ingleses que habían logrado infiltrarse ayudados por la escasa visibilidad estaban ahora más arriba, casi en nuestra posición. Abrieron fuego y el soldado Rodríguez cayó muerto, había recibido seis impactos directos. Inmediatamente en la misma andanada de proyectiles cae abatido el soldado Romero."

***

El puente de madera sobre un afluente torrentoso del río Murrel, que corría desde el Oeste al Este, tres kilómetros al norte del cerro Longdon, era un lugar sobre el cual se había observado personal enemigo. Se suponía que dicho personal podía ser tropa que simplemente ocupaba el lugar, reglaba el fuego o que constituía una base desde donde se lanzaban patrullas de exploración. El Comando de Agrupación ordenó una patrulla de comandos[19] con la finalidad de obtener prisioneros, la cual estaría protegida por el fuego de artillería y de los regimientos de primera línea.

---

[19] 2da sección de la Compañía de Comandos 601 reforzada por una pareja de gendarmes del Escuadrón Alacrán.

La operación se inició puntualmente a la hora cero del día 7, trece comandos integraron la patrulla que se internó en la tierra de nadie a buscar el contacto con el enemigo. En las proximidades del puente, con un terreno pantanoso y con el agua casi hasta la rodilla, fueron recibidos con fuego de armas automáticas y de granadas explosivas. En un duro combate de cuarenta minutos, la patrulla logró dispersar al enemigo, que se retiró dejando en el terreno las carpas que habían sido observadas desde la posición. Se capturaron equipos de radio, visores, cartografía y claves que fueron entregados al regreso en Puerto Argentino.

La llegada de tres vehículos enemigos al sector obligó el repliegue de los comandos que con un herido debieron regresar a las propias líneas combatiendo para desaferrarse con el apoyo del fuego de artillería previsto inicialmente.

Poco después de las tres del frío y lluvioso día 7, el radar del RI 3 captó ecos provenientes de embarcaciones menores que entraban en puerto Harriet. Batida la zona por la artillería, se verificó que los ecos se alejaron hacia el Oeste.

A partir de las 2300 y hasta cerca de las 2 del día siguiente, se recibió fuego naval sobre los cerros Harriet, Dos Hermanas, Moody Brook y Tumbledown, donde ocasionó dos muertos y un herido a la infantería de marina.

El 8 de junio durante la tarde, el RI 4 destacó patrullas de exploración hacia la costa ubicada al sur del cerro Harriet, mientras la Compañía C del RI 4 en cerro Dos Hermanas recibía intenso fuego de artillería proveniente de una zona al oeste de Murrel Bridge.

Para reforzar al RI 4, se le reintegraron efectivos del orden de una sección que había sido emplazada inicialmente en las alturas al norte de Freycinet. Durante su traslado en helicópteros, dicha sección que estaba al mando del subteniente Silva debió hacer noche en el hospital de Puerto Argentino, que tenía una instalación destinada al descanso y la recuperación. El excelente estado de esa tropa, que había permanecido alejada del resto del dispositivo durante varios días y sin ningún tipo de comodidades, motivó que Silva fuera felicitado por el comandante de la Agrupación por la demostración de su acción de mando.

Yo solo cumplí la orden

El día 8 de junio la posición de defensa del RI 7 recibió intenso fuego de artillería y morteros enemigos. En dichas circunstancias, su jefe ordenó al soldado estafeta Juan Cisneros que guiara a un grupo de ametralladoras para ocupar un lugar en la defensa. El citado soldado en un cuaderno registra sus vivencias que ante la situación de combate experimenta y escribe: "Tengo miedo y encima el jefe de Regimiento me manda a llevar estas ametralladoras, cuando comienzan a cañonearnos nuevamente sobre el puesto de comando. Pero voy, caen cerca pero no importa ya. Superé el miedo inicial y vuelvo sin novedad. Mi jefe de Regimiento me felicita por lo que hice. Yo solamente cumplí una orden".

Este soldado de infantería abnegado, silencioso en su accionar y modesto en sus procederes, que combatió cerca del jefe de Regimiento, fue uno de los que ayudó a evacuar de las alturas, donde estaba el puesto de comando bajo intenso fuego enemigo, a un jefe herido en la madrugada del 14 de junio. El soldado Juan Cisneros del RI 7 recibió por su desempeño una mención del Ejército Argentino.

A media mañana del día 8 de junio, el RI 4, desde la altura de Harriet, observó dos buques que desembarcaban personal en Bahía Agradable, próxima a Fitz Roy,y requirió inmediatamente una incursión aérea. Pasado el mediodía, el ataque solicitado averió e incendió al HMS *Sir Galahad* y al HMS *Sir Tristan* en ese lugar. Además, según fuentes inglesas, el ataque costó 48 muertos y cerca de 150 heridos.

Un observador situado en las posiciones del RI 4 expresó posteriormente que ese día no sólo fue de tristezas sino también de alegrías, ya que desde las alturas pudo observar la incursión aérea en la zona de Fitz Roy y ver los buques británicos humeando. Al caer la tarde, se ejecutó una segunda incursión aérea cuyos efectos no pudieron observarse por causa de la niebla. Esa noche la tropa en primera línea, mientras observaba las llamas de los incendios a la distancia, pudo tener la sensación de que algo se estaba haciendo. Ese día fue denominado por los británicos como el desastre de Bahía Agradable.

Al caer la noche, aviones enemigos atacaron las posiciones de la Compañía B del RI 7 donde muriendo dos soldados, y también una compañía enemiga intentó un ataque por el frente oeste de Longdon que fue rechazado por los defensores. Más tarde, cerca de la medianoche, una compañía enemiga apoyada por un prolongado fuego de artillería in-

tentó infiltrarse entre las posiciones del RI 4 emplazadas en el Harriet y en Dos Hermanas. La oportuna detección de los puestos de escucha y vigilancia originó un intenso combate que finalizó con el repliegue de los atacantes. Asimismo, otro intento de infiltración nocturna, que fue rechazado con fuego de morteros, se produjo desde el mar al sur de las posiciones del RI 3 y del BIM 5.

Intento de Infiltración

Por el Tcnl VGM Edgardo Duarte Lachnicht

Aproximadamente eran las 2130 horas del 8 de junio cuando me encontraba en mi posición con el subteniente Pasolli. Mientras conversábamos y limpiábamos nuestros fusiles, de pronto oímos disparos provenientes del sector este, donde se encontraban las posiciones de la sección del subteniente Jiménez Corvalán. Rápidamente salimos y nos dirigimos al puesto de comando del jefe de regimiento y en ese lugar nos encontramos con el teniente primero D´Aloia. Detrás de las rocas nos colocamos cuerpo a tierra, dando frente a Goat Ridge, afloramiento rocoso de donde provenían los disparos. Por suerte, hacía unos días habíamos recibido algunos visores nocturnos y el teniente primero tenía uno. Pasolli estaba a mi derecha prendido de una ametralladora de 12,7 milímetros; D´Aloia, con su fusil a mi izquierda y yo con el mío.

Un grupo de comandos ingleses se encontraba infiltrándose por Goat Ridge cuando fue descubierto. D´Aloia observaba por el visor y disparaba su fusil con munición trazante, a la vez que nos gritaba: "¡Pasolli! ¡Duarte! Sobre mi, fuego ¡tiren!" y sin hacerlo esperar, detrás de la dirección que marcaban los proyectiles trazantes, descargamos nuestras ráfagas. Creo que todos nos sentíamos fuertes y seguros de lo que hacíamos y estábamos escarmentando a los hijos de la Pérfida Albión. Por el momento, el enemigo recibía su merecido.

En medio de un tiroteo infernal, el cabo García, que se encontraba a mi derecha, supongo que por efecto del nerviosismo, abría el fuego con su fusil, sin darse cuenta de que tiraba contra una roca que estaba a escasos veinte o treinta centímetros de la boca de su fusil; los rebotes y pedazos de piedras saltaban por todas partes. Yo creía que eran disparos del enemigo. Cuando me di cuenta de lo que verdaderamente sucedía se me escapó un grito: "¡Cabo García no sea..., mire donde tira!". Desde luego que corrigió la puntería. El sargento Sánchez me contaba más tarde que, mientras todo esto sucedía, uno de los soldados le señalaba la cantidad de "bichitos de luz" que encima de ellos volaban. Esos bichitos eran unos potentes proyectiles trazantes enemigos. El cañón enemigo volvió a rugir con furia sobre nuestra posición, para cubrir el repliegue de sus tropas. Nos mantuvimos a cubierto unas dos horas esperando que pasara el cañoneo.

Durante la mañana del 9 de junio se terminó de ubicar en el terreno la Compañía A del RI 4, trasladada el día anterior bajo un constante fuego de artillería, desde Freycinet.

La aviación enemiga ejecutó un ataque sobre el Longdon por la avenida de aproximación del río Murrel, provocando la muerte de un soldado de la Compañía de Ingenieros 10 que reforzaba a la Compañía B del RI 7 en esa altura.

A las 1130 horas se efectuó un requerimiento de apoyo aéreo inmediato para batir una zona ubicada al noroeste del Kent y otra en Fitz Roy. En esos momentos, existía un activo movimiento de helicópteros enemigos desde Fitz Roy hasta el cerro Estancia. Esta información era transmitida por todas las unidades de primera línea, especialmente por la Compañía B del RI 6 en el cerro Dos Hermanas. Al mediodía, esa subunidad fue reforzada con un mortero pesado con la intención de contrarrestar la superioridad de fuego de los morteros británicos.

Una cuestión de fe

Por el Cnl VGM Omar Giménez

A partir del primero de junio la situación del RI 7 en sus posiciones de defensa comenzó a ser muy difícil, por cuanto los ingleses ya habían desembarcado en la isla su artillería, que, unida a los barcos, aumentó considerablemente su poder de fuego. Por ello eran frecuentes los ataques realizados a cualquier hora, con un gran volumen de fuego e intensidad que nos mantenía en permanente alerta.

El día 9 de junio vi con sorpresa acercarse por la pendiente ascendente, montado en un caballo, al capellán militar padre José Fernández. Lo recibí con una gran alegría y me dijo que venía a realizar un oficio religioso para el regimiento. Como en ese instante se sucedían explosiones producto del fuego que ejecutaba la artillería enemiga, a la misa pudo concurrir solamente el personal que estaba próximo al lugar donde me encontraba. Luego nos dio su bendición y partió nuevamente por la pendiente descendente hacia Puerto Argentino. Me sentí fortalecido, reconfortado espiritualmente y con una gran paz interior, gracias a este sacerdote soldado, que no dudó en llevar la presencia de Dios hasta la trinchera de primera línea.

Mi puesto de comando estaba construido con un parapeto circular de bolsas llenas de turba y el techo estaba cubierto por una lona. Durante el desarrollo del combate soporté en muchas oportunidades el fuego enemigo de los morteros, la artillería, los cañones de los barcos, los misiles y hasta con vehículos blindados. Nunca proyectil alguno impactó en el lugar donde se celebró la misa.

¡Cuestión de fe!

La artillería británica continuó batiendo las posiciones de primera línea, con énfasis en el sector del RI 4, que a las 1630 horas informó doce bajas. La propia artillería y los morteros de infantería continuaron tirando en toda oportunidad favorable. Por ejemplo, el fuego reunido dirigido hacia Port Harriet House logró dispersar una sección enemiga que se había ubicado en una casa de dicho lugar[20]. Además, se reforzó a la Compañía B del RI 7 y al RI 4, con ametralladoras.

En la noche del 9 al 10, una patrulla de tropas comandos, destacada hacia el sector intermedio entre las posiciones propias de Harriet y las del enemigo en cerro Wall, fue emboscada y aferrada en un combate que se prolongó aproximadamente una hora. En el sector del RI 7 la actividad enemiga se manifestó por el fuego naval y de artillería de campaña que se realizó particularmente sobre Longdon[21].

Las posiciones de artillería del enemigo fueron deducidas interpretando los informes de las tropas de primera línea. Ellas se presumían emplazadas al sudeste de estancia House, en la zona del Kent y al sudoeste del Challenger. Ante la falta de apoyo aéreo desde el continente, se solicitó al componente aéreo que aviones Pucará ejecutasen un ataque sobre las posiciones de artillería ubicadas al sudeste del estancia. El día 10, a las 0815 horas, dos aviones Pucará atacaron la zona de blancos prevista pese a recibir fuego de armas portátiles proveniente de la hondonada al este del cerro Challenger. No hubo evaluación del resultado de la acción y el enemigo siguió tirando con su artillería desde la zona batida. No obstante el vuelo de los Pucará trajo un aliciente de actitud ofensiva a las sacrificadas posiciones de primera línea. La tropa alertada se asomaba de sus pozos para observar el espectáculo.

La zona de desembarco de los galeses, el movimiento constante de helicópteros y la casi segura presencia de tropa al este de Fitz Roy y en el Challenger permitían estimar que el enemigo llevaría el esfuerzo principal de su ataque por la avenida de aproximación sur[22].

---

[20] A las 18 horas, el jefe del BIM 5 informó que la efectividad de dicho fuego logró que tiraran sus armas y cascos y se reunieran detrás de la casa, y luego se desplazaran hacia el Sur.

[21] Dice el coronel Omar Giménez que desde el día 1 hasta el 10 de junio se marcó una clara intención de los ingleses para evaluar la aptitud operacional de la defensa del cerro Longdon con la intención final de producir su penetración y conquistarla. En todos esos días, quedó demostrada la aptitud combativa de todo el personal que rechazó en dos oportunidades los ataques ingleses, a pesar de su marcada superioridad y de las duras condiciones que significaban llevar casi cincuenta días consecutivos en las posiciones sin descanso.

[22] Después de finalizadas las operaciones, se supo que el 10 de junio el comando terrestre británico había impartido su orden de ataque, que en forma general establecía

La aviación enemiga que continuaba activa atacó a baja altura con bombas y cohetes al BIM 5, a la Batería C del GA 3 y al RI 7. Durante estos ataques una bomba impactó en un depósito de munición de mortero perteneciente al escuadrón de caballería y destruyó la mitad de la dotación de ese elemento.

que la 3ra Brigada *Royal Marines*, reforzada con el Batallón de Paracaidistas 2 y el de Guardias Galeses, debía conquistar los cerros Longdon, Dos Hermanas y Harriet. En una segunda fase, la 5ta Brigada de Infantería capturaría el Tumbledown y el Williams, mientras la 3ra Brigada de Comandos continuaría su ataque hacia Wireless Ridge. Luego, se atacaría el Sapper Hill y el terreno inmediatamente al sur de Puerto Argentino, donde se encontraba emplazado el RI Mec 3.

C. Combates en la primera línea

11 de junio de 1982

"Los británicos practicaron el combate nocturno desde la Segunda Guerra Mundial en toda oportunidad en que intervinieron en algún conflicto militar, por lo que estaban familiarizados con los procedimientos particulares".

En las primeras horas del 11 de junio, tres buques británicos tiraron sobre las posiciones defensivas desde distintas direcciones, ocasionando bajas en las posiciones. Esa acción estuvo combinada con la aparición de ecos de radar de helicópteros en diversos sectores a distancias de entre 18 y 20 kilómetros. La respuesta propia estuvo a cargo de un solo cañón de 155 milímetros, que estaba en alcance de batir los blancos detectados. Ese momento constituyó el primero en que los británicos tiraron con sus buques desde dos direcciones distintas con fuego cruzado. El alerta finalizó recién a la madrugada pues los ecos de radar se mantuvieron constantes toda la noche. Con las primeras luces, el aeropuerto recibió el impacto de seis bombas lanzadas por aviones en vuelo, que destruyó un avión Pucará ubicado próximo a la pista e hirió a un soldado de los elementos de artillería de defensa aérea del aeródromo. Casi simultáneamente, un helicóptero en un vuelo táctico a muy baja altura alcanzó un lugar al norte de la localidad desde donde se elevó y disparó dos misiles, impactando con uno de ellos el edificio que ocupaba la sección Inteligencia del Comando de la Guarnición. Esta acción inesperada, evidentemente coordinada con el ataque aéreo, tomó por sorpresa a las fuerzas defensoras.

Extracto del parte enviado por el comandante de la Agrupación Puerto Argentino al Gobernador Militar la mañana del 11 de junio

"Después de setenta días de organizada la defensa de Puerto Argentino, aprovechando las características del terreno más sobresalientes, conformamos una gran posición de tipo erizo sobre la cual el enemigo actuó inicialmente de la siguiente manera:

Bombardeo sistemático del aeropuerto con intención evidente de destruir la pista. La reacción de la propia defensa aérea motivó que el enemigo pasara de los ataques a baja altura al bombardeo elevado.

Como segundo paso de dicho accionar, el enemigo ubicó uno o dos buques, como promedio, desde el sur al sudoeste batiendo casi todas las noches la posición, fundamentalmente, sobre los regimientos 25, 3 y 6, sin capacidad de oposición por parte de la defensa. La aparición de dos cañones de 155 milímetros permitió utilizarlos como artillería de costas, lo cual, en alguna medida, palió la acción naval del enemigo, al obligarlo a replegarse.

La ubicación de una cohetera para disparar proyectiles Exocet por parte de la Armada no ha producido resultados, toda vez que el enemigo, advertido o no, ubicó sus medios en forma tal que dicha cohetera es inoperante, manteniéndose como único elemento de rechazo a los cañones de 155 milímetros antes mencionados.

Actualmente, la situación a partir del desembarco en San Carlos ha sufrido variantes importantes, a saber: el enemigo se configura en casi los 360°, respondiendo a la organización de la defensa y dispone de total libertad de acción para operar con los siguientes elementos:

Su aviación, que sigue accionando con total prescindencia de las bajas producidas en sus medios de superficie, actúa a baja altura, sorprendiendo a la defensa sin apoyo de radar, y utilizando sus medios ofensivos sobre distintos lugares de la posición.

Un intenso uso de helicópteros durante las 24 horas del día para reglar el fuego de sus buques, de su artillería, establecer posiciones de artillería, trasladar personal y medios. No obstante, en algunas oportunidades ha vulnerado sus medidas de seguridad aproximándose en forma sorpresiva.

Su artillería de campaña, de mayor alcance que la propia (7 kilómetros más), que aun bajo las vistas de los elementos más adelantados de la posición se ubican y reubican con extrema facilidad, batiendo con notable precisión y respuesta instantánea a los elementos colocados desde la zona de Moody Brook hacia el oeste.

Como un ejemplo de las últimas 48 horas acerca de lo expresado, el enemigo ha ubicado hasta tres posiciones de artillería; un buque al noreste de la posición (además del situado al sudoeste), con lo cual la bate desde dos direcciones distintas y ha aproximado, por primera vez, sorpresivamente, un par de helicópteros en las primeras horas de luz para batir un blanco prefijado con proyectiles hilo guiados, dentro de la localidad.

De todo lo expuesto, surge que el enemigo ha concentrado sus fuegos hacia el oeste de la posición lo que indicaría su intención de empleo. La necesidad de un apoyo inmediato de la Fuerza Aérea desde el continente a fin de batir blancos de importancia cuya permanencia puede no exceder las doce horas. Acción naval y/o aérea propia contra los medios navales, que todas las noches se ubican para batir la posición durante aproximadamente dos horas."

Misión de fuego

Por el Subt Mario Juárez[23]

"A la izquierda de nuestra posición se encontraba Port Harriet House. El 9 de junio, el enemigo había ocupado ese lugar y un helicóptero le transportaba, al parecer, alguna pieza de artillería.

Recibí la orden de tirar con los morteros pesados. El enemigo huía en dirección al mar, saliendo de la casa por todas sus puertas y ventanas. Yo incrementaba el volumen de fuego. Gastamos bastante munición. Mirándolo con mayor tranquilidad, posiblemente debí economizarla. Lo cierto es que no faltaban los sapucay y mientras el enemigo abandonaba su posición; su artillería, ni lerda ni perezosa, que había reglado su tiro sobre el lugar, no se hizo esperar para castigarnos con todo su rigor.

Uno de los cañonazos prendió fuego el sitio donde teníamos unos sesenta proyectiles preparados para el tiro, con espoletas, cartuchos de propulsión y cargas suplementarias colocadas. Pensamos que todo explotaría de momento. Era imperioso salvarlos porque recuperar esa cantidad significaba un trabajo agobiante, lo veníamos haciendo desde que llegamos. Nos miramos con mi encargado de sección y éste me dice, medio provocándome: 'Mi subteniente, por qué no va y después me avisa'. No quedaba nada más por pensar. Arrastrándome y a los toma y cambio de posición llegué hasta el polvorín. Saqué los ponchos cobertores, que se incendiaban; todas las cargas suplementarias estaban en llamas y algunos cartuchos de propulsión explotaban. Felizmente nada pasó. No sé si los corazones artificiales serán tan resistentes como los que fabrica Dios.

El resto de la sección se aproximó y apagamos el incendio. Cuando cesó la artillería enemiga. sacamos novedades, el mortero del cabo primero Marcilli que había recibido un impacto tenía dos heridos. Uno era el soldado Ojeda, que aproximándose, con el mejor tono correntino, me dice: 'Me parece que me pegaron' y me mostró su mano. Le faltaban dos falanges en su dedo meñique derecho y tenía cinco esquirlas en una pierna.

Mientras le vendaban su muñón para detenerle la hemorragia, el soldado Romero se aproxima a decirme que le dolía la espalda. A través de su abrigo se le notaba la entrada de alguna esquirla. Con cuidado le sacamos parte de la ropa y le levantamos el resto. A la altura del omóplato sobresalía un trozo pequeño de hierro; aparentemente era muy poco lo que tenía incrustado. 'Con un pequeño tirón saldrá', pensé yo, y habiéndolo hecho quedar quieto intenté extraérselo de ese modo. Casi se me desmaya de dolor. Dejó sus raciones, armamento y munición como estaba ordenado, y lo mandé al puesto de socorro, donde se encontraba el médico.

---

[23] Testimonio de la época. Este oficial se desempeñó como jefe de la sección morteros pesados del RI 4.

Cuando me volví a encontrar con el soldado en el hospital, luego de que todo finalizó, nos abrazamos y me mostró su esquirla. Era de un tamaño mayor al de una calculadora de bolsillo y con sus bordes totalmente irregulares. Se le había introducido debajo del omóplato quedando una pequeña punta visible. Ya me parecía, que por alguna razón extraña había fallado mi intervención quirúrgica."

A partir de la media mañana de aquel 11 de junio, el observador adelantado de artillería del GA 4 comenzó a informar sobre un gran movimiento de helicópteros en su sector. Asimismo, la Compañía B del RI 6, ubicada en la ladera noroeste de Dos Hermanas, pasó similar información que fue explotada con el fuego de los cañones del GA 3. Desde las posiciones del BIM 5 llegaba la información de que los buques averiados en Fitz Roy habían sido embicados en la playa, y que se descargaba material con helicópteros hacia Bluff Cave, observándose un gran movimiento en estas aeronaves en las zonas del Kent y del Challenger. También el RI 4 observó un emplazamiento de piezas de artillería en Bluff Cave.

Al mediodía, el resumen de la propia situación indicaba que la B/RI 6 había sido batida por artillería y había sufrido una baja; al igual que el RI 4, que había informado la muerte de un suboficial y un soldado, y otros tres soldados habían resultado heridos. El RI 7 había abierto fuego sin resultado contra un helicóptero localizado al norte de su posición. El GA 4 había adelantado dos piezas de obuses 105 milímetros sobre la senda que unía Moody Brook con el puente sobre el río Murrel para alargar su alcance.

Poco después, las alturas de Dos Hermanas fueron bombardeadas por aviones enemigos con bombas belugas y se observaron movimientos de cuatro blindados y personal en estancia House y en Green Patch Paddock o Long Island Settlement.

Luego de cumplir las misiones de fuego ordenadas, el GA 3 tenía solo 43 proyectiles de calibre 155 milímetros para los máximos alcances.

En el corredor Bluff Cove-Challenger y más al norte, se advertía un constante pasaje de helicópteros. El incansable fuego de artillería de uno y otro lado había rendido un pequeño éxito al poder batir una posición de fuego enemiga emplazada a unos mil metros al sudoeste del Harriet.

Durante el resto del día continuaron los movimientos de personal y carga con helicópteros al noreste del Kent y las interferencias en las comunicaciones se hicieron más frecuentes. La zona al noreste del Kent fue batida con el GA 4. El buque Forest y una patrullera

zarparon para vigilar la bahía interior de Puerto Argentino hasta su desembocadura en mar abierto.

El sistema de comunicaciones se basaba en una red telefónica de campaña, apta especialmente para la defensa. Este tuvo algunos problemas por la falta de cable para el reemplazo de tramos dañados, sectores en mal estado afectados por la humedad del suelo, ya que no se podían efectuar siempre tendidos aéreos, y roturas producidas por el fuego naval y luego, por el terrestre. Existía, además, una red de radio de muy alta frecuencia y otra red de banda lateral única, que se mantenía en silencio. Todas estas redes absorbían el tráfico de comando, operaciones e inteligencia. Operaba, además, una red de apoyo de fuego. En muchos casos, ya durante los combates, fueron complementadas por la red de comando, por la que se impartían las misiones de fuego para influir en el desarrollo del combate. Asimismo, la artillería de defensa aérea contaba con una red propia, que se integraba a los radares, las secciones de tiro y al centro de información y control.

En esta instancia, el RI 3. empleado por subunidades aisladas y no en conjunto, tuvo una importante participación. La Compañía C[24] del RI 3, que ocupaba las estribaciones al oeste del Sapper Hill, en razón de haber quedado prácticamente dentro del sector defensivo del BIM 5, fue agregada hasta el final de las operaciones a esa unidad para la ejecución de la defensa. En las últimas horas del día 11, durante el repliegue de una de las avanzadas de combate de esa subunidad, el soldado Soria, que la integraba, desorientado pisó una mina y falleció en el campo de combate.

Longdon
(11 / 12 de junio de 1982)

El 3er Batallón de Paracaidistas británico atacó las posiciones que defendían la Compañía B del RI 7, que estaba reforzado con una sección de ingenieros y una sección de ametralladoras pesadas de infantería de marina. El ataque fue detectado por la explosión de una mina antipersonal y se desarrolló durante toda la noche con excepcional fuerza. Fue calificado por los ingleses como el más san-

---

[24] Finalizado el conflicto, el capitán de fragata IM Robacio, perteneciente a la Armada, remitió un elogioso concepto sobre su comportamiento y la cooperación que fracciones de esa unidad recibieron de la citada compañía.

griento de la guerra. Los argentinos se mantuvieron firmes en sus posiciones y lanzaron dos contraataques a cargo del teniente Quiroga y del teniente Castañeda. Perdieron en la lucha a todos los jefes de sección y varios jefes de grupo. Los restos de la Compañía B del RI 7 con la munición casi agotada y numerosas bajas se replegaron hacia Wireless Ridge; sólo 90 hombres de los 276 que iniciaron el combate lograron hacerlo, el resto fue muerto, herido o prisionero.

La zona de combate en el Longdon era un terreno con estribaciones rocosas, pendientes pronunciadas, escarpados y con una altura importante que permitía una buena observación del campo de combate. Con frecuencia se producían fuertes vientos y adversas condiciones meteorológicas. Durante la noche, a partir del atardecer, una neblina densa cubría las partes bajas y medias del cerro. Era una altura vital para la defensa de la posición que se encontraba en la zona del subsector Plata 2.[25]

Longdon fue castigado con un potente fuego naval y terrestre al caer la noche del día 11. Los jefes de sección informaron no tener novedades. A las 2130 horas, un soldado enemigo pisó e hizo explotar una mina antipersonal durante su aproximación, alertando de esta forma sobre el inminente ataque inglés sobre las alturas.

Desde las posiciones vecinas en Dos Hermanas pertenecientes a la B/RI 6 se escuchaba el ruido de combate sobre este cerro y los gritos de aquéllos que combatían en plena oscuridad, lo que fue transmitido al puesto de Comando de la Agrupación. Recibida esa información, el comandante tomó contacto con el mayor Carrizo, quien lo impuso de la situación en el subsector de la Compañía B del RI 7. Ante las dificultades del combate nocturno, se ordenó al GA 3 iluminar la zona de Longdon.

Espíritu de sacrificio, esfuerzo y abnegación

El día 11 de junio en horas de la mañana, los ingleses realizaron un intenso cañoneo empleando artillería y morteros, concentrando sus

---

[25] Se desempeñaba como jefe del subsector el mayor Carlos Carrizo Salvadores; el oficial ejecutivo y jefe de la Compañía B del RI 7 era el capitán Eduardo López; la 1ra sección, emplazada con frente al Oeste, estaba al mando del subteniente Juan Baldini; la 2da sección con frente al Norte estaba a cargo del sargento primero Raúl González; la 3ra sección, con frente al Sur, estaba al mando del teniente primero Enrique Neirotti; la 1ra sección de la Ca Ing 10, con frente al Este, estaba a cargo del teniente Hugo Quiroga; el grupo morteros pesados del sargento primero Pedro López, y la sección antiaérea del BIM 5 estaba a cargo del teniente de fragata IM Dachari, en apoyo general desde el centro del dispositivo.

fuegos en la posición que en Wireless Ridge ocupaba el Regimiento de Infantería 7. En esta circunstancia, en la zona donde se encontraba el capitán de infantería Carlos Ferreyra, un soldado resultó herido como consecuencia del fuego enemigo. El capitán Ferreyra observando lo que ocurría abandonó su refugio y corrió en ayuda del soldado herido. Cuando estaba realizando esta acción prácticamente sin protección, el bombardeo enemigo creció en intensidad. Al ser alcanzado por esquirlas de una bomba, el capitán Ferreyra resultó herido en una pierna. Fue evacuado para su atención, junto con el soldado, al hospital de Puerto Argentino, lugar que abandonó por propia decisión para continuar, aún herido, colaborando en tareas de apoyo logístico. El capitán Carlos Ferreyra recibió del Ejercito Argentino la medalla "Al esfuerzo y la abnegacion".

El teniente Alberto Ramos, que era observador adelantado de artillería en la altura de Longdon, se hizo presente en la red radioeléctrica con voz potente y firme dando un alerta con esta frase: "¡Ingleses, ingleses, atacan la posición!". Al instante, el jefe de unidad tomó contacto telefónico con el mayor Carrizo Salvadores, quien ya había alertado a su tropa, cubierta por una densa neblina. Luego de algunas explosiones y disparos de armas automáticas se perdió el contacto telefónico y por radio con el jefe del subsector. A partir de allí sólo se escuchaba esporádicamente el tráfico de comunicaciones inalámbrico y con dificultades de este jefe con el comandante de la Agrupación Puerto Argentino. Desde Wireless Ridge se observaban los proyectiles trazantes, las bengalas que iluminaban la zona y las explosiones que daban una idea sobre un combate intenso y de extrema violencia que protagonizaba el personal emplazado en Longdon.

La muerte de Baldini y Ríos

Pasadas las 21 horas, el subteniente Juan Domingo Baldini, jefe de la 1ra sección de la Compañía B de RI 7, informó que el enemigo había logrado alcanzar las proximidades de su posición y que se hallaba empeñado en combate a distancias cortas preparándose para ejecutar un contraataque sobre su flanco derecho. Inmediatamente se perdió la comunicación con él. La sección empeñada en combate cuerpo a cuerpo con el enemigo debió ceder la cresta de la altura. Dejó varios heridos y muertos en ella y ocasionó bajas al enemigo. El denodado esfuerzo logró bloquear el ímpetu que llevaba el ataque enemigo, en un combate muy difícil para los efectivos propios. La artillería propia batió intermitentemente la retaguardia enemiga, aunque no pudieron evaluarse sus efectos.

El subteniente Baldini, que multiplicó sus esfuerzos alentando a sus hombres, decidió desalojar a las fuerzas enemigas de la altura. Para llevar a cabo esta acción, reunió a un pequeño grupo de soldados de su sección e infantes de marina, y con ellos se lanzó al ataque. Al frente de esa fracción fue seguido a corta distancia por el cabo Darío Ríos. Ambos fueron abatidos por ráfagas de ametralladoras, lo que provocó que el resto del personal se viera obligado a mantenerse cubierto, respondiendo el fuego enemigo.

Pasada la medianoche, la sección ingenieros lanzó un contraataque sobre las posiciones ocupadas inicialmente por Baldini que logró paralizar el avance británico y estabilizar la situación. Asimismo, la intensa presión sobre la segunda y tercera sección fue contenida transitoriamente en las respectivas zonas. Simultáneamente, unos kilómetros más al oeste, el jefe del RI 7 resolvió apoyar la posición de cerro Longdon y ordenó al jefe de la Compañía C, el teniente primero Alfredo García, destacar una sección de tiradores para establecer contacto con el mayor Carrizo Salvadores.

García procedió a cumplir la orden y destacó para cumplir dicha misión al teniente Castañeda. Le indicó el camino de aproximación más seguro y las precauciones a adoptar para no delatar la acción al abandonar la posición, en razón de la intensa iluminación del campo de combate.

En lo primeros minutos del 12 de junio, el Comando de Agrupación ordenó al segundo jefe del Escuadrón de Exploración 10, el capitán Rodrigo Soloaga, que se adelantase a la zona de posiciones previstas en el plan de defensa para reforzar el frente con especial atención sobre el Norte, por cuanto no era de descartar una infiltración enemiga.

A las 0132 horas, el centro de información y control alertó al comando acerca de una incursión aérea propia que estaba en camino desde el continente. Era evidente que faltaba apoyo aéreo, o mejor dicho, que éste no alcanzaba, ya que el que podía venir desde el continente perdía continuidad por la distancia, el tiempo necesario para planear la misión y el tiempo sobre el blanco.

Mientras, en el cerro Longdon, el combate continuaba, según lo narrado por los protagonistas[26]:

[26] CARRIZO SALVADORES, CARLOS, "El combate en monte Longdon" en *Malvinas. Relatos de soldados*, Vol. 722, Buenos Aires, Círculo militar. 1985, p. 83.

"Cuando eran aproximadamente las dos de la madrugada del 12 de junio, se presentó en mi puesto de comando el teniente Castañeda, jefe de la 1ra sección de la Compañía C del RI 7, quien a marcha forzada venía para reforzar mi posición. Cabe señalar que para materializar esta acción, el mencionado oficial debió sacar a sus hombres de la posición que ocupaban y marchar a campo traviesa bajo la acción del fuego de artillería del enemigo.

Luego de ponerlo en situación, le impartí la orden de ejecutar un contraataque por el lado norte, a caballo de la segunda sección del sargento primero González, en dirección a las posiciones que ocupaban los morteros pesados de 120 mm, los cuales, ya en esos momentos, estaban fuera de combate. Como el personal recién arribado no conocía el terreno, le proporcioné guías del pelotón comando.

El teniente Castañeda partió con sus efectivos a cumplir la misión que acababa de recibir en medio de un intenso fuego de artillería británica. Avanzó lentamente, desplegó su gente y próximo al límite de retaguardia de la primera sección, que a esa hora era mi primera línea en el frente oeste, chocó con elementos ingleses que avanzaban en una acción de envolvimiento contra los efectivos que habían realizado el contraataque anterior a órdenes del teniente Quiroga. Se desarrolló así un combate de encuentro, donde nuestros efectivos lograron, inicialmente, hacer retroceder a la infantería enemiga. En esa acción tuvimos bajas pero entre el enemigo se produjeron más.

El sorprendido enemigo, que no esperaba una reacción semejante de nuestro lado, se repuso rápidamente. Entre las 0400 y 0530 horas reinició la ofensiva con mayores efectivos, lo que provocó que mis hombres lentamente fueran cediendo terreno pero a un costo de vidas muy alto para ambas partes. Como algunos habían combatido cuerpo a cuerpo, uno de los soldados me obsequió un FAL que le había arrebatado al atacante."

A las cinco de la madrugada, la situación de la Compañía B del RI 7 era la siguiente: el enemigo atacaba desde varias direcciones con efectivos apreciados entre cinco y seis compañías, con masivo apoyo de fuego de artillería y morteros. Si bien esa posición resistía, había sido penetrada en varios puntos, pese a la sostenida oposición de sus defensores. No existían efectivos propios para contraatacar, pues todas las fracciones se encontraban aferradas. Los niveles de existencia en la munición eran críticos. Los apoyos de artillería propios, si bien habían logrado neutralizar el ataque inglés, no habían podido aliviar

la presión general sobre las posiciones. Se habían producido bajas de cuadros y soldados.

El día 12 de junio, aproximadamente a las 0530 horas, el mayor Carrizo informó a su jefe de regimiento que no podía levantar la cabeza por el fuego enemigo, y poco después expresó que la infantería enemiga estaba a 100 metros de su pozo y que tenía muchos muertos y heridos. En consecuencia, se le ordenó replegarse combatiendo hacia la zona de Wireless Ridge ante la evidencia de que la altura había quedado en manos inglesas luego de los intensos combates nocturnos.

> "A las 0830 horas, el mayor Carrizo llegó hasta mi puesto de comando, donde nos estrechamos en un fuerte abrazo. Luego me contó brevemente la situación del subsector de la defensa y que había podido recuperar en el repliegue aproximadamente sesenta hombres. En esos momentos comenzaron a explotar proyectiles de morteros, provenientes de cerro Longdon, muy cerca del lugar donde nos encontrábamos. En su relato me expresó que los defensores habían sostenido un violento combate, cuerpo a cuerpo en oportunidades, que había ordenado contraataques, y que había muertos, heridos y prisioneros. Lo vivido le permitió inferir que la neblina y la oscuridad, unidas a los medios técnicos y la superioridad aplastante de los fuegos, habían facilitado la penetración del ataque de los ingleses, que ahora ocupaban las alturas del cerro Longdon. El estado general de los soldados que se habían replegado mostraba en sus rostros y en sus físicos las huellas de los momentos vividos por la presión del combate. Por ello, le ordené al mayor Carrizo Salvadores que se dirigiera a Puerto Argentino para poder reorganizarlos, con un descanso, y luego poder utilizarlos en la posición de Wireless Ridge."
>
> Jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 7

Evaluación retrospectiva del jefe del Regimiento de Infantería 7

La posición de defensa demostró estar bien organizada y fue tenazmente defendida por todos los hombres que la integraban. Ello quedó demostrado en las expresiones del almirante inglés John Fieldhouse: "Entre tanto en el Norte, el tercer Batallón de Paracaidistas libró un combate extremadamente violento contra uno de los mejores batallones del enemigo

para apoderarse de Longdon". Es decir que evaluó haber combatido contra el total de mi regimiento, cuando en realidad lo hicieron contra la Compañía B, reforzada con otros elementos y con un total de 278 hombres.

Soportó, desde el 8 de junio, el fuego intenso de la artillería de campaña, naval, de aviones y morteros, realizado en cualquier oportunidad y a discreción, por la gran superioridad y libertad de acción que tenía el enemigo para ejecutarlo.

Combatió casi doce horas consecutivas, luchó cuerpo a cuerpo, ejecutó contraataques y la posición fue penetrada, cuando no había más fuerzas para contraatacar y era evidente el desequilibrio existente entre los que defendían y los ingleses que atacaban.

El saldo de muertos y heridos, de oficiales, suboficiales y soldados, puso de manifiesto las cualidades de todo el personal, que estuvo en este subsector de la defensa, al demostrar valor, sacrificio y patriotismo.

Puedo afirmar como un reconocimiento para quienes allí estuvieron, que el combate de Longdon fue el más importante de todo el sector de responsabilidad del Regimiento 7, y en definitiva una muy digna derrota.

Los relatos ingleses han dicho al respecto que muchos de los últimos defensores argentinos fueron muertos a bayonetazos. El Para 3 cobró cara su victoria en estas alturas con un total de 23 muertos y 47 heridos. En realidad, un costo asombrosamente bajo por las características del combate. Así se repitió una conclusión apuntada después de Darwin-Pradera del Ganso: "Las pérdidas en combate de los batallones de paracaidistas fueron severas para los estándares de los conflictos limitados".

Harriet (11 / 12 de junio de 1982)

En forma simutánea a las acciones de Longdon, fueron atacados[27] *los cerros Harriet y Dos Hermanas, que eran defendidos por el RI 4 en un frente muy amplio. Las posiciones defendidas con fiereza fueron cayendo una en una, envueltas por el enemigo, que aprovechó los espacios vacíos y la noche, o bien el agotamiento de la munición.*

---

[27] Las fuerzas británicas que atacaron este sector fueron el Comando 45 de los Royal Marines, que contaba con el apoyo del Regimiento de Artillería Real 29; el 2do Batallón de Paracaidistas como reserva y artillería naval de apoyo del HMS Glanmorgan con cañones de 4,5 pulgadas. El plan consideraba a la Compañía X Ray liderando el ataque en los últimos del día 11 con el objetivo de tomar la altura oeste y conformar una base de fuego para apoyar a las compañías Yankee y Zulú que atacaron el noroeste.

Finalmente, el 12 de junio a la mañana, el J RI 4, totalmente rodeado con unos sesenta hombres en la ladera oeste del cerro Harriet y casi sin munición, se rindió al enemigo. El saldo del combate fue de 22 muertos y 118 heridos, además de numerosos prisioneros, dispersos y de personal que logró replegarse y pudo agregarse a otras fracciones para continuar la lucha.

Las posiciones defendidas por el RI 4 recibieron intenso fuego de artillería de campaña, naval, morteros y armas automáticas antes de iniciarse el ataque de la infantería enemiga.

Las posiciones ubicadas en Harriet fueron atacadas desde dos direcciones por sendas compañías que habían efectuado un rodeo, mientras la Compañía B que ocupaba ese cerro era aferrada frontalmente por el resto del batallón atacante. A poco de comenzar el ataque, quedó fuera de combate la sección morteros pesados[28], por lo cual el único apoyo de fuego a partir de dicho momento fue proporcionado por la batería de obuses de 105 milímetros del BIM 5.

Descubierta las intención enemiga, mientras se desarrollaba el combate en el Longdon, el jefe del RI 4 ordenó a la Compañía B el envío de una sección de tiradores para reforzar el sector amenazado por el ataque de las dos compañías enemigas, pero éste le informó sobre la imposibilidad de hacerlo, dado que su subunidad estaba aferrada por el fuego enemigo. Ante esta situación, y acorde con el requerimiento efectuado, el comandante de Agrupación ordenó que la artillería batiese la zona de la infiltración, lo que comenzó a realizarse con la batería del BIM 5, cuyo fuego fue dirigido por el propio jefe del RI 4, logrando inicialmente demorar el avance pero no detenerlo.

Pasada la una de la mañana, la tropa mantenía sus posiciones con el apoyo de la batería de la infantería de marina y recibía fuego naval desde la retaguardia. El jefe del RI 4 solicitó que se tratara de disminuirlo, pero no se disponía de medios para hacerlo. Para mayor contrariedad, uno de los cañones de 155 mm había interrumpido su tiro por habérsele trabado el bloque de cierre. Un minuto después, el RI 4 informó que tenía tropa enemiga en su retaguardia. Inmediatamente se le ordenó al jefe del BIM 5 que tirase con su batería sobre el extremo este del Harriet.

Minutos después, el jefe del RI 4 informó que lo atacaban efectivos de más de una compañía desde el frente y la retaguardia. El comandante de la Agrupación ordenó que la batería del BIM 5 batiese dos sectores al este del Harriet y como el GA 4 acababa de quedar

---

[28] El subteniente Mario Juárez, jefe de la sección, fue herido en esta acción.

disponible, ya que la posición de Longdon había expresado que era suficiente lo que se había hecho, pasó a tirar con todas sus piezas sobre la cresta de ese cerro.

Ante el progreso del ataque enemigo desde el Sur y el Este, fue empleada la reserva en un contraataque. El oficial que la dirigía, el teniente primero Jorge Echeverría, fue rechazado y cayó herido. Cuando se combatía a las distancias próximas, la artillería propia tiraba sobre la posición de la unidad, en un supremo esfuerzo por detener la progresión del combate.

Tras recibir la autorización del comandante de la Agrupación, el jefe de unidad ordenó el repliegue de los elementos que no estaban aferrados y se trasladó, acompañado por el teniente primero Esteban Carlucci, al emplazamiento de la Compañía B, que continuaba combatiendo por el fuego en la ladera oeste del cerro. Eran alrededor de las 3 de la madrugada y el enemigo se aproximaba al puesto de comando del regimiento. En esa oportunidad se perdió el contacto con el comando superior.

En el comando de la Agrupación se observaba que la situación que se vivía con el RI 4 era confusa, aparentemente se había perdido la altura, pese a la presencia de propia tropa todavía en ella. Esto motivó que se le ordenara al RI 3 alistar su reserva para un probable empleo en ese sector, que no podía concretarse en ese momento por la carencia de información precisa sobre el desarrollo del combate. Poco después de esto, el BIM 5 observó efectivos del orden de una subunidad lista para asaltar el Harriet.

A las seis horas del 12 de junio, Harriet estaba en manos del enemigo, salvo el sector ocupado por la Compañía B del RI 4, de la que quedaban alrededor de sesenta hombres[29]. Esta tropa junto al jefe de regimiento continuó combatiendo rodeada por el enemigo que se había apoderado de la cima del cerro y que no intentó un asalto directo. A las 0930 horas con ese núcleo de resistencia totalmente rodeado por efectivos muy superiores, casi agotada la munición y sin posibilidades de repliegue, cesó la resistencia de la unidad.

---

[29] La sección del subteniente Lautaro Jiménez Corvalán había podido replegarse, aunque su jefe resultó herido.

La acción del cabo primero Baruzzo[30]

El cabo primero Roberto Baruzzo llegó a Malvinas en su rol de jefe de grupo de tiradores de la Compañía B del Regimiento de Infantería 12. Cuando su subunidad fue trasladada a Pradera del Ganso el día 28 de mayo, Baruzzo padecía una infección en una de sus manos, que se había originado por una esquirla recibida durante un ataque aéreo. Por tal motivo, pasó más tarde al sector defendido por el Regimiento de Infantería 4.

El ataque británico en la noche del 11 al 12 de junio, lo sorprendió de guardia en las alturas del cerro Harriet. En los momentos iniciales del combate, Baruzzo se encontró con el teniente primero Jorge Echeverría, del Regimiento 4. " ¡Baruzzo, hágase cargo de estos soldados que están sin jefe!", le gritó el oficial.

En ese sector, un puñado de defensores resistía el avance británico. El combate entre las formaciones rocosas se prolongó por algunas horas. Al principio, pudieron efectuar algunos cambios de posición pero más tarde fueron rodeados casi por completo. Finalmente, Echeverría fue alcanzado por varios impactos en el cuerpo y le ordenó a Baruzzo que se retirara junto a todos los soldados.

"No, mi teniente primero, no lo voy a dejar acá", fue la respuesta del suboficial.

La intención de Baruzzo era replegarse llevándolo. De pronto, un soldado británico cayó muerto a su lado. En su mochila, traía una botellita de whisky, y Baruzzo le dio de beber a Echeverría para tratar de mitigar el dolor que tenía. Si bien intentaron continuar la defensa, la situación era insostenible. Echeverría, en su estado de semi inconciencia, insistía en que se rindieran. Otra vez apareció un inglés a escasa distancia del cabo primero: "Ok, argentino, Ok...".

Completamente rodeado, el grupo cesó la resistencia y Echeverría recibió sus primeras curaciones.

---

[30] Extracto de "Testimonios inéditos de la Guerra de Malvinas", *Tiempo Argentino*, Edición Especial, mayo 1983, p. 8. El teniente primero Echeverría fue trasladado al hospital de campaña, en la mañana, el resto de los prisioneros debió recoger a los muertos del sector y después fueron llevados a Fitz Roy. El cabo primero Baruzzo recibió la cruz "La Nación Argentina al Heroico Valor en Combate" por sus acciones en Monte Harriet, las que incluyen su negativa de abandonar a su superior herido y combatir hasta agotar la munición.

Dos Hermanas Sur

En Dos Hermanas Sur, la posición fue atacada desde el oeste y el norte. Tres jefes de sección de la Compañía C del RI 4 fueron puestos fuera de combate[31]. Estas bajas incidieron en la capacidad de combate de sus fracciones. Al caer el puesto de comando, el oficial de operaciones de la unidad el capitán Carlos López Patterson, consiguió replegarse con las fracciones que no estaban aferradas. También se replegaron las dos secciones de la Compañía A que estaban en Goat Ridge. El jefe de una de ellas, el subteniente Juan Nazer resultó herido mientras que el jefe de la 2da sección, subteniente Oscar Augusto Silva, alcanzó con cerca de veintiocho hombres las posiciones del BIM 5 en el cerro Tumbledown, al igual que el subteniente Marcelo Llambías con la 3ra sección de la Compañía C del RI 4[32].

La muerte del teniente Martella [33]

"Juntamente con el teniente Luis Martella, habíamos empezado el descenso con alguno de nuestros soldados. La artillería nuestra y la inglesa volvieron a tirar. Por lo que tuvimos que avanzar a cortos tramos y tirarnos para cubrirnos. El silbido de la trayectoria nos ayudaba bastante, para saber si el proyectil caería o no. De pronto en uno de esos saltos, el silbido se hizo demasiado intenso y casi se interrumpió arriba nuestro. Instintivamente atiné a tirarme cerca de una roca y Martella, que venía detrás, se tiró encima de mí buscando la misma piedra. La explosión no se hizo esperar y respiramos pólvora quemada. Pasado el efecto, él se levanto primero y yo a continuación, cuando sorpresivamente recibimos fuego de armas automáticas desde el frente y de un costado; aparentemente esa fracción inglesa nos había sobrepasado. Martella intentó girar para detectar de dónde provenían los disparos, cuando fue alcanzado de lleno por una de las ráfagas que lo sacudió y cayó tendido. Mientras iba cayendo, alcanzó a decir con un gran esfuerzo para balbucear: ¡Siga!".

---

[31] El teniente Luis Carlos Martella fue muerto en dicha acción y los subtenientes Miguel Mosquera y Jorge Pérez Grandi, heridos.

[32] Ambas continuaron el combate junto a los infantes de marina y en la noche del 13 al 14 de junio, el subteniente Silva murió heroicamente.

[33] Extracto del testimonio de Juan Nazer, ex oficial del Ejército que se desempeñó como jefe de la 1ra sección de la Compañía A del RI 4. en Jiménez Corbalán, Lautaro J., ob. cit. *supra*, nota 5, p. 371.

Balance final del combate del Regimiento de Infantería 4[34]

"Al cesar el combate, el RI 4 registró 22 muertos, 118 heridos y numerosos prisioneros y dispersos. Sus armas pesadas estaban fuera de servicio y la dotación de munición de todas las armas, prácticamente agotada. Esta unidad que ha ejecutado un largo desplazamiento desde su alojamiento de paz en Monte Caseros, Corrientes, que ha cumplido varias misiones en el litoral continental, que ha llegado al TOAS casi sobre la iniciación de las operaciones sin haber logrado completar la totalidad de sus medios, cumple en las islas diferentes misiones y es emplazada, finalmente, en las alturas que defiende con tanto tesón. Desde el 1 de junio de 1982, ha soportado el martilleo constante de la artillería de campaña naval y ataques aéreos ingleses, y enfrenta el combate que la infantería inglesa dirige contra la primera línea de posiciones de Puerto Argentino.

Por su parte, el jefe de un batallón enemigo que participó en la lucha ha manifestado que el avance por las laderas del cerro Harriet fue un asunto lento y cruento. Los hombres que teníamos enfrente no iban a ceder si no era tras una lucha encarnizada... Cuando hicimos el recuento de las bajas, nos sentimos afortunados.

El general Thompson dice en su libro *No Picnic*: 'Tras la toma del Harriet y Dos Hermanas nos encontramos con un total de unos 300 prisioneros, incluido el JR y varios oficiales. Esto basta para desmentir los informes suministrados por la prensa en el sentido de que los oficiales y suboficiales echaban a correr abandonando a sus soldados para que fueran masacrados o se entregaran como ovejas. Tanto aquí como en otros sitios los oficiales y suboficiales argentinos combatieron duro y, en ocasiones, hasta muy cerca de la definición del combate trataron de impedir la rendición. La única solución era matarlos o herirlos gravemente para luego aceptar la rendición del resto'."

Dos Hermanas Norte

Mientras arreciaba el combate en Longdon, se empezaron a escuchar disparos hacia la retaguardia del sector Harriet-Hermana Sur. Las dos secciones de primera línea de la Compañía B del RI 6 habían

[34] Ejército Argentino, *Informe oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas,* tomo I, Buenos Aires, 1983, p. 108.

quedado en medio de ambos combates, solo restaba esperar el ataque a dichas posiciones en las cuales todos ocuparon sus puestos y se prepararon para una acción proveniente desde el valle.

> "El fuego insistente sobre las cresta del cerro Dos Hermanas indicaba que se acercaba el momento decisivo. Los hombres se prepararon para el combate en medio de los bramidos ensordecedores de las explosiones. Prepararon sus armas y se acomodaron en sus posiciones para tener buen campo de tiro. Los apuntadores de las ametralladoras revisaron las marcas hechas en sus afustes y leyeron por vez número mil la carta de distancias, mientras los apuntadores de lanzacohetes colocaban en sus cañones los proyectiles que habían cuidado como bebés desde su llegada. Cada uno revisaba sus elementos y su misión. Era el momento esperado y –aunque con miedo– nadie se dejaría vencer; el jefe de sección había dicho que la diferencia entre un héroe y un cobarde es que uno se deja vencer por el miedo y el otro no.
>
> Comenzó el movimiento británico por la izquierda pero sorpresivamente cambió de dirección... ¡Nadie venía por el frente!
>
> La compañía Zulú del Comando 45 de *Royal Marines* atacó por su flanco izquierdo la parte más alta del RI 4, mientras la compañía Yankee atacaba su sector.
>
> No obstante, solo ráfagas esporádicas golpeaban contra la turba acompañadas por las incesantes explosiones del fuego de apoyo. En una de esas acciones, el cabo Rodríguez de la sección Corbella escuchó el silbido de la aproximación de un proyectil y se zambulló en un pozo, la explosión lo sacudió y de inmediato se escuchó un 'Ay, ay me hirieron'... era el jefe de la sección que había servido de 'amortiguador' para su subordinado y creía haber sido víctima de la explosión... todos rieron, conservando el humor pese a lo que se venía.
>
> El tiempo transcurría y el combate se hacía más cercano pero... ¡a retaguardia! Se oían las voces y los gritos de furia de los soldados del Regimiento 4 mezclados con el 'Zulú, Zulú' de la compañía británica que asaltaba la posición, sus ametralladoras de 12,7 mm ya no disparaban y se recibía fuego desde la cresta del cerro, quedando así en posición de absoluta desventaja. El jefe de la fracción vecina, el subteniente Corbella, que se encontraba próximo al enemigo, envió al valeroso sargento primero Sergio Ruiz, quien atravesó la zona batida en medio de la metralla, para alertarnos de la situación".
>
> Cnl VGM Esteban Vilgré de La Madrid

Una hora después la preocupación se había trasladado a la sucesión de acontecimientos en Longdon, Harriet y Dos Hermanas. La artillería propia batía intensamente el sector. Los observadores de la sección Franco y el jefe de la sección Apoyo, el subteniente Robledo, daban las correcciones al mayor Jaimet para que la artillería lograra una mayor eficacia con sus fuegos sobre el sector oeste del Longdon, ya en poder británico.

Cerca de las dos de la madrugada, la presión contra las posiciones del RI 4 era más intensa, se escuchaban los ruidos y gritos propios del combate cercano. Las ametralladoras de 12,7 milímetros del regimiento disparaban fuego tendido sobre las armas de apoyo británicas que intentaban silenciarlas con sus armas antitanque. En ese momento crítico, el único contacto con el puesto de comando de la Agrupación pudo realizarse a través del mayor Jaimet, que con la radio operada por el soldado Rossi no solo informaba la situación sino que además efectuaba los requerimientos y el reglaje de todo el apoyo de fuego en el sector.

El combate en el sector del cerro Harriet también se volvió intenso pero estacionario, los británicos no lograban hacer pié en el cerro y los defensores no aflojaban. Ante esto, el mayor Jaimet solicitó fuego de artillería en el sector desde donde apreciaba que provenía el fuego de apoyo británico para obligarlos a cambiar de posición y frenar un poco el avance enemigo. El fuego de contrabatería transformó más caótica aún la situación.

Cuando las posiciones del RI 4 comenzaron a ceder, la superioridad británica se tornó aplastante y pese al valor y coraje puestos de manifiesto, el ataque del enemigo progresaba. El fuego de artillería iluminó el campo de combate para poder observar mejor la sucesión de acontecimientos; desde la altura norte y desde Tumbledown se podía distinguir que algunas fracciones se replegaban combatiendo, era alrededor de las tres de la madrugada.

> "Como ejemplo de esta acción, es deber destacar cuan tendenciosas pueden ser las afirmaciones vertidas luego de la guerra acerca de jefes abandonando a su tropa. En este combate murió valientemente el teniente Martella y fueron heridos la mayoría de los jefes de sección y algunos jefes de grupo: los subtenientes Nazer, Mosquera, Pérez Grandi y Jiménez Corbalán. Llambías Pravaz y Silva, luego de replegada la masa de su personal, concurrieron a reforzar la posición del BIM 5. Solo por mencionar algunos."
>
> Cnl VGM Esteban Vilgré de La Madrid

A las cuatro de la madrugada, la situación se había volcado claramente para el lado británico y la situación de la B/RI 6 exigía una rápida resolución, habida cuenta que se encontraban en el lugar más bajo de las posiciones, si se los considera respecto de Harriet, Longdon y la cumbre de Hermana Sur. En el este de Longdon, entretanto, se combatía cuerpo a cuerpo y con el enemigo penetrando el dispositivo pozo por pozo. En Dos Hermana Norte, claramente se percibía que deberían combatir en desenfilada y hacia arriba, la peor situación para un defensor. Restaba realizar un contraataque sin probabilidad de éxito o intentar algún otro movimiento que detuviera el ataque, aunque sea hasta las primeras luces.

Ante esta crítica situación el comandante de la Agrupación ordenó al mayor Jaimet obtener más información acerca de la situación del RI 4, ya que se había perdido el contacto con su jefe. Este avanzó hacia el sector y envió al subteniente Franco a obtener más datos de la situación. Casi una hora después, cerca de las cinco horas Jaimet se puso nuevamente en contacto con el Comando de la Agrupación. Su informe no podía haber sido más desalentador, el RI 4 había comenzado el repliegue por el valle y una subunidad lo hacía por el sector noreste del cerro, justamente hacia el sector donde se encontraban la sección reserva y la apoyo. Esto obligó a un replanteo y pese a que la primera orden fue resistir y bloquear el ataque británico con la intención de preparar un contraataque que restableciera la línea de defensa en la altura; esto no pudo llevarse a cabo pues el ataque enemigo progresaba rápido.

En ese instante, la vecina Compañía C del RI 4, que hasta entonces ocupaba el sector sudoeste del cerro, trataba de desaferrarse y replegarse combatiendo en dirección a Moody Brooke. Esta situación había dejado prácticamente aisladas a las dos secciones de la Compañía B del RI 6 que combatían en primera línea. El alargue de los fuegos de artillería y morteros británicos, sumado al de las armas portátiles, provocó las primeras bajas en proximidades del puesto de comando del mayor Jaimet.

A las cinco de la mañana, el mayor Jaimet volvió a comunicarse informando que las alturas ya estaban en manos británicas y era poco probable reunir personal en condiciones de ser enviado nuevamente para intentar un bloqueo. Se solicitó apoyo de fuego al GA 3 pero esta vez para que castigara las estribaciones al este del cerro.

Las secciones de los subtenientes Corbella y Vilgré de La Madrid, ignorando la real situación, invirtieron su frente hacia la altura donde los británicos estaban haciendo pie. En ese momento, el soldado estafeta Britos corrió arriesgando su vida para avisar que se replegasen a la posición N° 1. Disciplinadamente y en medio de los disparos, las

secciones, cruzándose con sus camaradas infantes del RI 4 en repliegue, abandonaron las posiciones y marcharon al lugar de reunión. Al llegar, fueron informados que el cerro había prácticamente caído en manos de los marines. Eran aproximadamente las 3 de la mañana del 12 de junio.

La confusión del combate cercano, que mezclaba los disparos propios y ajenos, no impidió que se intentara lo planificado de reforzar las posiciones de la Infantería de Marina. Era claro que, dominadas las alturas de los cerros circundantes se tendría controlado casi todo el frente. Así, con pesar, se recogió munición de las reservas, pero, para el cruce del valle bajo presión, se dejaron las magníficas raciones tipo C/F en una cueva para aligerar la carga.

El plan inicial contemplaba dejar retaguardias de combate a órdenes del jefe de la segunda sección, el subteniente Franco, que había asumido esa función con verdadera entrega y desapego por su vida. Las otras dos secciones le dejaron, de acuerdo con lo ordenado, algunos de sus mejores hombres para ello. Así lo expresó el jefe de la tercera sección: "Es difícil combatir como retaguardia y hay que tener realmente mucho espíritu de sacrificio y camaradería para hacerlo; se requiere de un gran coraje para ver a la propia tropa replegarse y aún así quedarse..., sacrificando la vida por ellos si fuese necesario".

En el riesgoso momento de la entrega de responsabilidades, el enemigo comenzó a desplazarse desde la cumbre disparando con sus armas automáticas; morteros y cohetes golpeaban con precisión milimétrica la resistencia sorpresiva en su avance. La subunidad abrió el fuego mientras iniciaba el movimiento y desde la altura donde se encontrara pocos minutos antes el puesto comando del jefe de sector, la ametralladora de los soldados Poltronieri[35], Ramírez y Biderbost disparaba empeñosamente su arma contra los ingleses que se vieron forzados a detener el avance.

Nuevamente el espectáculo del Longdon se repetía, las armas arrojaban fuego ruidosamente. Los jefes de grupo trataban de sacar a sus últimos soldados, cubiertos por el fuego de las retaguardias y encolumnarlos para el cruce del valle. La artillería propia, creyendo la posición caída, acortó sus fuegos, pero comenzó a batirlos lo cual incrementó el efecto de la artillería británica. El mayor Jaimet, lanzando improperios, gritó en la radio al jefe del GA 3: "Martín, alargue los fuegos quinientos metros que nos están batiendo a nosotros".

[35] Recibió la medalla "Heroico Valor al Combate".

Cuando le tocaba encolumnarse a la tercera sección, mientras se despedían de aquellos que quedarían con las retaguardias, una enorme explosión tuvo lugar en medio de los últimos que esperaban para hacerlo. El subteniente La Madrid y el soldado Di Sciulo fueron levantados por la explosión que les arrancó el casco y los dejó atontados en el suelo, pero los gritos del bravo y leal soldado Minutti los sacó del trance, al informarles que los soldados Todde y Guanes habían caído.

El soldado Todde, valientemente, pidió que asistan a su compañero primero, pero sus camaradas que se replegaban regresaron y lo cargaron en sus espaldas, desapareciendo en la oscuridad de la noche y bajo el fuego enemigo, hacia las posiciones suplementarias. Esa actitud fue un claro ejemplo de camaradería y valor, el cruce sin cubiertas, bajo el fuego enemigo y a riesgo de la propia vida para cargar a un camarada... solo el convencimiento en la causa que se sirve puede vencer el instinto de supervivencia humano y superar el temor de morir.

El soldado Guanes, que debía quedar con las retaguardias de combate, ayudado por el soldado paramédico de la compañía, Walter Goñi, y rodeado por algunos camaradas, se desvaneció rezando a la virgen de Caacupé, de la cual era devoto. Así este valiente hijo de padres paraguayos murió serenamente. Su misión de permanecer con las retaguardias para salvar las vidas de sus camaradas, evitando que fuesen blanco de los británicos que se aproximaban, se cumplió. Gracias a su decisión, se evitó que muchos otros quedasen en el camino. Es de destacar la actitud del soldado Goñi que, ajeno a las explosiones y disparos que no diferenciaban al personal sanitario del que combatía, cumplió su misión de atender a ambos camaradas heridos. Los restantes hombres de la compañía continuaron su repliegue. Dos Hermanas había caído, pero dejando a uno de sus integrantes como centinela esperando el regreso. Eran aproximadamente las cinco de la mañana del día 12 de junio.

La pausa del día 12 de junio

Durante el día 12 y 13 de junio, las unidades de primera línea se recuperaron y en algunos casos reestructuraron dispositivos como las compañías B del RI 6 y la A del RI 3, que se ubicaron al norte del BIM 5, para prevenir desbordes o envolvimientos en Tumbledown. El duelo de artillería se mantuvo constante.

El RI 7 fue reforzado con una sección de diez ametralladoras y con efectivos del Esc Expl C Bl 10.

El RI 25, el RI 3 y el RI 6 recibieron órdenes para segregar fracciones en refuerzo del frente y la ejecución de contraataques.

La ofensiva nocturna enemiga se detuvo antes del alba. A primera hora del día 12 se evaluaba el resultado de los combates sostenidos en las alturas de Longdon, Dos Hermanas y Harriet, que constituían la primera línea del campo principal de combate y que habían sido atacadas en cada caso por un batallón enemigo. El enemigo había contado con el apoyo de artillería y de fuegos navales, que había puesto a los defensores en situación de recibir fuegos desde su frente y su retaguardia. El empleo de misiles antitanque Milán había devastado los emplazamientos de las ametralladoras. También el fuego de los cañones de 30 milímetros de los tanques livianos había prestado un apoyo de fuego adicional al enemigo.

El durísimo repliegue de la Compañía B del RI 6 desde Dos Hermanas a través del valle en dirección a Tumbledown fue realizado con la presión del fuego enemigo que fue neutralizado por momentos por la retaguardia de combate que cumplía la sección del subteniente Franco. Esa fracción permaneció todo lo que pudo en la posición apoyada por sus ametralladoras entre la que se destacó la de los soldados Poltronieri, Biderbost y Ramírez.

> "Esta costosa y difícil circunstancia se superó merced al espíritu de sacrificio, abnegación y valor de todos los integrantes de la subunidad. Merece destacarse, entre otros, la actitud del soldado Oscar Ismael Poltronieri, quien permaneció aferrado a su arma automática, protegiendo el repliegue de los restantes efectivos".
>
> Tte 1ro Raúl Abella, jefe de la Compañía B del RI Mec 6

El difícil trayecto nocturno fue hábilmente guiado por un hombre del BIM 5 de acuerdo con las coordinaciones establecidas en los días previos. Durante este, se proporcionó ayuda al repliegue de hombres del RI 4, algunos de ellos heridos, como el subteniente Jiménez Corvalán, que atontado y a ciegas, debido a los efectos de una mina antipersonal, clamaba que lo llevaran con sus hombres.

Al amanecer, la Compañía B del RI 6 se encontraba en la ladera este del cerro Tumbledown ocupando nuevas posiciones con la tarea de negar el acceso del enemigo por el valle de Moody. Asimismo, la apreciación sobre la dirección con que continuaría el ataque británico motivó el emplazamiento de la Compañía O del BIM 5 delante del cerro

William para cerrar el paso Pony´s Pass. Este movimiento, realizado en secreto, sorprendió posteriormente a los escoceses.

La munición escaseaba y el personal había perdido mucho equipo durante el repliegue, por lo cual el RI 6 envió algunas mantas para abrigo pertenecientes al personal de otras subunidades. El tiempo disponible de esa mañana fría y ventosa, se dedicó a la fortificación del terreno aprovechando los huecos entre las rocas y se dispusieron lugares de refugio para el descanso. Mientras tanto se observaban hacia lo lejos helicópteros con cargas colgantes y columnas de tropa desplazándose entre Fitz Roy, Goat Ridge, Challenger y Longdon. Los jefes de sección recibieron las órdenes particulares y efectuaron las coordinaciones sobre el terreno en el que pocas horas después debieron combatir.

En el sector Plata, la caída de Longdon proporcionó un inmejorable lugar de observación al enemigo sobre todo el dispositivo de defensa y, en particular, sobre las posiciones de la Compañía A y la C del RI 7. Hacia la media mañana se reintegraron al dispositivo las tropas conducidas por el teniente Raúl Castañeda, que habían efectuado el último contraataque en cerro Longdon.

La situación se mantuvo estable con un continuo duelo de armas pesadas. A las once horas las avanzadas de combate de la Compañía C observaron el desplazamiento de importantes efectivos y vehículos enemigos por una hondonada al noroeste del cerro Longdon. Teniendo en cuenta lo expuesta que se encontraba el sector de esa subunidad, se le ordenó ocupar una posición con frente oeste apoyada sobre un extremo de la Compañía A. La compañía se desplazó al caer la noche en forma sigilosa, llevando el armamento portátil, munición, un mortero, dos ametralladoras y la bolsa de dormir terciada.

> "El movimiento que realizamos fue perfecto a tal punto que con las primeras luces del 13 de junio, la posición de defensa que habíamos dejado, fue batida por fuegos de morteros desde Longdon, y también por la artillería, de una magnitud impresionante, por lo que quedamos asombrados y agradecidos de no estar allí."
>
> Tte 1ro Alfredo García, jefe de la Compañía C del RI 7

Durante la mañana se recibió en la localidad algunos efectivos del RI 4 que se replegaron dispersos luego de los combates. En muchos casos se trataba de secciones y grupos de tiradores y aun hombres que lograron desprenderse y retirarse. Muchas de esas fracciones se fueron agregando a distintos elementos, y otras, que evidenciaban mayor des-

gaste, se dirigieron a un lugar previsto para reorganizarse, equiparse con lo que fuera posible y alimentarse con comida caliente. Todos aquellos que se desprendieron del enemigo durante los combates nocturnos lo hicieron con su armamento y equipo portátil. Cuando llegó la noche se habían reunido 155 hombres[36], otros 97, con mayor capacidad de combate, permanecieron con la Compañía B del RI 6 y con el BIM 5.

Todas las unidades se reorganizaban y preparaban para el combate nocturno adoptándose medidas para prevenir infiltraciones y golpes de mano en la retaguardia de cada sector. Con esa idea se ordenaron medidas de seguridad en el interior de la posición debido a la proximidad del enemigo en la línea de contacto establecida. El continuo fuego de la artillería, en combinación con la limitada densidad de tropas del perímetro defensivo, creaban una situación propicia para la ejecución de infiltraciones y golpes de mano, ya que el enemigo contaba con dicha capacidad. Una acción sorpresiva sobre posiciones de artillería, depósitos logísticos o puestos de comando hubiera producido efectos importantes para la continuación del combate. Un golpe de mano sobre un punto sensible en el interior de la posición, a la luz del conocimiento posterior de los hechos, habría sido un ingrato acontecimiento.

El Comando de la Agrupación apreció que el próximo ataque se realizaría desde el Longdon sobre Wireless Ridge y que sobre el sector Tumbledown-Williams, podría esperarse una acción frontal o alguna acción por el flanco, particularmente sobre el Tumbledown, que fue reforzado en su ladera noreste. Los hechos posteriores confirmaron estas presunciones.

Antes de anochecer se ordenó al Esc Expl C Bl 10 iniciar su alistamiento, y también al RI 25 alistar sus tropas, que estaban estacionadas más al oeste, para ser trasladadas y empleadas a orden.

La quietud y la oscuridad de la noche, que se inició antes de las 17 horas, sólo eran interrumpidas por los intensos fuegos de artillería llevados a cabo por ambas partes hasta las primeras luces del día siguiente. Resultaba probable que el enemigo continuase su ataque esa noche, por similitud a lo ocurrido anteriormente. Pues, había tenido tiempo de reorganizarse, y los movimientos efectuados, fundamentalmente con helicópteros, a los que no era posible oponerse, indicaban que se estaban reubicando para iniciar otra fase de su ataque

El lapso que transcurrió hasta que comenzó la segunda fase del ataque enemigo fue de treinta y seis horas. Sin elementos de juicio, y ante la lógica ignorancia de lo que hacían los británicos, se esperó que el ataque se reanudase durante las horas de luz del 12 de junio o, a más

---

[36] Siete oficiales, cincuenta suboficiales y noventa y ocho soldados.

tardar, esa misma noche. Por lo que, una vez más, los preparativos debieron realizarse con tal apresuramiento que no se permitió tomar medidas que tal vez pudieron ser reorganizaciones más profundas, como, por ejemplo, el desplazamiento de efectivos desde el este para reforzar o constituirse como nuevas reservas.

Pero además, lamentablemente, se habían dado las condiciones y condicionamientos que se habían manifestado en oportunidad de la elaboración del plan Buzón, fundamentalmente en lo referido a los tiempos. Por otra parte, a esa altura de los acontecimientos ya no era dable esperar nada desde el continente. Era evidente para todos que las propias fuerzas estaban solas y debían arreglárselas como pudieran. Sin embargo, nunca nadie hizo alusión al respecto, y pese a la difícil situación que se vivía no se percibía una sensación de derrota.

Mientras las radios comerciales transmitían el partido inaugural del mundial de fútbol, en el cementerio se enterraba a un soldado muerto por una esquirla de un proyectil disparado por uno de los buques enemigos. Las posiciones seguían siendo sometidas por el potente fuego de la artillería, lo cual indicaba la inminencia del ataque que finalmente se desató quince minutos antes de las diez de esa noche.

La posición del RI 7 fue reforzada con diez ametralladoras provenientes del continente que fueron agregadas a la sección exploración de esa unidad. Al comenzar la tarde, el mayor Carrizo Salvadores había completado la reorganización de los efectivos de la Compañía B del RI 7 que habían combatido en Longdon. El jefe de la sección Morteros Pesados hizo saber que se había consumido el total de los proyectiles de dotación, y no podía usar los cañones sin retroceso por fallas técnicas. En consecuencia, el sector carecería de apoyo de fuego propio durante los próximos combates.

Enfrentamientos finales (13 al 14 de junio de 1982)

Durante el día 13, al no concretarse la continuación diurna del ataque, el enemigo descansó y se preparó para la siguiente noche. Emplearía al Batallón de Paracaidistas 2 para atacar con fuerte fuego de preparación las alturas de Wireless Ridge. Con el batallón de Guardias Escoceses atacaría el Tumbledown en una primera instancia y seguidamente, con el batallón Gurkha, el Williams, mientras una parte menor de esta unidad, simularía un avance por el Sur hacia el Sapper, con destino final Puerto Argentino.

En la noche del 13 al 14 de junio, las posiciones del RI 7 fueron atacadas por el Para 2. El enemigo atacó Wireless Ridge desde el cerro

Longdon y logró decidir la acción durante la madrugada, a pesar de la encarnizada resistencia. Durante el combate, el general Jofre ordenó a la Compañía A del RI 3 ejecutar en muy difíciles condiciones un contraataque al flanco norte de la penetración, que pese a alcanzar la cresta del cerro con una sección, no pudo mantenerla y debió replegarse en sangriento combate.

Wireless Ridge

A partir de las diecinueve horas, se intensificaron los fuegos de artillería, morteros y naval sobre las posiciones que ocupaban las tropas del RI 7. Una hora después, el fuego se concentró con violencia e intensidad. El procedimiento que empleaba el enemigo para ello consistía en iluminar los extremos de las posiciones de la defensa para luego concentrar el fuego con una gran precisión. Poco después, el jefe de la Compañía A del RI 7, teniente primero Jorge Calvo, informó que se encontraba en una situación difícil tratando de contener el ataque inglés, su subunidad presentaba varias bajas. Como consecuencia de estas acciones de combate, se interrumpieron las comunicaciones telefónicas y radioeléctricas entre la jefatura de regimiento y los jefes de compañía. Desde ese momento la conducción se caracterizó por la carencia de información y la incertidumbre derivada de no contar con ningún medio técnico de enlace con los elementos dependientes. El teniente Galíndez Matienzo[37] se presentó al puesto de comando informando que seis de las diez ametralladoras que disponían habían sido puestas fuera de combate. El citado oficial estaba herido y, a pesar de la insistencia para que concurriera al puesto de socorro para su atención, permaneció en su lugar de combate.

Sólo se podía observar las explosiones, los sonidos de las armas automáticas y la luminosidad que producían los proyectiles trazantes en la oscuridad de la noche que indicaban cómo aún se combatía en las posiciones de las Compañía A y C del RI 7. De acuerdo con lo previsto para el repliegue en el plan del subsector, ambas compañías debían hacerlo a orden para ocupar una posición de bloqueo en las alturas de Wireless Ridge.

Las condiciones meteorológicas comenzaron a desmejorar con temperaturas inferiores a cero grados y precipitaciones níveas. Aproximadamente a las 23, se apreciaba que los ingleses habían penetrado di-

---

[37] Jefe de la sección exploración del RI Mec 7.

versos sectores de la posición atacando desde distintas direcciones. Por momentos era muy grande la confusión y la incertidumbre hasta que con gran dificultad se logró reorganizar un dispositivo de defensa sobre las alturas de Wireless Ridge, para contener un ataque que se insinuaba desde el Norte y el Oeste. El mayor Pérez Cometo asignó al jefe de la Compañía C del RI 7 un lugar para ocupar con treinta soldados, algunos suboficiales, el teniente Castañeda y el subteniente Luque. De los efectivos de la Compañía A no se tenía información. Simultáneamente, se trasladó el puesto de comando del RI 7 a una posición alternativa para que estuviera mejor ubicado en relación al dispositivo adoptado. Previo al desalojo del lugar se arrojaron granadas de mano para la destrucción del material que no podía ser trasladado.

Sobre la situación táctica que se vivía en ese momento el teniente coronel Eugenio Dalton[38] ha expresado: "alrededor de las 2340 horas, el RI 7 había perdido la altura de curva cerrada 250 conquistada por efectivos enemigos del orden de 500 hombres, según la información transmitida por un suboficial. La tropa se había replegado hacia las posiciones del jefe de la unidad, en la altura que daba su nombre a Wireless Ridge. El comandante ordenó a los dos grupos de artillería que apoyasen ese combate, y a Giménez que tratara de mantenerse firme en el terreno. '¡No retroceda más, Omar!' Consciente de que este requerimiento era simplemente eso, un deseo que sólo las circunstancias del combate podrían decir si era posible. La situación difícil que vivía ese regimiento llevó a ordenar al segundo jefe del Escuadrón de Exploración 10 que conducía esa reserva que se preparase para reforzarla. Minutos después se le impartió la orden de agregarse a esa unidad".

> "Pasada la medianoche se observaba que pese al ataque aéreo y el fuego de la artillería, el avance británico en Wireless Ridge no se detenía. Sin embargo, a la distancia, se divisaban tropas propias que trepaban buscando el combate, luego se sabría que pertenecían al Escuadrón de Exploración de Caballería 10 con su segundo jefe a la cabeza, y reforzados con algunos infantes del RI 7, deseando retomar el combate por sus posiciones perdidas. El enfrentamiento en ambos cerros fue librado ferozmente, los hombres iban alternando su suerte, los argentinos no cedían y los británicos tampoco aflojaban en su intento."
>
> Cnl VGM Esteban Vilgré de La Madrid

[38] Autores varios, *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas,* Vol. 721, Buenos Aires, Círculo Militar, 1985.

Combate final frente al puesto de comando del RI 7

Testimonio del jefe del RI 7

En el puesto de comando nos encontrábamos el mayor Pérez Cometo, el mayor Emilio Nani, el teniente primero Galíndez Matienzo (herido), el soldado Cisneros y tres soldados más. Desde las 2300 horas toda mi posición en Wireless Ridge y el valle de Moody Brook soportó un violento e intenso cañoneo naval.

Cerca de las dos de la mañana se me presentó el capitán Soloaga para informar que por orden del Comando de la Agrupación se agregaba a mi sector de defensa. Lo impuse de la situación y le ordené hacer un bloqueo al oeste de la posición, donde se insinuaba una penetración enemiga. Poco después mantuve una comunicación radioeléctrica entrecortada con el citado oficial, quien me dijo que combatía por el fuego contra efectivos ingleses. Observé trayectorias de proyectiles y explosiones. Al mismo tiempo, el volumen de fuego se incrementó significativamente sobre nuestras posiciones.

Pasadas las tres, el puesto de comando fue iluminado permanentemente por bengalas de gran intensidad lumínica. Se sucedían las explosiones alrededor, los proyectiles trazantes marcaban sus trayectorias desde distintas direcciones y se destacaban en la noche las explosiones de los proyectiles regulados a tiempo, semejantes a destellos de fuegos de artificio. Mediante enlace radioeléctrico informaba al comandante de la Agrupación lo que estaba sucediendo. Traté de obtener información sobre las fracciones que combatían a mi flanco izquierdo y derecho, enviando dos soldados estafetas, sin resultados. Fuera del refugio trataba de observar y apreciar los movimientos que realizaba el enemigo. A las 0410 horas observé sobre la cresta de la altura a mi frente y a unos sesenta metros la presencia de ingleses avanzando. Alerté a todo el personal. El mayor Pérez Cometo con un grito estridente, insultando a los ingleses, abrió fuego automático con su fusil contra las siluetas; simultáneamente la ametralladora del soldado Cisneros hizo lo propio. Al mismo tiempo que desaparecieron de nuestra vista los efectivos ingleses recibimos una lluvia de proyectiles de armas automáticas desde distintas direcciones que impactaron sobre las rocas produciendo un sonido característico. Alguien me avisó que el mayor Nani estaba herido y era evacuado para su atención. Era impresionante el estruendo de las explosiones; traté a los gritos por radio de dirigir el fuego de la artillería, solicitando que se tirara sobre la curva cerrada de 200 y de 250. Me desplacé varias veces arrastrándome y gateando para no ser blanco de los tiradores ingleses que me tenían ubicado con sus armas aptas para el tiro nocturno. Abrí el fuego con mi fusil en varias direcciones, sin precisar el blanco dado la carencia de visor nocturno.

Una cantidad importante de explosiones se producían reiteradamente lo que hacía imposible precisar si eran de la propia artillería o del enemigo. Minutos después se escuchó por radio al capitán Soloaga solicitando autorización para replegarse al oeste de Wireless Ridge. A las 0430 horas pasé un parte al Comandante de Agrupación: "Estoy siendo atacado desde distintas direcciones con gran volumen de fuego y no tengo contacto ni comunicación con elementos del

Regimiento". Ni bien terminé de comunicarme por la radio, recibí una cortina de fuego que incluían a una variedad de armas, entre las que pude precisar algunos misiles Milán y proyectiles disparados por vehículos blindados. A las 0450 horas el comandante de Agrupación ordenó el repliegue hacia la zona de Moody Brook. De inmediato impartí la orden a todo el personal que se encontraba en el puesto de comando y cuando todos habían ejecutado la orden solicité que la artillería concentrara sus fuegos sobre la posición abandonada.

Tumbledown, William y Sapper Hill

Un ataque aéreo fue el preludio de la acción enemiga. La infantería atacante comenzó a desplegarse en los cerros circundantes, mientras los artilleros de ambos bandos disputaban palmo a palmo la supremacía. Las principales fuerzas británicas destinadas a conquistar Tumbledown, Sapper Hill y William eran el 2do Batallón de Guardias Escoceses y el 1er Batallón del 7mo Regimiento de Gurkas. Los Guardias Escoceses ocuparon una posición de partida[39] para el ataque en Goat Ridge, la noche estaba clara, sin viento y muy fría. Formados en columna de sección se aproximaron a la línea de partida en las faldas del cerro desde donde podían observar las marcas luminosas coloradas de las lámparas que jalonaban la dirección de ataque a seguir.

El avance comenzó sigilosamente en la dirección del William siguiendo el camino que unía Puerto Argentino con Fitz Roy. Inicialmente, logró llegar a las primeras estribaciones del cerro sin haber sido detectado pero pronto las tropas atacantes fueron sorprendidas por los infantes de marina de la Compañía O del BIM 5, que se habían adelantado durante el día

[39] Antes de romper la formación de columna dejaron sus cascos, se sentaron sobre ellos, fumaron un último cigarrillo y se pusieron sus clásicas boinas escocesas. Entonces armaron las bayonetas y avanzaron para tomar contacto con los defensores, era hora de medir fuerzas y los informes de inteligencia decían que los argentinos poco menos se rendirían al verlos llegar... cuan lejos de la realidad... Ignorando lo que les esperaba y sin saber que para algunos sería su último momento de tranquilidad, desdoblaron en línea de sección y desplegaron en grupos para avanzar en dirección al cerro Tumbledown. La primera fase consistía en un ataque de distracción con la sección exploración reforzada que estaba al mando del mayor Bethel, que pertenecía a las fuerzas especiales y en su juventud había servido en el SAS. La sección estaba compuesta por treinta guardias, un grupo de ingenieros para limpieza de minas, cuatro tanques livianos de exploración de los Royal Marines y contaba con el apoyo de morteros y cañones pertenecientes a varias de las unidades atacantes.

previendo esa maniobra. El tremendo volumen de fuego intercambiado provocó dos muertos y siete heridos en la propia tropa que inició el repliegue previsto en el plan de defensa hacia Sapper Hill. La artillería intentó bloquear y detener el avance, a su vez proyectiles iluminantes de ambos bandos transformaban la escena en un cuadro surrealista, pero las voces y gritos lejanos demostraban con claridad que no era una película bélica ni una obra de arte sino la pura realidad.

En Tumbledown, cerca de las veintiuna horas se inició la segunda fase de la operación enemiga cuando una compañía dejó atrás la línea de partida ubicada a dos millas de su objetivo. A las 2230 sus armas de apoyo estaban emplazadas para asegurar el límite del sector y apoyar el resto de la operación.

> "Fue la temible combinación de frío, inseguridad y la idea de que yacíamos aferrados, lo que hundía nuestra confianza en nosotros mismos cada vez más profundo. Estoy seguro que la mitad de nuestros hombres eran de opinión de que no habría ningún combate y que los argentinos sencillamente arrojarían las armas en cuanto hubiésemos desembarcado. Habíamos llegado a la conclusión de que éramos nosotros los que ahora podíamos estar deteniendo el ataque de la brigada completa".[40]

Se acercaba la medianoche y muchos de los infantes de la Compañía B del RI 6 trataban de descansar durante una pausa en el combate, el soldado Famá pasó por las posiciones de los jefes de sección transmitiendo el parte sobre una inminente incursión aérea propia contra las avanzadas británicas. Minutos más tarde, el aullido de las turbinas y el estruendo de las explosiones en el Longdon, levantaron el espíritu y dieron una sensación positiva de que se podía prevalecer en el campo de combate.

En cambio sobre el extremo oeste de Tumbledown[41] los disparos de trazantes y las explosiones de los cohetes indicaban que se combatía con fiereza. La iluminación del campo de combate no se hizo esperar y en unos minutos el GA 3 iluminó el campo de combate como si fuese un estadio; la continua presión de los atacantes comenzó a cobrar vidas de los bravos que sostenían esa altura.

---

[40] Teniente Fraser, jefe de la 14ta sección de la compañía flanco izquierdo del 2do Batallón de Guardias Escoceses.

[41] Este sector estaba defendido por la 4ta sección de la Compañía N del BIM 5 a cargo del teniente de Corbeta Carlos Vázquez y había recibido los remanentes de la 2da sección de la Compañía A del RI 4 del subteniente Oscar Silva, luego de su repliegue desde Goat Ridge el día anterior.

> "El subteniente Silva y cinco soldados ocupábamos unas posiciones más adelantadas. Éramos los soldados Alfredo Gregorio, Ramón Aguirre, Rubén Rivarola, Alejandro Vallejos y yo.
>
> (...) De pronto Gregorio que estaba cerca de Silva recibió un impacto, creo que en el pecho o debajo del cuello. El subteniente Silva se dio cuenta, salió y se dirigió hacia atrás donde estaba la posición de él para ayudarlo, unos metros antes de entrar a ella, recibió un disparo en su espalda que lo tiró hacia delante. Cuando vi eso, salí y fui hacia donde ellos se encontraban, Gregorio ya estaba muerto, pero el subteniente no. Ahí fue cuando me dijo: 'Dos Santos, estos tipos me dieron, ¡vos cubrite!' Intentó decirme algo más pero no pudo...
>
> (...) Vallejos que se encontraba en otra posición, seguía disparando continuamente su FAP. De pronto no disparó mas, había sido alcanzado por un certero disparo en al cabeza." [42]

A la medianoche, la Compañía O del BIM 5 se replegó hacia el cerro Sapper Hill. El comandante del BIM 5 había previsto que si la situación empeoraba, esta acción le permitiría contar con una reserva potente para ejecutar un contraataque. La situación estaba controlada frente al BIM 5, que para afrontar el próximo embate recibió autorización para reforzar sus posiciones con la Compañía B del RI 6 emplazada dentro de su sector. Toda la extensión del frente, en el cerro Tumbledown, quedó defendida por la compañía Nácar, llamada a escribir la página más gloriosa de los bravos infantes de marina en ese sector.

> "A las 0240 horas, el BIM 5 apreció tener controlada la situación advirtiendo que, sin embargo, armas automáticas enemigas habían hecho pie en el extremo oeste de Tumbledown. La Compañía N, que defendía esa altura, había sido reforzada una hora antes por una sección de la Compañía B del RI 6 a órdenes del subteniente La Madrid, a requerimiento del BIM 5, hecho efectivo por un oficial de esa unidad, que actuó como guía del jefe de la sección mencionada. Estableciendo así contacto con el jefe de la compañía N, fue empleada para facilitar el desprendimiento de una de las fracciones de esa subunidad".
>
> Teniente coronel Eugenio Dalton,
> jefe de operaciones de la Agrupación Puerto Argentino

---

[42] Fragmentos del testimonio del soldado clase 1962 VGM Carlos Benjamín Do Santos, en Jiménez Corbalán, Lautaro J., ob. cit. *supra*, nota 5, pp. 448 a 449.

"Aproximadamente a las dos de la madrugada, una nueva ofensiva comenzó en el sector de la cuarta sección. La situación se volvió muy complicada para ellos pues las fuerzas británicas ocuparon las posiciones a su retaguardia. Disparos de morteros y artillería fueron ordenados sobre sus posiciones para quebrar el contacto. Refuerzos de la Compañía M fueron solicitados nuevamente, y la sección ingenieros del teniente Miño fue enviada por segunda vez para apoyarlos. En ese momento, una fracción argentina de aproximadamente veinte hombres llegó a mi posición comandada por el subteniente La Madrid. Ninguna de estas fracciones pudo llegar a las posiciones ocupadas por la cuarta sección pues a mitad de camino se encontraron con las tropas británicas, que los detuvieron. Por lo tanto, entre las 0200 y 0300 horas en Tumbledown no se podía romper el contacto. La sección ingenieros seguía en el cerro y en contacto con los británicos pero sin poder avanzar. La primera sección y la segunda se encontraban en cerro William sin posibilidad de ser utilizadas debido al peligro de la amenaza concreta desde Pony Pass y cerro Harriet, después de haber combatido en esa área anteriormente. En el flanco norte no había más tropas argentinas, ya que habíamos escuchado por la radio que el RI 7 había comenzado a replegarse hacia Puerto Argentino. Finalmente, la Compañía M permanecía en sus posiciones y no había iniciado ningún movimiento. La conclusión fue que la última línea de defensa hacia el límite oeste comprendía a la Compañía N y esa defensa estaba siendo rota. Tomé entonces la resolución de sostener la posición el mayor tiempo posible."

Teniente de navío Eduardo Villarraza,
jefe de la Compañía Nácar del BIM 5

Entretanto, las posiciones de la Compañía B del RI 6 seguían siendo sometidas a un intenso fuego por parte de la artillería británica. El GA 4 comenzó a disparar munición iluminante sobre el valle, las alturas de Longdon y en la zona de Dos Hermanas. Para agregar más sonidos a este concierto infernal, el GA 3, los morteros del RI 3 y los morteros del RI 6 comenzaron a batir a los británicos en avance, disparando también los cañones de defensa aérea sobre las tropas enemigas.

Pasada la medianoche, el ruido y los gritos eran intensos. El soldado Britos, estafeta del jefe de la Compañía B del RI 6, avisó al jefe de la

3ra sección que se presentase en el puesto comando. A grandes zancadas, éste trepó hasta las posiciones donde se le ordenó que reuniera a su fracción y la preparase para atacar porque el BIM 5 estaba siendo sobrepasado y era necesario aliviar la presión.

Esa madrugada, la artillería propia batía intensamente todo el frente, especialmente en Wireless Ridge, que estaba claramente a punto de caer. Algunos de sus efectivos, agotados luego del intenso combate, se replegaban cerca de las posiciones en que el resto de la Compañía B del RI 6 esperaba su momento. Eran casi las cinco y mientras el mayor Jaimet estaba preocupado pues no tenía novedades radiales desde Wireless Ridge ni de la sección enviada, el jefe del BIM 5 se preocupaba seriamente, pues un nuevo frente amenazaba abrirse para su subunidad y la Compañía B disminuida no podría combatir en dos frentes

Este sector cayó pasadas las 0530 horas, por lo que requirió al mayor Jaimet "la ejecución de un ataque de compañía sobre el cerro para recuperar la altura que, en ese momento, solo era sostenida por algunas fracciones de la Compañía N y por la sección del subteniente La Madrid, la que habiendo sido atacada se encontraba empeñada en combate en la altura del puesto observatorio del batallón", el Comando de la Agrupación aprobó el plan propuesto por el jefe del BIM 5 y asignó la misión de apoyar la operación al GA 3.

Los artilleros efectuaban puntería directa sobre las fracciones más adelantadas del enemigo. Esta acción salvó muchas vidas en la Compañía B del RI 6, la Compañía A del RI 3, en el RI 7 y el BIM 5. El fuego continuó bastante tiempo más de lo aconsejado, batiendo todo el frente, siendo corregido, en parte, desde su puesto de comando en Tumbledown, por el mayor Jaimet, quien efectuaba también pedidos de fuego sobre blancos de oportunidad a ambos grupos de artillería.

De un valiente del Ejército Argentino[43]

"No pertenecía a mi unidad, venía del frente. Su regimiento había combatido encarnizadamente para mantener los montes Harriet y Dos Hermanas; finalmente debió replegarse ante el avasallante superioridad de la brigada de *Royal Marines*. Era un subteniente del Ejército que se incorporó con algunos de sus soldados. Pudo buscar refugio en Puerto Argentino, pero prefirió que-

[43] Robacio, Carlos y Jorge Hernández, *Desde el frente,* Buenos Aires, Solares, 1996, pp. 298 a 300.

darse. Y no lo hizo en cualquier parte, sino que requirió combatir en el lugar más duro. Por eso fue incluido entre los defensores de monte Tumbledown en su saliente oeste, justamente en el lugar en que incidirían dos regimientos (batallones) de la quinta brigada del ejército británico. La desproporción de fuerzas allí fue tremenda, pero el comportamiento de los defensores alcanzó lo épico.

Los atacantes se estrellaron una y otra vez tozudamente, desde la tarde del 13 hasta la madrugada del 14 de junio de 1982. Fueron vencidos, pero no quebrados anímicamente, simplemente habían agotado la munición y se les ordenó el repliegue a Sapper Hill.

Ese subteniente que desconoció el miedo, dio pruebas de excepcional entereza. No se amilanó en ningún momento; sus órdenes se sobrepusieron al tronar de la artillería y de las armas de defensores y atacantes. Ante su actitud heroica se estrellaron y debieron replegarse más de una vez nuestros enemigos. 'Vamos soldados de hierro... Viva la patria', bramó su garganta mil veces, mientras dirigía una y otra vez, mortal y certeramente, el fuego de sus armas...

La lucha fue terrible y el sol despuntaba en el horizonte cuando su fracción era sobrepasada por la masa de la fuerza atacante.

Pudo replegarse, como lo había hecho antes... pero su dignidad y la palabra empeñada de no ceder lo hicieron saltar fuera de su pozo de zorro, con su fusil armado a la bayoneta, ya sin munición, para el último combate cuerpo a cuerpo. Irónicamente, fue batido a tiros por la espalda. No pudo el enemigo matar a un león de frente y a la carga. Murió con el privilegio de los héroes, como siempre lo había soñado, defendiendo su tierra, sabiendo, con el último hálito de vida, que había cumplido con su deber de soldado.

Oscar Augusto Silva, subteniente del Ejército, cayó combatiendo junto con otros Infantes de Marina, como el mejor de nuestros héroes".

En Tumbledown, lo más duro del combate recayó sobre las posiciones de la 4ta sección de la Compañía N del BIM 5, del teniente Carlos Vázquez, quien solicitó nuevamente refuerzos, pero como estos no llegaban solicitó fuego sobre sus posiciones para aliviar la presión.

> "Alrededor de las siete de la mañana ya estaban ocupadas casi todas nuestras posiciones. Las que estaban a mi lado fueron eliminadas con granadas incendiarias y yo fui tomado prisionero mientras modulaba por radio."
>
> Teniente de Corbeta Carlos Vázquez,
> jefe de la 4ta sección de la Compañía N del BIM5

Llegaba ahora sí el momento de la compañía Flanco Derecho del 2do Batallón de Guardias Escoceses. Su jefe, el mayor Price, trató primero de desplegar sus ametralladoras y armas antitanque e instaló una de

sus secciones como base de fuego. Cuenta el diario de guerra[44] confeccionado por esa unidad británica:

> "En momentos en que el mayor Kiszely, jefe de la compañía Flanco Izquierdo, le transfería la responsabilidad al mayor Price, le mostró en el terreno una inesperada resistencia de una ametralladora y algunos tiradores,[45] que se encontraban aproximadamente a 200 metros y había herido a cuatro hombres, incluido el teniente Mitchell, jefe de una de las secciones. Se había intentado desalojarlos con cohetes Carl Gustav, pero el intento había fracasado. Entonces, avanzaron las secciones del subteniente Mathewson y del teniente Lawrence cuidadosamente".

En ese diario histórico, también se refiere otro momento del combate:

> "A las 0600 horas, la compañía Flanco Derecho pasó a través de la Flanco Izquierdo en dirección a su objetivo, que era el límite este de Tumbledown. El mayor Kiszely refirió al mayor Price que un pelotón argentino, que incluía una ametralladora, se encontraba a alrededor de 200 metros hacia el Este y que todos los esfuerzos realizados para quebrarlo con los antitanques habían fracasado. El subteniente Mathewson y el teniente Lawrence avanzaron cuidadosamente. En la ladera entre las alturas central y este, chocaron contra la sección del subteniente Augusto La Madrid, de la Compañía B perteneciente al 6to Regimiento de Infantería, que ocupaba el objetivo y negaba el avance a la compañía flanco derecho."

Cuando esa compañía inició la tercera fase de su ataque, el combate estaba bien lejos de estar concluido. La tercera sección se desplegó para apoyar su avance y la del teniente Lawrence. Continuaron el asalto hacia el límite este del cerro, usando nuevamente las armas antitanque y moviéndose solo en grupos pequeños. Tomaron las posiciones, usando

---

44 Copia en poder del coronel Esteban Vilgré de La Madrid.

45 Se trataba de la ametralladora de los soldados Horisberger, Andreacola y González, con su jefe de grupo, el sargento Echeverría, que junto al subteniente La Madrid, el soldado Di Sciullo y el teniente de corbeta Aquino habían abierto el fuego hacia ese sector.

sus granadas y finalmente, sus bayonetas. Recién alrededor de las 0815 horas, Tumbledown quedó en manos de los Guardias Escoceses.

Enfrentando la muerte

Testimonio del jefe de la 3ra sección
de la Compañía B del RI 6

La tercera sección se hizo fuerte en el cerro y combatió con fiereza durante toda la noche. Cada ráfaga británica era respondida por otra igual. Con el transcurrir del tiempo, el enemigo comenzó a ganar la espalda y la situación se hizo complicada. No obstante, cada vez que creían haber silenciado las ametralladoras de Horisberger y Poltronieri, disparaban nuevamente con sus cañones al rojo.

Los británicos no conseguían tomar la cresta; las trazantes levantaban lluvias de piedras, las bengalas daban un toque lúgubre al campo principal de combate y las explosiones de los cohetes y misiles daban la sensación de que en el lugar la temperatura era más elevada aunque hiciese frío y nevase. Algunos hombres empezaron a caer heridos y otras armas a silenciarse. En su cubierta de rocas, eran alcanzados por el fuego Gómez y Ramos; cerca de ellos y más hacia el oeste, Duarte y hacia atrás Peralta. La posición donde estaba el soldado Delfino, con su jefe de grupo y otros más, cayó recién cuando estos estaban casi sin munición. Las tropas que asaltaban los tomaron prisioneros cuando ya estaba amaneciendo.

El soldado Montoya intentó arrebatar su arma a un británico, recibiendo un culatazo que lo arrojó al suelo. Los soldados Rodríguez, Balvidares y Bordón tomaron cargadores abandonados de las posiciones y eran de los pocos que aún tenían munición. No pensaban siquiera en rendirse y cayeron mortalmente disparando contra los ingleses que intentaban rodear la posición. Si no hubiese sido por estos heroicos valientes, toda la fracción hubiese caído bajo sus disparos. Inmediatamente fueron heridos en otro pozo Adorno y Pedeuboy, que intentaban detener una fracción británica. El soldado Delfino y otros más permanecieron en sus trincheras hasta que, sin munición, fueron capturados.

De repente, entablé un diálogo en inglés intentando confundir sin éxito a los británicos. La ametralladora de Horisberger se trabó dos veces y esperó una pausa de fuego para regular los gases, sin éxito. Una ráfaga en su pecho lo arrojó hacia atrás. Junto a los soldados Marcelo Di Sciulo, Sergio Minutti y Sergio González llegamos a su lado para verlo morir sin un quejido y con la ametralladora aún en sus brazos.

Del lado británico, refiriéndose a estas acciones han relatado: 'Con la sección de La Madrid seriamente aferrada, Jaimet designó a la sección del subteniente Franco para que cubriese el repliegue argentino desde el cerro Tumbledown. Franco ya había cubierto con éxito el repliegue argentino desde el cerro Dos Hermanas el 12 de junio contra la compañía Yankee del 45 de Comandos de

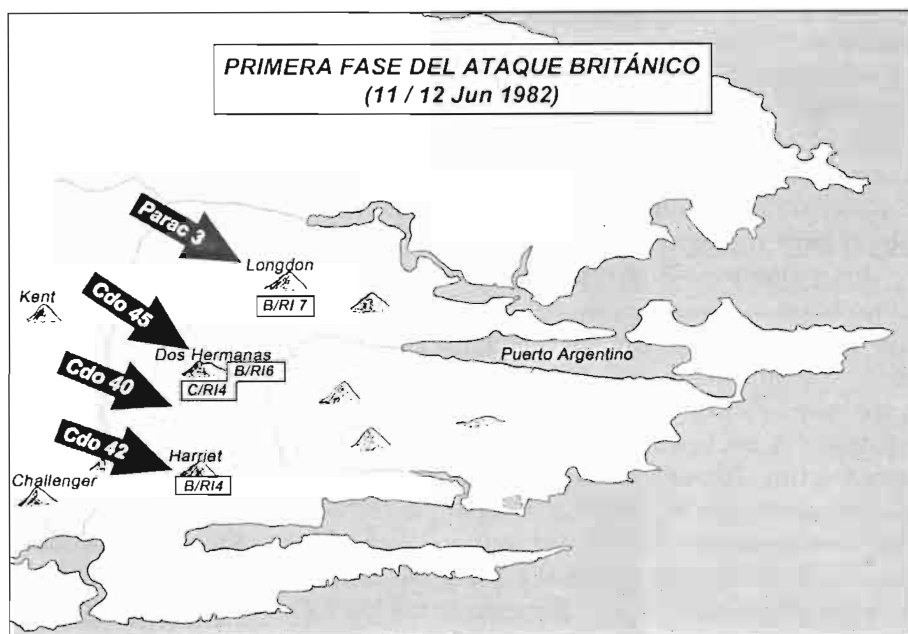
Infantería de Marina. En al menos tres ocasiones un conscripto de la sección de Franco abrió el fuego sobre un helicóptero británico que evacuaba heridos. Este tirador se encontraba en un sector difícil de ser localizado y permanentemente se desplazaba, por lo que los escoceses se veían imposibilitados de detectarlo para abrirle el fuego. El capitán Campbell-Lamerton, quien era comandante de la sección antitanque y hablaba en español, trató de persuadirlo para que se rindiese pero no lo logró. Finalmente, el cabo Gary Tyler, de la compañía Flanco Izquierdo, acertó su posición con su cohete de 66 milímetros y lo hirió mortalmente'.

Por otra parte el jefe de la Compañía B del RI 6, refiere así lo acontecido: 'La situación que vivía el BIM 5, en especial la compañía Nácar, demandó que el mayor Jaimet se adelantara con la sección de Franco disminuida y un grupo apoyo, integrado con las ametralladoras disponibles, y dispusiera su empeñamiento como refuerzo en el sector de la referida subunidad. La sección de La Madrid, también destacada con idéntica finalidad, durante su desplazamiento se trabó en combate con el enemigo que intentaba penetrar la posición del BIM 5 por el flanco norte, logrando bloquearlo. Con ello, permitió el repliegue de los efectivos comprometidos, pertenecientes a dicha unidad'."

Alrededor de las seis de la mañana, el jefe del BIM 5 informó que si la Compañía C del RI 3 y la Compañía B del RI 6 aguantaban, intentaría contraatacar con la Compañía M desde Sapper Hill, para recuperar la altura de Tumbledown. Entretanto, en el sector donde se encontraba La Madrid, el combate se volvía más violento y los Guardias Escoceses no podían desalojar este último bolsón de defensa. Relatan los escoceses que el cabo Morton, condecorado por su acción, acababa de entregar sus prisioneros cuando la compañía Flanco Derecho trataba de ganar el duelo y recuperar la iniciativa, por lo que retornó con la tercera sección del teniente Lawrence. En ese momento, el capitán Bryden, segundo jefe de la subunidad, se aproximó preocupado y requirió un voluntario que lo acompañara, pero nadie le respondió. Al preguntar nuevamente, Morton dio un paso al frente. Partió siguiendo al capitán que buscaba una falla en la fracción que les negaba el cerro y causaba serios problemas a la tercera sección británica en su avance. Era vital eliminarlos pues con eso posibilitarían a toda la fracción atravesar el sector y pelear finalmente contra el último enemigo conocido antes de llegar a la altura, y conquistar así Tumbledown.

Al respecto relata La Madrid que su sección se hizo fuerte en el cerro y combatió con fiereza durante toda la madrugada. Cada ráfaga británica fue respondida por otra igual. Con el transcurrir del tiempo, el enemigo comenzó a ganar la espalda y la situación se hizo compli-

Mapas Nº 9 y 10. Ataque británico





cada. Las ráfagas de la artillería inglesa se acercaban cada vez más a la posición del mortero de Azcárate. Al ir replegándose se ubicaron en posición nuevamente entre las rocas para disparar. Los pocos hombres reunidos decidieron nuevamente vender cara su vida y comenzaron el fuego. Allí cayeron heroicamente Walter Becerra, empuñando su fusil, aquel que siempre hablaba de su novia en las charlas sostenidas, y Luis Bordón, su silencioso y eficiente compañero, fanático del mate. Su acción deteniendo a los británicos posibilitó que el resto de su grupo pudiera replegarse.

Juan Domingo Rodríguez, que se encontraba junto a Torres, quien lo protegía con sus fuegos, se detuvo para recuperar algunas raciones que había olvidado. En ese momento recibió un disparo mortal que lo mató instantáneamente. El apodado Mingo, ese valiente lobense, que ante las alertas de infiltración se paraba en su trinchera y mostraba sus atributos a los británicos desafiándolos: "Vengan... acá tienen". Obregón, Olguín, Torres y Peralta, con la posición caída, comenzaron el repliegue a una mejor cubierta. El soldado Bordón entretanto continuaba disparando junto a su jefe de equipo, Polizzo; Becerra y el cabo primero Zapata. En otro sector cayó el soldado Mercedino Luna. El cabo Palomo en su repliegue ocupó una posición entre las rocas y apoyó al resto con su fuego.

Poco después, en el grupo del cabo Fernández, cayó herido Gómez. La sección, sobrepasada y aferrada, siguió intentando su repliegue. El soldado Echave, que por sus condiciones naturales ocupaba un cargo de suboficial como jefe de un equipo, alentó a sus compañeros disparando con furia y cuando se agotó su munición, le pidió a su jefe de sección la pistola para morir matando. Cayó poco después junto a su amigo Balvidares, el de Mercedes. Su jefe de sección y un soldado del pelotón comando de la sección rezaron una oración a su lado ignorando los disparos y explosiones.

Los morteros agotaron su munición e iniciaron el repliegue. El cabo Duarte marchaba adelante y detrás venían Vallejos, Fragatti, Di Paolo y Azcárate, entre otros. El sargento Ábrigo comenzó a destruir los morteros y en momentos en que Azcárate, aprovechando una pausa de combate, conversaba con su amigo Vallejo y le mostraba una ráfaga de munición trazante que les pasaba por arriba, una explosión de artillería cayó entre ellos. En medio del caos se acercaron a su camarada y amigo inconsciente, al llegar descubrieron que había muerto en el acto. No querían dejarlo. El cabo primero Figueroa lo cubrió con una manta y les dijo a Duarte, Di Paolo y Vallejos que ya nada se podía hacer. Como exige la camaradería, sinónimo de amigo para el guerrero,

un soldado nunca abandona a otro y así, rodeado de sus hermanos de la guerra, casi sin darse cuenta, murió Azcárate.

Entretanto, en el sector donde aún se combatía, esta sección comenzaba el final de su combate. El jefe de la sección reunió las bocas de fuego que quedaban, perdiendo contacto con los grupos de los cabos Palomo y Fernández y el del cabo primero Zapata. Sin radios ni munición, decidió que era hora de tratar de salvar a sus hombres e intentar un repliegue. Sin pánico, disparando y apoyándose mutuamente, descendieron del cerro y encontramos que el enemigo nos cortaba la retirada. Fue en ese instante que una voz milagrosa gritó: "Por acá". Era el subteniente Robredo y Venencia, jefe de la sección apoyo de la Compañía B del RI 6, quien junto con el sargento primero Corvalán y una ametralladora disparaban a los británicos. De esa manera, saltando entre las rocas, cayendo una y otra vez, la sección salió de la zona batida apoyada por esa arma. Esta heroica acción ejecutada en apoyo de los camaradas, aún a riesgo de su propia vida, merece destacarse como demostración del significado que la palabra camaradería tiene entre los infantes. A su derecha, la sección de Franco alcanzaba las alturas y pudo haber sido una masacre. ¡Su avance cayó a escasos 200 metros del regimiento de Gurkas que estaba en la posición de partida para asaltar cerro William!

Sergio Omar Azcarate, un héroe de la patria[46]

Sergio nació el 11 de agosto de 1962 en Lobos, provincia de Buenos Aires. Hizo el servicio militar en el Regimiento de Infantería Mecanizado 6 "General Viamonte". Como la gran mayoría de los soldados que ya estaba de baja, no dudó ante el llamado de la patria, y se presentó en el cuartel.

La incertidumbre sobre lo que podía pasar se terminaba cuando los soldados se encontraban con aquellos compañeros del servicio militar, todos pensábamos en Malvinas, la bandera, la patria. Había algo muy fuerte, los compañeros, los camaradas, "si vos vas, vamos todos", y así fue como la mayoría de los soldados, para sorpresa de muchos, se presentaron para cumplir con el juramento: defender la bandera. En el Regimiento 6 no faltó un soldado.

Sergio llegó a Malvinas el 13 de abril, y su destino y lugar de combate fue el monte Williams. Siempre le puso el pecho a los trabajos, desde aquella larga caminata con el mortero y todo el equipo al hombro, casi 20 kilómetros dando todo y transmitiendo fuerzas a sus compañeros. Para muchos, la guerra fue corta, para Azcarate y su

[46] Fragmentos del testimonio del VGM Marcelo Vallejo, que se desempeño como soldado en el RI Mec 6. "Testimonios en primera persona: emotivo relato del VGM Marcelo Vallejo sobre la entrega de su compañero Sergio Azcarate" en http://malvinasdata.blogspot.com.ar/. Fecha de captura 14 de octubre de 2012.

grupo, fue duro cada paso que dimos en Malvinas. Hacer un pozo para un mortero pesado no era un trabajo fácil y menos en aquel lugar, cargar con los cajones de municiones y esperar. Las guardias, las lluvias, el viento, las noches donde nos veíamos las caras por las explosiones de las bombas, tantas cosas para contar.

Estaba con su grupo para dar apoyo a los compañeros que tendrían que combatir en el frente. Esa era su misión. La misión de los morteristas. La espera fue larga. Resistiendo muchos bombardeos a partir del 1° de mayo. Nunca quebraron el espíritu de este soldado. Muchos de los que estábamos en el monte sentíamos la impotencia de ver como por las noches la artillería enemiga nos tenía en alerta y sin descanso.

El frío nos calaba los huesos, pero siempre estuvo dispuesto. En las guardias interminables, en las noches que pasamos en el pozo esperando órdenes de tiro, esperando al enemigo. Siempre había algún alerta de infiltraciones, de bombardeos, de ataques finales. Y allá salía Sergio con su fusil a cuidar de aquella posición con sus compañeros. Si alguien no tenía el fusil para la guardia nunca dudaba en darle el suyo, gestos como estos no se olvidan nunca.

El 12 y el 13 de junio, aquellos morteros hicieron sus primeros disparos entre los gritos de "viva la patria". El apoyo que necesitaron nuestros compañeros se pudo hacer con muchas dificultades, ya que cada disparo hundía en el barro la placa base y nuestra arma quedaba inutilizada entre la bronca y la impotencia de no poder seguir tirando.

Ya no importaba el bombardeo. Malvinas era un infierno. Entonces a trabajar en la oscuridad metidos con el barro hasta las rodillas, nuestro compañero no aflojaba. En un momento le pidió al resto que descansen, él los llamaría cuando aquel fierro de más de 100 kilos estuviera en condiciones de salir. Con los pies duros pero el corazón caliente, aquella noche se volvieron a armar los morteros.

El 13 de junio fue un día donde cada uno se protegía como podía. Ya sin pozo y a la intemperie, esperamos nuevas órdenes de tiro. Una bomba dio de lleno en el pozo del mortero 3, donde horas antes se encontraba el grupo tirando.

Llegó la madrugada del 14 de junio. Aquel día conseguimos algo de comida que compartimos entre todos y no les cuento cuando digo una cucharada para cada uno porque fue lo que pasó. Se combatía en Tumbledown a 500 o 600 metros nuestros. Todo eran gritos y órdenes.

Con el amanecer del 14 de junio se veían soldados por todos lados, Sergio y su grupo firmes al pie del cañón.

Entonces llegó la orden de limpiar las armas para el combate cuerpo a cuerpo. Aquel grupo era de 18 soldados. Teníamos pocos fusiles pero nadie se movió de su puesto de combate. Puedo recordar y sentir las palabras de aliento: "¡Matar o morir!".

¿Qué más quedaba en aquella batalla? ¿Miedo? Sí, por supuesto, ya no se pensaba en lo que podía pasar mañana, todo cambiaba minuto a minuto.

Hasta que nos llegó la orden de tomar las armas de mano, las municiones y replegarnos a Puerto Argentino. Tal vez la última orden y la más dura. Había mucha bronca porque ese era nuestro lugar y Sergio, como varios compañeros, se resistía a tener que irse.

El grupo se reunió y bajamos hasta el camino después de destruir nuestros morteros y entre discusiones por quedarnos o replegar. El nuestro fue el último de los grupos en dejar aquel monte. Serían las 10 de la mañana. La misión se

había cumplido, se había hecho mucho más de lo que todos imaginan, el olor a pólvora y humo acompañaba aquel repliegue de los soldados del 6, pero ya nos tenían en la mira y entonces las bombas empezaron a caer por todos lados, esta vez en un camino donde no teníamos refugio alguno. A lo lejos, el pueblo, y nosotros todavía en el campo de batalla, en el infierno.

Sergio Azcarate, en un momento se retrasó, venía con dos cajas de municiones de ametralladora, unas cajas muy pesadas que no quiso dejar a pesar del pedido nuestro. No pensaba en rendirse, el decía que esas balas nos iban a hacer falta. Con otros compañeros le pedimos que apurara el paso porque teníamos que salir de esa zona, todo podía pasar en aquel momento, pero Azcarate, a pesar de la situación en que nos encontrábamos, sacó unas municiones trazantes y dijo, mostrándolas con la mano levantada: "Todavía tengo esto para estos...!"

En ese momento una ráfaga dio de lleno sobre nosotros, volamos por el aire y cada uno se levantó como pudo. Aturdidos. Pero Sergio, nuestro compañero, nuestro amigo, no se levantó y allí quedó en paz. ¡Qué se puede agregar!

Para muchos un soldado más, para nosotros un soldado que no se guardó nada, compartió, se la jugó por sus camaradas, tal vez fue uno de los últimos que cayó, por eso digo que el cumplió con lo que tenía que hacer, dar apoyo a sus compañeros, resistió hasta el último día y cayó con honor. Cuando se llenan la boca hablando de lo profesionales que eran los soldados ingleses.

Este héroe de la patria soportó casi setenta días en un pozo, combatió, dio su vida y no pidió nada a cambio.

Final

Testimonio del jefe de la
3ra sección de la Compañía B del RI 6

"El combate llegaba a su fin. Luego de casi seis horas de lucha, la compañía Flanco Derecho de los Guardias Escoceses había conquistado el objetivo. A derecha e izquierda, espesas estelas de humo se elevaban del cerro y, en medio de ellas, largas columnas del BIM 5 iniciaban su repliegue organizadamente. Al encontrarme con su jefe de compañía y el jefe de sector, descargué mi impotencia con un grueso epíteto y me preparé para reunir lo que quedaba de mi gente. Pocos habían salido, algunos cayeron prisioneros en la posición, otros heridos y muertos... solo 12 hombres de 43 se encontraban en la base del cerro cuando los ingleses desataron una cerrada barrera de fuego en la entrada a Puerto Argentino.

En el camino de repliegue final se destruyeron las armas abandonadas, los lanzadores Blowpipe del cabo Mac Dougall, un jeep atascado, un camión de comunicaciones de la infantería de marina y hasta un helicóptero de la Prefectura Naval que estaba estacionado cerca de la casa del gobernador desde hacía tiempo y fuera de servicio. También se arrojaron las ametralladoras a la profundidad de la bahía y se soltaron dos perros de guerra que habían quedado en las posiciones del BIM 5."

El último intento en Wireless Ridge

El día 14 de junio, en plena lucha dentro del campo principal de combate, aproximadamente a las dos de la mañana, el jefe del RI 3 recibió la orden del comandante de la Agrupación Puerto Argentino, de alistar la Compañía A para su empleo en el frente.

Para ello un oficial jefe de la unidad designado para conducir la operación debía presentarse en el puesto de comando a fin de recibir órdenes de detalle. Ante la pregunta del jefe de la unidad, acerca de cuál de los tres jefes que revistaban en el regimiento conduciría la operación, el Comando de Agrupación ordenó que fuera el mayor Guillermo Berazay, oficial de operaciones. Ello respondía a la política establecida por dicho comando sobre que un oficial jefe con el grado de mayor conduciría las subunidades que accionaran aisladamente respecto de su regimiento.

Alrededor de las 0430 de la mañana, cuando el mayor Berazay se encontraba en el comando donde se le estaba impartiendo la orden de contraatacar hacia Dos Hermanas-Harriet, se recibió la noticia por parte del jefe de la Compañía B del RI 6, que dichas alturas habían caído en manos del enemigo, por lo que esa operación fue cancelada.

En su lugar, se le indicó que, con la reserva del regimiento, se adelantase hasta Moody Brook –empleando los camiones que había preparado el Centro de Operaciones Logísticas–, para ocupar posiciones en la dorsal noreste del cerro Tumbledown y prolongando de esa manera el dispositivo del BIM 5 y, a la vez, recibir efectivos propios que se replegasen por el camino que conducía a la localidad.

La subunidad inició el desplazamiento sobre camiones en forma muy lenta por el hielo que se había formado sobre el tramo de camino asfaltado. La imposibilidad de controlar la marcha de los vehículos que patinaban y chocaban entre sí, obligó a desmontar y continuar el desplazamiento a pie. Cuando llegó al cerro Tumbledown, se agregó al dispositivo que había constituido el BIM 5 con la Compañía B del RI 6.

Hacia las cuatro de la madrugada, la tropa del RI 7, que ocupaba Wireless Ridge, se encontraba en precaria situación, ya que el enemigo había castigado sus posiciones con misiles Milán y con los cañones de los tanques livianos. El Comando de Agrupación ordenó entonces a la Compañía A del RI 3 que reforzase la posición del RI 7 en Wireless Ridge por ser el elemento más cercano. Comenzó entonces el avance desde los faldeos del cerro Tumbledown hacia las alturas al norte de Moody Brook.

La compañía atravesó la depresión entre ambas alturas, desdoblada con las secciones del teniente primero Víctor Rodríguez y del subtenien-

te Javier Aristegui en primera línea, seguidas por la sección Morteros a cargo del teniente José Dobroevic y la sección del teniente Horacio Mones Ruiz. Al observarse aproximación de infantería enemiga desde el oeste, la sección morteros entró en posición y abrió el fuego.

En el desplazamiento y debido a la oscuridad reinante, después de haber cruzado el arroyo Moody Brook, la sección de Mones Ruiz, con la que marchaba el mayor Berazay, se distanció de las dos de primera línea y perdió el contacto con ellas. A pesar de los intentos del mayor de enlazarse por medios radioeléctricos que se interrumpían y el envío de estafetas, las secciones se desencontraron definitivamente. Ante el fuego y el desconcierto reinante, pensó que habían sido atacadas y desorganizadas. Se estableció entonces en una zona del BIM 5, próxima al lugar.

Entretanto, el comandante de la Agrupación canceló el ataque a las alturas porque el contacto con el RI 7 no podría producirse, a raíz de repliegues parciales que había realizado, ante la abrumadora superioridad inglesa y el enorme castigo que venía sufriendo desde hacía tres días. La orden le llegó a Mones Ruiz por intermedio de Zunino y Loréfice. No así a Aristegui y Rodríguez, que continuaron el cumplimiento de la misión original y efectuaron la aproximación y escalamiento de las alturas de Wireless Ridge bajo el fuego de armas pesadas y de la infantería que estaba ocupando las alturas.

En la cima, por órdenes de Rodríguez, las secciones se orientaron hacia el Este buscando el contacto con la citada unidad. Allí se produjeron combates circunstanciales con fracciones inglesas, que habían alcanzado una dorsal de Wireless Ridge y también se recibió fuego de la propia artillería, para la que allí había sólo tropas enemigas.

En un intercambio de disparos, Aristegui fue herido de un balazo en el cuello. Atendido rápidamente, se inició su evacuación. Rodríguez se hizo cargo de ambas secciones y continuó el combate, llegando a ordenar el asalto. El sargento Juan Vallejos perdió una pierna luchando en combate cercano. En total hubo veintitrés heridos en la acción.

El resto del RI 3 durante las acciones del 13 y 14 de junio

Tras la partida de la Compañía A y sin contar con la Compañía C que se encontraba combatiendo en la zona de acción del BIM 5, el RI 3 contaba para oponerse a una posible operación anfibia en su sector sólo con la Compañía B, con la sección exploración y las armas pesadas que estaban emplazadas mirando hacia el mar. El frente que se cubría con estos efectivos era de unos seis a siete kilómetros.

Siendo aproximadamente la una de la mañana del 14 de junio, se produjo un desembarco con botes anfibios en la península de Freycinet, inmediatamente al norte de Puerto Argentino. El regimiento abrió el fuego con sus morteros pesados en dirección norte, no obstante estar preparados para tirar hacia el sur y el oeste.

Hacia las seis de la mañana, el jefe del RI 3 recibió la orden de alistar la Compañía B para ejecutar un contraataque cuyo objetivo estaba mil metros al oeste de Moody Brook.

En esas circunstancias, la conducción del dispositivo de la defensa había establecido el supuesto de que el enemigo ya no atacaría por el Sur, mediante un desembarco desde el mar o helitransportado. También se apreciaba que el batallón Gurka, que había avanzado por el sur del cerro William hacia el Sapper Hill y que amenazaba a Puerto Argentino, sólo estaba realizando una demostración. Verificado que ya era insostenible el sector oeste de la posición, era preferible reforzar allí y resistir todo lo que se pudiera. El sector sur quedó protegido con las escasas fuerzas del RI 6, en muy débil situación.

En consecuencia, se ordenó al RI 6 que se desplegase en todo el sector que dejaba libre el RI 3. El alistamiento para marchar al oeste, preparar lo poco que quedaba del equipo individual, acondicionar la munición individual y de conjunto de cada fracción, reunir a la Compañía B, la sección exploración y otros elementos menores de la Compañía Comando y la subunidad servicios llevaron un par de horas. A las 0800 horas, la Compañía B reforzada inició la marcha hacia Moody Brook.

Mientras se realizaban estos preparativos, el jefe del RI 3 se trasladó al puesto de Comando de la Agrupación, para precisar la orden muy escueta que había recibido. La precariedad de la cartografía disponible, no actualizada con la ubicación de las propias tropas ni con la del enemigo, lo hacía necesario. Era imprescindible hacerse de una visión de conjunto. La misión por cumplir, además, no había sido planeada, no se había reconocido el terreno donde se ejecutaría ni se sabía qué zonas podían estar minadas.

En el puesto de comando, la carta de situación actualizada que poseía el estado mayor mostró la reciente novedad de que el enemigo había conquistado la altura del Tumbledown y alcanzado la altura al norte de Moody Brook.

El comandante de la Agrupación expresó al jefe del Regimiento que allí se vivía una confusa situación, que no se podía aclarar por los medios de comunicación. Por estas razones ordenó que se dirigiese al oeste, lo más afuera de la localidad que pudiese alcanzar, para ocupar una posición que bloqueara la principal vía de ingreso a ésta.

Mientras la Compañía B del RI 3 iniciaba la marcha de aproximación, se producían las últimas acciones de combate. El BIM 5 seguía en una situación incierta, reorganizando efectivos de una de sus compañías, entre la cual había tropa de la Compañía C del RI 3, para ejecutar un nuevo contraataque. Pero el enemigo lo empujaba y sufría numerosas bajas. A las 0900 horas informaba que sus fracciones del Tumbledown y del William se replegaban hacia el Sapper Hill.

El GA 4 informaba que le quedaba sólo una pieza para tirar. Y el GA 3 se había reducido a siete piezas con ocho proyectiles para cada una. A las 0930 horas el jefe del BIM 5 informó que se replegaba con sus últimos hombres y con una parte de la Compañía B del RI 6.

El jefe del RI 3 ordenó al jefe de la compañía comando, el capitán Juan Carrizo, que condujese a la Compañía B y con el segundo jefe, mayor Carlos Retamozo, se adelantó a reconocer la posición de bloqueo al oeste, en las afueras de Puerto Argentino. Mientras marchaban en esa dirección observaban cómo las trazantes enemigas batían la zona de Moody Brook, y el camino que conducía en esa dirección. La artillería batía zonas al oeste de la localidad, las posiciones del GA 4 y la zona del hipódromo de la localidad. A media mañana, la compañía logró ocupar dos sectores protegidos para enfrentar el avance enemigo.

Compañías de Comandos

Durante la tarde del 13 de junio, las dos compañías proyectaron una operación ofensiva con apoyo de artillería para esa noche sobre la retaguardia británica a través de la península Freycinet. La preparación se vio interrumpida por una orden imprevista e inmediata. Debían contribuir a rechazar un ataque sobre las posiciones antiaéreas en la península Cambers.

A partir de la medianoche, los 45 hombres remanentes de las dos compañías fueron enviados a través de la bahía, en el buque Forest, a la península Cambers como respuesta a un intento de desembarco de una fracción del SAS, que ya había sido rechazado por el GADA 101 y otras fuerzas en la posición. Aislados de la localidad, los comandos esperaron nuevas órdenes mientras rugía la batalla por Wireless Ridge y Tumbledown.

El 14 de junio las compañías recibieron la orden de bloquear en Moody Brook la penetración británica que provenía desde Wireless Ridge. Las tropas comando marcharon bajo fuego y establecieron al amanecer la posición de bloqueo próxima al antiguo cuartel de los *Royal Marines*.

Dos horas después cesó el fuego en todo el frente. Las compañías recibieron la orden de replegarse a la localidad.

El cese del fuego y la posterior rendición no tuvieron efectos inmediatos sobre los Comandos en Puerto Argentino, que se dedicaron prolijamente a destruir todo el material y armamento del que disponían, y a ocultar convenientemente la bandera de guerra que regresó así al continente.

Momentos finales (14 de junio de 1982)

A partir de las 1045 horas, aproximadamente, se produjo un silencio en el campo de combate, y minutos después, se recibió una orden que imponía el cese de toda actividad operacional. A las 1530 horas, los jefes de elementos dependientes concurrieron al puesto de comando del general Jofre.

Indudablemente se había vivido una noche difícil de olvidar, en la que se mezclaron muy disímiles sensaciones: la tristeza de la derrota, la muerte de muchos camaradas, el cansancio producto de lo vivido durante dos extenuantes meses –y muy en particular durante la última semana–, la posibilidad de descansar con la seguridad de que no serían despertados por el fuego enemigo y la expectativa por conocer lo que vendría. Quizás lo expresado pueda tener alguna semejanza con el sueño luego de la muerte de un ser muy querido, con el que se han vivido las alternativas de una larga y dolorosa enfermedad. Se observaban patrullas inglesas que se desplazaban en proximidades. En cumplimiento de las órdenes recibidas, las unidades marcharon hacia el aeropuerto, y de ahí en más, luego de inutilizar armas y abandonar la munición, se produjeron las actividades propias de los prisioneros de guerra.

Cese al fuego en Gran Malvina (14 y 15 de junio de 1982)

Resulta anecdótico recordar que las únicas emisiones de radios comerciales que se escuchaban en la Gran Malvina eran las provenientes del Uruguay; las que sumaban incertidumbre con noticias tales como aquella que afirmaba sobre un viaje al continente del Gobernador Militar para tratar con la Junta Militar las condiciones a pactar con las fuerzas británicas para el cese de las hostilidades.

Con esa mentalidad y sin conocimiento cabal de lo que sucedía en Puerto Argentino, el 14 de junio a las 1830 horas se recibió un mensaje del comandante de la Agrupación Litoral ordenando el cese del fuego y disposiciones para el repliegue al continente.

Así las cosas, el día 14 de junio, aproximadamente a las 16 horas, se recibió una comunicación desde Puerto Argentino. La radio la operaba el jefe del puesto de comunicaciones, mayor Luis Rabago y expresaba que el jefe del RI 5 debía mantenerse en escucha permanente, para tener una comunicación con el comandante de la Agrupación, que nunca se produjo. Sin embargo, minutos después se recibió un mensaje proveniente de dicho comando que decía:

> "El comandante militar conjunto de Malvinas ha ordenado el cese del fuego en todo el ámbito del teatro de operaciones de las Islas Malvinas. A los efectos del cumplimiento de lo dispuesto precedentemente, los elementos dependientes de la Brigada III darán estricto y riguroso cumplimiento de los siguientes puntos:
>
> - Mantenimiento del control de los elementos hasta el continente.
> - Organizar un equipo combinado argentino-británico para la entrega de la administración y el control, debiendo de la misma manera levantar los campos minados.
> - Prever el repliegue por modo aéreo y/o marítimo.
> - Prohibición de abrir fuego, salvo caso de agresión directa.
> - Banderas de guerra enfundadas en poder de las jefaturas de unidades.
> - No realizar ceremonia alguna, ni firmar ningún documento.
> - Entregar los bienes en iguales o mejores condiciones que como se los recibió.
> - Observar conducta digna de las tradiciones de nuestro Ejército, enfatizando la pulcritud de las tropas.
>
> El 15 de junio, en horas de la mañana, personal jerárquico del ejército inglés se hará presente en el sector para tomar contacto con el titular de la unidad, a los efectos del cumplimiento de lo expresado".

El mensaje recibido, una vez interpretado en sus puntos más importantes, fue puesto en conocimiento de la plana mayor y jefes de subunidad dependientes.

Parte 3

Testimonios

V

Repliegue de la Sección Gato hacia Puerto Argentino

Por el Cnl VGM Roberto Reyes[1]

Antes de que amaneciera decidí tomar posición, estimaba estar a unos 2500 metros de la altura 234, no busqué lugares demasiado obvios para ser explorados y dio resultado, ocupamos una base de patrulla reducida dando seguridad a los 360 grados, en la ladera de una pendiente frente al estrecho. Allí nos enmascaramos y nos dispusimos a enfrentar lo que pudiera amenazarnos, sabiendo que la munición que nos quedaba, luego del combate de la noche, eran unos cuarenta tiros aproximadamente por hombre. Continuaban buscándonos con patrullas aéreas y terrestres, estábamos en el centro del hormiguero, pasaban tan cerca que no podía creer que no nos vieran, continuaban llamándonos por altavoz, diciéndonos que habían tomado prisionero al resto de la sección, que los heridos estaban bien y que esperaban que nos rindiésemos. Desde aquella platea lo que presenciamos con las primeras luces fue sensacional; fuimos observadores privilegiados del ataque aéreo a la flota.

Desde allí pude contar diecisiete buques, éstos, ante cada incursión aérea, zigzagueaban recostándose sobre la costa y disparando con todo lo que tenían. El estrecho era un festival de explosiones y ráfagas en el aire, pudimos ver cómo dos buques fueron alcanzados por las escuadrillas generando una columna de humo blanco. Mientras esto ocurría, entre alertas y alarmas sonoras de todo tipo, los helicópteros y las patrullas se aplastaban interrumpiendo sus tareas de rescate, salvamento y exploración. Creo que tanta distracción durante la mañana

[1] Se desempeñó como jefe de la sección Gato de la Compañía C del RI 25 con el grado de subteniente.

nos permitió ser olvidados. Durante la tarde vimos patrullas terrestres buscándonos sobre la costa del canal y helicópteros que nos sobrevolaban sin vernos. Parecía que la fuerza ya desembarcada se estaba reorganizando en algunos lugares sobre ambas orillas del canal.

Con las primeras sombras nos preparamos para comenzar la marcha, había decidido evitar la localidad de San Carlos por lo observado durante todo el día. Teníamos una nueva misión: marchar con rumbo sudeste hacia Puerto Argentino. Al no poder dirigirnos hacia allí por el obstáculo que representaba el canal de San Carlos, y vadearlo en esa época del año era suicidarse, decidí ir hacia el noreste en dirección al cerro Bombilla, para luego torcer hacia el Este. Contaba con cartografía de la isla y sabía perfectamente donde nos encontrábamos.

Marchábamos de noche, habíamos quedado en la retaguardia enemiga tratando de evitar ir hacia las luces sabiendo que eran instalaciones británicas. Antes de amanecer, buscaba un lugar dominante donde vigilábamos y descansábamos por parejas de combate en turnos, sin descuidar la seguridad, siempre operando una base reducida. Desde éstas pudimos observar la inmensa actividad enemiga del desembarco, sin poder informar a nuestras fuerzas. La tercera noche pasamos próximos al punto de reunión acordado con el jefe de la compañía, lugar que debíamos alcanzar en tres horas, pero logramos estar allí en varias noches debido a la propia exploración nocturna y la preocupación obsesiva de no hacer ruido en los desplazamientos, además de no poder elegir el mejor camino, marchando casi siempre dentro del dispositivo enemigo y por la turba esponjosa y húmeda.

El promedio de marcha por noche era de tres kilómetros aproximadamente, no había posibilidades de moverse rápido, debíamos eludir zonas inundadas que no veíamos hasta estar en ellas, sabiendo que el agua era sinónimo de congelamiento. Muchas veces lo preferíamos a tener que transitar por esa incomoda turba que se presentaba como una capa de pasto y al pisarla encontrábamos una masa blanda y elástica de algo parecido al barro que trababa el paso y todo lo mojaba.

No contábamos con más abrigo que la ropa puesta, sin mochila o equipo aligerado, es decir nada con que abrigarnos. La bruma húmeda y espesa estaba siempre presente, por momentos se confundía con una llovizna fina y helada. Algunos días, durante las primeras horas, el sol débilmente llegaba a infiltrarse, luego volvía a encapotarse y caía ese garrotillo –así llamado por los soldados cordobeses, para mí, llovizna gruesa–, que parecía un puñado de agujas en la cara y las manos, era ahí cuando el frío llegaba a calar hasta los huesos, deseando poder estar en un buen abrigo.

Desde que iniciamos la marcha no comimos, habíamos consumido el poco alimento que teníamos el día 21 esperando el relevo. No teníamos desesperación por comer, la necesidad de salir de la zona sin ser vistos y atacados y poder aprovechar mejor las horas de luz para marchar eran nuestras preocupaciones. A esa altura de las circunstancias, Godoy y los nueve soldados confiaban plenamente en mis decisiones. Les había reclamado fortaleza para salir de aquella situación, debían tomar agua de los arroyos aunque no quisieran, comer por ahora no era importante y ellos tanto como yo no pretendían rendirse. "¿Prefieren rendirse?", les preguntaba cuando los veía desanimados con pocas fuerzas para continuar, y recibía un no rotundo siempre como respuesta. Sabíamos que el resto de la sección nos esperaba en Pradera del Ganso.

Había transcurrido una semana desde que llegamos a la altura 234 y estábamos viviendo un inolvidable día de la patria. Los sufrimientos de la penosa marcha nocturna, la tensión nerviosa por el temor constante de estar transitando rumbo a un combate desfavorable o el caer prisioneros, sumados a la fría manera de pasar los días en posiciones inmóviles, hacían que el estomago estuviese apretado y curiosamente dejamos de sentir hambre. Era evidente el desgaste que acumulábamos, por eso era conciente que debíamos alimentarnos con algo más que esas pelotitas dulces, que encontrábamos en unos arbustos pegados a la turba cerca de los arroyos. Eran muy chicas de unos cinco milímetros de diámetro, había que arrastrase bien y hacer una buena cosecha para juntar un puñado.

La quinta noche de marcha no elegí un buen lugar, trataba de quedar siempre en las elevaciones para poder así dominar la zona durante el día. En el crepúsculo matutino me di cuenta de ello y procedí a mover el grupo hacia un lugar favorable. En ese desplazamiento, la pareja de seguridad de la retaguardia me informó que nos seguía una fracción de quince soldados, aprecié que estarían a unos tres mil metros y venían en nuestra dirección. Resolví cruzar un profundo brazo de mar de unos dieciocho metros y cambiar de rumbo para ocupar una posición bien arriba. Esto hicimos, con gran esfuerzo. Varios soldados no sabían nadar, por eso los que sabíamos debimos apoyar el pasaje. Allí casi se ahogó Godoy, Alarcón perdió el fusil y nos mojamos completamente, hecho que nos afectaría en el futuro porque toda la ropa permaneció húmeda por unos cuantos días.

Alcanzamos la posición pretendida, no podíamos movernos más de aquel sitio, aplastados tiritando, y, como ocurrió el 21, lo que vimos fue increíble. Desde arriba, en la dirección a donde íbamos antes de cruzar el brazo de mar y a unos 400 metros desde donde estábamos, comen-

zaron a disparar hacia la patrulla que nos perseguía con una precisión letal. En un principio pensé que también tirarían sobre nosotros y que la fracción atacada era una patrulla de comandos argentinos. Ninguno de los dos pensamientos se concretó. Evidentemente, cuando moví el grupo, la fracción que emboscaba no nos detectó al pasar por debajo de ellos. A quienes sí vieron fue a aquellos que nos perseguían, otra patrulla inglesa que no estaba coordinada con las emboscadas instaladas.

La patrulla atacada se encontraba a mil metros de nuestro observatorio y marchaba desplegada en formación de rombo por parejas de combate en una zona abierta de unos trescientos por trescientos metros. El fuego cegador progresivo de por lo menos seis ametralladoras comenzó desde afuera hacia adentro, tanto en el frente como en la retaguardia reuniéndose en el centro, para luego desandar las zonas batidas cruzándolas. Realmente de manual, por su gran concentración y precisión saltaban los pedazos de turba alrededor de los cuerpos impactados, estaban aniquilando a la patrulla. Luego de varios minutos de intenso fuego de las ametralladoras, comenzó el fuego de encuadramiento de los morteros, que inicialmente fijaron sus puntos registros para dejar caer incontables ráfagas sobre la zona. Esta combinación de fuegos terminó por completo con la patrulla, que no tuvo en ningún momento la posibilidad de reaccionar y salir de la zona de muerte. Vimos cómo intentaron comunicarse a viva vos y por radio y cómo algunos intentaron arrastrar al compañero herido para protegerlo, cayendo también en el intento. Fue devastador.

Al cabo de diez minutos de haber comenzado el ataque, sobrevolaban la zona tres helicópteros que aterrizaron y rápidamente trasladaron los cuerpos inmóviles de aquellos soldados que nunca nos alcanzaron. En ese preciso momento decidí no moverme de día hasta que saliera de la zona, tratando de sacar a mi gente viva de aquel laberinto como pudiera.

Durante ese día el frío fue desesperante, el único recurso que quedaba para combatirlo en ese lugar era abrazarnos, para que no se perdiera el escaso resto de calor que aún quedaba en los cuerpos. La ropa completamente mojada se endurecía y congelaba, era imposible no sentirse desesperado. Alguien se puso a llorar, y con razón, otros rezaban en voz baja y no faltó el que apeló a sus últimos restos de esperanza para ensayar un chiste. Todo valía esperando que llegara la noche, para poder al menos movernos. Porque el simple acto de intentar desentumecerse, dar algunos pasos, saliendo de la posición, podía costarle la vida al que se hubiese atrevido. La voluntad del grupo había empezado a quebrantarse, no eran actos de insubordinación, se trataba de algo distinto, los hombres parecían ausentes, abandonados, sumergidos en

la pasividad y la apatía. Sabía que no estaban en condiciones para exigirles demasiado, pero eran soldados del 25 y no estaban entregados, continuaban confiando en mis decisiones.

Lo sucedido hizo que tomáramos conciencia de que debíamos salir de esa zona controlada por el enemigo. Deberíamos tener mejores rendimientos en la marcha nocturna. Para exigirles ese esfuerzo, era necesario levantarles la moral y sólo lo pude hacer prometiéndoles lo que yo deseaba profundamente hacer, conseguiríamos un buen refugio para recuperarnos, y esa fue mi promesa.

Al cabo de dos noches, estimé que debíamos haber recorrido unos diez kilómetros. Paramos en una elevación rocosa que posibilitaría construir un refugio para pocos. Este lugar era bueno porque nos permitiría detenernos por unos días, cazar algo, encender un fuego sin ser vistos, calentarnos, secar la ropa y comer y así poder recuperar nuestro estado general. Además teníamos observación hacia donde habían quedado los ingleses, un arroyo cercano para abastecernos de agua y ocultar rastros, y un alambrado de referencia a unos seiscientos metros que nos permitiría sacarle algunas varillas para el fuego.

Estábamos sufriendo mucho, el último esfuerzo se sintió demasiado. Como a todos, los pies se me hinchaban y no los sentía, cuando me quise poner los borceguíes me costó hacerlo, decidí no sacármelos más, algunos cortaron el cuero para que entraran los pies. Teníamos los síntomas del llamado pie de trinchera. Luego al frotarlos o moverlos un poco se empezaba a sentir un dolor intenso y penetrante que comenzaba en el talón y se extendía, como una descarga eléctrica, hasta llegar a la nuca.

Habían pasado doce días desde el 18 de mayo, y sin saberlo festejábamos el día de nuestro querido Ejército. Lo hacíamos con el entusiasmo de estar debilitados pero vivos, de mantener la libertad de acción para reunirnos con el resto de la sección y no haber caído prisioneros, por planear cazar para comer, por planear hacer un fuego para secarnos y descansar, "estábamos contentos a pesar de todo". Nos moveríamos de día.

Cazar era una decisión peligrosa, los disparos podrían atraer a las patrullas enemigas y varias veces habíamos tenido que frenarnos cuando divisábamos alguna oveja o una bandada de gansos salvajes. Pero a esa altura de las circunstancias daba lo mismo morir bajo los proyectiles ingleses que de hambre. Durante la mañana apareció una avutarda (un ganso salvaje, un palmípedo) a pocos metros del refugio, saqué mi pistola y disparé varios veces hasta poder matarla. Era instructor de tiro, pero la debilidad que tenía me impedía sacarme el temblor de las manos. Se dividieron las plumas, que todavía conservaban algo del

calor del animal en los pedazos de piel, para metérselas en el pecho, abrigaron los pies con los plumones. Repartí los pedacitos de carne cruda como si ejecutara un ritual pagano, todos en semicírculo esperando anhelantes los trozos del bicho que tenía gusto a almendras.

Ahora seguiría hacer fuego, los fósforos se habían mojado definitivamente durante el cruce del brazo de mar. Tenía un lanzador de señales luminosas, juntaron pasto y disparé el proyectil sobre la pequeña parva que no se encendió por estar demasiado húmeda. Había que seguir cumpliendo la promesa. Intenté nuevamente con otra bengala, agregándole al pasto pedacitos de raspaduras y astillas de una tabla del alambrado, esta vez se encendió y pudimos calentarnos en rueda y secar por lo menos la ropa interior. Esa noche hablaron más que de costumbre, nos sentíamos reconfortados. Pero la enfermedad nos había alcanzado, eran tres los soldados enfermos, yo también de a ratos tiritaba y deliraba de fiebre.

La intención era recuperarnos en el lugar en un par de días para luego continuar, pero la infección que tenían Godoy, Moyano y Cepeda en los pies, y Alarcón en las manos, no se podía parar de ninguna manera. Debimos quedarnos varios días en el abrigo. El caso más grave era el del cabo Godoy, estaba realmente mal, pasaba el día tirado, no hablaba, se negaba a comer y no quería salir cuando había algo de sol. Dos o tres veces me dijo: "Deje, mi subteniente, total yo ya estoy muerto". Daba mucha lástima verlo así, sobre todo a quienes lo habíamos conocido en el cuartel y lo considerábamos un excelente superior que siempre estaba dispuesto a resolver los problemas y listo para ayudar a los que más lo necesitaban. Pero la enfermedad lo estaba doblegando, sufría demasiado.

Con el correr de los días pude observar de cerca cómo iba avanzando la gangrena, cómo se pudren los tejidos por congelamiento. Todo empieza con el adormecimiento de los pies y manos, que después duelen sin parar, luego aparecen unos puntitos rojos, pica bastante la piel, se inflama y endurece. La fase final llega cuando comienza a ennegrecerse de a poco desde la punta hasta arriba del tobillo.

Mandaba a los hombres en pareja a cazar ovejas, eso pasaba cada tres o cuatro días, para no correr demasiado riesgo. El racionamiento era estricto; dos pedazos por hombre y por día. Envolvíamos todos los restos del animal en el cuero y lo tirábamos al arroyo para no ser rastreados. Comíamos los pedazos crudos o crudos pasados por el fuego. De los nueve días en el refugio, tuvimos sólo tres de fuego, siempre durante la noche, cuidando el resplandor y aprovechando el viento, procurando mantenerlo durante el día dispersando bien el humo para no ser vistos.

Desde la emboscada nunca más vi patrullas enemigas. Lo único seguro que sabíamos de la guerra eran dos cosas, que no había terminado y que los ingleses seguían avanzando, porque de cuando en cuando veíamos pasar algún helicóptero que llevaba colgadas carga o piezas de artillería y aviones de combate rumbo a la costa.

Ante la apatía de Godoy, comencé a revisarle los pies todos los días. "Deje, mi subteniente", me insistía. No sabía bien si se trataba de una súplica o un pedido angustiado para que no le hiciera sufrir más. Estaba mal y había que curarlo, el azul renegrido le había subido hasta el tobillo. Parecían dos masas sin forma, sorprendentes, lo tocaba y el dedo se hundía. Se notaba que la carne no era compacta, estaba fofa. Deseaba desesperadamente encontrar la manera de sacarle eso, que para mi era pus y lo enfermaba más, acaso así le bajaría la fiebre. Intenté una cosa de locos, pero algo había que hacer, con mi cortaplumas comencé a sacarle esa bota de pellejo que sobraba. Corté desde el tobillo hacia abajo, pero lo que salía no era solamente piel sino también pedazos de carne podrida. Cuando llegué a los dedos vi que las uñas se desprendían y Godoy no se quejaba, el rostro estaba sin expresión y no de corajudo, sino porque no sentía absolutamente nada: ¡era terrible!

Cepeda, Moyano y Alarcón seguían los mismos pasos, el resto también teníamos problemas, el que mejor estado demostraba era Clot. Antes de volverme loco, si ya no lo estaba, decidí seguir marchando con los que todavía podían, en un desesperado supremo esfuerzo final por llegar a Puerto Argentino. Sabía que seguir aferrados a ese refugio podía equivaler a una condena a muerte colectiva. Estábamos todos enfermos y necesitábamos ser atendidos. Me preguntaba qué iba a hacer con ese puñado de soldados, integrado por cuatro hombres totalmente imposibilitados de andar y el resto que podía moverse a duras penas, ayudándose con un palo, apoyando el fusil, con borceguíes rajados.

Resolví entregar a los enfermos graves y seguir la marcha con el resto, era la única manera para que recibieran asistencia médica inmediata y nosotros buscar el auxilio sanitario en propia tropa. Godoy, Moyano y Cepeda se quedaron con Clot, que era el que mejor estado tenía. Les dejamos alimento para dos días y un maletín de primeros auxilios para que Clot, sin armamento, se contactara con los ingleses y los guiara hasta los enfermos. Debía dejar pasar un día entero, para permitir que nosotros nos alejásemos de la zona, y después caminar siguiendo una línea de telégrafo que habíamos descubierto por allí cerca, así llegaría a un poblado en el que, seguro, habría ingleses. Esto hizo, fue tomado prisionero y lo tuvieron varias horas incomunicado, hasta que en el interrogatorio intentó desesperadamente explicarles que allí

cerca habían quedado tres compañeros en estado grave, pero no logró hacerse entender o no quisieron acompañarlo temiendo que se tratara de una emboscada, como luego supe.

Los siete restantes seguimos marchando penosamente, nos llevó más de cinco días llegar a un caserío identificado como New House, a unos veinte kilómetros del refugio. Todo estaba desierto, al parecer los pobladores habían huido por miedo a encontrarse entre dos fuegos. Algunas casas estaban totalmente cerradas, buscamos refugio en un galpón vacío donde todavía quedaban algunos fardos de lana, allí comimos lo que encontramos y nos abrigamos.

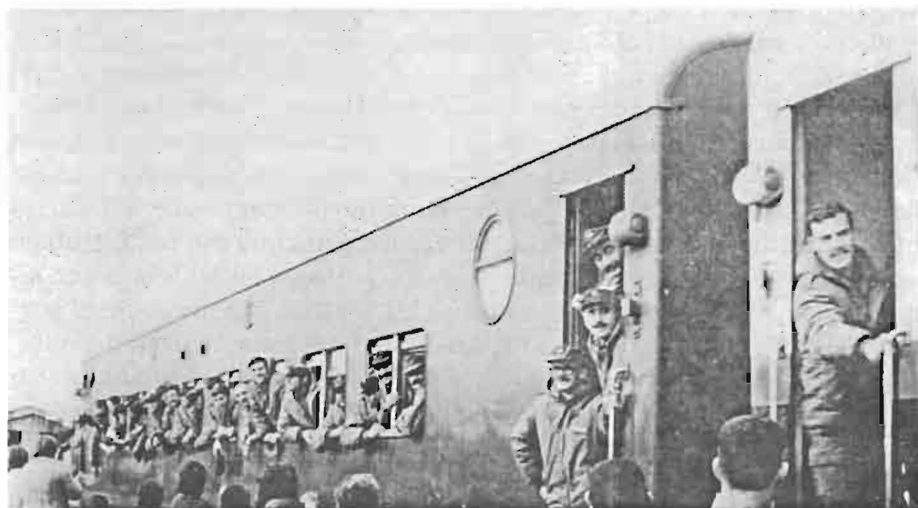
Conformábamos un grupo realmente lastimoso. Las ropas hechas jirones, enfermos, el rostro deformado por los sufrimientos. Ninguno tenía más de veinticinco años, pero aparentábamos ser un grupo de ancianos vagabundos. Pensé en dejar un hombre de guardia para evitar sorpresas. Pero no podía privar a ninguno de un descanso, luego de varios días de dura marcha. Nos acomodamos y al rato todos dormíamos profundamente.

Al sexto día nos despertó el ruido inconfundible de rotores de helicópteros, entre sueños pensé que podían ser nuestros, pero no lo eran, no llevaban esa señal amarilla en la cola que los identificaba como propios. Eran varias máquinas que, sin posarse en tierra, iban dejando dos hombres por desplazamiento, formando un cerco sobre nosotros. Era una sección completa. Sabían el sitio exacto en el que nos encontrábamos, con certeza algún kelper oculto en el caserío informó cuántos éramos y dónde estábamos.

Desde una posición en el galpón, tenía apuntado a un soldado británico y les pedí a mis hombres que hicieran lo mismo con otros, pero que no dispararan hasta que lo indicara. Los británicos comenzaron a converger sobre el galpón, se acercaban haciendo cambios de posiciones, al alcanzar unos cien metros de distancia, dispararon contra el edificio de madera y chapas unas cuantas ráfagas de armas automáticas. Estaba preparado para lo peor y si hubiese ordenado abrir el fuego esos soldados, que estaban en las últimas, lo habrían hecho. Me di vuelta y los vi, habíamos perdido la aptitud para combatir, estábamos sin capacidad para resistir el menor ataque y salir de la instalación. Después de tantas demostraciones de valor y fortaleza merecían algo más. Consideré que éste era el final de nuestra guerra, había llegado el momento de entregarse, caminé hacia afuera y deje el arma.

Nunca olvidaré ese momento que tanto había evitado, pasamos veintiún días intentando regresar a las propias líneas y delante de mí tenía a un joven soldado británico con cara de pánico, porque ante él había

Traslado de tropas desde las guarniciones de paz hacia Malvinas









otro cuyo aspecto debía ser francamente deplorable, con barba de tres semanas, la cara sucia y cubierta de magullones. Me identifiqué como el oficial a cargo, les pedí que evacuaran a quienes peor estaban; así lo hicieron. Y juntos con el resto nos llevaron en otro helicóptero a San Carlos. Esto ocurrió el día previo a la rendición en Puerto Argentino.

Ese mismo día, 13 de junio, pude saber por los británicos que Godoy, Cepeda y Moyano no habían sido capturados y atendidos. Solicité un helicóptero para rescatarlos y de esa manera volamos desde San Carlos hasta el refugio donde se encontraban. En principio me costó trabajo orientarme desde el aire porque todos los paisajes de Malvinas son similares, el lugar estaba a unos quince kilómetros. Los encontré al borde de la muerte, fríos, sin aliento para hablar, totalmente desahuciados. Cuando le quité las medias a Godoy vi que ambos pies estaban agusanados. A pesar de mi debilidad, al levantarlos y subirlos al helicóptero no pesaban nada. Los tres fueron llevados de inmediato a un hospital de campaña y luego al buque hospital.

Horas más tarde recibí la noticia de un miembro de la Cruz Roja Internacional de que Godoy había sido operado y había perdido ambos pies. A Cepeda y Moyano les habían realizado amputaciones y había perdido parte de ellos. Alarcón terminó con su mano derecha deformada, mientras que el resto perdió uñas y sufrió deformaciones.

En todo momento tuvimos presente que lo último que haríamos sería rendirnos, intentamos llegar a las propias líneas y en el esfuerzo descubrimos de qué madera estábamos hechos.

Sin el espíritu de sacrificio y el deseo de cumplir la misión, hubiésemos desistido mucho antes. Gracias a Dios ningún suboficial o soldado murió a pesar de todas las acciones realizadas, pudiendo cumplir con las órdenes y misiones impuestas.

VI

Yo vi morir a nuestro querido teniente Estévez[1]

Por el señor VGM Sergio Daniel Rodríguez

Pertenezco a la clase 1963 e ingresé en febrero de 1982 en el Regimiento de Infantería 25. A poco de haber llegado, los que teníamos estudios fuimos separados del resto de los soldados conscriptos. Yo estaba cursando la carrera de analista de sistemas en el primer año; me ubicaron en la sección de aspirantes. El teniente Roberto Néstor Estévez, quien posteriormente dejaría un recuerdo imborrable en todos nosotros, fue el que nos seleccionó personalmente uno a uno.

Comenzó una instrucción, que no vacilo en calificar de dura y severa, hasta el 24 de marzo, a cargo de Estévez y su segundo jefe de sección, el cabo primero Faustino Olmos, ambos de la especialidad de comandos.

La instrucción diurna y nocturna con todo tipo de armamentos estaba destinada solamente a este grupo seleccionado, que yo, gracias a Dios, tuve la suerte de integrar. Debo añadir que esta instrucción fue altamente valiosa a la hora del combate y Estévez, un jefe calificado, que no sólo se preocupaba por nuestro estado físico sino también por nuestra espiritualidad. No cesaba de darnos ánimo y valor con sus propios gestos personales.

Les cuento un ejemplo: allá en el sur hay unos pastos ásperos y filosos llamados coirones y durante nuestros habituales cuerpo a tierra y posteriores deslizamientos, tratábamos de evitarlos. Al dar-

---

[1] Fundación Soldados, *Así peleamos. Malvinas. Testimonio de Veteranos del Ejército*, Buenos Aires, 1999, p. 265. Extracto del relato perteneciente al soldado conscripto clase 1963, Sergio Daniel Rodríguez.

se cuenta de esto, Estévez hizo él mismo el ejercicio, sin importarle las lastimaduras que tales matas le ocasionaron, y luego nos dijo: "Si están en pleno combate, no van a tener tiempo de bordearlos, la guerra es así".

Este tipo de ejemplos estaban muy a tono con su naturaleza de persona de una alta moral, ética y honor. Y sólo tenía 24 años. Nosotros, los aspirantes a oficiales de la reserva, más de una vez fuimos levantados sorpresivamente en la mitad de la noche y salíamos a correr bajo una fina lluvia o nevisca, sólo vestidos con pantaloncitos cortos y ballenera (remera de manga corta).

Y como decía Nietzsche, lo que no te mata te fortifica. Ese fue nuestro caso. Del inicial grupo escogido, cuarenta y cinco, quedamos cuarenta. Y esos cuarenta fuimos a Malvinas.

Aquel inolvidable 2 de abril nos tocó desembarcar al mediodía y nos sentíamos muy orgullosos en razón de pertenecer al único elemento del Ejército que había participado de la operación de neto corte aeronaval en aquel momento. A bordo del *Almirante Irizar* fuimos partícipes de una tocante ceremonia que nos concernía de un modo muy especial.

Como no habíamos tenido tiempo de jurar la bandera se organizó para nosotros una jura de nuestra enseña nacional, que tuvo el carácter de provisoria y levantó nuestro orgullo hacia las nubes. Y ahí nos enteramos de que íbamos a Malvinas. Puedo afirmar que, entre lágrimas y abrazos, ahí mismo se terminó de consolidar nuestro grupo.

Estuvimos brevemente en Puerto Argentino y luego, a bordo del barco *Isla de los Estados*, fuimos enviados a Darwin con el objetivo de tomarlo. Nuestro grupo de AOR era parte de la Compañía C, formada por tres secciones, Gato, Bote (la de Estévez) y Romeo, a cargo de Gómez Centurión.

***

(...) Y llego en mi relato a lo que considero el instante supremo del combate, desde mi situación personal por supuesto. No hay que olvidar que en medio de ese caos del combate muchos estaban sufriendo experiencias únicas e indelebles.

Ese pozo era como tener una butaca para contemplar el infierno. El cabo Castro había intentado llegar también al pozo donde yo estaba cuando un proyectil de fósforo lo alcanzó y lo envolvió, convirtiéndolo en una antorcha humana. Oíamos sus gritos desgarradores. El pobre gritaba: "¡Rodríguez, máteme!", mientras se quemaba vivo.

A Romero, otro soldado que estaba allí, le gritó lo mismo, pero nadie se atrevió a dispararle y terminar con su agonía. Un rato después no escuchamos más su voz; que Dios lo tenga en la gloria.

La que les narro a continuación fue la mía, El teniente Estévez estaba recorriendo las posiciones, gritando órdenes a derecha e izquierda, todo esto bajo el terrible fuego enemigo. Al salir del pozo contiguo al mío recibió dos balazos en el brazo y pierna izquierda, respectivamente.

Tambaleándose, llegó al pozo donde yo me encontraba. Este valeroso oficial, sin preocuparse de sus propias heridas, me preguntó por las mías, pues yo estaba ensangrentado. Le contesté que podía arreglármelas. Estévez tomó un FAL y comenzó a disparar; luego, por radio estuvo dando nuevas órdenes. Mi MAG la tomó otro soldado del RI 12 y abrió fuego contra el enemigo. Ese soldado recibió un balazo en la cabeza, obra de francotiradores –los que mayores bajas causaron en nuestra dotación– y cayó muerto. Éramos cinco en el pozo en ese momento. Comenzamos a soportar fuego directo de morteros y las cercanas explosiones de los proyectiles que caían nos arrojaban lluvia de tierra sobre nuestras cabezas. Estévez, lo repito, sin importarle sus heridas, tomó el casco del soldado muerto del 12 y me lo colocó en la cabeza para protegerme, ya que nosotros usábamos boinas verdes y eso no protege nada ante una bala o una esquirla.

En ese momento recibió un nuevo balazo en el pómulo derecho y se desplomó pesadamente a mi lado. Tratamos de auxiliarlo y le oímos decir algo, que nadie entendió, y luego expiro. Como estaba cargado de granadas, cualquier proyectil podía impactarlas y volarnos a todos, se las quitamos y sacamos el cuerpo fuera del pozo. Luego, afuera, su cuerpo de héroe recibió numerosos balazos más, quedó casi irreconocible y la prueba de esto es que luego del combate lo reconocieron por la manera especial que tenía, como lo hacen los comandos, de atarse los cordones de los borceguíes. Tomé la radio, después de algunos intentos logré comunicarme con el teniente coronel Piaggi, le informé que Estévez estaba muerto y le pedí instrucciones.

"Esperen y aguanten hasta que lleguen los Pucará de apoyo", me contestó. Los Pucará nunca llegaron. Entretanto, los ingleses habían logrado tomar las alturas y desde allí su fuego nos estaba acribillando. El subteniente Peluffo, para evitar un inútil derramamiento de sangre, ya que habíamos agotado todas nuestras municiones, alzó la bandera blanca y todo terminó para nosotros.

Al tomarnos, nos registraron como prisioneros y los ingleses descubrieron que teníamos ocultos cuchillos y ahorcadores (tanzas usadas para estrangular) y algunos recuerdos de tropas británicas que había-

mos conseguido después de desembarcar. Eso, más que nada, los hizo entrar en furia y nos golpearon. A mí, que estaba herido en el suelo, tendido sobre un chapón, me propinaron un puntapié. La noche del 28 nos efectuaron los primeros auxilios. El soldado Giraudo, que fue herido cumpliendo funciones de estafeta bajo el fuego enemigo, falleció esa noche. Sé que todos mis compañeros caídos, con el teniente Estévez a la cabeza, deben estar ahora en el paraíso de los valientes. Y vaya mi recuerdo sincero y emocionado para todos ellos.

Prosigo con mi relato. A la mañana siguiente –era el 29 de mayo– nos llevaron a un hospital de campaña en San Carlos y allí me efectuaron dos operaciones, una colostomía y una operación de búsqueda en el interior de mi cuerpo, tratando de localizar fragmentos de proyectil. Posteriormente, cirujanos argentinos me hicieron otras cuatro operaciones. Estando internado, un compañero me relató que Gómez Centurión y un grupo de prisioneros intentaron fugarse para regresar a nuestras líneas, pero no pudieron lograrlo. Luego fui trasladado al buque hospital *Uganda* y ahí un capellán inglés, que hablaba un perfecto castellano, me dijo: "La guerra se terminó para vos". Antes de que me trasladaran al *Bahía Paraíso*, el 5 y 6 de junio debí soportar, como todos mis compañeros, el interrogatorio de la inteligencia inglesa. El hecho de tener prisioneros boinas verdes en San Carlos y Darwin y la enconada resistencia que les opusimos les hacía no creer que cincuenta efectivos con sólo dos MAG, dos lanzacohetes y fusiles, hubieran podido detener a toda una compañía de tropas altamente especializadas, obligándolas a replegarse tres veces durante aquellas cinco horas infernales.

Así fue, ciertamente, el combate de Pradera del Ganso. Algunos pocos soldados del RI 8 y del RI 12 y nuestra sección AOR dieron material al jefe del comando inglés, brigadier mayor Julian Thompson, que en su libro *No picnic* describió la dureza de esta batalla que retrasó considerablemente los planes ingleses de tomar Darwin.

El 7 de junio desembarqué en Puerto Belgrano y permanecí internado en el hospital naval por seis meses, afrontando, como ya dije, cuatro operaciones más. Aquel maravilloso grupo formado por el teniente Estévez aún perdura.

VII

Bautismo de fuego

Por el Cnl VGM Lautaro Jiménez Corvalán[1]

Ya de noche, eran las 1830 horas del 8 de junio y había pasado el rancho, me dispuse a recoger a mis hombres, amparado en la oscuridad, que se incrementaba con la presencia de nubes bajas. En esa oportunidad me llegué hasta la posición simulada, que estaba instalada a unos sesenta metros delante de la mía y la componían una ametralladora de 12,7 milímetros inutilizada y un muñeco de pasto y tierra vestido con uniforme y casco. Esta posición siempre era motivo de risa porque en varias oportunidades los ingleses gastaron sus buenos kilogramos de explosivos en ella; además nos causaba gracia porque los soldados decían que el que estaba en ella –el muñeco– era el más disciplinado debido a que no se movía cuando le caían bombas a su alrededor.

El pozo del cabo de reserva Hipólito González se comunicaba con el mío por medio de una zanja; en su mitad teníamos emplazado un mortero de 60 milímetros, que había sido fabricado con elementos de circunstancias y lo había llevado a la posición el oficial logístico. De regreso a mi lugar, con el radio operador, el soldado Teodoro Flores, rezamos un rosario, y siendo las 22 horas me dispuse a dormir. Flores hacía el primer turno de guardia y yo el segundo.

Una idea me rondaba por la cabeza hacía bastante; no sabía cómo reaccionaría ante un ataque enemigo a las posiciones. En eso lo envidiaba al cabo Odorcic que ya conocía cómo era, porque había enfrenta-

---

[1] Se desempeñó con el grado de subteniente "EC" como jefe de la 3ra sección de la Compañía B del RI 4. El testimonio refiere al enfrentamiento sostenido en la ladera norte del cerro Harriet con una fracción del Comando 42 de los *Royal Marines* en misión de exploración.

do al enemigo en combate cercano en el cerro Wall los días previos. Con esos pensamientos me quedé dormido.

A las 2330 me despertó Flores diciéndome: "Mi subteniente, por dónde está el sargento Solís, a unos veinte metros viene caminando una patrulla y él cree que son comando nuestros". En segundos recordé que hacía dos o tres días habían pasado comandos nuestros en dirección al cerro Kent al mando del mayor Rico, pero también recordé que habían prometido avisar por donde regresarían. Inmediatamente mandé a Flores para avisarle al sargento Solís que cuando los tuviera bien cerca les abriera el fuego porque eran enemigos. Tomé mi fusil y controlé mi correaje; el soldado no alcanzó a salir de la posición cuando estalló el combate. Se oían fuertes ráfagas de ametralladoras y muchas explosiones de granadas en la zona de Solís, distante unos treinta y cinco metros de mi pozo. El enemigo se encontraba bastante protegido por el afloramiento rocoso de Goat Ridge. Por fin el momento que tanto me preocupaba había llegado. En los primeros segundos sentí un fuerte nudo en la garganta y miedo, pero inmediatamente rompí la barrera dando órdenes y gritando para darme seguridad y darle seguridad a quienes lograran oírme.

A todo esto, el ataque golpeaba el flanco derecho de la compañía desde el oblicuo, y el combate se centraba en parte de mi sección. A los grupos primero y segundo les ordené no abrir el fuego hasta que lo indicara. El cabo Odorcic estaba listo con el morterito y le ordené disparar varios iluminantes, con lo cual comenzamos a visualizar al enemigo y anularle el uso de sus visores nocturnos. El cabo González con su fusil lanzaba con eficacia granadas, aprovechando el campo de combate iluminado. La sección apoyo nos incrementaba la iluminación con sus 81mm; los ingleses buscaban refugio entre las rocas mientras aprovechábamos a reunir nuestros fuegos en esas zonas. Desde nuestra retaguardia habían comenzado a disparar las ametralladoras pesadas emplazadas en la cresta del Harriet y ese volumen de fuego hizo que los británicos retrocedieran un poco. En el sector de Solís no se oían más disparos de propia tropa; yo los daba por muertos, y me alegré sobremanera cuando pude verlos avanzar hacia mi posición, arrastrándose. Eran tres, Solís que tenía múltiples heridas en un brazo y además estaba quebrado por un tiro, y los soldados Funes, con un impacto en una mano, y el otro era Olivares. En el lugar le hicimos las primeras curaciones. Desde la altura del Harriet, el fuego se había generalizado. Entre este fuego y el del enemigo no podíamos movernos, lo que motivó que gritara a todo pulmón que pararan de tirar, que teníamos controlada la situación, nos separaban mil metros.

Marcha a pie de la infantería a la zona de posiciones







El sargento Montellana con su grupo llegó como refuerzo. Brevemente les expliqué en qué consistía nuestro contraataque y salimos en busca del enemigo; queríamos explotar en algo más este éxito parcial. "Vengan británicos hijos de...", gritaba yo a toda garganta, mientras avanzábamos tirando sobre algunos grupos de dos o tres que se replegaban cargando con sus heridos y muertos. Tardamos dos horas en rastrillar la zona. Mientras lo hacíamos en el sector de Solís, encontramos al soldado Martiniano Gómez, muerto al lado de la ametralladora. Ya no estaba tan feliz por nuestro triunfo parcial. De regreso a mi posición, Odorcic me da la novedad de que el cabo de reserva Hipólito González había muerto combatiendo al lado nuestro y no nos habíamos dado cuenta.

Teníamos nuevamente el control de la posición; el tercer grupo había sido atacado por unos treinta ingleses y por la posición que ocupaban el primero y el segundo, no podían abrir el fuego. Al amanecer, con el jefe de compañía recorrimos el lugar y recogimos mochilas y granadas, veinticinco lanzacohetes antitanques descartables de origen norteamericano y otros materiales más, abandonados por el enemigo. Yo ya sabía cómo era capaz de reaccionar frente a un ataque enemigo y me sentía seguro de mí mismo y con presencia de ánimo para conducir a mi sección. Pero había envejecido algo más de lo normal y una nueva experiencia se me grababa en mi corazón con la fuerza de la sangre de mis hombres muertos, cumpliendo con el sagrado deber.

VIII

Momento crucial

Por el Tcnl VGM Edgardo Duarte Lachnicht[1]

El 10 de junio, el oficial logístico apareció con uno de los tubos de las coheteras de un avión Pucará y ocho cohetes Albatros; éstos tienen una velocidad de casi 500 metros por segundo, impulsados por un motor cohete potentísimo y con una cabeza explosiva. Estaba conectado a un improvisado circuito eléctrico que por medio de un cable más largo llegaba a un teléfono de campaña, a través del que encendíamos su motor cohete.

El oficial logístico y el teniente coronel Soria me lo habían entregado esa tarde de intenso bombardeo, para que lo instalara apuntando hacia el Port Harriet House, y en ese lugar, la cima del cerro Enriqueta, quedó emplazado. Recuerdo que el santo padre, Juan Pablo II, se encontraba en Buenos Aires y que cuando finalizó la misa el día 11 a la noche, el fuego comenzó hasta cerca de la media noche. Posiblemente, la señora Thatcher deseaba complacer al Sumo Pontífice en sus deseos de Paz y respetó ese momento sublime del Santo Sacrificio que el Vicario de Cristo celebraba en el país por ella agredido. A poco de finalizar el oficio religioso en Buenos Aires fue como si nos respondieran con un pedazo de infierno. Enriqueta temblaba bajo el fuego enemigo. Cerca de media noche se produjo una pausa que me permitió salir de mi pozo; yo controlaba la central telefónica de la unidad y éste era un punto neurálgico.

Se comenzaron a escuchar disparos de armas livianas y de inmediato suena el teléfono: al atender escucho: "¡Nos atacan, nos atacan!

[1] Se desempeñó con el grado de subteniente como jefe de la sección Comunicaciones del RI 4, emplazada en el cerro Harriet.

¡Cuelgo porque me matan!". Los disparos continuaban cada vez con mayor intensidad. Traté de comunicarme con la sección morteros pesados, de donde provenían los disparos, pero nadie contestaba. Intenté con la sección del RI 12, que estaba con nosotros y que se encontraba delante de los morteros, y tampoco obtuve respuesta.

Los disparos continuaban, y se aproximaban; a éstos se le sumaban gritos por todas partes, órdenes, explosiones de granadas, de cohetes. Intenté comunicación con la sección de la compañía comando y servicios, perteneciente al comando de la Tercera Brigada, que estaba en la pendiente descendente izquierda, y me dijeron que los atacaban; probé comunicación con el puesto de socorro, ubicado entre los morteros y la sección del RI 12, pero tampoco contestaron.

El teniente coronel me llamó desde su posición y cuando me dirigía hacia él, me encontré con el teniente primero D´Aloia, con quien vimos unos 20 o 30 británicos que avanzaban desde Port Harriet House. En la cima del cerro tomamos posición dándoles frente y pusimos fuera de combate una ametralladora que nos abrió el fuego con unas granadas disparadas con los fusiles.

Continuamos unos treinta minutos combatiendo contra ese grupo enemigo, que era uno de los tantos que atacaban; hasta el momento nos beneficiaba el ocupar la altura y la superioridad numérica enemiga se equilibraba un poco. Me dispuse a usar la cohetera que el día anterior había emplazado en esa misma dirección; mientras estaba en ello, desde nuestras espaldas nos abrieron fuego y varios impactos pegaron en mí costado derecho. Al sentirlos, giramos y tiramos con nuestros fusiles metiéndonos en un pozo próximo. Desde esta nueva posición combatimos unas tres o cuatro horas. El pozo estaba con agua con hielo y aquélla nos llegaba hasta la cintura. Una ametralladora disparaba desde nuestro frente y no nos permitía salir del lugar. Cada tanto nos tiraban con sus lanzacohetes descartables, a los que llamábamos motoneta, por el ruido que hacían al ser disparados.

Una de las ráfagas de la ametralladora enemiga pegó en el motor de uno de los cohetes Albatros que se encontraba en el suelo, delante del pozo que ocupábamos, y se encendió, comenzando a largar chispazos de 20 o 30 centímetros de alto. Esto nos paralizó a los dos, creo que hasta el corazón nos dejó de latir. El cohete en el suelo y con el motor en ese estado apuntaba hacia donde nos encontrábamos, con la desgracia de que el pozo estaba al pie de una roca y ésta haría estallar el cohete cuando él se estrellara contra ella. Sinceramente, la situación era desesperante.

Nosotros nos agachamos en el agua hasta donde pudimos, cubriéndonos con las manos lo más posible y rogamos a Dios que el cohete no

Espera en las posiciones









se disparara porque moriríamos por la explosión o quemados con el chorro de fuego que despedía el descontrolado proyectil. No sé si esto habrá sucedido en dos o tres minutos, pero creo no exagerar al decir que fue "toda o parte de la eternidad". El motor producía el ruido como de una locomotora: "chic, chic, chic..." y cada vez se aceleraba más, lo mismo que nuestra desesperación, llegando a implorar ambos en voz alta: "Que no explote, Dios mío", en no sé cuantas oportunidades. El cohete no se mosqueó del lugar. Si fuera escéptico pensaría que Dios no existe, pero luego de esta circunstancia, debería aceptar que acudí a Él con la fuerza de toda el alma. Pasado este incidente nos asomamos y continuamos tirando, cada vez la presión enemiga era mayor y llegó un momento en que no pudimos ni sacar la boca del fusil. D´Aloia se asomó y tiró una ráfaga y no sólo del frente nos contestaron sino también desde un costado próximo. "!Me hirieron en la mano, Negro!", dijo el teniente primero.

Tratamos de ver rápidamente qué tenía; le sangraba mucho, pero aparentemente era alguna venita cortada con una esquirla. Un vendaje así nomás y tratamos de salir del lugar. El subteniente Pasolli y el teniente primero García se encontraban cerca abriendo el fuego en otra dirección, lo mismo que el sargento primero Cáceres. Les pegamos el grito para que tiraran contra la ametralladora que teníamos a nuestro frente y éstos, haciendo fuego reunido con sus fusiles, la silenciaron transitoriamente permitiéndonos salir para ocupar una nueva posición y continuar combatiendo.

IX

Tropas aisladas en la Gran Malvina

Por el Grl Br VGM Juan Ramón Mabragaña[1]

Luego de diversas tareas cumplidas en el área de Comodoro Rivadavia, el Regimiento de Infantería 5 se reintegró a su comando natural, cuyo comandante impartió la orden de traslado a las Islas Malvinas.

El traslado del personal con su armamento y equipo individual, munición y raciones para dos días comenzó el día 21 de abril. El vuelo en aviones Hércules C-130 y Boeing 707 de Aerolíneas Argentinas, configurados sin asientos, merece un recuerdo risueño: los soldados iban sentados en el suelo y tomados de los brazos. Cuando el avión despegó, todos se fueron al fondo, dejando la primera mitad de la nave vacía y cuando aterrizamos, ocurrió lo contrario. Los pozos de aire durante el trayecto fueron festejados con jubilosos sapucays. Ese mismo día levantamos carpas individuales en las inmediaciones del aeropuerto y fuimos apoyados en racionamiento por la base de la FAA.

El otro escalón que trasladaba el armamento pesado y otros efectos, partió por modo terrestre hasta Puerto Deseado para embarcar el buque *Córdoba*, que zarpó a los tres días con destino a las islas. La amenaza naval británica obligó su regreso al puerto razón por la cual el armamento pesado, los vehículos, la munición y los víveres nunca se reunieran con la unidad en el destino final.

Pasaron unos días y el 24 de abril arribó el segundo comandante del IIdo Cuerpo de Ejército, para realizar un reconocimiento aéreo en helicóptero del lugar que sería ocupado por nuestro regimiento en la Isla Gran Malvina. Salimos con las primeras luces y una fuerte neblina con

---

[1] Se desempeñó con el grado de coronel como jefe del Regimiento de Infantería 5, que estuvo emplazado en Puerto Yapeyú en la Isla Gran Malvina.

vientos nos obligó a aterrizar en Darwin a la espera de mejores condiciones meteorológicas, las que no se produjeron, por lo que se retornó a Puerto Argentino.

El 25 de abril se recibió la orden de ocupar Puerto Howard con la finalidad de defender dicha posición. Al día siguiente, con las primeras luces, me desplacé en el primer helicóptero con la plana mayor y efectivos de la Compañía A. Luego de una hora de vuelo aterrizamos en el lugar indicado; me apuraban dos tareas: el reconocimiento de la posición para organizar el dispositivo de defensa y las previsiones para el racionamiento, ya que los víveres no habían llegado.

Puerto Howard fue bautizado con el nombre de Puerto Yapeyú en homenaje a la localidad correntina, solar natal de nuestro Libertador, que el Regimiento tenía la misión de custodiar. Está ubicado en el interior de una bahía profunda desde donde por la vista se alcanza a observar el estrecho San Carlos, pues alturas menores que corren de norte a sur del otro lado del brazo de agua impiden la visión. Tiene alrededor de veinte casas típicas, ubicadas a lo largo del brazo de agua y en desniveles. Presentaba el típico paisaje malvinense, sin vegetación alguna. Hacia el Oeste, hay una altura considerable, el cerro Maria, que no se pudo ocupar debido a los problemas de movilidad que se tenían.

Determinadas las probables avenidas de aproximación, se organizó la posición defensiva sobre la base de tres puntos de apoyo y en el centro se concentraron las posiciones para las armas pesadas de apoyo, la sección Comunicaciones para operar el puesto de comando de la unidad, la sección Exploración, la sección Sanidad que operaba el puesto de socorro (reforzada luego con efectivos de la Compañía de Sanidad 3) y la Compañía de Ingenieros 3, que operaba cerca del pequeño puerto.

Cerca de fines de abril, se disponían en la posición defensiva alrededor de 900 efectivos. Los trabajos de tierra no habían podido ser completados, dadas las adversas condiciones del terreno. Los pozos de zorro y las posiciones defensivas de las pocas armas pesadas que se recibieron de otras unidades de la brigada se llenaban de agua antes de cavar el metro y había que rellenar el piso con piedras para evitar mojarse los pies, lo cual con el tiempo en la posiciones ocasionó pie de trinchera en gran cantidad a la tropa.

El 27 de abril arribó el personal perteneciente a una batería de artillería del GA 4, sin las correspondientes piezas, lo que aumentó las necesidades de racionamiento que ya empezaban a ser escasas.

Junto con los efectivos del Cdo Br I III, llegaron dos jefes, con los cuáles empezamos a trabajar en un tema muy importante para influir favorablemente en la población de Malvinas: la política de asuntos civiles.

Esta política debía contemplar la seguridad de la población (unas ochenta personas jóvenes, contando entre ellos mayoritariamente hombres, unas pocas mujeres y algunos niños), el abastecimiento de alimentos, que se encontraban almacenados en un gran galpón y cuya custodia mixta dispuse con personal civil kelper y soldados bajo el control de los dos jefes mencionados al principio; un horario con toque de queda controlando los movimientos de los hombres hacia los puestos fuera del poblado; la instrucción rigurosa a los soldados y cuadros en la relación respetuosa con los civiles nativos y el respeto riguroso a la propiedad privada.

Todas estas acciones dieron un fruto positivo y permitieron que los isleños nos prestaran mano especializada para la reparación de la cocina rodante y otros elementos. Además, todos los días el señor Lee le presentaba a primera hora al mayor Zarabozo un grupo de hombres para otras faenas (carnear ovejas, limpieza del puesto de socorro u otras necesidades civiles). Más adelante comentaré otras acciones humanitarias y el resultado final de la política de asuntos civiles.

El 28 de abril se produjo el arribo del buque de transporte *Monsumen*[2] con el personal de la Compañía B y una provisión de víveres secos para una semana.

Con la llegada de la Compañía B, se completó la ocupación de la posición de defensa que había quedado así: en el punto de apoyo norte, la Compañía C; en el punto de apoyo sur, la Compañía A y en el punto de apoyo oeste, la Compañía B.

La vida en las posiciones era muy dura, con lluvias casi continuas, fuertes vientos, sin sol y con serias dificultades para cocinar y repartir el racionamiento. Con la llegada de la Compañía B, la Compañía de Ingenieros 3, la Compañía Comunicaciones 3, la Compañía Sanidad 3 y la batería del GA 4, los efectivos se duplicaron y la disponibilidad de una sola cocina rodante hacía imposible dar de comer a todos los efectivos. La solución hallada fue la incautación de tres tanques de doscientos litros de combustible para aeronaves que había en la localidad. Se lavaron con abundante agua caliente y se hirvió agua durante unas horas. Luego se procedió a repartirlos, quedando la disponibilidad de "cocinas" así: en el centro del dispositivo, la única cocina rodante disponible y un tacho de combustible para cada compañía de infantería. Al principio el guiso salió con gusto raro, hasta que desapareció o nos

---

[2] Buque de 30 metros de eslora de origen noruego que pertenecía a la *Falkland Islands Company* y fue empleado por las fuerzas argentinas durante el conflicto para tareas logísticas.

acostumbramos; personalmente probé subunidad por subunidad y a la tercera ya no le sentí tan feo gusto.

El 1 de mayo a las 0515 horas, se recibió el alerta rojo desde Puerto Argentino, que fue transmitido a toda la posición, pero con el correr del día no se produjo ningún ataque aéreo inglés.

El tema de las horas de luz era muy importante a partir del comienzo de los ataques aéreos y navales, ya que para evitar la identificación de las posiciones los fuegos no se podían encender hasta que se hacía de día y había que apagarlos cuando comenzaba a oscurecer, lo que ocurría entre las 9 y las 16 horas; o sea, había siete horas de luz. Algunos días la segunda cocción no se terminaba y por lo tanto se racionaba una vez por día. Al día siguiente se completaba la media cocción del día anterior y se podía comenzar la segunda más temprano, para finalizarla antes de oscurecer. Esto, contado tan simplemente, ocasionaba mucho deterioro físico a hombres afectados, además, por el aislamiento, el frío, la incertidumbre y, por qué no decirlo, por el miedo en una guerra.

El 3 de mayo a las dieciséis horas, arribó a la posición el buque *Forest*[3], que descargó víveres para unos quince días. Se procedió a su clasificación y guarda en un depósito fuertemente custodiado y controlado personalmente por el jefe del regimiento.

El día domingo 9 de mayo, cerca del mediodía, decidimos con el capellán militar reverendo padre Nicolás Solonyzny oficiar una misa en el centro del dispositivo, aprovechando un día meteorológicamente aceptable y la todavía ausencia de amenazas aéreas enemigas en la zona.

Reuní la masa de los cuadros y la tropa en el lugar elegido, donde se montó un altar de campaña presidido por una gran cruz de madera. Estábamos en los comienzos del oficio, cuando se escuchó la aproximación de aviones, ante lo cual ordené cubierta completa, dispersándose los efectivos. En un acto de pura fe, le dije al padre Nicolás: "Quedémonos de pie junto al altar, que Dios nos va a proteger". Pasaron los aviones, al parecer en misión de reconocimiento, ya que nada ocurrió. Dios nos había protegido, por lo que continuamos con el oficio religioso hasta el final. La disponibilidad de un sacerdote en la posición fue de gran utilidad espiritual y moral. Él recorría constantemente las posiciones, confesaba y daba la comunión o simplemente conversaba e infundía ánimo a todos, su presencia diaria y su acción espiritual fueron invalorables durante toda la campaña.

---

[3] Buque de 250 toneladas de desplazamiento que pertenecía a la gobernación colonial y realizaba tareas para la *Falkland Islands Company,* fue empleado por las fuerzas argentinas durante el conflicto para realizar tareas logísticas.

En la noche del 10 de mayo, luego de atracar en Puerto Yapeyú, el capitán del *Forest* me avisó de su arribo trayendo víveres secos, lo cual nos alivió respecto de la disponibilidad de ese tipo de efectos. Estábamos reunidos en mi puesto de comando, cuando cerca de las 22 horas escuchamos por radio al capitán del *Isla de los Estados* que nos decía: "Estamos llegando, no entraremos a puerto hasta mañana". Al rato, gritó: "No tiren, no tiren, somos nosotros" y una fuerte explosión se oyó en dirección al estrecho de San Carlos. Tratamos de retomar la comunicación pero fue imposible. El capitán del *Forest*, sin dudar un instante, dijo: "Salgo a buscarlo". Preparó el pequeño navío y allá se fue en una noche totalmente cerrada y neblinosa en busca del *Isla de los Estados*.

Habían pasado quince minutos cuando una serie de bengalas iluminaron la noche en dirección al *Forest*, que estaba saliendo de la bahía de Puerto Yapeyú. Los ingleses estaban con sus buques de guerra en el estrecho de San Carlos, algo que no habíamos imaginado una hora atrás. El *Forest* giró y regresó a puerto. Dos días más tarde y luego de varias recorridas diurnas, ya desaparecida la amenaza británica, el *Forest* encontraría el cadáver del mayordomo del buque argentino hundido, de apellido Sandoval. Sus restos fueron enterrados con honores y la bendición del padre Nicolás en el cementerio militar que habíamos preparado en nuestra posición en Puerto Yapeyú.

El 11 de mayo a las nueve horas, con las primeras luces, toda la posición defensiva se puso de pie y entonó las estrofas de nuestro Himno Nacional en recordación del día de nuestra canción patria, viviéndose momentos de honda emoción.

La posición, mientras tanto, continuaba esperando las acciones bélicas. Ya se había adoptado un sistema de descanso. Aproximadamente, un tercio de cada subunidad o sección independiente bajaba a las instalaciones del puerto, operada por la Compañía de Ingenieros 3, donde se bañaba, descansaba e incluso, en la medida de lo posible, se le reforzaba la ración. Por la noche, volvían a la posición. La situación fue limitando cada vez más esta actividad, aunque se trató de mantenerla el mayor tiempo posible. Cuando las acciones bélicas las interrumpieron y el consejo de los médicos motivó al suscripto a evacuar de las posiciones a los soldados muy disminuidos físicamente por la escasa alimentación (se llegó al extremo de no poder proporcionar más de 1.500 calorías diarias cuando lo aconsejable eran 5.000 calorías) se alojaron en el puerto cerca de 100 soldados.

El 13 de mayo el comando superior ordenó enviar patrullas terrestres al cerro Rosalia, para tener bajo observación la zona del estrecho

San Carlos en su línea norte. Esta misión se cumplió trabajosamente, pues a falta de otros medios de movilidad, debió realizarse a pie por senderos apenas marcados y bajo persistentes lluvias y vientos arrachados. Cada patrulla permanecía en la altura de dos a tres días, a los cuales se sumó un día de marcha de ida y otro de vuelta.

El 16 de mayo a las veinte horas, el radar detectó hacia el Norte la aproximación de varias patrullas a pie a unos tres kilómetros de distancia. El jefe de regimiento ordenó abrir fuego con armas pesadas sobre los blancos detectados, provocando la dispersión y el repliegue de las patrullas, lo que se informó de inmediato al comando superior. Se solicitó apoyo de reconocimiento aéreo y de tropas comando.

Al día siguiente y luego de observar durante esa noche nuevos reagrupamientos de las patrullas detectadas, avances y retrocesos ante los fuegos, hasta ser anulados sus movimientos, se ordenó al jefe de la Compañía C destacar patrullas para detectar vestigios de las acciones nocturnas efectuadas y anuladas por nuestros fuegos. Gran sorpresa, en la zona de probable acción enemiga yacían gran cantidad de ovejas muertas por los fuegos realizados durante la noche. En conclusión, inexperiencia del operador del radar para distinguir personas de animales produjo sorpresa y frustración.

El día 18 de mayo arribó a la posición un helicóptero Puma, transportando al teniente Jorge Bernabitti que había quedado en el continente ante el frustrado viaje del buque *Córdoba*, trayendo un mortero 120 milímetros con su munición. Al día siguiente arribaron dos fracciones de la Compañía de Comandos 601 a órdenes de los tenientes primeros Sergio Fernandez y Jose Duarte. Acto seguido reuní esos oficiales con la plana mayor de la unidad para intercambiar información sobre la situación del sector. Ese mismo día, a la tarde, una sección de comandos efectuó un reconocimiento terrestre del sector noroeste de la posición, regresando al anochecer sin novedad.

X

Comandos en la Gran Malvina

Por el Cnl VGM José Martiniano Duarte[1]

Desde finales de mayo habíamos quedado en Puerto Yapeyú, mi sección completa y el teniente primero Sergio Fernández con un grupo de emboscada antiaérea, como se le llamaba al equipo formado por tres lanzadores de Blowpipe (misil antiaéreo de corto alcance).

Los helicópteros, que eran los únicos vehículos capaces de regresarnos a Puerto Argentino y reunirnos con el resto de la Compañía de Comandos 601, habían sido derribados o se encontraban empeñados en el combate por las alturas que rodean la capital de las islas.

La misión principal que teníamos en ese pequeño puerto sin barcos de la Gran Malvina era a partir del 5 de junio la de observar la bahía de San Carlos desde un puesto de observación en el cerro Rosalía, al norte de la isla y a más de treinta kilómetros de distancia. El enemigo una vez que estableció su cabeza de playa comenzó a extender, metódica y progresivamente, su dominio sobre la Isla Soledad, en busca de la conquista del objetivo estratégico operacional de la campaña: Puerto Argentino.

Desde que la flota había arribado al Atlántico Sur, el objetivo estratégico militar de la campaña, el dominio del espacio aéreo y naval, había estado en poder de los británicos. Esto les garantizaba, salvo las ocasiones en que la audacia de los pilotos de la Fuerza Aérea Argentina producía algún desequilibrio momentáneo, el dominio absoluto de todo el territorio del archipiélago.

La noche del 5 de junio, el teniente primero Leopoldo Quintana, uno de mis dos jefes de grupo, luego de recibir la orden y preparar su equi-

---

[1] Se desempeñó durante la campaña como jefe de una sección de asalto de la Compañía de Comandos 601 con el grado de teniente primero.

po, partió con su patrulla de exploración constituida por el sargento primero Juan Carlos Ruiz, el sargento Oscar Alfredo Pérez y el cabo primero Miguel Rivero. Los acompañé unos metros hasta que estuvieron próximos a las posiciones de la Compañía C, del Regimiento de Infantería 5. Debían recorrer más de treinta kilómetros hasta alcanzar el cerro Rosalia y observar la bahía de San Carlos.

Mientras caminaba a su lado, les recomendé algo que ellos sabían de sobra, su misión era de exploración y debían observar e informar: no debían, no podían, empeñarse en combate.

"Quintana –le dije, mientras los acompañaba–, esta es una misión de exploración". Me miró con una expresión que me hizo acordar a *El Arte de Mandar*, de André Gavet: "Los hombres valientes y dispuestos son siempre altivos...". Igual se lo repetí dos o tres veces más. Le recordé también el punto de encuentro alternativo en Many Branch, un caserío en el centro de la isla, al norte de Puerto Yapeyú. "Sí, sí mi teniente primero, regrese que hace frío", me dijo impaciente Quintana, mientras se acomodaba el fusil.

No los volví a ver hasta la noche del 8 al 9 de junio. Los habían descubierto y el enemigo había intentado aferrarlos y cercarlos. Los británicos se movían con absoluta libertad, apoyo de fuego y comunicaciones. Dos helicópteros con hombres equipados los persiguieron por horas. Eludieron varios encuentros próximos, a no más de trescientos metros, con patrullas enemigas, siempre muy superiores en número y, principalmente, en apoyos.

Alisté al resto de mis hombres y salimos de noche hacia Many Branch. Nos movimos durante unas horas hasta que la carta, la brújula, unos matorrales, un seto vivo y el camino elemental que parecía caer en la penumbra de un bajo nos dijeron que habíamos llegado. Como sombras, mis hombres se aproximaban dejando una estela de bultos en la noche. El silencio total, en esa oscuridad, nos hizo pensar en la presencia de tropa al acecho. Sabíamos que había solo dos posibilidades: eran ellos o el enemigo.

Primero fueron unos ruidos, unas señales de silbidos y chasquidos, mensajes que solo nosotros podíamos reconocer. La respuesta fue satisfactoria. Ellos sentían y presentían lo mismo que nosotros; solo entonces iniciamos la aproximación final. Mi gente estaba intacta y la alegría del reencuentro valió todo el esfuerzo.

Regresamos a Puerto Yapeyú y lo cierto es que nos habíamos quedado sin el puesto de observación que nos permitía cumplir con la misión y esto en la guerra es terrible. El teniente primero Fernández, el más antiguo de la Compañía de Comandos en la isla –había quedado

con dos hombres de su sección para conformar el equipo de emboscada antiaérea–, insistía que debíamos encontrar rápidamente otro lugar desde donde observar. Yo pensaba que debíamos tomarnos tiempo para encontrar una posición que nos asegurase el necesario repliegue en caso de ser descubiertos. Una vez que uno atravesaba las últimas posiciones amigas y sobrepasaba la distancia del alcance de las armas de la defensa, se encontraba en territorio adversario. No quería regalarle una victoria fácil al enemigo.

Recuerdo que nos quedamos hasta tarde mirando la carta y analizando las posibilidades, las alturas, la costa y las dificultades que presentaba un adversario que era dueño del espacio aéreo, naval y terrestre. La verdad es que, en un territorio completamente dominado por el enemigo y sin apoyos de ninguna clase, no se hacía nada fácil transitar, alcanzar una posición segura y mantenerla por el tiempo necesario que permitiera obtener información.

La mañana del nueve de junio, con toda mi sección, menos la patrulla de Quintana, estábamos en camino. La idea era evitar los llanos y bordear el estrecho, hacia el norte por las alturas y, en lo posible, encontrar un lugar desde donde pudiéramos observar la cabeza de playa enemiga.

Alcanzamos unas piedras enormes, como crestas, un desfiladero de basalto que formaba un corredor. Nos detuvimos a observar y encontramos rastros de actividad reciente pero, aunque consideramos que podrían ser huellas enemigas, eran tantas las posibilidades que, al no encontrar evidencias certeras, continuamos la marcha.

Poco después pensé que mi patrulla era un despropósito en esa inmensidad. "Tantos hombres para encontrar un lugar, si con solo cuatro podrían…", pensé.

"Yo seguiré con Moreno, Altamirano y Ríos, usted regrese con el resto", le ordené al teniente Isidro Alonso Jardel, mi otro jefe de grupo, mientras nos preparábamos para continuar la marcha después de un breve descanso. Alonso y su mirada me decían que no. Trató de argumentar y lo dejé hablar pero no accedí.

Seguimos los cuatro hasta que se hizo de noche por las alturas que bordean el estrecho de San Carlos, hacia el Norte. Nos detuvimos entre las rocas a racionar y descansar en "base de patrulla reducida", que es dispersarse en el terreno y cada uno hacerse responsable de un sector de seguridad para, entre todos, intentar cubrir los trescientos sesenta grados. Atentos a cualquier movimiento porque sabíamos que los enemigos que podíamos encontrar eran también soldados sigilosos. Esa noche percibimos movimientos próximos; solo podríamos entender que uno de nosotros se había movido por alguna necesidad fisiológica. La sorpresa

fue que a la mañana, mientras nos preparábamos para continuar, todos comentamos lo mismo, pero ninguno se había movido de su lugar.

Muy temprano continuamos la marcha hasta donde la geografía nos permitió, donde se cortaba por una lengua de mar la línea de alturas que bordean el estrecho, hacia el Norte. Era un lugar elevado y a cubierto. Perfecto. Sin embargo, el mar era siempre un obstáculo. La visión que nos proporcionaba el anteojo de campaña, esa luminosa mañana del diez de junio era nada; a pesar del cielo completamente azul, el aire diáfano y la excelente visibilidad; apenas una línea negra, fina y distante en el horizonte, nos hacía presumir la bahía de San Carlos. Los instrumentos y los cálculos nos decían que ahí estaba. Una cosa nos llamó la atención esa mañana, el ruido de turbinas nos indicaba que despegaban y aterrizaban aviones Harrier en San Carlos. Esa era toda la información que obtuvimos desde allí y la comunicamos. Era mucho y casi nada. Encender la radio y comunicarse era ya una decisión difícil, estábamos en territorio enemigo y ellos tenían la tecnología que les permitía detectarnos. Decidí que al otro día debíamos continuar la búsqueda, bordeando las entradas de mar y, sin reparar en las alturas, alcanzar un lugar desde donde tener una mejor visión.

Regresamos siguiendo la línea de alturas. Como siempre alternativamente a un lado y otro de la cima, sobre la cresta militar, para no recortar la figura en el horizonte y manteniendo la distancia de quince a veinte pasos entre hombre y hombre. Las rocas proporcionaban cubiertas desde las cuales observar en todas direcciones y las usábamos con frecuencia. Apuré el paso y entregué la radio mochila que turnábamos. Tomé la punta de la patrulla. Ya era casi mediodía y habíamos avanzado diez kilómetros de turba y piedra.

Seguimos uno o dos kilómetros más y nos encontramos otra vez las rocas como paredes, que habíamos reconocido de ida. Decidí pasarlas por la derecha, por el Oeste, manteniendo la visión lejana del poblado de Puerto Yapeyú y dejar la visión del mar. Confieso que pensé en registrar el interior rocoso otra vez, pero me urgía el día después. Con Alonso debíamos encontrar un lugar desde donde observar la cabeza de playa del enemigo.

Recorrí la pared que a mi izquierda, a centímetros, era de laja maciza de casi cinco metros de altura. Caminé junto a la piedra unos metros. El sigilo era cosa natural, no premeditado, aprendido en largos días y desveladas noches. Me detuvo un ruido cotidiano, impensado en ese lugar; di un paso más, era un tráfico de radio y una voz extraña y entrecortada a uno o dos metros de donde estaba. En un instante la sorpresa le dio paso a la certidumbre. Ahí mismo, del otro lado de la roca

había gente hablando por radio. Examiné la pared de piedra con rigor buscando una grieta. Giré la vista, Moreno se acercaba mirando y me miraba preguntándome. Él todavía no escuchaba, pero al ver mis movimientos, supo que algo no estaba bien. Cuando estuvo cerca le apunté la mirada y le indiqué con el dedo índice en mi oreja que escuchara. Los ojos de Eusebio se iluminaron y abrieron enormes y su cabeza dijo sí en un movimiento, comprendió, estaba escuchado lo que yo escuchaba. Una cosa recuerdo con particular nostalgia: la expresión de Eusebio fue de sorpresa, pero no de miedo o desazón, fue de alegría feroz. Para él –lo sé por lo que ocurrió y por lo que hablamos después– habíamos encontrado el combate que buscábamos.

Empezamos a retroceder como en otro tiempo, en otro ritmo, lentamente, más sigilosos aún. Mientras tanto, mil dudas pasaron por mi mente: ¿era una patrulla enemiga?, ¿era un equipo de control aéreo propio? –aunque nunca los hombres de la Fuerza Aérea se alejaban de las propias líneas–, ¿eran pobladores locales campeando ovejas? –los pobladores locales hablaban inglés, salían a buscar ovejas y se comunicaban con radios–, ¿era la avanzada de una fuerza mayor que estaba aproximándose, tal vez intentando envolver la posición de Puerto Yapeyú?

Ocho, diez metros hacia atrás, hacia el Norte, había unas rocas. Ahí nos detuvimos y nos desprendimos del equipo.

"¿Hablaban en inglés?", le pregunté a Eusebio, como si tuviera que confirmar mis certezas, mientras dejaba la mochila sobre el piso.

"Sí, son ellos", me dijo sin dudar, mientras deschavetaba una granada de mano con destreza y mantenía el fusil con ambos brazos.

"Espera", le susurré; tenía que estar seguro, y sé que no lo hubiese autorizado aunque estuviese seguro.

Ríos y Altamirano habían visto nuestros movimientos y sabían que algo pasaba. Llegaron casi juntos y se desprendieron del equipo, actuando por imitación, sigilosos. Sabían que hacer. No tuve necesidad de decirles, unas señas bastaron.

Tomamos posición detrás de las rocas. Las mil dudas no se habían despejado. No quería combatir contra pobladores locales. Eusebio hizo el movimiento de arrojar la granada y le tomé el brazo en el momento en que veía un soldado arrastrándose entre las rocas hacia nosotros. No me veía, no nos había visto.

Era un morocho con pasamontañas verde oliva. El pasamontañas y la cara del morocho de negros bigotes, aportaron más indicios a mis dudas. Principalmente, la particular prenda me era familiar, cosa que después confirmé. Lo veía de frente a unos ocho metros, solo su rostro y sus hombros. Decididamente no parecía inglés.

"¡Alto! ¿argentino o inglés?", le grité y me miró asombrado y, aunque no esperábamos a esa altura una respuesta tranquilizadora, me asomé aún más y le grité que salieran con las manos en alto. "¡Hand up... hand up!", le dije, para reforzar.

La respuesta fue una ráfaga de AR15, calibre 5,56 milímetros, que ahora sé, pero en ese momento entendí solo como una invitación al combate. No hubo más dudas, era el enemigo. Aunque en el combate siempre persisten las dudas, lo tremendo en este caso era que, estando al mando de esa pequeña fracción, yo no sabía (no podía saberlo) si el enemigo al que enfrentaba era una patrulla de exploración o una fuerza que nos superaba en número y que nos podría aferrar a escasos diez metros de distancia.

Eusebio arrojó su granada con tanto brío que fue a dar dentro del pasadizo de rocas donde ya se había perdido el soldado enemigo, mientras todos abríamos el fuego. Recuerdo que me refregué los ojos porque la sorprendida ráfaga del morocho dio justo delante de mí y de Altamirano, en el parapeto de rocas que nos cubría.

Mientras disparábamos y nos disparaban, en fracciones de segundos calculaba las bocas de fuego que estábamos enfrentando. Esperaba sumar pero no fue así. Le ordené a Ríos que disparase una granada de fusil hacia la posición enemiga y una granada detonó detrás nuestro, muy por detrás, ineficaz, y fuego nutrido sobre nosotros. Pero no se sumaban armas. Un cálculo autómata me decía que no había ahí adelante más hombre que nosotros.

La sorpresa, la distancia del contacto –no más de quince metros–, el aferramiento mutuo consecuente, nuestra absoluta falta de apoyos que hacía que el tiempo jugara en contra nuestra y, tal vez, la imposibilidad de ellos de solicitarlos por la urgencia que les impuso nuestra agresividad y decisión hicieron que este fuera un combate a muerte. Disparábamos haciendo fuego apuntado.

Dos hombres, haciendo un extraordinario valet de fuego, movimiento y destreza, se desplazaban ahora hacia nuestra izquierda (Oeste). Pensé que pretendían envolvernos. Ríos finalmente disparó la granada de fusil, que fue a estallar por detrás de los que se movían, y Moreno aprovechó para desplazarse hacia la izquierda, arrastrando a Ríos.

La acción se desplazó a la izquierda, hacia la bahía y las alturas que nos separaban del estrecho de San Carlos. Aun teníamos el conjunto de rocas al frente, pero ya no recibíamos fuego desde ese lugar. Al menos era extraño.

Altamirano apuntaba y disparaba a mi lado desde la posición de rocas. Ambos apuntábamos y disparábamos. Lo hacíamos alternada-

mente sobre los hombres que aparentemente pretendían alcanzar una posición a nuestro flanco izquierdo y sobre la posición inicial, las grandes rocas que se alzaban frente a nosotros. No era imposible que en cualquier momento recibiéramos fuego desde ese lugar. Creo que la incertidumbre y la imaginación producen esas obsesiones.

Fuego y movimiento, así fueron tomando distancia y ganándonos el flanco izquierdo. De pronto, mientras uno de ellos nos disparaba, el otro corrió y dio un salto volteándose en el aire, cayó y siguió disparando. El otro se incorporó y mientras lo sobrepasaba lo vio desarmarse, derrumbarse. Todos lo vimos. Se detuvo, tal vez un instante antes de ser alcanzado por un disparo, porque le apuntábamos y le disparábamos. Arrojó el fusil y gritó palabras incomprensibles, desesperadas. Se estaba rindiendo. De repente se convirtió en persona y dejó de ser un blanco.

Nosotros desplazamos el fuego hacia las rocas que teníamos enfrente. No podía creer que no escuchásemos más disparos. Se hizo una pausa de fuego y cambié el cargador.

El hombre que agitaba los brazos y gritaba, ahora desarmado, imploraba por su vida. No entendíamos qué decía, pero se aferraba a la vida.

"¡Come here, come here!", le grité asomándome, mientras seguíamos disparando contra las rocas. "¡Venga con los brazos en alto!", y el hombre se fue acercando.

Al llegar, vimos que temblaba y gritaba, imploraba. Frente a él había unos soldados que, como él, vestían uniforme mimetizado, usaban boinas verdes, estaban enmascarados y se movían con la soltura de soldados aislados, sigilosos y entrenados. Veía lo que podía, sombras que se movían entre las rocas, no sabía cuántos éramos ni qué planes teníamos para con él. Me esforcé por hacerle entender que era prisionero de guerra.

"¡Prisionero de guerra, convención de Ginebra!", le repetí varias veces, mientras le mostraba que ponía el seguro del fusil, hasta que dejó de temblar. Así y todo, pasó un rato hasta que pude lograr que me diera la espalda y pusiera las manos contra la roca para registrarlo.

"¿Cuál es su grado?", interrogué, cuando lo tuve otra vez frente a mí.

¡*Soldier, soldier!*", repitió varias veces. Luego supe que era el cabo primero Ray Fonseca.

"¿Cuál es el grado del otro?", le pregunté señalando hacia el lugar del caído.

"*Soldier, soldier*", insistió. En realidad era el capitán John Hamilton. Ambos eran miembros de SAS (Special Air Service). Hamilton, de destacada actuación en el conflicto, había participado en el desembarco en las Georgias, donde habían obtenido el pasamontañas de la Infantería

de Marina argentina, que me había resultado familiar cuando vi al morocho. Se había desempeñado también como uno de los comandantes tácticos de la operación contra el aeródromo de la Isla Borbón, donde nos destruyeron once aviones.

"¿Cuántos son?"

"*Two, two...*"

"¿Solo dos?", insistí.

"*Two, only two*", dijo. Después, mucho después, supe que también me había mentido. Era una patrulla de cuatro hombres. Tal vez, dos de ellos estaban en misión de exploración, alejados del lugar en momentos del encuentro o tal vez se replegaron por las alturas hacia el Sur, una vez que el jefe fuera abatido.

"¿Cómo llegaron hasta aquí?"

"*¡By helicopter!*", respondió haciendo girar una de sus manos. No me decía nada y me estaba diciendo mucho, porque era casi una obviedad. Los había escuchado hablar por radio y estábamos, como mucho, a diez minutos de helicóptero de San Carlos. Entendí que no tenía tiempo que perder. Una baja y un prisionero, a esas alturas, eran un buen resultado, pero, si el caído estaba con vida, íbamos a tener problemas. La situación no era sencilla, no podíamos llamar por radio y pedir apoyo sanitario, no disponíamos de apoyo aéreo cercano ni posibilidad de refuerzos. Tampoco podíamos hablar con el enemigo para que rescatase al caído. Ellos, los ingleses, eran los únicos en doscientas millas a la redonda que tenían esas posibilidades. Nosotros, no habíamos sido entrenados para abandonar a un herido a su suerte, aunque fuese enemigo. Si el hombre estaba con vida íbamos a tener que llevarlo, entre nosotros cinco, incluido el prisionero.

"Moreno, adelantate a ver al caído", grité, y Eusebio se fue acercando mientras lo cubríamos atentos, expectantes, siempre haciendo fuego hacia las grandes piedras. Llegó, apartó el arma, se inclinó sobre el hombre, lo examinó y se incorporó para hacerme señas. Las señales fueron categóricas: el soldado estaba muerto.

Le pregunté al prisionero si hablaba español y me respondió que hablaba inglés e italiano. Esto fue un alivio. "Italiano es otra cosa", pensé, y le dije, en ese idioma, que sentía mucho que su "amigo" estuviese muerto. Sentía que debía tranquilizarlo.

Les ordené a mis hombres que registraran el lugar rápidamente, que tomaran y transportaran todo lo que pudieran del equipo enemigo y nos replegáramos. Íbamos a dejar al soldado muerto en el lugar donde cayó hasta el otro día cuando, con más tiempo y seguridad, pudiéramos rescatarlo. Esta fue una decisión íntima y personal porque

Espera en las posiciones







no iba a arriesgar a mis hombres. No me equivoqué porque, a los pocos minutos de iniciar el repliegue, un par de aviones Harrier pasaron sobre nosotros. La actividad aérea nos obligó reiteradamente a tomar posición de cuerpo a tierra, mientras nos acercábamos a Puerto Yapeyú. La formación se alargó considerablemente, por la demora que significó el registro del lugar y por el peso del equipo que transportaban Moreno, Altamirano y Ríos, que llevaron todo lo que encontraron.

En una de esas oportunidades en que tomábamos la posición de cuerpo a tierra para evitar ser vistos por los aviones ingleses, observé que el prisionero me miraba serio, grave, como si se interrogara sobre lo ocurrido, como no pudiendo creer lo que le estaba pasando.

"La guerra es la guerra", le dije, sin la intención de que comprendiera, "hoy sos vos, mañana puedo ser yo".

Cuando las posiciones adelantadas de la Compañía C del RI 5 estuvieron a la vista, le ordené a Altamirano que se adelantase y transmitiera que estaba todo bien. Estaba seguro que, a la distancia, habían escuchado el combate y se habrían preocupado. Los hombres de la Compañía C no eran más de diez y, cuando vieron que llevábamos un prisionero, estallaron de alegría. El jefe de fracción, se adelantó con dos de sus hombres a recibirnos y darnos una calurosa bienvenida.

XI

Un día intenso en Dos Hermanas

Por el Cnl VGM Esteban Vilgré de Lamadrid[1]

El viernes 11 de junio se presentía que una acción ofensiva era evidente, el jefe de compañía, el teniente primero Abella, recorrió las posiciones de la primera y la tercera sección acompañado por los soldados Goñi y Britos; conversando y haciendo bromas con el personal. Luego se reunió con los jefes y encargados de las secciones[2] y en tono más serio los arengó acerca del ataque que se avecinaba, recomendando repasar los detalles del plan de repliegue, controlar los fuegos preparados de las ametralladoras sobre el valle y revistar el armamento. Indudablemente ese día sería intenso para los defensores. Antes de oscurecer se tenían todas las señales de lo que ocurriría. Los aprestos realizados por los británicos en el cerro Kent, el adelantamiento de su artillería, los movimientos de tropa a sus posiciones de partida y la lluvia endemoniada de proyectiles anunciaban la inminencia de acción. Existía la firme convicción que esa era la noche. No obstante, se reunían en las cuevas a rezar el Rosario, conversar, fumar un cigarrillo y comentar lo que se venía.

A medida que avanzaba la oscuridad, el fuego británico se hacía más intenso en las alturas de Dos Hermanas y Longdon. Algunos proyectiles caían a no menos de 100 metros de las posiciones, eso no impedía que se reuniesen –sin saberlo– por última vez en la "cantina", lugar que se había improvisado con el toldo de un camión en el sector de la sección La Ma-

[1] Se desempeñó durante la campaña como jefe de la 3ra sección de la Compañía B del RI Mec 6 emplazada en el sector norte del cerro Dos Hermanas.

[2] Los subtenientes Corbella y Vilgré de La Madrid, el sargento primero Corbalán y el cabo 1ro Ruiz.

drid. Allí escucharon en la radio uruguaya las últimas noticias sin censuras, conversaron de temas absolutamente diferentes a lo que estaban viviendo tales como qué comerían al regreso, qué actividad harían o a qué lugar irían y trivialidades como esas. Esto terminaría cuando los puestos de escucha informaron de movimientos en el frente y el flanco izquierdo y las ráfagas de artillería fueron más cercanas perforando con sus esquirlas la lona del toldo, que, cubierto de turba, hacía las veces de techo.

En medio de la oscuridad –solo iluminada por las tremendas explosiones en las posiciones de la sección Baldini del Regimiento 7 en Longdon y en las del Regimiento 4 en Harriet– y de los silbidos de los proyectiles terrestres y navales pasando sobre sus cabezas, los soldados de primera línea seguían preparándose.

Una explosión a unos 300 metros del Longdon rompió la monotonía; de inmediato un infierno de trazantes, explosiones de artillería y morteros sumados a la lúgubre y tenue luz de las bengalas iluminando las posiciones demostraron que el combate había llegado. Los jefes de sección y de grupo se reunieron en sus puestos comando intercambiando opiniones y recomendaciones. Se estudió el procedimiento de ataque inglés, que aparentemente era el siguiente: las trazantes marcaban a los morteros de 60 milímetros las principales resistencias, estos disparaban mientras los morteros de 81 y 120 milímetros reglaban y luego en sus fuegos de eficacia mezclaban cartuchos de munición iluminante que servía de guía a la artillería naval... se comentó eso y se ordenó que no disparasen estáticos cuando llegase el momento.

Este caos, normal en el combate, se entremezclaba con los fuegos propios y el de nuestra artillería que disparaba también con iluminantes, que el viento empujaba sobre el cerro favoreciendo a los atacantes, que, no obstante, no podían avanzar.

Así refiere uno de sus jefes de sección lo ocurrido en el Longdon: "Aproximadamente a las 20 horas (oscuro y sin visibilidad), el puesto adelantado del cabo primero Zapata envió al soldado Roldán para advertir sobre el comienzo del avance por parte de los paracaidistas británicos (que habían sido martillados todo el día por el fuego de la propia artillería reglado por los integrantes de la compañía) en dirección al cerro Longdon, posición del RI 7".

Una vez delatado el ataque por un soldado británico que pisó una mina, los paracaidistas intentaron un desplazamiento por el valle. Allí se encontraron con las ametralladoras de los soldados Horisberger y Poltronieri, que les abrieron el fuego. Esa acción y la certeza de los británicos de que se poseían armas antitanque evitó el libre desplazamiento de sus vehículos blindados en apoyo.

Espera en las posiciones







Con el transcurrir de las horas fuimos testigos de uno de los combates más heroicos de la guerra. Los británicos atacaron con convicción pero una y otra vez fueron rechazados. Era impresionante ver el cielo iluminado por las bengalas y las municiones trazantes rebotando contra las rocas. La posición de ametralladora más cercana al enemigo disparaba con precisión para hacer una pausa durante la que éste devolvía el fuego con furia, más cuando creíamos, impotentes, que no habría sobrevivientes... volvía a escupir munición como si fuese una fortaleza... esos hombres sí que poseían atributos... eran los integrantes de la sección Baldini del RI 7 caído esa noche, pero a pesar de ese derroche de coraje pronto el Longdon se fue acallando y el combate se hizo más lejano.

XII

La Altura 307

Por el Cnl VGM Ernesto Repossi[1]

En febrero de 1981, habiendo finalizado el subperíodo básico de instrucción de la clase incorporada, ordené al subteniente Villanueva, organizar y adiestrar una sección para operar en el ámbito patagónico en forma aislada y con aptitudes especiales para la ejecución de exploración avanzada y acciones tipo comando.

Para ello autoricé al subteniente a seleccionar los suboficiales entre los más destacados de la unidad, por sus condiciones personales y profesionales. La elección recayó sobre los cabos primeros José Delgado y Héctor Tavia, dos nativos de la Patagonia, profesionales de pura cepa y conocedores de la zona y de su gente. Se agregaron además el cabo primero Víctor Aguilar y el cabo Walter Argüello, jóvenes suboficiales de destacado desempeño.

Sobre la base de lo observado en la clase incorporada durante la instrucción en el subperíodo básico, se seleccionaron los soldados que podrían adaptarse mejor a las rudas exigencias a las que se sometería la sección. La mayoría de ellos eran patagónicos, fuertes, rústicos, silenciosos y sufridos. En la lista de la sección encontramos nombres que revelan su sangre mapuche-araucana (Lauquen, Apiwan, Catriuel) o galesa (Roberts y otros), y el eficiente estafeta y radioperador todo terreno Aboud, cuya sangre árabe se ponía de manifiesto en todas las tareas logísticas de la sección.

---

[1] Se desempeñó durante la campaña como jefe del Regimiento de Infantería 8, emplazado en Bahía del Zorro, en la Isla Gran Malvina.

La fracción, bautizada como los Simbas,[2] se organizó en tres grupos, pero bajo el concepto de patrullas autónomas, cada una de ellas con especialistas en supervivencia, explosivos, tiradores especiales y sanidad. La instrucción fue muy intensa y específica durante todo el año, de manera complementaria recibieron un curso tipo comando, de dos semanas de duración, que fue impartido por el jefe y los oficiales del RI 25, el cual sirvió para modelar definitivamente la sección.

La sección cruzó a las islas el 5 de abril acompañando al jefe del Regimiento y su plana mayor, y en los primeros días ocupó posiciones en proximidades de Puerto Argentino, cerca de Sapper Hill.

Cuando la unidad se trasladó a la Bahía del Zorro, la sección fue destacada a la altura 307, lugar desde donde se podía controlar por las vistas el acceso a la bahía para proporcionar alerta temprana e información sobre buques enemigos. Su misión inicial fue alertar a la unidad en caso de desembarco enemigo y operar en la retaguardia de esa tropa, con acciones tipo comando y de hostigamiento.

Debido a las condiciones extremas de la posición, la sección fue dividida en dos mitades, de manera tal que cada fracción ocupara la posición durante una semana, mientras la otra permanecía en posiciones dentro del dispositivo del regimiento.

El racionamiento resultó un tema vital, no solamente por la necesidad de tener comida caliente, sino por el intenso desgaste físico que impuso la ejecución de patrullas a campo traviesa en ese tipo de terreno. Ello implicó para la fracción que subía al cerro, llevar consigo los víveres secos necesarios para vivir durante una semana. Por lo demás, la carne que se consumió fue la que se pudo obtener de animales de la zona y el agua, la que se obtuvo de dos vertientes naturales existentes en el sector.

Aprovechando las formaciones rocosas de la altura 307, los grupos ocuparon posiciones de circunstancia entre las rocas, en improvisadas cuevas y refugios, con la suficiente dispersión para evitar el eventual efecto de la artillería, tratando de formar un círculo defensivo para el caso de ser sorprendidos en la posición con un golpe de mano o incursión enemiga.

La altura y el efecto de los fuertes vientos provenientes del mar hicieron que las temperaturas fueran extremadamente bajas. Ello obligó al movimiento permanente para paliar los efectos negativos del clima.

Así transcurrieron los días, ejecutando los planes de patrulla, especialmente sobre la costa para detectar indicios de presencia enemiga.

2 En swahili, lengua nativa del Congo africano, significa leones.

Las patrullas tuvieron un alcance de 10 a 20 kilómetros, lo que les impuso varias horas de marcha debido a la dificultad de desplazarse a campo traviesa sobre la turba malvinense.

Esta actividad fue permanente, además, porque la altura 307 estaba gran parte del tiempo cubierta por densa niebla, que obligaba a bajar sobre las laderas de la posición para poder observar a mayor distancia. En oportunidades la visibilidad era nula, al punto de que al alejarse unas decenas de metros de la posición, se tenían serias dificultades para orientarse y regresar a ella.

Las comunicaciones con la unidad fueron muy limitadas debido a que las baterías de las radios modelo Thompson tenían poca duración y resultaba imposible cargarlas en ese lugar. Prácticamente no hubo comunicación radial los primeros días en la posición.

La sección presenció gran parte de los bombardeos a la unidad, especialmente los nocturnos, desde su solitaria posición en la altura 307, con la particularidad de que, a lo lejos y hacia la oscuridad del océano, era posible ver el resplandor de los cañones enemigos al disparar y unos segundos después, la detonación en las posiciones.

En una patrulla realizada hacia la zona de Puerto Edgard, se detectó la presencia de helicópteros enemigos. Ante la imposibilidad de llegar por modo terrestre, se informó al J Un, quién ordenó retornar a Bahía del Zorro. En ese lugar, un grupo, a órdenes del subteniente Villanueva, embarcó en la goleta *Penélope*[3] para realizar una aproximación por mar hasta el lugar. La navegación y posterior exploración del lugar se realizó sin poder tomar contacto con el enemigo. Ese lugar se encontraba en la dirección de aproximación de los ataques de aviones Harrier sobre las posiciones del RI 8, por lo que se estimaba que la presencia enemiga podía deberse a tareas de balizamiento previo realizado por fuerzas especiales.

El 16 de mayo, cuando el jefe de sección regresaba a las posiciones de la unidad con un grupo, luego de una semana de patrullas, en formación de columna, mientras atravesaba un obstáculo minado propio, el último hombre de la formación alertó sobre la aproximación desde retaguardia de dos aviones Harrier que avanzaban, a gran velocidad y a muy baja altura, en curso de ataque hacia las posiciones del RI 8. En esas circunstancias, el jefe de sección ordenó dispersarse y tomar cubierta, por lo que la patrulla ingresó al obstáculo minado, mientras

---

[3] La embarcación, de solo dieciocho metros de eslora, era propiedad de la *Falklands Island Company* que la ARA empleaba para misiones diversas a cargo del capitán de corbeta González Llanos.

aprestaba sus armas para abrir fuego. Era la primera experiencia de fuego real hacia una aeronave en vuelo a baja altura. Pese al fuego, el piloto no dio importancia a la patrulla y se concentró en su blanco que fue un buque que se encontraba en el muelle de la bahía y las posiciones del regimiento. Al alejarse los Harrier e incorporarse la fracción, se observó claramente a los aviones lanzando sus bombas sobre los blancos y hacer maniobras evasivas mientras eran batidos intensamente por fuego propio de las posiciones de la unidad y la Compañía de Ingenieros 9.

Ante lo reiterado del cañoneo enemigo y debido a la imposibilidad de responder a ese fuego por falta de alcance de los morteros pesados, convoqué al jefe de la sección Exploración y al de Morteros Pesados, para intentar emplazar los morteros en la altura 307. Por la imposibilidad de desplazar el material a brazo y a campo traviesa hasta esa altura, las patrullas intentaron valerse de caballos dispersos cerca de las posiciones. Con gran entusiasmo y esquivando varias patadas y mordiscos de los equinos, se logró capturar dos ejemplares, pero su estado semisalvaje y la falta de albardas, riendas y frenos hicieron imposible montarles carga alguna, lo que dio por tierra con la operación pensada.

El plan de patrullas contempló además establecer base en el cerro Sullivan, una altura ubicada al noreste de las posiciones del regimiento, desde la que operó alternativamente el jefe de sección con uno de sus grupos.

El 14 de junio, un soldado estafeta llegó al cerro para transmitir al jefe de la sección la orden de replegar las posiciones con todo el material conforme al cese del fuego acordado. Embargados por una gran tristeza, pero disciplinadamente, con sus jefes a la cabeza, formados en doble columna, con las armas en apresto y la cabeza en alto, la sección Exploración bajó de la altura 307 convencida de haber cumplido con su misión.

XIII

Sargento Mario "Perro" Cisnero[1]
¡Hasta la resurrección!

De *Malvinas, 20 años, 20 héroes*, Biblioteca Soldados

En la preparación de una emboscada a soldados del grupo de élite SAS, tuvo suceso esta conversación...

Quiroga aprovechó unos minutos para acercarse al lugar donde estaba Cisnero, sentado detrás de una gran piedra buscando protección.

Cruzaron un par de frases y fue en ese momento que tuvo una extraña sensación. Nunca supo si por efecto de la luz de la luna, su rostro reflejó mucha paz, como presintiendo que algo le iba a pasar. Lo percibió a flor de piel. Estaban a centímetros uno del otro.

–¿Todo bien? –le dijo.

–Sí, todo bien.

La respuesta despertó aún más su atención y sobre todo por la expresión del rostro. Quiroga insistió.

–¿Hay algo que te preocupa? ¿Está todo tranquilo?, ¿todo bien?

–Está todo bien –repitió.

–¿Estás cansado?

–No, para nada. En estos momentos estuve pensando y haciendo como un balance de mi vida.

---

[1] Integrante de la Compañía de Comandos 602. Murió en la madrugada del 10 de junio de 1982 durante el combate con una patrulla de las Fuerzas Especiales Británicas (*Special Air Service*) en una zona ubicada al oeste del cerro Dos Hermanas.

–Pero, "Perro", ¿por qué ahora? No me estás hablando de cómo está el terreno más adelante o si tenemos cobertura para hacer la emboscada. ¿Por qué me hablás sobre esas cosas?

–No sé.

Y volvió a repetirle, en medio de un gran silencio que los rodeaba.

–Estuve pensando sobre mi vida, recordando mi infancia, a mis padres. Y vos, ¿tuviste noticias de tu familia?

–Sí –contestó.

Hablaron sobre la emboscada y lo dejó solo con sus pensamientos. Otra vez el silencio. En esas horas desesperantes, de gran incertidumbre, Vizoso, el jefe de equipo, le ofreció un pedazo de chocolate. Cortó la mitad con su cuchillo y se lo pasó.

–Le agradezco mucho su gesto, mi teniente primero. Con la hambruna que tenemos de varios días sin comer, me parece admirable que lo comparta conmigo. (Lo dijo con voz impostada producto de no haber hablado por largo tiempo).

–Es que los comandos debemos ser como los mosqueteros, "uno para todos y todos para uno". Y compartirlo con usted me permite comer a mí también –respondió restándole importancia. Cisnero siguió hablando.

–Aunque a usted le parezca mentira le tengo mucho aprecio, mi familia conoce a la suya y son de buena semilla, se lo digo de todo corazón porque en estas circunstancias no caben las obsecuencias.

–Le agradezco su sinceridad y nosotros compartimos los mismos sentimientos respecto de la suya. Sabemos que son hombres de palabra –acotó el oficial.

–Al igual que ustedes, buscamos siempre la verdad. Usted me permitió que tuviese la ametralladora y no se arrepentirá de habérmela dejado. Estoy muy contento por eso.

–Somos personas simples. Estamos en peligro de muerte y las cosas que valoro son las espirituales y no quisiera presentarme ante el Creador sorprendido en medio de mis vicios.

–Tiene razón, mi teniente primero, pienso lo mismo. Lo único que me interesa es mantener, aun a costa de mi vida, los ideales de Dios, Patria y Familia.

–Sargento, creo firmemente que estamos en este mundo para probar nuestro amor, mantener la verdad más allá de los sufrimientos. La mentira está por todas partes con sus atracciones que nos arrastran por el lodo, pero cuando uno se encuentra, en un lugar olvidado de Dios, con un hombre que sé los quilates que pesa, me llena de fuerza para

continuar la lucha. Ambos sabemos que las cosas no están bien, a pesar de ello estoy dispuesto a dar todo de mí, cueste lo que cueste.

–Esas últimas palabras me resultan familiares. Se las puse a mi familia en una carta.

–Usted es famoso por su perseverancia, fidelidad a sus principios y por eso le dicen el "Perro". Sé que esta noche no será fácil para nosotros, pero también sé que tanto la vida actual como la muerte no tienen sentido si no pensamos en la Resurrección. Y donde los que compartimos los ideales cristianos nos volveremos a ver.

–En la Resurrección nos veremos, mi teniente primero.

–Sargento, en el encuentro con la eternidad hace mucho frío, tuve una experiencia muy desagradable en la cordillera de los Andes. Me siento entumecido. Allí aprendí que la unión hace la fuerza. ¿Por qué no nos juntarnos espalda contra espalda y conformamos nuestros sectores de fuego?

–Estoy de acuerdo.

Y así lo hicieron. El "Perro" quedó mirando hacia la izquierda y Vizoso hacia la derecha y en mejores condiciones para enfrentar al enemigo. Callaron, ensimismados en sus pensamientos. Pasaron varias horas. Cerca de la medianoche los cañones del enemigo dejaron de tronar. Sobrevino la calma. Sabían que la muerte acechaba. Repentinamente, el cielo se encendió con una intensa luz que iluminó la zona de combate.

Las bengalas buscaban señalar los objetivos para la artillería. Desde su posición divisaron los fogonazos de las bocas de los cañones. El fuego no duró mucho. No dijeron nada. De nuevo el silencio. El intenso frío los afectaba cada vez más. Ateridos, entumecidos, las manos doloridas por el contacto con el helado acero de las armas.

Los ingleses aparecieron como buscándolos, desplazándose hacia la zona de muerte de la emboscada. Eran las fuerzas de elite del SAS.

Vizoso recuerda: "Su presencia había sido advertida por el escalón de seguridad del teniente Rivas que estaba ahí y nosotros del otro lado. Mientras daban la voz de alarma, dejaron pasar la vanguardia inglesa compuesta por alrededor de diez soldados, lo que indicaba que se trataba de una fuerza completa de entre 20 y 30 hombres. Entraron por la derecha y nosotros estábamos casi en el extremo izquierdo, y por esas cosas de la guerra, el alerta rojo no llegó al escalón Apoyo que integrábamos Cisnero y yo".

De pronto, sintió tensionada la espalda de Cisnero. Giró la cabeza hacia él, sorprendido. Vio cuando abrió fuego con la MAG.

En aquella emboscada a un grupo de comandos de elite ingleses, el "Perro" murió del impacto de un cohete de 66 mm, que dio de lleno en su pecho y lo mató instantáneamente.

La onda expansiva levantó a Vizoso por los aires, que cayó pesadamente sobre las rocas. Cuando reaccionó, le preguntó a su compañero: "¿Qué te pasa hermano?".

El silencio fue la única respuesta. Lo dio vuelta tomándolo con sus dos manos. Estaba muerto, con los ojos muy abiertos. Quiso tomar la ametralladora, pero el pedazo más grande era una parte de la culata, otro de la armadura y tramos de la banda con municiones. Después de enfrentar a los ingleses con heroísmo, herido y sangrante, escuchó la llamada de sus camaradas. Estaba salvado. Se dio vuelta y saludó al inerte sargento.

–Chau, "Perro", hasta el encuentro en la eternidad. Lo tocó y se fue casi desangrándose.

XIV

Resistiendo hasta el final

Por el Cnl VGM Mario Moyano[1]

A partir del 1 de junio la situación fue cambiando, era evidente que el ataque enemigo vendría del Oeste. Fue notable como el fuego naval se dirigía prioritariamente contra la primera línea, pero a partir del día 11 de junio también el fuego de contra batería de la artillería de campaña inglesa nos afectaba por cuanto las posiciones de tiro del GA 3 y de los cañones 155 estaban próximas a las nuestras. De hecho, nunca abandonamos la posibilidad de un desembarco en nuestras posiciones, esto nos mantenía toda la noche en estado de máximo alerta realizando en horas de luz rastrillajes para detectar posibles infiltrados. También coincidente con el cañoneo naval, se sentían ruidos de motores que nos hacían presumir la posibilidad de desembarco.

Una madrugada, escuché el ruido de un avión que sobrevolaba la zona, la visibilidad era casi nula por la niebla. Pensando que era un Hércules propio, me comuniqué con el segundo jefe, mayor Traverso, quien me expresó que el avión estaba identificado como enemigo. Pasaron pocos minutos cuando advertimos una gran explosión próxima a la sección del teniente Ontiveros. Lo llamé preguntándole por su situación y me informó que se encontraban sin novedad, pero inmediatamente me dijo que un misil antirradar había dado en el director de tiro de las piezas antiaéreas del GADA 601 ubicadas en nuestro sector, próximas al camino que conducía al aeropuerto. El teniente Dachari, el sargento primero Blanco y dos soldados de esa unidad habían caído muertos. A partir de esa fecha pudimos observar los combates desarrollados al

[1] Se desempeñó durante la campaña con el grado de teniente primero como jefe de la Compañía de Infantería A del RI Mec 6.

oeste de Puerto Argentino, debiendo por ello, a su vez, destacar algunas fracciones de armas de apoyo para reforzar sus efectivos. Así fue que la noche del 13 de junio a las 20 horas los dos vehículos Panhard, que teníamos agregados, fueron desafectados de la compañía, con la orden de marchar en dirección a Puerto Argentino. El 14 de junio a media mañana recibimos la orden de cese del fuego. Poco después hizo su paso por el lugar la Compañía B del RI 6. Todos nos pusimos a la vera del camino para verla pasar luego de los duros combates que había debido enfrentar. Notamos algunas ausencias, incluso de soldados que durante la paz habían pertenecido a nuestra subunidad. Fue así que preguntábamos ansiosos y preocupados por la suerte que habían corrido. El subteniente Vilgré de Lamadrid me expresó textualmente estas palabras: "...Me encontraba combatiendo a pocos metros de los ingleses y le grité '*Stop the fire* (alto el fuego), repliegue', entonces el inglés me contestó: 'repliegue ja, ja...' y comenzaron a tirarnos con todo, los teníamos ahí, a no más de treinta metros...".

Los 167 hombres de la Compañía A, 23 pertenecientes a la Compañía Comando, 20 de la Compañía Servicios y 6 de la tripulación de dos Panhard del Destacamento de Exploración 181 totalizaban en ese sector de la defensa 216 hombres. Inicialmente, se produjeron bajas administrativas, un herido por disparo accidental de un arma de fuego y otro por pisar una mina antipersonal ubicada para defensa de las posiciones. A la distancia considero un deber expresar que siempre estuvimos en primera línea desde el primer día en que ocupamos el sector defensivo. Siempre tuvimos el convencimiento de que el enemigo atacaría por nuestro sector y mantuvimos la firme convicción de mantenernos en las posiciones. Soportamos y esperamos durante más de cuarenta días el ataque enemigo, que por su potencial nos hacía presuponer un desenlace muy desigual. La presión psicológica fue enorme pero ningún integrante claudicó y fueron muchas las voces de aliento y entrega total. Todos dieron muestras de fortaleza, abnegación y disciplina, sobrellevando la campaña con total dignidad.

XV

Una sección de Patricios

Por el Cnl VGM Víctor Herrero

Los efectivos de la compañía de Patricios agregados al RI 6 transcurrieron su estadía en la posición asignada por su jefatura al sudeste de Puerto Argentino. Nos enfrentamos al frío, al viento, a la lluvia y al bombardeo, en una espera silenciosa sin tiempo. El ánimo se iba minando y la infantería debió acudir a una silenciosa heroicidad sin alarde. Promediando junio llegó la orden de enviar a un suboficial a recibir instrucción de operación de misil SAM 7 y a retirar dos unidades para ser utilizadas en defensa aérea. Para ello, envié al cabo primero Quirós, excelente suboficial de mi sección, quien retornó a la posición con las dos unidades.

Una mañana ordenaron alerta rojo y nos preparamos con Quirós y el misil a la espera del avión inglés, el que apareció sobrevolando Puerto Argentino. Quirós apuntó, le dio tiempo al sensor infrarrojo que adquiriera el blanco y disparó. La poca experiencia hizo que el ángulo entre la línea de mira y la tierra no fuese suficiente, por lo que el misil se enterró sin explotar unos metros más adelante. Ese detalle es una pequeña muestra de cómo con improvisación tratábamos de suplir la falta de preparación, aunque en este caso sin éxito. No tuvimos otra oportunidad de disparar el segundo misil.

Una de las últimas noches antes del cese del fuego, un barco se ubicó en la línea del horizonte, fuera del alcance de los obuses de artillería, e inició el bombardeo. De repente nos sorprendió una explosión detrás de nuestras posiciones y pasó lo que creímos un avión por encima. Nos dimos cuenta que era un misil cuando hundió al barco inglés, era un Exocet MM 39 disparado desde tierra por el equipo del capitán de fragata Pérez. En total fueron dos los misiles que se dispararon

de esa forma, el primero no hizo blanco y el segundo fue efectivo. Las coordenadas de la posición del barco, para orientar en primera instancia al misil, fueron obtenidas por un radar de vigilancia terrestre perteneciente al RI 3

Así llegamos sin mayores cambios, con mucha frustración, pero, por qué negarlo, con una indeseable sensación de alivio, al día de la rendición. No sabíamos qué pasaba pero el ruido de los intensos combates estuvieron presentes toda la noche. A la mañana siguiente vimos a una columna que avanzaba hacia nuestras posiciones y sin saber qué era. Al no poder comunicarme con el jefe de la compañía, ordené un cambio de posición, con un giro de noventa grados, abandonando los pozos. Luego, nos informaron de la rendición y que esa columna era el BIM 5, que se replegaba desde Sapper Hill.

En este punto quiero introducir el relato de un veterano, el patricio clase 1963, Daniel Orfanotti, quien, formando parte de una sección de tres ametralladoras y un mortero, cruzó a las islas. No integraba nuestra subunidad sino que había sido enviado por el RI 1 Patricios una semana antes del 14 de junio, y retornó herido al continente, dejando a su amigo Patricio Claudio Bastida, único muerto del regimiento en las operaciones. Antes de su relato, vale la pena conocer que tanto Orfanotti como Bastida no prestaron juramento de fidelidad a la bandera durante su incorporación, porque su clase, incorporada en 1982, lo hizo al finalizar el conflicto, cuando ya Bastida había muerto y Orfanotti había sido dado de baja herido. Tiempo después, un 20 de junio, Orfanotti pidió jurar la bandera, y lo hizo frente al jefe del regimiento de Patricios.

Lo que pudimos aprender, desde el punto de vista individual, es que un combate demuestra lo que realmente somos capaces. A veces la espera e incertidumbre saca de nosotros lo mejor y lo peor, debemos estar preparados para luchar contra nuestras debilidades.

Desde el punto de vista de la organización militar, la Guerra de Malvinas nos demostró que nunca sabemos cuándo la patria nos llamará al combate. En el caso del Regimiento 1, no estábamos preparados, una unidad de ceremonial con mucho orden cerrado y algo de tiro, de repente, se encontró en guerra.

Los sucesos contados por el ex soldado clase 63, Daniel Orfanotti

Claudio Bastida y yo, Daniel Orfanotti, ingresamos al servicio militar obligatorio junto a la clase 63. Pertenecíamos a la Compañía E y a la Compañía B, respectivamente. Permanecimos en instrucción hasta el 30 de abril de 1982.

El 1 de mayo, cuando ya la Compañía A estaba en Malvinas, todo el regimiento se movilizó a Comodoro Rivadavia. Hacia allá nos trasladamos, yo como apuntador de ametralladora y Claudio Bastida como abastecedor. El 28 de mayo, nos ordenaron formar parte de una sección que cruzaría a las islas, la cual, a órdenes del teniente primero Ferrari del Sel estaba integrada por tres ametralladoras, una del regimiento de Granaderos a Caballo, y un mortero pesado.

El día 28 de mayo, partimos hacia Río Grande, desde donde, luego de tres intentos fallidos, logramos pasar a las islas. Aterrizamos el 5 de junio a las 1600 horas. El desembarco desde el avión fue en movimiento, a medida que se vaciaba la carga subíamos a los heridos para que fueran trasladados al continente.

Desde el aeropuerto, nos desplazamos hacia el Apostadero Naval, y permanecimos allí hasta el 7 de junio, día en el que jefe de sección nos distribuyó, dejando a las ametralladoras del RI 1 a órdenes del Regimiento 7 en cerro Longdon, el grupo mortero en Dos Hermanas a órdenes del RI 6 y la ametralladora del RGC en cerro Kent a órdenes del RI 4. Ese fue el último contacto con el jefe de sección.

Partimos hacia el cerro Longdon y pasamos la noche del 7 de junio al pie de este. Al día siguiente, nos recibió el teniente primero Lucas Neirotti, jefe de la segunda sección de la Compañía B del Regimiento 7, quien distribuyó las dos ametralladoras. La ametralladora N° 1 quedó a órdenes suyas y la ametralladora N° 2 a unos 700 metros en la ladera casi al pie del cerro, a órdenes del jefe de grupo.

Del 8 al 11 de junio, ocupando ya las posiciones, recibimos un intenso bombardeo y varios ataques aéreos. Finalmente el 11 de junio a las 2100 horas, el Para 3 inglés lanzó el ataque. Cubrimos la posición defendiendo el lado derecho del cerro y en varias ocasiones repelimos el intenso fuego enemigo, hasta que aproximadamente a las 3 del 12 de junio, durante un intenso bombardeo, nos cayó un proyectil de artillería a dos metros de nuestra posición, dejando fuera de combate a la ametralladora, hiriéndome en el cuello y matando Patricio Claudio Bastida. Durante el combate estuvimos siempre solos, luego nos enteramos que el teniente primero Neirotti había resultado herido.

Ya herido y sin capacidad de combatir, ayudado por otro soldado del RI 7, de quien no recuerdo el nombre, tuve que replegarme aturdido hacia Puerto Argentino, dejando a Claudio muerto en la posición. Luego de caminar más de doce kilómetros llegué al hospital a media mañana del 12 de junio, donde me realizaron las primeras curaciones y me prepararon para evacuarme al continente en el rompehielos *Irizar* el 14 de junio.

XVI

El bloqueo frustrado

Por el Cnl VGM Eduardo Doval

La reorganización del dispositivo dispuesta por el Comando de la Agrupación Puerto Argentino, el 27 de mayo, estaba orientada a negar al enemigo la conquista del objetivo principal de la campaña: la localidad de Puerto Argentino. El esfuerzo principal era en la península de Freycinet y para ello se afectaron elementos para reforzar las posiciones ubicadas en el sector oeste. Tal fue el caso de efectivos del Regimiento 4. En el RI 25, esos cambios dispusieron el desplazamiento de la sección del subteniente Guillermo Lafferriere al territorio más al este de la península mencionada, al otro lado de la bahía de Puerto Williams, lugar donde permanecería hasta la finalización del conflicto.

Luego de producido los ataques a los elemento ubicados en el oeste y habiéndose empeñado la reserva de la defensa, el 12 de junio a las 1800 horas se organizó una nueva reserva de magnitud subunidad, conformada por la Compañía B[1] a órdenes del teniente primero Miguel Ángel Macchi.

Llegada la noche del 13 de junio, las secciones antitanque del RI 6 y el RI 25 se adelantaron con sus cañones sin retroceso en dirección a Moody Brook con la finalidad de constituir una posición de bloqueo en dicho lugar. La abrumadora superioridad de fuerzas inglesas obligó a esos elementos a replegarse en dirección al poblado, inutilizando pre-

[1] Conformada por un grupo comando de la compañía; la segunda sección de tiradores a órdenes del subteniente Abel Aguiar, la sección apoyo del subteniente Eduardo Doval y reforzada con la 2da sección de la Compañía A del RI 25 del subteniente Luis Bracht.

viamente los cañones con granadas de mano colocadas en sus recámaras, ya que no era posible transportar el material.

La Compañía B del RI 25 recibió la orden de ocupar una posición de bloqueo en proximidades del linde oeste de la localidad y apoyar a la Compañía A del RI 3 que realizaría un contraataque. Las secciones de tiradores iniciaron la marcha aproximadamente a las 23 horas, mientras que la sección apoyo lo haría durante la noche transportando su material pesado y la dotación de munición de sus morteros de 81 milímetros, aproximadamente 110 tiros por pieza.

Con las primeras luces del día 14 de junio, se ordenó avanzar a la B/RI 25 desde el linde oeste de la localidad en dirección a Moody Brook. Al cruzar el límite y sobrepasar las posiciones donde se encontraban los vehículos Panhard, se recibió fuego de artillería de campaña que obligó a las tropas a desplegar en el terreno y abandonar la zona.

Las secciones de tiradores continuaron su avance desplegadas al sur del camino que se dirigía a Moody Brook junto con el jefe de compañía y el de la sección Apoyo a fin de reconocer blancos para batir con los dos morteros de 81 milímetros en proximidades de la casa de Gobierno.

Las tropas, luego de cruzarse con la subunidad del RI 3 que se replegaba por ese camino, continuaron su avance hasta recibir fuego de ametralladoras, lo que las obligó a detenerse y a tomar posición en ese lugar, sin poder abrir el fuego, ya que las armas se encontraban fuera de alcance y no se podía reconocer blancos para ellas.

A las 0915 horas recibimos la noticia de que las principales posiciones en Tumbledown, Williams, Longdon y Wireless Ridge estaban en poder del enemigo y que tras el intento de reconstruir el dispositivo defensivo empleando el RI 3 y parte del RI 25, se apreciaba de cualquier manera que no se podría mantener una línea de defensa más allá de ese día.

En consecuencia, recibimos la orden de replegarnos y pocos minutos después se produjo un cese del fuego de hecho. La compañía regresó a sus posiciones originales en el aeropuerto a la espera de órdenes. Al regreso se advertía que la situación en la localidad se tornaba caótica, mientras que en las posiciones del regimiento reinaba la desazón por el cese del fuego, que se propalaba por la red de alerta.

Producida el cese de las operaciones, permanecimos en nuestros pozos y se reorganizó la unidad. El sector del aeropuerto se transformó en un gran campo de prisioneros, ya que los británicos, dispusieron concentrar en dicho sector a todo el personal argentino. Desde allí pudimos apreciar el poder militar empleado por el enemigo en la campaña.

Vestuario y equipo del infante durante la campaña de Malvinas. Fotos de la época









Por nuestra parte, ya no pudimos volver a los lugares donde teníamos nuestro equipo, ropa extra y efectos personales, por ejemplo, el sable de oficial. Perdimos esas pertenencias, que sin duda muchas se habrán convertido en trofeos de guerra que adornarán algún edificio militar inglés o fueron puestas en subasta en sitios de Internet.

La historia que siguió fue la de prisioneros de guerra, y esa... es otra historia.

XVII

El "3 de Oro" en combate[1]

Por el Tcnl (R) VGM Víctor Hugo Rodríguez

13 de junio, 2200 horas, cerro Tumbledown mirando al valle del arroyo de Moody Brook; a la izquierda, el Longdon; enfrente, el RI 7 estaba recibiendo fuego intensivo desde hacía dos días. Era un infierno, estábamos unos cien metros en altura más arriba que ellos y a cinco kilómetros de distancia. Día y noche, el enemigo inglés no dejaba un centímetro sin castigar con fuego naval, artillería y morteros. Estaba claro que preparaba el ataque sobre las alturas de esa unidad, de vez en cuando, nos atendían a nosotros como para avisarnos que se vendrían luego hacia el Tumbledown.

Debajo del Longdon, el capitán Soloaga se aferraba como una ostra a las rocas. Ellos ya estaban en combate resistiendo el cañoneo infernal al que eran sometidos día y noche. Veíamos como espectadores privilegiados y azorados su resistencia, algunas patrullas se desprendían...; pero para sacar sus muertos y depositarlos en una ambulancia abandonada y empantanada en el medio del Valle y volvían al combate. El solo verlos marchar nuevamente a esa ducha de artillería, conmovía.

En esas circunstancias, me llamó el capitán Zunino, jefe de la Compañía A del "3 de Oro". Nos convocó al teniente Dobrovevic,

[1] Extracto del articulo publicado en *La Gaceta Malvinense* N° 13, órgano de prensa y difusión de la asociación de veteranos de guerra de Malvinas (aveguema), septiembre de 2005. El autor se desempeñó en Malvinas con el grado de teniente primero como jefe de la Compañía A del RI Mec 3. El Regimiento 3 fue bautizado como el "3 de Oro" durante la guerra de la Triple Alianza por la pechera amarilla que conformaba su chaqueta azul.

jefe de la sección Apoyo; al teniente Mones Ruiz, jefe de la 2da sección de tiradores; al subteniente Aristegui, jefe de la 3ra sección y al suscripto.

"Debemos ir a apoyar al Regimiento 7 que está siendo atacado en aquella altura".

No conocíamos el terreno sino por las vistas, nunca habíamos hecho un reconocimiento, ya que no estaba previsto nuestro empleo en esa dirección. Nos estábamos preparando para sostener nuestra posición, que era unas pocas piedras bajas, pues las palas individuales que habíamos llevado se rompieron antes de cumplir una semana. Eran de aluminio roscado y la presión de la greda las hacía polvo, no teníamos con qué hacer pozos.

"¡Equipo... manta y paño de carpa terciado, solo tres cargadores!"

"¡Infrarrojo... uno solo, el del capitán!"

Radios, ninguna, sin pilas, sin comunicación con el jefe de compañía ni entre nosotros. Sí, porque solo teníamos tres cargadores, entonces ordené llevar munición dentro de medias que uníamos y nos las poníamos sobre el cuello...

Hablamos con Aristegui, era un cadete de cuarto año comisionado subteniente para Malvinas, de la misma edad que sus soldados, no obstante siempre un ejemplo.

"Aristegui, formemos en cadena, usted a la derecha, yo a la izquierda. Salgamos cuanto antes del valle, vamos a atravesarlo a paso firme para llegar a las alturas cuanto antes."

El campo de combate era un infierno, todo rugía, todo era incandescente, el Longdon, el valle, Wirelles Ridge donde estaba el R I 7, Puerto Argentino, el Williams, las trazantes, los lanzacohetes, toda la guerra a pleno, el asalto final.

Cruzamos el arroyo donde nos mojamos hasta la cintura, nevaba, hacía frío, no me acuerdo, la adrenalina calentaba nuestros cuerpos.

De pronto observamos desde el valle que donde debía estar el RI 7 esperándonos había ingleses, allá arriba, que estaban tirando con fuego de fusil y de cohetes sobre los ex cuarteles de los *Royal Marines*. Nada entendíamos, sin comunicaciones solo podíamos resolver sin esperar órdenes de nadie.

"Aristegui, arriba está el enemigo, tratemos de sorprenderlo, no siga derecho para no chocar, gire a su derecha y ganémosle la altura."

Luego de esa conversación de combate, el joven oficial caminó cinco metros y me gritan... "¡el subteniente cayó herido en el cuello!". Corrí hasta el lugar y luego de tocar su cuello ensangrentado, escucho que uno de sus hombres le dice... golpeándolo en la mejilla con su palma de

la mano...: "Vos te portaste muy bien con nosotros, pendejo, nosotros te vamos a sacar de acá" y rápidamente se lo llevaron para abajo.

El enemigo nos detectó e iluminó con bengalas, todavía estábamos en el valle, con cuarenta hombres de Aristegui y cuarenta míos. Advirtiendo que harían fuego de eficacia, mandé el asalto sobre sus posiciones que estaban unos cien metros arriba del cerro, en la alturas de Wirelles Ridge.

Segundos después caía sobre el lugar, donde antes estábamos, una barrera de fuego de artillería de aquellas...

No me entraba en la cabeza que mis hombres iban a contraatacar en el medio de esas bombas que conocimos esa misma noche, explotaban a cincuenta metros arriba de nuestras cabezas y caían las esquirlas con una ducha encendida para destruir todo lo que tocaban.

"¡Al asalto!", ordené. No había otra opción que llegar arriba y apoyar al R I 7. Qué alegría, qué emoción ver a mis soldados y a los de Aristegui con todos los suboficiales a la carrera que llegaban arriba. Era increíble ver a Carballo, mi estafeta veloz; a Paz mi radioperador sin radio; a Aumasane, Izaguirre, Díaz, Juan Fernández, todos soldados porteños pechando desde el valle la pulseada con los ingleses por ese pedazo de tierra malvinera.

Esto dijeron los británicos del 2do Batallón de paracaidistas que actuaron apoyados por dos naves de guerra, dos baterías de artillería, dieciséis morteros de 81 milímetros y cuatro tanques livianos que dispararon más de 6000 proyectiles en 48 horas sobre el RI 7 y después continuaron con nosotros.

El primer grupo de mi sección entró en acción. Los hombres avanzaron por saltos individuales, entre los componentes del segundo grupo, tratando de encontrar cubiertas donde podían. En su avance, abrieron fuego intenso. Los paracaidistas ingleses de la Compañía B del teniente Jonathan Page no parecían retroceder, la cosa se tornó como en el Lejano Oeste; cada uno debía arreglarse de manera individual con los paras.

Mi sección no alcanzó a girar a la derecha, cuando el extremo izquierdo chocó contra el enemigo, que se sorprendió y comenzó a replegarse, quedando esa porción del cerro en nuestro poder. Estábamos mezclados con ellos y por lo tanto el fuego de artillería y naval británico mermó.

Allí cayó Villegas, un sargento conductor motorista, el mejor jefe de grupo que tenía. Quedó seriamente herido por un tiro de fusil en el estómago, al caer intentó continuar el combate o al menos tomar su fusil y un preciso disparo le pegó en la mano que se dirigía a su arma en el suelo. Un francotirador con mira telescópica nocturna lo vigilaba desde menos de treinta metros

Villegas quedó a merced del enemigo del otro lado de unas rocas grandes. Sus soldados lo quisieron ayudar pero no pudieron, el combate era intenso, Villegas pidió que le pegaran un tiro porque se veía gravemente herido. Pero faltaba un criollo de ley, el soldado Esteban Tries de 20 años se desnudó el torso, sin armamento y con las manos levantadas se mostró ante los ingleses y con señas informó que buscarán a su jefe. Qué coraje, qué ganas de morir por su jefe, qué entereza moral, cuánto amor.

Los ingleses se quedaron en las más cortas distancias, ya que las grandes rocas y piedras del cerro permitían esconderse y combatir. Les vimos las espaldas, se replegaron creyendo que era un contraataque importante.

Pero qué hacíamos combatiendo con ingleses si la orden había sido avanzar para apoyar al 7.

Es que el jefe del RI 7, dos horas antes, había informado que se replegaba, y ni a mí ni a Aristegui nos pudieron avisar. No solo porque no teníamos radios sino porque nos mandaron cuatro estafetas y ninguno nos pudo localizar en el campo de combate.

Nuestra compañía pudo avisar a la sección Apoyo y a la 2da sección, pero nuestra velocidad de marcha por llegar a las alturas no permitió que nos encontraran. Por eso cuando subimos combatiendo estábamos solos, sin apoyo de artillería ni de morteros, ni de nadie. Es más sólo nuestro capitán sabía que estábamos allí. Los ingleses continúan describiendo ese combate de la siguiente manera.

> "Estábamos en una zona descampada y sin apoyo, parecía como si diez pelotones de fusileros nos estuvieran tirando. Varios conscriptos del teniente primero Rodríguez, sin ser vistos, tomaron posiciones en las rocas donde la Compañía D, perteneciente al mayor británico Neame, había estado anteriormente. Le preguntamos al mayor, a fin de volver y retomar nuestra posición. Efectuó unos tumbos fuera de la posición sin importarle los proyectiles que caían a su alrededor. Aún al amanecer, la Compañía D permanecía bajo presión."[2]

Continuamos nuestro avance tratando de encontrar al R I 7, mientras el enemigo nos iluminaba con sus bengalas y ordenaba fuego de artillería y naval. No nos hizo daño, ya que sus proyectiles caían 50 metros a la derecha. Las piedras permitían una cobertura importante.

---

[2] Citado por Hugh Mc Manners, *The Scars of the War*, p. 186

Vestuario y equipo del infante durante la campaña de Malvinas.
Fotos de la época







"El 7 debe estar por aquí", me decía yo mismo y nuestros hombres continuaban el avance, combatiendo y cayendo. Así le tocó al sargento Vallejos, que no pertenecía a mi sección. Se me presentó en la salida del otro lado del valle y me dijo: "Perdí mi sección me voy con usted, tengo mi grupo completo". Fue gravemente herido en una pierna, que hoy patrulla sola el valle de Moody Brook, combatió cómo un héroe en el medio de la neblina y la primera nevada del año. Lo rescató en un acto heroico su compañero y amigo, el sargento Domínguez, otro soldado del "3 de Oro".

Mi estafeta Carballo, un soldado hábil y rápido de solo 18 años, fue el encargado de sacarme una esquirla muy chica que se me había incrustado en la mandíbula durante el fuego de artillería inglés. "Me dieron", le gritaba mientras pretendía saber qué tenía que me quemaba.

Estábamos prácticamente rodeados, por derecha, por izquierda y por el frente, solo manteníamos bajo control nuestras espaldas. De pronto escuchamos el sonido de nuestros cañones de artillería y al segundo, el estallido de las municiones cerca nuestro. No sabían que estábamos allí, solo nuestro capitán Zunino, quien ordenó el alto el fuego. Hacíamos señales con linternas que jamás podrían ver. Los artilleros bajaron los cañones e hicieron tiro directo sobre Wirelles Ridge. Yo no quería que el amanecer nos sorprendiera arriba porque el repliegue sería imposible, ya que no había cubiertas contra las vistas. Llamé a los jefes de grupo y ordené preparar fuego en todas las direcciones a fin de desaferrarnos del enemigo. Luego bajamos hacia el río a gran velocidad amparados por la neblina y el incipiente amanecer.

En el puente de Moody Brook encontré al capitán Zunino, quien me impuso de la situación, cuando nosotros subíamos él recibía la orden de replegar todas la secciones.

XVIII

La última orden de combate

Por el Grl Br VGM Eugenio Dalton[1]

La trabajosa marcha de la Compañía B del RI 25, de la que no se tenían noticias, había motivado que el general Jofre me impartiera la orden de desplazarme a la zona del hospital para recibir la compañía y ponerla a órdenes del mayor Calderón Diz, que se haría cargo de la subunidad para adelantarla a la zona de Moody Brook a fin de ocupar una posición de bloqueo. A su vez, se ordenó a la Compañía A del RI 3 que la recibiese y la ubicara en su flanco izquierdo, de frente al Norte, en previsión de que el enemigo, habiendo conquistado Wireless Ridge, decidiese descender para avanzar sobre el Tumbledown o hacia Sapper Hill, ya que los elementos que habían sido ubicados en la ladera noreste de aquel cerro para cubrir la avenida de aproximación habían sido empeñados. Llegado a la zona del hospital, tomé contacto con el mayor Calderón Diz, quien me manifestó tener un problema en una pierna, por lo que no podría hacerse cargo de la subunidad, entonces decidí asumir dicha responsabilidad.

La Compañía B del RI 25 había tenido dificultades de alistamiento y de transporte para trasladarse desde la zona del aeropuerto hasta el hospital, pues recién cerca de las 0800 horas se me presentó el jefe de la subunidad, expresándome que se habían demorado porque los camiones que los transportaban patinaban en el hielo que se había formado en el camino. Cuando les pregunté si estaban listos para adelantarse para ocupar una zona de bloqueo al oeste de la localidad, me informa-

[1] Se desempeñó durante la campaña con el grado de teniente coronel como jefe de operaciones de la Agrupación Ejército Puerto Argentino.

ron que no tenían pilas en sus equipos de comunicaciones. La solución de este problema en el escalón logístico llevó su tiempo. Cuando estuvieron listos, me adelanté en un jeep con el jefe de la compañía y los jefes de secciones para reconocer el lugar donde podrían emplazarse, una posición de bloqueo.

A las 0845 horas, al llegar a la zona que ocupaba el GA 4, el teniente coronel Quevedo me expresó que no era conveniente que siguiera porque el enemigo ya había alcanzado Moody Brook y estaba muy cerca.

No obstante, decidí continuar a pie en dirección a Moody Brook. Luego de avanzar por el camino unos 500 metros empezamos a recibir fuego de armas pesadas y nos echamos cuerpo a tierra. Cuando me reincorporé, quienes me acompañaban se habían replegado, así que empecé a caminar de regreso hasta donde se encontraba el vehículo, próximo a las posiciones del GA 4. Mientras lo hacía, era sobrepasado por tropa que continuaba replegándose a pesar de que se seguía combatiendo. Observaba también que sobre la ladera norte de Sapper Hill había efectivos que se replegaban hacia la localidad ordenadamente. Aproximadamente a las 0930 horas me dirigí al puesto de comando e informé lo relatado al comandante de la Agrupación.

Continuando con el registro y la descripción de los hechos, alrededor de las 0400 horas los dispersos de Wireless Ridge estaban comenzando a fluir hacia la localidad. Alertado el puesto de comando principal por el jefe de la Compañía de Ingenieros 10, el mayor Matalón, se le ordenó recibirlos y encuadrarlos. Poco antes se puso en conocimiento del jefe del Regimiento 3 que el enemigo había conquistado la altura de Tumbledown y alcanzado la altura norte de Moody Brook. Dada la confusa situación que se vivía en ese último lugar, se le modificó la orden original por la de ocupar una posición de bloqueo al oeste de la localidad. A requerimiento del mayor Berazay del RI 3, se dispuso el envío de una ambulancia para evacuar a sus heridos.

A las 0610 horas, el BIM 5 transmitió que desde su puesto de comando se combatía con fracciones enemigas desde el Norte. Este combate no podía ser otro que por el fuego, dado que hasta ese momento no había constancias de que el enemigo hubiese descendido hacia Moody Brook y más al Este. Casi una hora después, a las 0655 horas, este jefe expresó que mantenía sus posiciones, al igual que la Compañía B del RI 6. El jefe a cargo de la Compañía A del RI 3, el mayor Berazay, había ubicado su puesto de comando en la zona de servicios del BIM 5, habiendo perdido el contacto con sus secciones. En cuanto al contraataque de la Compañía M del BIM 5, aún no se tenían noticias sobre su materialización.

El jefe y el oficial logístico del RI 7 se presentaron al comandante de la Agrupación y en un momento de mucha emoción le pidieron disculpas por no haber podido mantener más tiempo la posición, a lo que el general Jofre les expresó: "Quédense tranquilos, su regimiento cumplió, ahora vayan y organicen a los dispersos".

Si pudo ser mejor o no, es cosa de muy difícil demostración. El hecho histórico es único e irreversible. Lo cierto es que el Regimiento 7 fue la unidad que combatió durante más tiempo dentro de la posición de Puerto Argentino, la noche del 11 al 12 en el Longdon, durante diez horas. Luego fue sometida a tales fuegos navales y de artillería durante los días 12 y 13 que prácticamente demolieron las posiciones de la Compañía C, cuyo jefe era el teniente primero García, obligándolo a un repliegue parcial para tomar contacto con la Compañía A, con el objeto de mantener cerrado el dispositivo. Este fuego se mantuvo sobre ambas subunidades, a lo que debe agregarse la preparación efectuada por el enemigo sobre este regimiento, previo al ataque.

Por todo ello, cuando sus comunicaciones internas se cortaron por obra de esa tormenta de fuego, la conducción del combate nocturno, de por sí difícil, se hizo más compleja aún. La oscuridad hizo que las acciones se terminaran concretando en pequeñas fracciones que iban perdiendo contacto entre sí, a medida que se acortaban las distancias con el enemigo.

Esta situación, sumada a las bajas producidas entre los cuadros, hacía común que un soldado aislado o un pequeño grupo de ellos iniciara el repliegue o terminara combatiendo dirigido o simplemente, siguiendo el ejemplo del más decidido.

Pasadas las 0800 horas de la mañana, el BIM 5 informó que se combatía intensamente en la zona entre las alturas del Tumbledown y del Williams. Se mantenía la posición con dificultad, se recibía fuego de artillería y morteros sobre el puesto de comando y se combatía cuerpo a cuerpo. El contraataque realizado sobre el Tumbledown había sido rechazado. La incierta situación que vivía esa unidad era muy poco clara para el Comando de la Agrupación.

Según su jefe, el BIM 5 seguía en una situación incierta reorganizando efectivos de una compañía, para ejecutar un nuevo contraataque. El enemigo lo empujaba y estaba sufriendo numerosas bajas. Esta noticia fue presentada a las 0831 horas, pero a las 0845 horas informó que sus fracciones en la zona del Tumbledown y Williams eran rechazadas por el enemigo y que se replegaban hacia el Este. En medio de esa confusión se le ordenó que se dirigiera hacia Sapper Hill. Este repliegue pudo ejecutarse con el apoyo de efectivos de la Compañía O del

BIM 5 y del Ejército, que se habían organizado en la zona del puesto de comando del batallón, y de la Compañía C del RI 3, al mando del capitán Varela, que ocupaba su posición original con frente al Oeste, casi delante del cerro Sapper Hill.

Cinco minutos antes de ese mensaje, el teniente coronel Quevedo, jefe del GA 4, había manifestado a través de la red de comando que el enemigo en la zona de Moody Brook se estaba replegando. Esta unidad de apoyo de fuego estaba próxima a desaparecer como tal. De hecho, con un solo obús ya podía considerársela así, pero la fortaleza de espíritu y el deseo de permanecer al pie del cañón hacían imposible negar tal requerimiento. Los méritos también alcanzan a la Batería C del GA 3 que, como se recordará, se había integrado a ese grupo luego de haberse replegado desde la posición que ocupaba al oeste de Moody Brook. Mientras tanto, el GA 3 continuaba con su misión de fuego sobre Moody Brook y con una batería sobre el Williams. El jefe del Regimiento 6 hizo saber que su sección Reserva, desplazada ya hacia el Oeste, ocupaba la parte del sector que habían abandonado para cumplir otras misiones las fracciones del Regimiento 3.

Alrededor de las 0900 horas comenzó a asomar un débil sol entre las nubes de una mañana fría y con nevadas intermitentes. Era necesario saber qué pasaba con el BIM 5, ya que en los últimos veinte minutos no había habido ningún mensaje. Consecuentemente a las 0905 horas se le preguntó al jefe del batallón cuál era su situación. El jefe contestó que se mantenía en posición con 40 hombres apoyando el repliegue de sus fracciones. “Bien, repliéguese con su puesto de comando hacia Sapper Hill”. “Lo haré, señor, cuando lo haya hecho la última de mis fracciones”. “Sí, sí, pero a usted lo necesito en Sapper Hill”.

Después de la pérdida de Wireless Ridge, se les había ordenado a las tropas comandos –a la sazón en el subsector de Batería B del GADA 601 a órdenes de capitán Monge– cerrar el acceso a la península de Camber, ocupando posiciones defensivas 500 metros al este de los cuarteles de Moody Brook, que para las 0800 y 0830 horas ya había quedado destruidos por el fuego de la artillería y armas pesadas enemigas. Las tropas comandos, que en cumplimiento de esa orden estaban en posición al este de los mencionados cuarteles, solicitaron replegarse hacia la localidad por no tener a su frente contacto con el enemigo. Esta solicitud fue hecha a las 0920 horas del 14 de junio. Estos efectivos habían sido violentamente batidos por la artillería enemiga, tal vez también con morteros, cuando su desplazamiento hacia su objetivo fue confundido con un contraataque sobre la fuerza enemiga que había alcanzado el extremo oriental de Wireless Ridge.

Concretado el repliegue del BIM 5, ya no se justificaba mantener a las tropas comandos en dicho lugar, motivo por el cual se autorizó su repliegue. Para ello, se les puso a su disposición dos embarcaciones, a cargo de la Armada, para su trasbordo a la localidad, específicamente requeridas por el Comando de la Agrupación, que transportaron más tarde no sólo a este personal, sino también a los que estaban a órdenes del jefe de la Batería B del GADA 101.

La Compañía B del RI 6, en su camino de repliegue, hizo uso de varias granadas de mano para volar bloques de cierre de armas abandonadas, un jeep atascado, un camión de comunicaciones de la infantería de marina y hasta un helicóptero de la Prefectura Naval, que estaba estacionado cerca de la casa del gobernador desde hacía tiempo y fuera de servicio. También arrojaron ametralladoras al agua de la bahía interior.

El encuentro del oficial jefe a cargo y del jefe de la Compañía B del RI 6, respectivamente, con un grupo de hombres en el que venía el jefe del BIM 5 se produjo poco antes de llegar al caserío. El camino Moody Brook-Puerto Argentino era batido por la artillería enemiga; una casa estalló al caer sobre ella un proyectil porque allí había explosivos de los ingenieros. El fuego era tan intenso que los hombres de la Compañía B del RI 6 debieron retroceder casa por casa. Había muchos heridos que fueron cargados en un vehículo abandonado sobre el camino.

Poco antes, las tropas de caballería con sus vehículos de combate Panhard, a órdenes del mayor Carullo, habían entrado en posición al oeste de la localidad en el denominado hipódromo, desde donde tiraron con sus cañones en dirección a Moody Brook. La réplica fue un intenso fuego de artillería que los obligó a cambiar de posición para poder continuar el tiro.

Veinte minutos más tarde, el jefe del RI 6 informó, a través de la radio, que había desplazado su puesto de comando al lugar y que parte de sus efectivos habían ocupado con frente al Oeste las posiciones dejadas por el RI 3. Desde la posición de bloqueo que ocupaba con su unidad al oeste de la localidad, informó también que por el camino a la localidad se replegaba propia tropa.

Después del repliegue del BIM 5, de la Compañía B del RI 6, de la Compañía C del RI 3, del RI 4, más los elementos que se le habían agregado y habían combatido con esa unidad, comenzó a producirse una evidente disminución de la actividad de combate que llegó hasta un cese de fuego de hecho. Este había sido iniciado por los británicos que habían recibido la orden de disparar solamente si se abría fuego contra ellos.

La propia artillería estaba reducida a siete piezas porque el resto había quedado fuera de combate, restándoles sólo ocho proyectiles para cada una de ellas.

A las 1045 horas de ese día, la situación en Puerto Argentino era la siguiente:

El RI 4 no existía como unidad. El RI 7 y el Escuadrón de Exploración de Caballería 10 se habían retirado de Wireless Ridge y sus efectivos se habían replegado sobre la localidad o todavía estaban haciéndolo. Luego de los combates sostenidos, estas tropas no estaban en condiciones de combatir, ni física, ni anímica, ni materialmente.

El BIM 5, en la misma situación, y replegándose acompañado por las otras fuerzas del Ejército, con las que había compartido la suerte adversa de las armas, había sobrepasado Sapper Hill seguido a la distancia por fuerzas enemigas que no abrían el fuego.

El GA 4 también había desaparecido como elemento de apoyo de fuego. La batería de artillería del BIM 5 tampoco existía, y los cañones de 155 milímetros estaban mudos porque habían consumido toda su munición.

Los efectivos en la península de Camber, autorizados a replegarse, carecían de poder. Las piezas de artillería de defensa aérea que allí estaban ubicadas, de un efectivo de ocho, quedaban en condiciones solamente dos armas.

Todo el armamento pesado y la munición remanente había quedado en las posiciones ubicadas en las alturas, perdido, abandonado, inutilizado por la propia tropa o destruido por el enemigo. Esto hacía que los elementos replegados careciesen de armas de apoyo y aun, en muchos casos, del armamento individual.

El GA 3 no tenía protección de infantería en posiciones consolidadas a su frente y no podía efectuar un cambio de posición. Además, en caso de haberlo podido realizar, el único lugar posible era el aeropuerto o sus proximidades inmediatas.

El RI 3 con una compañía de infantería y la compañía comando, que habían sido adelantadas hacia Moody Brook, estaba al descubierto sin una posición preparada, expuesto a sufrir una cantidad de bajas apreciables.

El RI 6 con dos compañías de infantería, en posición. Una compañía de infantería del RI 25 en posición en la zona del aeropuerto. Doce vehículos de combate Panhard del Escuadrón Exploración de Caballería Blindada 10. La artillería de defensa aérea, especialmente la del Ejército y de la Armada, próximas a la localidad.

El comandante, al llegar al puesto de comando, ordenó al segundo comandante que se comunicase con el jefe del BIM 5 para saber cuál era realmente la situación del batallón. El jefe de la unidad informó por radio que estaba rodeado por el Oeste y por el Sur. Al preguntarle el

Tropas comando









coronel Aguiar si lo estaba por el Norte, contestó que no, por lo que se le dijo que continuase su repliegue en dirección al caserío.

A las 1130 horas y ante estos hechos, verdaderamente confusos, el comandante de la Agrupación ordenó al Escuadrón Exploración de Caballería Blindada 10 ubicarse con sus vehículos de combate en el linde sudoeste de la localidad, preparado para abrir fuego, a orden, sobre las fuerzas enemigas que presionaban al BIM 5. Mientras el GADA 601, se alistó para tirar sobre los helicópteros que orbitaban sobre esa unidad y en la península Camber.

Aproximadamente a las 1145 horas, el mayor Carullo, informó que había alcanzado, con sus vehículos de combate la posición ordenada y además, comunicó por la radio que el BIM 5 se replegaba despacio y en orden por el camino a la localidad, seguido por los efectivos británicos, que no abrían el fuego. Esta fue la última orden de combate impartida el 14 de junio por el Comando de la Agrupación. A esa hora había cesado la lucha por Puerto Argentino.

La bandera de guerra del RI Mec 7

La bandera de guerra del RI Mec 7 marchó al frente de los efectivos que concurrieron a las Islas Malvinas. Durante las operaciones llevadas a cabo en las islas, permaneció en el puesto de comando del jefe de regimiento, acompañando al personal durante los combates. En el desarrollo de las operaciones finales de Puerto Argentino, la situación táctica desfavorable a las fuerzas argentinas, impuso la necesidad de adoptar las medidas para preservarla. Para ello, en un solo pensamiento jefes, oficiales, suboficiales y soldados adoptaron la firme decisión y el propósito que "la bandera de guerra no se entrega al invasor". Es así que el segundo jefe de regimiento distribuyó entre varios oficiales y suboficiales, la corbata, escudos y medallas de las distintas condecoraciones recibidas por esta histórica unidad, para su traslado al continente.

La muerte en combate del abanderado, el subteniente Juan Domingo Baldini, motivó que fuera entregada en custodia al teniente Jorge Alberto Guidobono para que con todos los resguardos posibles la trajera de regreso a la patria.

Hoy se encuentra ocupando un sitial de honor en el cuartel de la unidad. De su corbata, junto con las condecoraciones recibidas a través del tiempo, pende la Medalla de Campaña que la Nación Argentina le entregó por su participación en el "Conflicto armado con el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte por la recuperación de las Islas Malvinas, Georgias del Sur y Sandwich del Sur".

XIX

Cerrando heridas

Por el Cnl VGM José Martiniano Duarte

En la tarde del 14 de junio, el coronel Mabragaña nos pidió al teniente primero Fernández y a mí que lo acompañáramos a la mañana siguiente en la conversación que iba a tener lugar en su puesto de comando con el comandante inglés.

Después de operar la zona de aterrizaje que habíamos marcado con mi sección y a la que arribaron tres helicópteros, acompañé al coronel británico hasta el puesto de comando del jefe de regimiento, donde tuvo lugar una grave pero amable conversación entre ambos coroneles, en la que se pactaron los términos de la rendición. El teniente primero Fernández y yo solo escuchamos.

Cuando terminó la reunión y salimos del puesto de comando del jefe de regimiento, me adelanté al coronel inglés para entregarle la identificación del capitán Hamilton. Le conté brevemente la acción de combate en que había caído, le informé que teníamos un prisionero y destaqué el valor del oficial muerto en combate.

–Ha sido para mí un gran honor enfrentar a un soldado como el Capitán Hamilton –le dije.

–¿Hamilton? –se sorprendió–, por varios días no hemos sabido de él y lo estamos buscando.

Le informé que habíamos velado y enterrado al oficial con los honores correspondientes en el Ejército Argentino y que sus restos descansaban ahora en el cementerio de Puerto Yapeyú.

–Quiero destacar su valentía y destreza y me gustaría guardar su casquete, no como trofeo de guerra –le aclaré–, sino como recuerdo de un soldado valiente contra quien he tenido el honor de combatir.

Le ofrecí mi boina a cambio.

El coronel se emocionó y, después de estrecharme la mano, me dijo que con gusto lo haría, pero que era tradición en el ejército inglés entregar el cubre cabeza del caído a su viuda.

Una vez que las tropas inglesas llegaron a Puerto Yapeyú, un oficial se presentó ante mí.

–Sabemos que ustedes son comandos –me dijo–, nosotros también lo somos. Tengo expresas órdenes de darles a ustedes tratamiento especial.

Cuando se alejó recuerdo que les dije a mis hombres:

–Creo que tienen planes de mandarnos al fondo de la bahía –me costaba creer tanta amabilidad. El oficial inglés había remarcado lo de "tratamiento especial".

Lo cierto es que al tiempo se aproximaron otros oficiales y las expresiones "*please*", "*sorry*" y "*excuse me*" presidían o completaban todas sus indicaciones. Nos mostraron dónde dejar el armamento, cosa que hicimos después de destruirlo, y cuando debieron registrarnos, nos pidieron que nos pusiéramos frente a tres oficiales, a unos tres metros de distancia, y nos indicaban que les mostráramos lo que contenían nuestros bolsillos y nuestras mochilas. Nunca nos apuntaron y mantenían las manos cruzadas a la espalda.

–¿Personal? –interrogaban cuando alguien les mostraban algún elemento del equipo; como una brújula, por ejemplo.

–Personal –respondían mis hombres. Y los autorizaban a conservarlo. Esto hizo que después, durante toda la travesía, primero a San Carlos, luego a Puerto Argentino y finalmente a Puerto Madryn, mis hombres anticiparan desde sus alojamientos en el buque, el rumbo y el destino hacia donde navegábamos.

Finalmente, un oficial se acercó, nos pidió que lo acompañásemos poniéndose al frente y nos condujo al embarcadero, donde, una vez arribado el lanchón que nos llevaría al buque de transporte, nos indicó que embarcáramos e hizo el saludo militar como despedida hasta que todos estuvimos dentro.

***

Fuerzas británicas











Veinte años después, el año 2002, fui invitado a Londres por un diario inglés para entrevistarme con la viuda del capitán Hamilton. El coronel Federico Anschütz, que era en ese momento el Agregado de Defensa ante el Reino Unido, hizo las gestiones y los arreglos para que la entrevista tuviese lugar en su oficina.

Primero llegaron los periodistas del *News of the World*, con sus cámaras y equipos. Tanto la viuda del combatiente británico, como el combatiente argentino, eran para ellos objetos que tenían el valor de una nota exclusiva, de un producto comercial. Uno de ellos me contó que era veterano de guerra de Malvinas. Él dijo *Falkland* y yo hice que entendí. Unos minutos después recibimos a la señora Carter, la viuda de Hamilton.

–Él es el que mató a su marido héroe –le dijo el periodista del *News of the World* a Victoria Carter, cuando nos presentó en la sala de la Agregaduría de Defensa de la Embajada Argentina en Londres.

Victoria Carter me estrechó la mano con firmeza y con una enorme sonrisa y luego miró al reportero cambiando apenas la expresión.

–Pero él no es un asesino –le dijo cortante–, es un soldado que peleaba por su patria.

A partir de esa aclaración tan obvia para ella como para mí, pero evidentemente necesaria porque selló la boca del periodista hasta el final, la conversación que se extendió durante aproximadamente una hora fue muy amena y distendida. Hablamos del capitán John Hamilton, de su recuerdo y me contó algunas anécdotas de su vida, de las virtudes militares, del valor, del honor y del respeto entre soldados y de la guerra. Y me agradeció haber manifestado el heroísmo de su esposo, que permitió que la reina se lo dijera personalmente, cuando le entregó la condecoración de Hamilton. Que sabía que era un héroe porque lo había dicho el propio enemigo.

–Yo he decidido que John siga enterrado en aquel lugar –me dijo en un momento–, él siempre decía que un soldado debe ser enterrado en el campo de batalla –recalcó–, en el lugar donde ha caído.

–Señora –recuerdo que le dije–, fue un buen combate y podría haber ocurrido que su marido estuviese hoy hablando en Buenos Aires con mi viuda.

Parte 4

A modo de cierre

XX

Evaluación

Lo relatado y testimoniado en estas páginas requiere una justa y objetiva evaluación sobre el desempeño de las tropas de infantería durante la guerra. Remontándonos a los tiempos que siguieron a la finalización de la guerra, encontramos algunos pasajes del libro *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*, en lo cuales el coronel Francisco Cervo dejó reflejadas algunas ideas esclarecedoras. Al respecto dice:

> "Resulta imposible evaluar las operaciones del Ejército Argentino en Malvinas, sin computar las acciones ejecutadas para colocar a cada hombre en su puesto de combate, y el esfuerzo tremendo que debieron sobrellevar cuadros y tropa, durante un prolongado lapso que, para algunos, abarcó casi todo el mes de abril.
>
> Para alcanzar una situación aceptable que le permitiese cumplir con el deber que le había sido asignado por el poder político, un ejército no prevenido ni preparado para la guerra, debió superar inconvenientes y situaciones insalvables en otras circunstancias. Hemos querido reflejar, en forma muy aproximada, estas operaciones febriles, intensas, en ocasiones improvisadas, para superar cualquier escollo o complicación.
>
> No obstante esos esfuerzos, las unidades, especialmente aquellas que pertenecían a la Brigada de Infantería III, nunca pudieron completar sus dotaciones en un nivel aceptable.
>
> Esta gran unidad de combate fue la última que llegó a las Malvinas y prácticamente sobre el comienzo de la batalla y la que arribó con más desgaste, consecuencia de su agotador desplazamiento para cumplir misiones que variaban constantemente. Además, nunca pudo reunirse con materiales y equipos indispensables para el combate. Todo ello afectó sensiblemen-

te su rendimiento posterior en operaciones. Paradójicamente, la masa de sus unidades fueron las que soportaron el mayor peso de la lucha, por encontrarse en oportunidad de los combates terrestres en las posiciones más expuestas.

Muchos abastecimientos, materiales y armamentos permanecieron en los aeropuertos de salida o llegaron demasiado tarde a la hora del combate final. Estas limitaciones tuvieron un peso decisivo en las operaciones posteriores.

Con respecto a esta castigada gran unidad de combate, debemos mencionar el cambio de misiones que debió ejecutar, aspecto que, posteriormente, en cierto modo volvió a repetirse en Malvinas.

Para quienes entienden de táctica, estos aspectos no pueden pasar desapercibidos. Pero tampoco pueden serles ajenos aun a aquellos que desconocen el tema. Un poco de sentido común nos debe llevar, por lo menos, a la certera deducción de que el sacrificio de nuestros hombres se inició inclusive antes de abandonar sus asientos de paz, y que ese sacrificio fue creciendo en forma paulatina, acumulándose y marcando duramente a cada hombre, a la vez que ponía a dura prueba su decisión, capacidad de resolución y patriotismo. Y todos ellos enfrentaron al enemigo y vendieron cara su derrota.

En lo referente a las unidades de infantería podemos puntualizar aspectos comunes a todas ellas. Uno que tuvo gran influencia fue la dotación de vestuario y equipo, ya mencionada.

Pero una de las carencias más sentidas fue la de las mochilas. Las unidades de infantería, como ya se expresó, contaban sólo con el bolsón porta equipo, que es un elemento diseñado para tropas mecanizadas o motorizadas, que no necesitan marchar a pie. El infante puede llevar consigo el equipo individual mínimo en su mochila, el armamento individual en sus manos y parte de la cuota de munición individual en su correaje; si lleva en sus manos el bolsón porta equipo no puede llevar el armamento individual y ello resta una de las capacidades elementales de la Infantería. Además, es necesario contar con medios de transporte para las armas de apoyo, su munición y la que excede la cuota inicial. Esta es una de las causas principalísimas por las que las tropas en Malvinas no podían desplazarse en largas marchas, ya que perdían su escasa y limitada capacidad de combate, es decir, habían sido privadas de su principal característica, la movilidad táctica. Otra carencia fundamental fue la de útiles de zapa en las unidades de la Tercera Brigada. Si bien los regimientos se procu-

raron picos y palas de mango largo, ellos no pudieron suplir a la pala individual.

Otro problema era la carencia de combustible para las cocinas de campaña. Los elementos que ocupaban posiciones lejos de las poblaciones no podían emplear la turba, que debe soportar un largo período de secado, y no había árboles para conseguir madera. Así, pese a la prohibición de dañar tranqueras y alambrados por respeto a la propiedad privada de los habitantes, se utilizó todo lo que se encontró hasta agotar la madera. Otro problema era la distribución del racionamiento, por cuanto los cilindros para treinta raciones provistos, no permitían que la comida llegara caliente al hombre en su posición. La carencia de víveres en las unidades alejadas de Puerto Argentino y la dificultad para su distribución, obligó a hacer una sola comida diaria, un guiso que, en la práctica, se consumía frío.

El apoyo logístico fue otro problema muy serio para las unidades de infantería. Cada fuerza era responsable de su propio apoyo, pero como las islas quedaron bloqueadas por la flota británica, todo llegaba por modo aéreo; al carecer el Ejército de medios para hacerlo, no dispuso del apoyo necesario. Esta carencia se agravaba en los elementos alejados de Puerto Argentino. Debían buscar allí con sus medios los abastecimientos y evacuar también con sus reducidos vehículos a los heridos.

En lo referente a las comunicaciones, los equipos de radio provistos tenían limitaciones para su empleo por el consumo de baterías y la interferencia, interceptación y radiolocalización de parte del enemigo. Más confiables eran los enlaces telefónicos, pero la carencia de cable limitó en lo general su empleo a las comunicaciones internas de cada unidad.

Uno de los peores adversarios que debieron afrontar los infantes fue el clima. El viento, el frío, la permanente llovizna y el suelo anegado afectaban a todos los hombres, en especial a los soldados de la tercera Brigada por su origen geográfico. El vestuario y las carpas no eran adecuados para sufrirlo. La ropa húmeda no podía secarse; los pies mojados produjeron numerosas bajas administrativas de personal por una enfermedad que hasta ese momento nunca se había presentado en nuestro Ejército, el pie de trinchera.

El terreno también ofrecía grandes dificultades a los infantes. El suelo constituido por turba era esponjoso en su consistencia, con humedad permanente y afloramiento de agua. Al cavar, el agua aparecía inmediatamente, lo que impedía construir en profundidad el pozo de zorro, necesario para cu-

brirse durante el combate. En compensación, las formaciones rocosas proveían una protección natural contra el fuego naval. La carencia de vegetación limitó el enmascaramiento de las posiciones.

Como no había medios para proteger las armas pesadas y la munición, permanecieron permanentemente a la intemperie expuestas a las inclemencias del tiempo.

Desde el primero de mayo hasta el fin de los combates, las posiciones argentinas sufrían todas las noches los bombardeos de un par de fragatas enemigas que disparaban desde fuera del alcance de la artillería. Si bien no causaban bajas importantes, provocaban un sentimiento de impotencia, desgaste psíquico y cansancio físico. A ello había que sumar los frecuentes ataques aéreos. Otro aspecto a considerar era la necesidad de mantener alerta permanentemente al personal, lo que obligaba a dormir en las posiciones por turnos.

Además, influyó negativamente en el mantenimiento de la moral la falta de recepción regular de la correspondencia de familiares directos. También lo fue la acción psicológica triunfalista transmitida a diario por las emisoras radiales frente a la realidad que vivían los combatientes.

No podemos dejar de comentar que la infantería de primera línea es el arma más sacrificada. Constantemente brinda seguridad a las topas ubicadas en el interior de la posición, permitiéndoles el descanso y el trabajo con más tranquilidad. Sumado a que mientras las tropas cercanas a la localidad pudieron contar con la ayuda de máquinas viales para perfeccionar sus posiciones, en primera línea sólo se contó con el débil útil de zapa individual, de baja calidad, fácil de romperse.

En general se intentó mantener la aptitud física, psíquica y de combate de los soldados, con un gran espíritu de sacrificio, abnegación y el ejemplo personal, desde el jefe de unidad y en todos los niveles de comando de los cuadros, tendientes a superar las penurias a que el personal estaba sometido.

Por ello, pese a todas las circunstancias adversas, la moral no decayó y ello se pone de manifiesto por la forma en que luchaban lo infantes cuando se produjeron los ataques decisivos del enemigo."

En consecuencia, una evaluación profesional de los hechos conduce a que las carencias de orden logístico sufridas por las tropas de primera línea incidieron decisivamente en la preservación del poder de combate. Es necesario tener en cuenta este factor para apreciar

el estado en el cual se batió el soldado argentino en la campaña. En este sentido, vale resaltar que en las islas no había ropa de abrigo de recambio, fundamental por su clima frío, húmedo y lluvioso.

Las cocinas de las unidades pertenecientes a la IIIra Brigada de Infantería funcionaban a leña, en una geografía donde no había madera de ninguna especie, por lo cual se terminó cocinando con las ollas y quemando turba, lo cual demoraba enormemente la cocción de seis a ocho horas, y determinó que se hiciera una sola comida caliente por día.

Los víveres que se enviaron inicialmente no tuvieron en cuenta la magnitud de personal que alcanzaría el contingente del Ejército, y lo que se envió posteriormente fue insuficiente. No funcionaron los procedimientos ensayados, por lo que debió implementarse un racionamiento y procedimientos de circunstancias basado en carne ovina sin lo cual no se hubiese podido prolongar la resistencia.

Los vehículos fueron insuficientes y su llegada en su mayor parte fue tardía. Muchos fueron transportados en el buque *Formosa*, que llegó recién el 20 de abril, y por las dificultades en la descarga, recién se completó el día 30, por lo que retrasaron y entorpecieron el despliegue inicial de unidades, como el caso del RI 7.

El RI 5 resultó aún más perjudicado porque el desembarco inglés en San Carlos el 21 de mayo hizo abortar la operación prevista de aeroabastecimiento para diez días, que sí se hizo sobre Bahía del Zorro.

Otro problema con seria incidencia en la conducción de las operaciones fue la escasez de radios en todos los niveles y la poca duración de las pilas, que más de una vez dejó a una fracción sin comunicaciones en medio de una operación, particularmente a las tropas comandos.

La falta de visores nocturnos fue una manifiesta carencia en el componente Ejército en el cual salvo los comandos era desconocido hasta que después de múltiples requerimientos se recibieron algunos para distribuir entre los jefes de subunidades.

También se hizo evidente la necesidad de contar con baños y lugares de descanso para la tropa, lo que llevó a construir en Puerto Argentino un baño para 600 hombres por día utilizando agua de mar, para no afectar el de agua potable, que era muy escasa. En cuanto a los lugares de descanso, se buscaron espacios disponibles, como Moody Brook, el hospital, viejos galpones, etc., donde los hombres pudieran descansar secos y sin riesgos durante una noche por semana, aunque tenía por contrapartida el traslado desde sus posiciones, a veces muy alejadas. Sin embargo, debió desecharse organizar lugares en contenedores vacíos pues se localizarían fácilmente y se convertirían en blancos del fuego naval o ataque aéreo enemigo.

Otra limitación fue la falta de mochilas para los movimientos a larga distancia o menos aún, para patrullas de cierta duración a campo traviesa, por las limitaciones existentes a la movilidad. Sin embargo el requerimiento nunca fue satisfecho, aún cuando se disponía una acción ofensiva sobre San Carlos desde Puerto Argentino.

También constituyó un serio problema la falta de inteligencia operacional, especialmente a partir del desembarco inglés, por no contarse con fotografía aérea, que fue suplida sólo en parte por patrullas terrestres.

XXI

Mirada retrospectiva

Del jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 3

El Regimiento 3 vivió durante los sesenta y cuatro días en que participó del conflicto de una situación de empleo fraccionado. Fue emplazado en uno de los sectores que prácticamente hasta el fin de las hostilidades fue considerado como el esfuerzo principal de la defensa. Cubrió una amplia extensión de playa contigua a Puerto Argentino, junto al RI 6 (-), que de haber sido conquistada por las fuerzas inglesas, hubiese producido el disloque del dispositivo, dejando aisladas a las unidades emplazadas al oeste del puesto de comando principal, respecto de este centro neurálgico así como del vital sector que constituían el aeropuerto y el puerto de la localidad, que con limitaciones permitieron mantener una corriente de abastecimientos aceptable.

En tal posición, excepto cerca del final, cumplió la función de defender esa zona vital, impidiendo que el enemigo tomara las playas al sur de Puerto Argentino desde donde alcanzaría el objetivo estratégico operacional fácil y directamente. Entre otras razones, por eso los ingleses debieron recurrir a un costoso ataque que les produjo sensibles pérdidas. La literatura militar posterior al hecho bélico, especialmente extranjera, comentó muy favorablemente la actuación argentina ante este experimentado y bien dotado enemigo con el que se enfrentó.

El RI 3 sufrió las penurias de la espera del combate final. Dos meses de vida a la intemperie, en la latitud geográfica de Malvinas, sin equipamiento ni entrenamiento especial. Fue un esfuerzo muy significativo. Además, soportó la desventaja de haber sido emplazado próximo a las laderas de un gran cerro y en playas con mucho declive, por las cuales drenaba el agua y la humedad. Esto provocó que los cuadros y tropa, en sus posiciones, que eran nada más que simples pozos de zorro, imposibles de perfeccionar por carencia de materiales

de fortificación, debiesen soportar condiciones del terreno y meteorológicas desgastantes.

El jefe en sus recorridas diarias de cada uno de los citados pozos en que vivía la unidad, normalmente escuchaba la siguiente frase: "¿Cuándo atacaran los ingleses? Que sea rápido por favor". En cualquier lugar de la posición.

No obstante, la mayoría frente al enemigo se portó de forma heroica. Jóvenes como eran se mostraban como infatigables titanes que despreciando la vida lucharon por lo que consideraron y consideran propio. Siguen convencidos de que su trabajo y esfuerzo fue útil para la nación. Cuando se fue haciendo evidente que no habría un ataque secundario o una acción sorpresiva desde el mar, el RI 3 fue empeñado por partes.

En realidad desde el principio, para no modificar el emplazamiento del BIM 5, una de las compañías del RI 3 fue emplazada por el Comando de Agrupación, cubriendo un claro que quedaba dentro de esa unidad. Desde entonces sirvió a la maniobra defensiva de aquella unidad, dentro del cual se encontraba encuadrada.

A esto se debe la propuesta del jefe de la unidad para que combatiese a órdenes del BIM 5. Lo que estaba en juego allí, no era quién mandaba más o menos efectivos, sino la efectividad del conjunto de la defensa.

Posteriormente y ya cerca del final, en la noche del 11 al 12 de junio, se dispuso que la compañía reserva del regimiento fortaleciese la continuidad defensiva del frente de la posición, entre el RI 7 y la Compañía B del RI 6, lo que según las apreciaciones iniciales seria el sector secundario de la posición.

Esta operación no había sido planeada ni por lo tanto preparada, por lo que se realizó con gran voluntad y de la mejor manera posible. Durante su ejecución abundaron los hechos destacados; las acciones heroicas.

Habían quedado en la posición principal una compañía desplegada frente al mar, próxima a la costa, más la sección Exploración y la compañía Comando, cuyas armas más pesadas se habían enterrado en la turba, no removibles sin auxilios mecánicos, que no podían llegar allí.

La jefatura de la unidad y los citados elementos permanecieron en la posición original los días 12 y 13 de junio. Fueron hostigadas por fuego de artillería y artillera naval en forma constante. El enemigo puso a la propia conducción en un dilema, demostrando que esa zona podría ser uno de sus objetivos.

Estos elementos fueron sentidos espectadores del durísimo ablandamiento que los ingleses realizaron de las posiciones de laa unidades ubicadas al oeste, donde llevaron su centro de gravedad. En particular,

en el sector defensivo del RI 7 y aledaños. Las numerosísimas explosiones y la munición trazante que iluminaban las noches, nos ponían frente a un macabro espectáculo.

La infantería enemiga encontró muy facilitada su aproximación y asalto contando con abundantes y certeros fuegos de artillería terrestre, que, combinados con los de las naves ubicadas en las afueras de Puerto Argentino, sometieron a los defensores a un infierno que los aplastaba en el terreno.

Lo expresado no daría lugar a sorpresa alguna si en los días subsiguientes, como ocurrió en la madrugada y mañana del 14 de junio, elementos propios vapuleados y desorganizados terminaran replegándose de sus posiciones.

A pesar de todo, tuvimos el privilegio innegable de ser los primeros soldados argentinos que combatieron contra un enemigo extranjero después de cien años de paz. Sentíamos, a no dudarlo, la frustración de la derrota, pero también muchos conocíamos todos los condicionantes negativos y las limitaciones que le habían dado marco a esta. Cuadros y tropa vivimos gran satisfacción por el enorme esfuerzo realizado. Nuestro homenaje a los cinco muertos que tuvo la unidad y a los sesenta y cuatro heridos, muchos con discapacidades de por vida.

Del jefe del Regimiento de Infantería 4

El RI 4 debió enfrentar el combate final con un enemigo que lo atacó con una superioridad de seis a uno en efectivos y armas, con apoyo de fuego de artillería de campaña y naval. Los británicos tenían gran ventaja en el combate nocturno por su disponibilidad de miras infrarrojas, de las que carecían las fuerzas argentinas. Además conocían en detalle el dispositivo argentino merced a los elementos electrónicos emplazados en el cerro Kent, la altura dominante de la zona.

Es pertinente transcribir lo escrito por combatientes y periodistas británicos. El reportero Kim Sabido narró el ataque de los marines al RI 4: “Sin embargo, el avance por las laderas del cerro Harriet fue un asunto lento y cruento. (...) Durante un par de horas parecía que todo iba a salir mal. Acosados en las laderas por los intensos disparos de ametralladoras y tiradores apostados, avanzaban lentamente y a duras penas. Vi caer a varios hombres heridos de bala y a otros los alcanzó la metralla de la continua cortina de fuego que disparaban a distancia. Los hombres que teníamos enfrente no iban a ceder sino era tras una lucha encarnizada”.

El teniente coronel Nick Vaux, jefe del Comando 42 de *Royal Marines* se refirió al mismo combate: "En esas posiciones, los cuerpos yacían desparramados en las violentas contorsiones de la muerte, porque el enemigo había resistido fieramente".

El suboficial George Meachin del Comando 45 de *Royal Marines*, que participó del ataque al RI 4 en Dos Hermanas escribió: "Al mismo tiempo, había proyectiles de mortero que caían encima nuestro, pero la principal amenaza eran los que disparaban las ametralladoras, ya que tenían un buen campo visual debido a la luz de la luna. Había tres ametralladoras y efectuábamos (sobre ellas) descargas simultáneas de nuestro propio fuego de artillería efectiva y constante, quince proyectiles a la vez. Hicieron una pausa y nos dispararon de nuevo. Así que tuvimos que hacerlo por segunda vez, disparar sobre sus posiciones. Hicieron una pausa y luego 'bum, bum, bum', nos tiraron de nuevo. Los conscriptos no hacen esto, los niños tampoco, los hombres que actúan bajo una mala conducción y tienen moral baja, tampoco. Eran tropas muy firmes. Aprecio su valor".

El brigadier Julián Thompson, comandante de la brigada de *Royal Marines* que atacó al RI 4 expresó: "Oficiales y suboficiales se batieron duramente".

Pese a todas las circunstancias adversas en que debió combatir y a la desproporción de medios, el Regimiento 4 luchó hasta el límite de sus posibilidades. Prueba de ello fueron los dos oficiales, cuatro suboficiales y dieciséis soldados muertos, y los ocho oficiales, veinticuatro suboficiales y ochenta y nueve soldados heridos. De las bajas sufridas por las secciones agregadas pertenecientes a la Compañía Comando y Servicios del Comando de Brigada de Infantería III, de una fracción del Regimiento 12 y del Batallón Logístico 3 en la brigada, que también fueron importantes, conocemos la muerte de dos suboficiales y tres soldados[1].

El mariscal Foch, último generalísimo aliado en la IGM, dijo: "En la guerra se hace lo que se puede con lo que se tiene". El Regimiento 4 en Malvinas hizo con sus medios más de lo que podía esperarse gracias al esfuerzo, sacrificio y abnegación de sus oficiales, suboficiales y soldados, especialmente aquellos que quedaron para siempre en la turba malvinera como testimonio de la irrenunciable voluntad nacional de recuperar nuestras islas irredentas.

---

[1] Sargento de Infantería Héctor Carlos Montellano, cabo de intendencia Oscar Eduardo Labalta y los soldados Juan Serradori, Ramón Blanco y Julio Romero.

Del jefe del Regimiento de Infantería 5

Luego de haber participado en estas operaciones tan particulares y donde el aislamiento total con mi comando superior y con el continente era lo habitual en condiciones tan extremas por el frío, la lluvia y la escasez de alimentos, he llegado a concretar mis experiencias en los siguientes once aspectos:

1. Una unidad táctica aislada o bloqueada no está capacitada para llevar a cabo operaciones militares exitosas más allá de los diez días.

2. La logística condiciona en forma total el éxito de las acciones militares. La operación táctica mejor planeada, si no tiene su adecuado apoyo logístico, está destinada al fracaso.

3. El apoyo de las otras armas es esencial; la unidad de infantería contó con el apoyo de ingenieros y comunicaciones, pero careció de artillería de campaña y de defensa aérea. Esta situación permitió al enemigo emplear sus fuegos de largo alcance y su aviación a discreción. Nosotros sólo pudimos adoptar medidas de defensa pasiva.

4. La incomunicación física con niveles superiores durante todo el conflicto, debido al bloqueo total, impidió un contacto personal con mi comandante, que es indispensable, evitando también la evacuación de heridos o enfermos graves y la atención médica más especializada por falta de medios de sanidad o de transporte hacia centros sanitarios más complejos.

5. Una alimentación inadecuada de no más de 1.500 calorías diarias, insuficiente en cantidad y variedad de alimentos, que durante los últimos veinte días se limitó a sólo cordero hervido, provocó más bajas que el fuego enemigo (120 contra 7 muertos y 12 heridos graves). Con el tiempo, los británicos hubieran conseguido nuestro aniquilamiento sin necesidad del empleo directo de sus fuegos.

6. El mando es fundamental en situaciones críticas, que son en las que más se percibe la necesidad de ser mandado. Todo depende del jefe y hacia él se dirigen todos los problemas, hasta decirle que se acabó la sal y exigirle una solución. La presencia física del jefe en todo lugar y momento es fundamental para mantener alta la moral y la confianza de sus tropas.

7. La asistencia espiritual es imprescindible para mantener entero a un hombre. Nunca vi comulgar tanta gente, entregándose así de cuerpo y alma a Dios ante una situación crítica e indefinida en lo personal. Así fue esta campaña donde la falta de noticias de familiares y del continente era lo cotidiano, por ejemplo el suscripto jamás recibió una carta o noticia de su familia.

8. Los cuadros de organización se han hecho para ser cumplidos en todas las operaciones militares y aún el movimiento es una operación más. El haber efectuado movimientos importantes de fracciones, separando en tiempo al personal de sus equipos y armas pesadas de apoyo, motivó que estos no estuvieran disponibles en el momento necesario[2].

9. Aprecio que una unidad instruida (el Regimiento 5 tenía el período de ejercicios finales cumplido en el 100% de la tropa) tiene capacidad para el combate, haciendo abstracción de las edades de sus hombres (personalmente encontré soldados ingleses de 18 años).

10. Creo no equivocarme al sostener que los problemas que la estrategia militar no contempla y se convierten en errores aprovechados por el enemigo, la táctica no los puede solucionar.

11. Por último y como he sostenido desde que terminó la guerra de Malvinas, el aparato militar, en cualquier nivel, es un todo. Las armas se necesitan unas de otras y se complementan, como las especialidades y los servicios. El subalterno necesita de un buen superior y, a su vez, el que manda necesita de sus subordinados; todos son necesarios y nadie es imprescindible. Concluyendo: aprendí a ser más humilde.

Del jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 6

Más allá del desenlace final, los combatientes, sin diferencias jerárquicas, hicieron mucho más de lo esperable con los medios disponibles, resistiendo pese al enorme desgaste físico y la diferencia tecnológica, durante dos meses, en una posición insular sitiada desde el inicio por un bloqueo estratégico seguido del táctico, circunstancias siempre desfavorables para el logro de la victoria, según lo demuestra la historia militar universal en múltiples situaciones similares (plaza sitiada, plaza tomada).

El oficial de operaciones y la subunidad elegida como reserva tuvieron un destacado desempeño, por el cual varios de sus integrantes –entre ellos todos sus oficiales y el encargado de la subunidad– fueron objeto de condecoraciones y distinciones. Debe consignarse que formó parte de sus efectivos el único soldado conscripto de todas las Fuerzas, que mereció la máxima condecoración que otorga la nación a los combatientes. Estos hechos y la actuación de los restantes efectivos de la

[2] Por ejemplo, el personal transportado por modo aéreo y el material pesado por barco. Una vez emplazados en la posición no se contó con este material y ni munición de combate necesaria.

unidad permiten afirmar que igual comportamiento hubiesen tenido estos últimos en situación similar. Así, los efectivos pertenecientes a estos dos primigenios regimientos de la patria (RI 1 y RI 6) supieron escribir para su historia otra página de sublime entrega, enorme valor, ejemplar abnegación y sacrificio

Es indudable que la fracción que tuvo contacto en combate con el enemigo fue la Compañía B del RI 6, así lo evidencian las heroicas bajas en combate que sufrió. Los restantes elementos lo tuvieron por el fuego, que en forma sostenida y a partir del 1 de mayo recibieron, ante la impotencia de no disponer de armas que posibilitaran una adecuada respuesta. Esta situación produjo un desgaste psíquico y físico buscado y logrado por el enemigo mediante el bloqueo efectuado.

Todo el personal posibilitó el fiel cumplimiento de la misión asignada, en particular los integrantes de la secciones Comunicaciones e Intendencia, los que pese al fuego enemigo y las inclemencias del tiempo debieron, en un caso, reparar el vetusto cable telefónico que se cortaba permanentemente debido a lo expresado y, en el otro, confeccionar y distribuir el escaso racionamiento disponible. Ambos tareas, a toda hora y bajo las más riesgosas situaciones. No es objeto de este trabajo extraer conclusiones o enseñanzas sobre lo actuado, no obstante y a treinta años de aquellos acontecimientos deseo señalar lo siguiente:

La noticia de la muerte de dos suboficiales antiguos, durante la madrugada del 14 de junio, fue un impacto que pese a mis años me hizo sentir la realidad de la guerra. El sargento ayudante Eusebio Aguilar se desempeñaba como encargado de la compañía comando. Esta subunidad, en combate, no conducía sus secciones, que operaban en dependencia de la jefatura de unidad. El jefe de la compañía se desempeñaba como jefe del PC del regimiento, por ello este suboficial había sido destacado a una vivienda asignada al regimiento a su llegada, cuando debía defender la localidad. Allí cumplía actividades relacionadas con el campo de personal y efectuaba distintas tramitaciones ante el Comando de la Agrupación.

El sargento ayudante cocinero Ochoa revistaba en el RI 6 desde cabo y durante el subperíodo de instrucción de la clase recién incorporada había permanecido en el vivac y desde allí sin descanso intermedio viajó a Malvinas, donde su tarea, la preparación del racionamiento, era agotadora. Pocos días antes del 14 de junio, su jefe, el subteniente Taquini, me expresó que este hombre se encontraba desgastado y por ende deprimido, por lo que dispuse que se lo trasladara por un tiempo a la vivienda referida quedando el cabo cocinero Verteramo a cargo del rancho.

Ambos sargentos ayudantes, Aguilar y Ochoa, ante un ataque de la artillería de campaña inglesa salieron de la casa seguramente para ocupar una posición próxima que ofrecía mayor seguridad. En esas circunstancias un proyectil les produjo a ambos la muerte instantánea. Luego me enteraría de la heroica muerte en combate de nueve soldados.

Recuerdo muy bien esa oportunidad, en particular, al general Jofre diciéndonos con evidente emotividad: "He pasado días y noches parado frente a esta carta (ubicada a sus espaldas con el gráfico de la situación), tratando de encontrar la mejor solución...". Años después y con el conocimiento de todo lo ocurrido, creo que resulta obvio afirmar lo difícil que era lograr esa pretensión.

Del jefe del Regimiento de Infantería Mecanizado 7

En la madrugada del 14 de junio de 1982, inicié mi desplazamiento desde la cresta del Wireless Ridge hacia el Sur. A mí alrededor explotaban proyectiles de la artillería y repicaban balas de armas automáticas. Me alejaba así del último emplazamiento del puesto de comando de la unidad revisando los pozos por si se encontraba algún personal. De repente observé detrás de un pequeño risco la presencia de un bulto; se trataba de un soldado que yacía sin vida empuñando firmemente el fusil con en sus manos inertes. Sentí un gran dolor por ese héroe de mi regimiento, a quien no pude reconocer. Luego bajé por la pendiente descendente, hasta donde se encontraba el cuartel de los *Royal Marines* que estaba en llamas; había alcanzado la zona de Moody Brook.

En reconocimiento a mis soldados conscriptos, suboficiales, oficiales y jefes, que seguramente vivieron situaciones de combate similares o más difíciles que las que he narrado, después de treinta años me he permitido revelar por primera vez con detalles el combate que tuvo lugar en mi puesto de comando, que fue el último realizado por el querido Regimiento 7.

A la distancia, estoy convencido de que al finalizar las operaciones en la zona de mi responsabilidad, los valores de abnegación, sacrificio y patriotismo del soldado de infantería argentino quedaron reflejados, como un testimonio inapelable, en las 188 bajas que sufrió el regimiento durante los combates que se repartieron en 36 muertos (1 oficial, 2 suboficiales y 33 soldados conscriptos) y 152 heridos (1 jefe, 6 oficiales, 20 suboficiales y 125 soldados conscriptos).

Hoy, es un orgullo y un honor haber sido el jefe del Regimiento 7 en los combates por la recuperación de nuestras Islas Malvinas. Por ello expreso mi reconocimiento permanente para todo el personal que lo integró, en particular para los heridos y, muy especialmente, para nuestros muertos, héroes que yacen en el cementerio de Darwin.

Del jefe del Regimiento de Infantería 8 y del jefe de la Compañía de Comandos 601[3]

En Malvinas, nuestra infantería libró numerosos combates y llevó adelante la batalla decisiva de Puerto Argentino aislada, sin apoyo naval ni aéreo táctico, con abrumadora superioridad naval, aérea y logística del enemigo, luchando contra fuerzas bien entrenadas y apoyadas abierta o encubiertamente por terceros países.

El penúltimo día de la guerra nos quedamos definitivamente solos, cuando el regreso de los helicópteros Chinook de la Fuerza Aérea Argentina al continente nos privó del único medio de que disponíamos para lanzar contraataques y trasladar tropas, quedando sumergidos en un combate totalmente desproporcionado, con derroche de valor individual pero con un final inevitable.

En ese contexto, la abnegación, el valor y el heroísmo se evidenciaron en los infantes del Ejército a cada instante, así como también algunos se dejaron dominar por la renuncia y la resignación. Hemos recurrido a la opinión del enemigo de aquel entonces para conocer lo sucedido. Algunas de sus manifestaciones son las que siguen:

> "Sentimos una sensación espléndida porque, después de la larga y dura serie de batallas en las islas sobre tan considerable extensión de terreno especialmente inhóspito, todo haya concluido así. No cabe duda de que los hombres que se nos opusieron eran soldados tenaces y competentes, y muchos han muerto en sus puestos. Hemos perdido muchísimos hombres."[4]

---

[3] Evaluación realizada en conjunto por ambos oficiales superiores.

[4] General Anthony Wilson, comandante de la Vta Brigada, el 14 de junio de 1982, en The Sunday Times Insight Team. *Una cara de la moneda. La guerra de las Malvinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1983, p. 382.

> "De pronto al romper el día, el balance de la batalla se inclinó bruscamente en contra de los ingleses... En realidad sus trincheras tenían sólidos tejados y los informes sobre una guarnición desmoralizada y desguarnecida parecían sin fundamento. Tantas mentiras que se nos dijeron acerca de que no querían pelear, y están peleando como leones."[5]

> "Después de rodear al enemigo, por fin se había logrado silenciar el fuego argentino. El lugarteniente Cox, jefe de un pelotón, haciendo uso de armas antitanques, granadas y finalmente bayonetas, consiguió despejar otra posición. Verdaderamente son muestras de los mejores ejemplos, porque hasta que no lo conseguías, los argentinos seguían peleando."[6]

El valor de los soldados que enfrentaban era tal, que creyeron que era un regimiento completo cuando era verdaderamente una compañía:

> "...la sorpresa táctica se perdió cuando un soldado pisó una mina. El Batallón de Paracaidistas comprobó que no estaban enfrentando una compañía como esperaban, sino un regimiento... El 3er Batallón de Paracaidistas sufrió 70 bajas...".[7]

El periodista Kim Sabido de la cadena periodista de IRN presenció el combate en Harriet y expresó:

> "Vi caer a varios hombres heridos de bala, y a otros los alcanzó la metralla de la continua cortina de fuego que disparaban a distancia. Los hombres que teníamos en frente no iban a ceder sino tras una lucha encarnizada."[8]
>
> "El enemigo fue inflexible, nada pudo hacerlos retroceder (...) para lograr la rendición de soldados argentinos hubo muchas veces que matar oficiales y suboficiales que querían proseguir la lucha."[9]

---

[5] Clive Livingstone en Hastings, Max y Simon Jenkins, *La batalla por las Malvinas*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

[6] Coronel Hew Pike en ob. cit. *supra*, nota 4, pp. 373 y 374.

[7] Watson, Bruce W. y Peter M. Dunn, *Military lessons of the Falkland Island. War views for the United States. Arms and Armour Press*, Londres, 1984, p. 76.

[8] Kim Sabido, periodista de IRN en ob. cit. *supra*, nota 4, pp. 374 y 375.

[9] Thompson, Julian, *No Picnic*, Londres, Leo Copper in association with Secker and Warburg, 1985, p. 157.

Sargento Brian Faulkner, después de la combate de monte Longdon:

> "Algunos de los argies[10] heridos habían sido dañados por granadas de fósforo, y sus heridas eran severas, con quemaduras profundas y muy dolorosas. Gritaban, vociferaban y estaban muy disgustados. Uno o dos de ellos tenían heridas de bayoneta, muy inusuales en una batalla moderna, y algunos estaban aún físicamente heridos o magullados, literalmente, a partir de una lucha mano a mano con las culatas de un fusil o con algo que hubiese llegado hasta sus manos. Los argies habían combatido muy bien..."

Cuánto podríamos agregar aquí a estas opiniones, como, por ejemplo, la firme actitud de nuestra infantería desplegada en Puerto Howard y Bahía del Zorro en la Isla Gran Malvina, aislada en sus posiciones, sin contacto personal con su comandante, sin abastecimientos de ninguna especie, pero haciendo gala de una disciplina, una abnegación y un heroísmo silenciosos que los hacen acreedores al reconocimiento de la patria.

O en Darwin, con la Fuerza de Tarea Mercedes cruzando a pie gran parte de la Isla Soledad, con sus bolsones al hombro y sin el armamento pesado que había quedado embarcado, pero caminando a pesar de todo rumbo a la posición asignada, a cumplir con su misión, tal vez sin saber que también ellos deberían a partir de ese momento combatir heroicamente aislados.

Y cuántos otros, que en forma aislada o en conjunto, soportaron heroicamente las carencias y dificultades. Era soldados de infantería con mayúsculas que supieron superar las falencias de un sistema militar que nunca había considerado como objetivo la auténtica preparación para la guerra.

En Malvinas nuestros infantes enfrentaron a un enemigo, que en su escala temporaria en la Isla Ascensión camino a las islas, consumió en sesiones de práctica de tiro el equivalente a treinta y siete años y medio de la asignación de munición autorizada para su instrucción militar en tiempos normales[11].

---

[10] Término peyorativo con el cual las tropas británicas se referían a nuestros soldados.

[11] Dato publicado por la revista *Sunday Express* en el año 1982.

Las compañías de comandos

Por el Grl Br VGM (R) Sergio Fernández

Las dos compañías de comandos, enfrentando inicialmente condiciones diferentes en su creación, su organización y la experiencia obtenida en el teatro de operaciones, produjeron efectos compatibles con lo que cabe esperar de una tropa de comandos, pese a las dificultades particulares y a las comunes con otras tropas, con las que se apoyaron o actuaron en conjunto.

Cumplieron más de un centenar de misiones de todo tipo, que oscilaron entre operaciones de nivel Agrupación, con las dos compañías y el escuadrón Alacrán integrados, pasando por acciones de compañía completa o incompleta, operaciones de sección completa o incompleta, o por patrullas de variada configuración, hasta las ejecutadas por una pareja de combate explorando a pie a kilómetros de sus líneas.

Emplearon todo tipo de medios para sus desplazamientos, helicópteros, embarcaciones, jeeps, motos y aún caballos, debiendo, en muchas ocasiones atravesar a pie o en vehículos los campos minados, aun en plena oscuridad.

Ante la ausencia de adecuada inteligencia de combate, las patrullas en reiteradas oportunidades debieron conformarse con una organización mixta (de combate y de exploración) para estar en condiciones de cumplir distintas misiones cuando quedaban aisladas o cuando se obtenía la información.

Cuando las fracciones quedaron aisladas se autoimpusieron misiones de acuerdo con la finalidad de la misión inicial impuesta, pero siguieron combatiendo con la iniciativa y libertad de acción que deben ser propias de los comandos en cualquier circunstancia.

Las compañías de comandos superaron las limitaciones impuestas por la situación merced al valor, el esfuerzo y el sacrificio de sus hombres. Una conducción ejemplar de sus jefes, un espíritu de combate y a una capacitación preexistente a la hora de la prueba dieron frutos en cada uno de los enfrentamientos que protagonizaron y aun en los menores hechos que desarrollaron. Buscaron siempre actuar ofensivamente, tratando de ganar o retomar la iniciativa y aun frente a los más duros contrastes en el resultado de sus acciones, demostraron una capacidad y espíritu de combate ejemplares.

Vestuario y equipo del soldado de infantería durante la campaña de Malvinas.
Lámina de publicada en la
***Revista de Infantería* número 13 (Ene-Abr 1987)**



Hermanadas en el final, hasta en el último combate, ya sin esperanzas de cambiar el curso de los acontecimientos, marcharon resueltamente contra un enemigo muy superior para cumplir la última orden, pese a lo imposible de la misión.

XXII

Reflexiones finales

Desde el regreso hasta hoy y para siempre, los infantes que estuvieron en Malvinas se mantendrán en estado de reflexión y recuerdo de los hechos de guerra en los que participaron y con todo lo que se relacione con el conflicto, acontecimiento único, esencial e irrepetible en sus vidas. Esos pensamientos seguramente no uniformes y dependientes de la jerarquía, del cargo ocupado, así como de las vicisitudes que le cupieron a cada uno en la lucha han sido expuestos a lo largo de este libro. Cada veterano posee una interpretación personal de los hechos, de la guerra en general y de su ámbito de actuación cercano en particular. Lo prueban las múltiples manifestaciones orales y escritas publicadas y que continuarán produciéndose. Por ello, ésta ha sido una aproximación profesional sin pretensión de historias personales.

La infantería en Malvinas soportó las mayores penurias; durante más de setenta días muchos de sus elementos estuvieron a la intemperie, alejados de las fuentes de abastecimiento principales, con equipo individual inadecuado, viviendo y descansando en el frío, el viento, la lluvia y la humedad penetrante. Sin posibilidad que la logística desde Puerto Argentino profundizara e hiciese más cómodas y seguras sus posiciones, debieron transportar sus armas y equipo más pesado a brazo, y cavaron sin elementos de fortificación simples pozos de zorro que se anegaban con la lluvia. Pasaron largos días en situaciones de frugalidad extrema por la escasez de abastecimientos esenciales. No obstante, el soldado de infantería luchó dignamente y su obstinación fue reconocida por los comandantes enemigos.

Alrededor de Puerto Argentino se encontraban próximas las zonas de retaguardia de varias unidades. No se produjeron faltas disciplinarias y los pobladores locales continuaron viviendo con normalidad, pese a su encono y sentido de pertenencia al Reino Unido. Tampoco se dieron casos de temor o cobardía manifiestos; se vivió un estado de alarma

creciente en la medida que el enemigo mostraba sus capacidades terrestres reales, de su fuerza aérea y de su fuego de artillería coordinado con la de los buques.

Nada de ello motivó rendiciones anticipadas sin combatir. Hubo repliegues ocasionados por la presión del ataque enemigo, que en muchos casos tenían por finalidad continuar el combate en mejores condiciones o desde otra posición. Todos los niveles, dentro de sus posibilidades, cumplieron las órdenes que recibieron. La conducta y el valor de los soldados conscriptos superaron lo que podría esperarse en condiciones tan inesperadas y negativas.

A esta altura, es imposible olvidar a aquéllos que impulsados por el amor a la patria –sabiendo que el hecho muy difícilmente tendría un resultado favorable dada la amplia coalición que se armó contra la Argentina–, dispuestos a dar su vida, mantuvieron el entusiasmo en las inhóspitas islas. Muchos de ellos están en Darwin como una avanzada de una realidad que se concretará cuando formen parte efectiva del territorio nacional.

Transcurridos 30 años, los infantes no podemos dejar que se diluyan referencias, virtudes, nombres y sucesos, que, extraviados en la niebla del pasado, pierden paulatinamente vigencia e importancia. La campaña de Malvinas fue una derrota digna ante la tercera potencia militar de entonces. Un combate en terreno insular poco ajustado a la doctrina sostenida por el Ejército Argentino sin mayores posibilidades de superar en el nivel táctico las falencias de los niveles superiores. Alguien supo decir que pierde quien mayores errores comete. Que los errores cometidos no se lleven el valor y el coraje demostrado por los infantes en cada posición de combate al rincón del olvido.

El aporte de la infantería en la Guerra

La infantería ya era señalada por Napoleón como la reina de las batallas. Tras la experiencia de Malvinas podríamos agregar: "...en la victoria, porque asegura el éxito final y en la derrota porque sufre heroica y silenciosamente las consecuencias del fracaso de todas las armas".

Cuando en el suelo malvinense dejaron de tronar nuestros cañones y de apoyar nuestros aviones, surgió el pecho del infante argentino para enfrentar la metralla enemiga. Ninguno murió por la espalda. Así ha sido reconocido por el enemigo británico.

En Malvinas nuestra infantería aportó más hombres abnegados que héroes, y la abnegación de esa infantería consistió en ser héroe a cada

instante y en sostener ese heroísmo anónimo bajo cualquier situación, especialmente cuanto más lejos se estuvo que enfrentar al enemigo. Esa abnegación, que es la verdadera madre del valor, fue y será siempre la virtud esencial del infante, como expresión acabada de su fortaleza y su templanza.

Solo a través de ese valor pudo llegarse al heroísmo, ese heroísmo constante que en combate fue demostrado evidenciando valor permanente e inquebrantable, muchas veces sin disponer de los suficientes medios técnicos, pero concretado con suma diaria de esfuerzos, dedicación y penurias, con la ansiedad de infinitas jornadas sin descanso y sin relevo.

No fue tal vez tan espectacular y promocionado como el heroísmo de un solo minuto, pues nunca tuvo la crónica próxima. Fue simplemente coraje anónimo para sostenerse en el cumplimiento de la misión, a pesar de todas las dificultades, y junto con la audacia y el valor requirió la constancia permanente y la voluntad de hierro de infinitos instantes, para que la razón y la conciencia no traicionaran a la conducta. Sabía que inexorablemente, al final de cada día, no vendría el descanso, el relevo, la comodidad y el abrazo del regreso al continente, sino más sacrificio, más bombardeos y más angustia. Conocía también que nadie sabría de ellos, y por eso fue infinitamente más valioso a los ojos de Dios, de la patria y de la propia conciencia.

La abnegación en combate llevó a nuestros infantes al heroísmo a través de la voluntad, y alcanzó su sublimación al dar la vida por la patria en cumplimiento del juramento a su bandera. Al heroísmo se llegó por la templanza, la abnegación, el espíritu de sacrificio y la voluntad de vencer y concretó en el campo de combate, donde se juega el destino de la patria, aquello de que "no hay amor más grande que dar la vida por los amigos", de aquellos amigos que nos rodeaban en el instante supremo del sacrificio, pero también por aquellos que nos antecedieron como en Curupaytí y en tantas otras batallas y aquellos que vendrán detrás de nosotros y continuarán llevando el estandarte de ese ejemplo. Aquellos, en suma, por los cuales ese sacrificio valió la pena.

Fiel hasta el final

Yacen en el cementerio de Darwin y en otros del continente ejemplos de infantes que entregaron su vida para defender, con honra y dignidad, la bandera de su patria y un pedazo de su tierra usurpada.

Nuestro Ejército pudo contar una vez más con su fiel infantería, que como en tantas oportunidades de la historia patria supo morir sin

lograr vencer, combatiendo con lo que disponía materialmente, que era mucho menos de lo que en su corazón latía. Esa infantería, que concibió el sufrimiento y el sacrificio mucho antes en su alma que en su carne, en el preciso momento en que aceptó una vez más ser la primera en ver el rostro de su enemigo. Esa infantería querida, que fundió el frío glacial de la turba malvinense con el fuego sostenido de sus armas y el ardor vehemente e inmenso de sus corazones de soldados.

Como ejemplo y testimonio quedó la carta[1] que pocos minutos antes de partir hacia el frente escribió a su padre el teniente Roberto Néstor Estévez, jefe de la sección Bote de la Compañía C del Regimiento de Infantería 25. La convicción y el compromiso que trasunta cada frase encarna tal vez el sentir de todos aquellos que combatieron y perecieron en las heladas tierras australes en defensa de lo que consideraban una causa justa.

> "Querido papá:
>
> Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuentas de mis acciones a Dios Nuestro Señor. Él, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos, ¡que misión! ¿no es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas, todos destinados a recuperar las Islas Malvinas y restaurar en ellas nuestra soberanía? Dios, que es un Padre Generoso, ha querido que éste, su hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra patria.
>
> Lo único que a todos quiero pedirles es: 1) que restauren una sincera unidad en la familia bajo la Cruz de Cristo, 2) que me recuerden con alegría y no que mi evocación sea la apertura a la tristeza y, muy importante, 3) que recen por mí.
>
> Papa, hay cosas que, en un día cualquiera, no se dicen entre hombres pero que hoy debo decírtelas: gracias por tenerte como modelo de bien nacido; gracias por creer en el honor; gracias por tener tu apellido; gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar.

---

[1] Esta carta fue escrita en Sarmiento, provincia de Chubut, el 27 de marzo de 1982, horas antes de que el teniente Estévez abordase el camión que lo llevaría a Puerto Belgrano para embarcar en la flota con destino a las islas. De acuerdo con sus instrucciones, debía ser guardada y entregada a su padre en caso de caer en combate, cosa que sucedió un mes después.

Hasta el reencuentro, si Dios lo permite. Un fuerte abrazo.
Dios y Patria ¡O muerte!
Roberto"

A modo de colofón[2]

Las tropas del Ejército Argentino combatieron en clara inferioridad de condiciones, aisladas, sin apoyo naval, sin apoyo aéreo táctico, contra la superioridad naval, aérea y logística abrumadora del enemigo. Enfrentaron a las fuerzas enemigas, bien entrenadas y equipadas, que fueron apoyadas abierta o encubiertamente por terceros países. Sin poder disponer de una iniciativa ofensiva estratégica operacional que influyera en la batalla.

Específicamente en Malvinas, tuvimos una movilización y despliegue apresurados e inadecuados, sufrimos una total ausencia de inteligencia de combate, asistimos a una burda ausencia del trabajo conjunto de las FF.AA. Nos impusieron una peligrosa relación con la población civil malvinense, que era claramente parte del enemigo, soportamos la inexistencia de planes que previeran más allá de la operación Rosario, conocimos una evaluación absurda de la posible reacción enemiga, padecimos una distribución de las fuerzas terrestres totalmente inadecuada, con un despliegue prematuro sin relevos ni reemplazos, carecimos de adecuadas comunicaciones conjuntas y nos afectó severamente una guerra electrónica enemiga sumamente eficiente.

Pero, a pesar de todo ello, en combate quedaron en evidencia las virtudes y valores que han adornado siempre al soldado argentino desde los albores de la patria, y su desempeño se nutrió de una abnegación y un valor que fue madre de un auténtico heroísmo, demostrado a cada instante en cada una de las posiciones donde la misión impuso empeñarse. En definitiva confirmó que en combate siempre habrá más hombres abnegados que héroes, y que en esa abnegación radicará el verdadero heroísmo.

Fui testigo privilegiado de lo que afirmo, pues como tal vez ningún otro soldado presente en las islas, tuve la oportunidad de concretar distintas operaciones en los más diversos y remotos sectores de estas,

2 Fragmentos de las palabras del general de división (R) Mario Castagneto publicadas como prólogo de La Revista de la Escuela Superior de Guerra N° 580, edición enero-abril de 2012.

y en todos ellos comprobé con orgullo la disposición heroica y el valor exhibido por los hombres de nuestro Ejército.

Siempre existen victorias y derrotas y todas son diferentes entre sí. Malvinas tuvo para los veteranos también su victoria, y ella consistió en saber superar los fracasos sin desesperanza, en luchar con valor, en entregarse con abnegación y en tener la certeza de que en combate las actitudes fueron más importantes que las aptitudes.

Por ello creo firmemente que la verdadera fecha a recordar es el 14 de junio, pues ese día nos ofrece la oportunidad de homenajear todo el valor y el heroísmo de nuestros soldados, pero sobre todo representa el compromiso ineludible de saber reconocer los errores cometidos para no reincidir en ellos. Al igual que conmemoramos en nuestros próceres más queridos la fecha de su muerte, por ser aquella en la que rinden cuenta a Dios con la obra de su vida consumada. El 14 de junio debe servirnos cada año para mostrar hasta qué punto fuimos capaces de sostener en nuestro corazón la fuerza de la vocación invicta.

Lo argentinos debemos eterna y auténtica gratitud hacia todos aquellos que tuvieron el honor de honrar las armas de la patria a lo largo de su historia, en las innumerables campañas, batallas y combates en los que nuestro Ejército en sus más de doscientos años de historia se empeñó en el cumplimiento de su misión.

Desde aquel lejano 29 de mayo de 1810, fecha de su nacimiento, hasta las gloriosas jornadas de Malvinas en 1982, la patria ha contemplado muchos héroes y ha cobijado infinita cantidad de veteranos, la mayor parte de ellos soldados desconocidos

Malvinas, como nuestra batalla más reciente, debe hacernos reflexionar seriamente sobre nuestros aciertos y errores, para que a través de la experiencia y del duro adiestramiento diario seamos capaces de hacer cada día un Ejército mejor. Sólo así tendrá sentido el sacrificio de quienes entregaron su vida por la patria y hoy siguen en las islas como centinelas sin relevo hasta ver cumplido el sueño de la patria.

Los veteranos son hoy la muestra diaria sangrante de amor por la patria, de ese amor verdadero que entrega la vida libremente pues la recupera el reunirse con quienes lo precedieron en el supremo sacrificio. Nadie les ha podido quitar la vida a nuestros héroes pues ellos la ofrecieron previamente en cumplimiento de una promesa sagrada haciendo realidad la sentencia de que no ha vivido más el que cuenta más años, sino el que ha sentido mejor un ideal.

Mensaje para las futuras generaciones de infantes...

La próxima batalla

Cnl Ricardo Miró

Aunque yazgas, vencido y quebrantado
sin esperar ya nada de la suerte...
Aunque seas alfombra de la muerte,
despojo palpitante y destrozado,

recuerda que, además, eres soldado
de esta causa que en gloria quiere verte
y acomete, pujante, rudo, fuerte,
para lograr el triunfo ambicionado!

Atropella y destroza omnipotente
todo error, todo embuste, toda valla!
Arremete! Porfía! Ruje! Estalla!

Quiebra la sinrazón de quien te enfrente!
Así sea mordiendo con un diente
hay que ganar la próxima batalla!

Lista de los infantes caídos en Malvinas[1]

Cdo Cpo Ej V:
Cnl Clodoveo Miguel Arévalo.

LMGR:
Tte 1ro Roberto Sosa.

Cdo Br I III:
Francisco Furi,
Juan Serradori,
Guillermo Raúl Ojeda,
Sergio Desza.

Cdo Br I Mec X:
Soldados Carlos Mosto,
Mario Rodríguez.

RI Mec 3:
Soldados José Lobos,
Julio Cao,
Andrés Folch,
Julio Segura,
Jorge Soria.

RI 4:
Tte 1ro Luis Martella,
Tte Oscar Silva,
Cbo Mario Gómez,
Cbo 1ro Omar González,
Cbo Res Hipólito González,
Cbo Res Roberto Verdum.
Soldados: Luis Aguilera, Benito Almaraz, Juan Ayala, Carlos Casco, Eduardo Gómez, Martiniano Gómez, Alfredo Gregorio, Juan Ledesma, Antonio Edgardo López, José Méndez, Celso Páez, Ramón Palavecino, Adolfo Vallejos, Juan Acuna, Orlando Aylan, Daniel Rodríguez, José Romero.

RI 5:
Soldados Raúl Alegre, Juan de la Cruz Martínez, Alberto Aguirre, Ramón Caballero, Remigio Fernández, Gerónimo Maciel, Juan Quintana, Mario Sánchez.

RI Mec 6:
Sarg Ay Eusebio Aguilar,
Sarg Ay Edgardo Ochoa.
Soldados: Abel Gerónimo Arizaga, Sergio Omar Azcarate, Horacio Adolfo Baldivares, Walter Ignacio Becerra, Luis Jorge Bordón, Horacio José Echave, Héctor Guanes, Juan Horisberger, Ricardo Luna, Juan Rodríguez.

RI 1: Soldado Claudio Bastida.

RI 25:
Tte 1ro Roberto Estévez,
Sarg 1ro Sergio García,
Cbo 1ro Mario Castro,
Cbo Héctor Oviedo,

[1] Nómina del personal de "Caídos en el Teatro de Operaciones del Atlántico Sur", Boletín Reservado del Ejército N° 5066 del 09 de setiembre de 1983. Rectificada por resolución del JEMGE de fecha 15 de diciembre de 2003.

Cbo Miguel Ávila.
Soldados: José Allende, Ricardo Austin, Ramón Cabrera, Fabricio Carrascul, Luis Giovannini, Horacio Giraudo, José Ortega, Arnaldo Zabala.

Ca Cdo(s) 602:
Tte 1ro Ernesto Espinosa,
Sarg 1ro Oscar Blas,
Sarg 1ro Mario Cisnero.

RI Mec 7:
Subt Juan Domingo Baldini,
Cbo Darío Rolando Ríos,
Cbo (EC) Pedro Alberto Orozco.
Soldados: Alfredo Gattoni, Dante Luis Segundo Pereyra, Elbio Eduardo Araujo, Miguel Ángel Arrascaeta, Ángel Benítez, Omar Aníbal Brito, Sergio Alberto Carballido, José Luis Del Hierro, Luis Alberto Díaz, Miguel Ángel Falcón, Aldo Omar Ferreyra, Miguel Ángel González, Néstor Miguel González, Donato Manuel Gramisci, Guillermo Ernesto Granado, Ricardo Horacio Herrera, Carlos Alberto Hornos, Manuel Alberto Juárez, Julio Héctor Maidana, Marcelo Daniel Massad, Rolando Máximo Pacholczuk, Miguel Ángel Pascual, Alberto Daniel Petrucelli, Ramón Omar Quintana, Isaac Erasmo Rocha, José Luis Rodríguez, Macedonio Rodríguez, Víctor Rodríguez, Julio Romero, Enrique Horacio Ronconi, Alejandro Pedro Vargas, Pedro Horacio Vojkovic, Manuel Alberto Zelarrayán.

B Av Comb 601:
Tte 1ro Roberto Fiorito
Tte Marcos Fassio.

B Log 3:
Sarg Héctor Montellano,
Cbo Int Oscar Labalta.

RI 8:
Cabo EC (Cond Mot) Juan Waudrik, Eduardo Sosa, Simón Oscar Antieco, Jorge Daniel Ludueña, Sergio Fabián Nosikoski.

RI 12:
Cbo 1ro José Luis Ríos,
Cbo Edmundo Federico Marcial,
Cbo Raúl Adrián Gómez,
Cabo EC (Cond Mot) Luis Mino.
Soldados: Celso Alegre, Ofelio Víctor Ávalos, Carlos Agustín Díaz, Vladimiro Dworak, José Alberto Encina, Carmelo Fernández, José Ramón Perrau, Carlos Alberto Frías, Ramón García, Daniel Omar Luque, Irineo Osvaldo Maciel, Irineo Mendoza, Juan Carlos Monzón, Alberto José Moschen, Néstor Oscar Avelino Pegoraro, Rubén Norberto Ramírez, Juan Anselmo Peralta, Julio Romero, Gabino Ruiz Díaz, Roque Evaristo Sánchez, Omar Alberto Ávalos, Rafael Barrios, Ramón Blanco, Rubén Horacio Gómez, Fernando Jesús Lugo, Guillermo Nuez, Carlos Omar Osyguss, Vicente Ramón Pérez, Segundino Antonio Riquelme, Víctor Rodríguez, Higinio Segovia.

In memórian...

No llores, patria, con dolor de madre
por tus hijos sepultados en las islas.
Ellos sembraron con su sangre heroica
simiente de valor para que vivas.

No llores, patria. Quienes no volvieron
están de centinelas a la vista,
cuidando tus derechos para siempre
en la quietud glacial de sus garitas.

Allá quedaron, solos, sin relevo,
esperando que vuelvas algún día
tras el turno más largo de las guardias,
tras la noche más cruel de las vigilias.

Allá te esperan, dueños de la tierra,
en el menguado predio de sus criptas,
enterrados de pie, como peleando
la batalla final que no termina.

Te esperan en el mar...
en las rompientes...
en el aire que hoy sus nombres grita.

Te esperan, empotrados en las rocas,
en el rudo turbal de las Malvinas,
empuñando las armas que esgrimieron
con el fervor de la razón invicta.

No llores, pues, la muerte de tus héroes.
No se llora la gloria bien habida.

Cnl Ricardo Miró

Abreviaturas

A	Artillería
ADA	Artillería de defensa aérea
Aerot	Aerotransportado
Amet	Ametralladora
ARA	Armada Argentina
B	Batería
BAM	Base Aérea Militar
BIM	Batallón de Infantería de Marina
BPE	Boletín Público de Ejército
BRE	Boletín Reservado de Ejército
BIM	Batallón de infantería de marina
Bl	Blindada/o
Br I	Brigada de infantería
C	Caballería
Ca	Compañía
C°	Cerro
CEE	Comunidad Económica Europea
Cdo	Comando
Cnl	Coronel
Cte	Comandante
CJE	Comandante en Jefe del Ejército
COL	Centro de operaciones logísticas
Com	Comunicaciones
DENAC	Directiva Estratégica Nacional
DEMIL	Directiva Estratégica Militar
Dest	Destacamento
EC	Equipo de combate
Expl	Exploración
EE.UU.	Estados Unidos de Norteamérica
FAA	Fuerza Aérea Argentina
FAS	Fuerza Aérea Sur
FFAA	Fuerzas Armadas
FT	Fuerza de Tarea
JEMGE	Jefe de Estado Mayor General del Ejército
GA	Grupo de artillería
GADA	Grupo de artillería de defensa aérea
GN	Gendarmería Nacional
Log	Logística
I	Infantería

Ing	Ingenieros
IM	Infantería de marina
J	Jefe
JR	Jefe de regimiento
Mec	Mecanizado
Mor	Mortero
My	Mayor
ONU	Organización de las Naciones Unidas
OTAN	Organización del Tratado del Atlántico Norte
PNA	Prefectura Naval Argentina
Parac	Paracaidista
PC	Puesto de comando
R	Regimiento
RI	Regimiento de Infantería
Ser	Servicio
SUBJEMGE	Subjefe del Estado Mayor General del Ejército
Sarg	Sargento
Subof My	Suboficial mayor
Subof Pr	Suboficial principal
Tte	Teniente
Tte 1ro	Teniente primero
Tcnl	Teniente coronel
TOAS	Teatro de Operaciones Atlántico Sur
TOM	Teatro de Operaciones Malvinas
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
VGM	Veterano de la Guerra de Malvinas.
Zap	Zapadores
1/C	Primera sección de la compañía C
B/RI 4	Compañía B del Regimiento de Infantería 4

Toponimia traducida al castellano

Bahía del Zorro	Fox Bay
Pradera del Ganso	Goose Green
Dos Hermanas	Two Sisters

Nombres asignados por las tropas Argentinas

Puerto Argentino	Port Stanley
Puerto Yapeyú	Port Howard
Puerto Santiago	Port Darwin

Con la finalidad de reunir la mayor cantidad de testimonios se requirió información a distintos niveles de comando y de decisión, además de haberse recibido información de equipos de trabajo de las unidades de infantería y de comandos participantes en la Campaña de Malvinas.

Colaboradores
General de división (R) VGM Jorge Halperín
General de división (R) VGM David Comini
General de división (R) VGM Mario Castagneto
General de división (R) José Luis Uceda
General de brigada (R) VGM Ramón Mabragaña
General de brigada (R) VGM Diego Soria
General de brigada (R) VGM Sergio Fernández
General de brigada (R) Gustavo Giacosa
Coronel (R) VGM Omar Jiménez
Coronel (R) VGM Italo Piaggi
Coronel (R) VGM Ernesto Repossi
Coronel (R) VGM Martiniano Duarte
Coronel (R) VGM Eduardo Frecha
Coronel (R) VGM Mario Moyano
Coronel VGM Roberto Oscar Reyes
Coronel VGM Eduardo Doval
Coronel VGM Esteban Vilgré de La Madrid
Coronel VGM Héctor Rodolfo Flores
Coronel VGM Víctor Herrero
Coronel VGM Ernesto Peluffo
Coronel VGM Lautaro Jiménez Corvalán
Teniente coronel VGM Edgardo Duarte Lachnicht
Señor VGM Guillermo Aliaga
Señor VGM Daniel Orfanotti

Equipo de coordinación, redacción y compaginación
Coronel Gustavo Schiavo
Coronel VGM Diego Salaverry Fernández
Coronel Guillermo Olegario Pereda
Cabo primero Néstor Eduardo Lantin

El presente libro fue basado en la idea del general de brigada José Luis Figueroa.

Bibliografía

Autores Varios, *Operaciones terrestres en las Islas Malvinas*, Volumen 721, Buenos Aires, Círculo Militar, 1985.

Autores Varios, *Malvinas: relatos de soldados*, Volumen 722, Buenos Aires, Círculo militar, 1985.

Ceballos, Enrique y José Buroni, *La medicina en la guerra de Malvinas*, Volumen 746, Buenos Aires, Círculo Militar, 1992

Comisión de análisis y evaluación de responsabilidades del Conflicto del Atlántico Sur, *Informe Rattenbach*, publicado según lo determinado en el Decreto pen 200/2012.

Consejo Superior del Arma de Infantería, *La Infantería Argentina. Testimonio de 200 años*, Buenos Aires, 2010.

Ejército Argentino, *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, Tomo I: Desarrollo de los Acontecimientos, Buenos Aires, 1983.

——, *Informe Oficial del Ejército Argentino. Conflicto Malvinas*, Tomo II: Abreviaturas, Anexos y Fuentes Bibliográficas, Buenos Aires, 1983.

Escuela Superior de Guerra, *La Revista* N° 580, enero-abril 2012.

Fundación Soldados, *Malvinas, 20 años, 20 héroes*, Biblioteca Soldados, Buenos Aires, 2006.

Hasting, Max y Simon Jenkins, *La batalla por las Malvinas*, Buenos Aires, Emecé, 1984.

Jiménez Corbalán, Lautaro J., *Malvinas en primera línea*, Buenos Aires, Edivérn, 2012.

Jofré, Oscar y Félix Aguiar, *Malvinas, la defensa de Puerto Argentino*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1990.

Landaburu, Carlos Augusto, *La guerra de las Malvinas*, Buenos Aires, Círculo Militar, 1989.

La Gaceta Malvinense, Órgano de difusión de aveguema, números varios.

La Nación, sección Enfoques, Buenos Aires, edición del 3 de abril de 2011.

Robacio, Carlos y Jorge Hernández, *Desde el frente*, Buenos Aires, Solares, 1996.

Ruiz Moreno, Isidoro, *Comandos en Malvinas*, Buenos Aires, Emecé, 1985.

Teves, Oscar, *Pradera del Ganso. Una batalla de la guerra de Malvinas. La historia de la Fuerza de Tarea Mercedes*, 2da ed. Carhué, 2007.

The Sunday Times Insight Team, *Una cara de la moneda*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1983.

Turolo, Carlos (h.), *Malvinas, testimonio de su gobernador*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983.

Villarino, Emilio, *Batallón 5*, Buenos Aires, Adler y Atucha Asociados, 1992.

Thompson, Julian, *No picnic*, Buenos Aires, Editorial Atlántida, 1988.

Páginas de Internet consultadas:
Asociación de Veteranos de Guerra de Malvinas:
http://www.aveguema.org.ar/
Hechos de Malvinas. Editado por Hernán Favier:
http://malvinasdata.blogspot.com.ar/
La Perla Austral:
http://www.laperlaaustral.com.ar/contenidos/
Espacio de Eduardo Frecha:
http://eduardofrecha.wordpress.com/

Fotografías: las fotos de la época fueron facilitadas por el general de brigada VGM Sergio Fernández y el coronel VGM Eduardo Frecha.

Mapas y croquis: confeccionados por Matías Tonazzi.

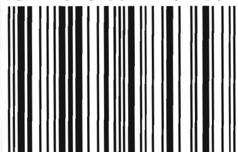
Diseño de tapa: realizado por Ingrid Colell.

Esta edición de 1000 ejemplares se terminó de imprimir
en marzo de 2013 en Edivérn SRL, Buenos Aires, Argentina.



"Una derrota peleada
vale más que una victoria casual."

José de San Martín


ISBN 978-987-1084-35-7
9 789871 084357